

Segunda parte

Enseñanza primaria

Educación integral

Física, intelectual, moral, cívica, patriótica, estética, manual, agrícola,
etcétera

Estudios críticos

Programas e instrucciones didácticas

Antecedentes

Consejos múltiples

Las «nuevas» orientaciones de la enseñanza

Carta contestación a una consulta. Desquite
de un viejo pedagogo malhumorado

Noviembre de 1933

NOTA DE LA COMISIÓN

Este trabajo fue publicado en los diarios *La Nación* y *La Razón* de Buenos Aires y *La Voz del Interior* de Córdoba y reproducido total o parcialmente en múltiples revistas de distintos lugares del país. Como se verá, se refiere principalmente a la injusticia con que suele juzgarse nuestro pasado educacional desconociéndose propagandas saludables muy anteriores a las que como «nuevas» se presentan hoy y no solo entre nosotros, sino en todas partes.

Encabezamos con él esta sección del libro, a pesar de ser uno de los escritos más recientes de Pizzurno, para que leyéndose inmediatamente después varias de sus producciones más antiguas, algunas de casi medio siglo atrás (1885 y 1886), se compruebe la verdad de lo que él afirma en esta carta que él llama con marcado buen humor «desquite de un viejo pedagogo malhumorado».

La misma comprobación puede hacerse con la lectura de muchos trabajos suyos del siglo pasado [siglo XIX], v.gr. la conferencia «El trabajo manual educativo» (véase p. 166) o con la de varios escritos, comunicaciones e informes oficiales de la misma época y de principios de este siglo (véanse por ejemplo pp. 227, 259, 275, 289, 314, 329, 338, 353 y muchas otras).

TEMARIO

La escuela activa. - La libertad en la escuela. - El respeto a la personalidad del niño y otras cosas interesantes.

SEÑORA, DE MI CONSIDERACIÓN:

No atribuya Ud. mucho a virtud el hecho de que le conteste a vuelta de correo. Ello se debe a que la respuesta a la mayor parte de los puntos que me consulta ya

la tenía pensada hace medio siglo y escrita, impresa y circulada hace un cuarto de siglo; algunos puntos mucho antes. De no ser así hubiera necesitado un tiempo de que no dispongo en estos momentos para complacerla como Ud. merece. En consecuencia hubiera tenido que limitarme a escribir:

–Señora: lo que Ud. proyecta someter a la próxima asamblea de educadores me parece muy acertado. La felicito y muchas gracias por los conceptos honrosos para mí, aunque excesivos, con que me favorece.

Pero la cosa es más fácil. Me basta, por fortuna, poner la faja y dirección al folleto que recibirá Ud. por este mismo correo y que se intitula: «Reformas en las Escuelas Normales de Maestros y Profesores». Y de «yapa» va también un artículo de diario que publiqué hace tiempo y en el cual hallará Ud. algunas muy severas críticas coincidentes con las tan acertadas contenidas, si no explícita, implícitamente, en su carta. Lo único que en los impresos que remito no está considerado es el tópico «escuela activa» al que hace Ud. referencia.

Me parece que no ha de extrañar la franqueza con que juzgo la organización de nuestras escuelas normales. Es mala, y ello es tanto más imperdonable cuanto que, otrora, fue buena, si no excelente, en una época un poco lejana, cuando Ud. seguramente no había nacido todavía. Lo digo sin tener el agrado de conocer a Ud. y sin saber su edad. De haber vivido en esa época hubiera comprobado que todos los buenos maestros egresados de las primeras escuelas normales conocían y practicaban más o menos bien y como la cosa más lógica y natural del mundo –dentro de los medios de que podían disponer– *la famosa y «novedosa» escuela «activa»* aun cuando no había sido expresamente bautizada así. *Era y sigue siendo la escuela del sentido común, siempre que no se la interprete antojadizamente y no se la desvirtúe y exagere*, como se la exagera en algunos de los que –por no perder tiempo en buscar la palabra precisa– llamaré sus aspectos. Por ejemplo, en lo que se refiere al respeto que se debe a la libertad del niño, a su personalidad, a las reglas de aplicación que surgen del conocimiento de la psicología infantil y, como consecuencia, si debe uno ceñirse a horarios, programas, textos, determinados o invariables, etcétera.

Tanto, tanto se la desvirtúa –aquí y también en el extranjero, de donde nos vienen las conmovedoras «nuevas orientaciones»– que de las escuelas en que eso ocurra solo saldrán generaciones más indisciplinadas, más ignorantes y más inútiles que nunca, con peores hábitos mentales y sobre todo morales que los que se atribuían (no sé si con justicia) a la escuela de la palmeta y del encierro y que los resultantes de la enseñanza rutinaria de memoria ya condenada por el admirable Montaigne con su tan recordado aforismo «saber de memoria no es saber»; aforismo que (vea Ud. hasta dónde soy yo de conservador atrasado) no debe tomarse demasiado al pie de la letra. ¿Por qué? Porque –y Montaigne no me lo negaría– saber de memoria también puede ser saber. En ciertos casos, en muchos casos o asuntos, es la ineludible manera de saber con provecho, si lo que se retiene «de memoria» ha pasado antes por el tamiz de la reflexión, del análisis, para comprenderlo, para digerirlo (páseme el término) antes de confiarlo a la retentiva.

¡Oh, mi inolvidable maestro asturiano, don José Morán, maestro a la antigua, que no había pasado por ninguna escuela normal moderna y que allá por el año 1873 (ino se asuste, señora!), cuando yo ingresé a la escuela primaria, nos hacía es-

tudiar de memoria (claro que sin dejar de usar mapas, dibujos e ilustraciones varias) cosas de geografía, de historia, fórmulas, máximas, leyes y reglas, tablas de aritmética, trozos de literatura clásica en prosa y verso, ¡principalmente en verso!

¡Qué papel desairado hubiera hecho yo, más de una vez en mi vida, si no hubiese recordado lo aprendido en esa forma entre los años 1873 y 1878 y que solo aprendido así podía serme útil! ¡Cuántos momentos felices he pasado al recitar, solo para mí o en pequeñas reuniones, trozos escogidos o composiciones extensas grabadas en la memoria tal vez sin entenderlas del todo cuando niño; pero que aprecié mejor y me sirvieron de precioso alimento para la reflexión, como las máximas; o de consuelo y estímulo; o me orientaron y sacaron de dudas, en momentos difíciles, en múltiples ocasiones!

Definiciones, sentencias morales que suelen ser sabiduría condensada, poesías divinas que conmueven y educan y hacen buenos, como la música y los coros que también aprendíamos de memoria. ¡Qué poco lugar tiene y qué mal atendida la música en nuestras escuelas! ¡Qué pena, siendo tan saludable su influencia! Esto lo digo al pasar.

Hasta las antipáticas reglas gramaticales nos sacan de apuros en un momento dado.

¡Cuántos momentos agradables, porque halagaban mi vanidad, he tenido siendo joven y soltero, al comprobar que mi asistencia era solicitada porque me hacía simpático (modestia, cúbrete el rostro) gracias a mi facilidad de expresión, matizada con citas de buenos versos, fábulas, narraciones breves, por cierto dichas sin aire de suficiencia, ni en tono declamatorio, antinatural!

Y hasta en el examen final de profesorado, habiéndome tocado, en historia de la literatura, una bolilla de la que casi nada sabía, no solo me sacó de apuros el monólogo de Segismundo, de *La vida es sueño* de Calderón, salvándome de la reprobación o del aplazamiento, sino que, hábil y audazmente explotado por mí, provocó las felicitaciones de la mesa examinadora y la nota de sobresaliente. ¡Y estaba el Ministro presente en el examen!

Sí, querido maestro Morán, tú no conocías la palabra *test*; apenas si decías *pruebas* o exámenes; ignorabas en absoluto ciertas psicologías experimentales traducidas en fórmulas y palabras difíciles que con tanta solemnidad y suficiencia suele oírse a algunos maestros y hasta a inspectores; pero, sin embargo, nos enseñaste a redactar con pasable corrección y claridad y hasta con gusto, gracias, precisamente, a los interesantes ejercicios referidos y a lo mucho que nos hacías leer. Porque tú no hacías la guerra al libro; por el contrario, querías que lo amáramos. Y ¡qué caro me costó eso alguna vez! Me sorprendiste reincidiendo en leer a hurtadillas un libro de Julio Verne, durante la lección de gramática, y me obligaste a escribir trescientas veces, después de clase: «Yo no debo desatender las explicaciones».

También nos enseñaste, con éxito, ortografía. Y eso que tú desconocías y no sospechabas siquiera la existencia de un método que nuestros sabios investigadores psicólogos, después de centenares de miles, sí, centenares de miles de experiencias especiales para acertar con la manera de enseñar ortografía, han descubierto, hace unos veinte años o algo más, denominándolo método audio-visomotor. Y tú, maestro antediluviano, del año 1873, que no sabías de laboratorios de psicología; tú, cuando escribíamos mal una palabra, nos la hacías borrar ense-

guida, «para que no la viésemos mucho rato mal escrita», decías: y nos obligabas a escribirla bien con letras grandes, en el pizarrón, y muchas veces; y nos la mandabas pronunciar en voz alta, articulando bien y otra vez y otra vez; y hasta debíamos trazarla con un dedo en el aire. Y para justificar esos variados ejercicios en los que aplicábamos varios sentidos, inclusive el que llamaremos muscular, exclamabas: «La ortografía, hijos míos, entra por aquí, por aquí, por aquí y por aquí». Y señalabas los ojos, la boca, el oído y los dedos.

Era al método audio-viso-motor al que tú, maestro ignorante, pero observador y que amabas de veras a los niños, habías llegado, ¡oh, prodigio! sin saber cómo, sin laboratorio y sin hacer cerca de un millón de experiencias.

Señora: todo esto le parece a Ud. mentira. Sin embargo así ocurrió.

Algo más: ese maestro ignorante, que nos daba coscorriones y nos ponía de rodillas sobre el banco, sentaba en las primeras filas a los niños escasos de oído y nos agrupaba por materias según nuestro grado de preparación. No nos medía a todos con la misma vara.

—¡Qué pobre está hoy tu composición, Pablito! ¿Has dormido mal anoche?

A mí me sorprendió la pregunta y la relación que él establecía; por eso no la he olvidado. En efecto, yo apenas había dormido, sufriendo, la noche anterior.

Ese modesto maestro español sabía por intuición —la intuición que hace sabios y observadores a la madre amorosa y al maestro de corazón— que los niños incurren, en el trabajo y en la conducta, en yerros que no son culpas y que tienen una explicación natural. Por eso mismo el señor Morán no vivía en clase esperando, ansioso, el toque de la campana de salida. Solía quedarse después de hora con algunos niños deficientes para enseñarles a solas lo que no habían logrado comprender en clase. Y eso que entonces no regían los breves horarios absurdos de hoy.

Todo eso es verdad, como son verdad muchas otras cosas que ahora recién están siendo «descubiertas» por escritores psicólogos y pedagogos contemporáneos, sin excluir varios famosos, entre ellos algunos que nos han visitado en distintas épocas para traernos novedades de Pero Grullo; unos sinceramente, ingenuamente; otros y otras haciéndose auto-reclame con propósitos no siempre pedagógicos, ni siempre desinteresados.

¿Se ha entretenido Ud. en averiguar cuánto pesan en la balanza del saber y de la sinceridad algunos de los nuestros y entre ellos los que aparecían exhibiéndose, solemnes, junto a los sabios importados? Acaso por eso se explica y se justifica plenamente que los eminentes extranjeros nos trataran como a analfabetos de la pedagogía.

Por otra parte, señora, ¿cree Ud. que fuera de aquí no se cuecen habas, así sea en Estados Unidos como en Italia o Suiza o Bélgica o Alemania o donde Ud. quiera?

¡Si Ud. supiera la razón de ser de ciertas propagandas en favor de métodos de renovación, de nuevos materiales de enseñanza, de escuelas nuevas, sin excluir algunas de las más sonadas!

¿La escuela activa?

Como Ud. ahora, otros maestros y maestras sinceros, ansiosos por salir de dudas y creyendo que yo podría darles luces, me hacen el honor de consultarme.

Olvidan que yo no puedo ser imparcial, porque soy maestro antiguo y ya más o menos cansado y cristalizado.

Una maestra, tan digna como empeñosa, directora de una escuela normal, me escribió, hace tiempo, cuando ya estaba de moda hablar de escuela «activa»; cuando habían empezado a caer en ridículo los que la presentaban como novedad hasta en lo que tiene de serio y de bueno, y nos daban patente de rutinarios a los que actuábamos desde antes de 1900, aunque hubiéramos sido de los primeros en difundir, desde los comienzos de nuestra carrera, los mejores principios y prácticas educacionales.

Ya ve Ud. como yo «respiro por la herida».

Me preguntaba si pensaba bien de las «nuevas orientaciones», si era partidario de la «escuela activa», de que los niños tuvieran amplia libertad y se gobernarán a sí mismos; de la otra novedad, la orientación «nacionalista». Deseaba, además, que le indicara libros, etcétera.

Yo, que estaba pasando por difíciles momentos de fatiga intelectual y con disgustos de distinta naturaleza, le contesté con bastante displicencia e ironía casi mal intencionada.

A la primera pregunta: Sí, señorita, soy partidario de la escuela activa *hace alrededor de cincuenta años*. Sí, no se asombre; desde que ingresé al primer año de la Escuela Normal de Buenos Aires en 1879. ¿Se da Ud. cuenta? Nuestros profesores de pedagogía, nuestros directores, los inspectores y hasta los ministros de Instrucción Pública tomaban, todos, en serio las cosas de la educación y en serio nos inducían a tomarlas a los alumnos-maestros.

Lea, lea Ud. cualquiera de los buenos tratados de educación y de psicología inteligible, que entonces encontrábamos tiempo para consultar, fuera de lo que aprendíamos con el profesor. Comprobará Ud., por ejemplo, que ya era considerado cosa obvia, redundante, decir que la escuela y el colegio han de atender tanto o más a la formación mental y moral y hasta a la estética, que a la instrucción concreta y que esta misma, indispensable como es, y concordante con aquellas, debe alcanzarse por métodos y procedimientos que contribuyan al desarrollo de las aptitudes, de la conciencia, del sentimiento íntimo del deber y de la responsabilidad, aun cuando sin pretender demasiado dados la edad del educando y los medios de que puede disponerse.

Pero –y note esto bien– no decíamos «escuela» activa; *decíamos enseñanza integral*, métodos y procedimientos, según el caso, inductivos, deductivos, intuitivos, socráticos, de observación o experimentación, ¡qué sé yo! Y hasta algunos aforismos en latín aprendíamos de memoria y comentábamos ufanos en el curso de psicología aplicada a la educación, como aquel clásico *«Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu»*.*

Por lo demás, señorita, bien sabe Ud. que se iniciaban los estudios con los elementales principios pestalozzianos: «La actividad es una ley de la niñez», etcétera.

Pero –y de esto también tome Ud. buena nota– no se nos ocurría relacionar estos principios, reglas y prácticas de enseñanza, ni con el laicismo, ni con el ca-

* [N. del E.] Locución latina: nada existe en el intelecto que no haya existido en los sentidos.

tolicismo, ni con sectarismos de ningún género. Las leyes y reglas que rigen la evolución física, mental y moral del niño y del adolescente eran lo único que nos preocupaba para fundar sobre ellas nuestra acción como educadores.

¡Oh, las nuevas orientaciones!

Repase un poco una historia elemental de la educación o, mejor y más sencillo, visite Ud. alguna clase dirigida por un maestro de verdad, si es que entre tantos como hay existe alguno que a Ud. –que también lo es– pueda darle ejemplos, en principio, nuevos.

Si ellos, los reformadores que han surgido como hongos por doquier, dijeran como lo dicen algunos autores y propagandistas respetables: «Señores, lo que predicamos es más o menos viejo en todo lo que tiene de fundamental; pero no es lo más común que se respete bastante en la realidad y ello hace que se malogren los fines a perseguir. Es menester respetarlo y adaptarlo a las circunstancias y necesidades determinadas por las ciencias biológicas, filosóficas, sociales, mecánicas y sus mil derivaciones y por el progreso y las transformaciones de todo género: espirituales, técnicas y tecnológicas, y hasta económicas, que en el mundo se producen, sin contar las que se relacionan con el internacionalismo o la interdependencia cada día mayor e ineludible, de los pueblos y con el pacifismo, etc.», todo lo cual debe considerarlo la escuela; si dijeran eso y hablaran o escribieran con la claridad y la sencillez del que sabe de veras y es sincero y desinteresado en su propaganda, todos aplaudiríamos cordialmente. Hasta la maravillosa «*trouville*» de la mesa y la sillita sería incluida en el aplauso. Y no crea, señorita, que desapruuebo el empleo de las mesitas que siempre se han usado en los jardines de infantes. Lo encuentro útil y simpático pero es claro que no indispensable como parecen creer que lo es algunos tilingos para quienes ese detalle material es una característica esencial de la escuela activa. Cuántas veces he hallado en aulas desmanteladas, en las pampas o entre los cerros, a los niños, sentados en el suelo, sobre piedras o sobre troncos de árboles y vibrantes de alegría, de interés, de emoción, ejercitando activamente su cerebro y su corazón porque tenían un maestro o una adorable maestría con alma de tales. *Y eso, eso, el maestro, el maestro, el maestro, será siempre el eje, señores desplazadores del mismo; el maestro que ama al niño y que, en consecuencia, lo observa, lo estudia y subordina a las leyes de su evolución integral y de sus necesidades presentes y futuras, en lo posible, el programa, el horario y el lenguaje y el trabajo todo, dentro y fuera del local de la escuela.*

Pero ¿cómo se explica, dicen algunos, que sean tantos los que creen y se hacen eco de la propaganda reformadora y de la implacable condena de lo que se ha hecho hasta ahora?

¿Sabe Ud. lo que ocurre?

Que desde hace ya varios lustros, a causa principalmente (pero no solo por eso, ¡eh!) de la mala organización de nuestros estudios profesionales pedagógicos y de muchas cosas más que con ellos se relacionan, los docentes (primarios y secundarios) egresan sin haber tenido tiempo para penetrarse bien de lo que más necesitan, ni de adquirir aptitudes esenciales, digo *esenciales* subrayado, bien subrayado. Y eso es lo que hace aparecer como originales a muchos reformadores

que ignoran o simulan ignorar (esto lo afirmo terminantemente) hasta lo que entre nosotros mismos se ha realizado y lo que hacen siempre los buenos maestros tan completa o eficazmente como lo han permitido los medios a su alcance.

Nuestros propios antecedentes, de ayer no más, se desconocen por completo¹ o se conocen mal y se refieren las cosas al revés. Si tuviera tiempo para contarlo se asombraría Ud. en presencia de ciertos concretos inconcebibles.

Uno solo voy a recordar: cien veces, durante mis conferencias aquí en Buenos Aires y por todas partes de la república, en presencia de centenares de docentes sin excluir, lea Ud. bien, sin excluir profesores de pedagogía, al aludir en forma muy clara, detallada, concreta, al más grande pedagogo argentino contemporáneo, autor de obras fundamentales y hasta de textos para las escuelas primarias, profesor de Ciencia de la Educación en nuestra Universidad, y que como funcionario público, Director General de Escuelas, fue un modelo único, incomparable, por su rectitud, espíritu inquebrantable de justicia y consagración al trabajo, comprobé que se ignoraba en absoluto su existencia y su obra. Me refiero al doctor Francisco A. Berra, cuyo nombre no lleva todavía ninguna escuela nacional, habiendo tantas bautizadas con los de ilustres desconocidos o conocidos por su insignificancia y, lo que es peor, por lo mal que desempeñaron sus funciones y el daño que irrogaron a la escuela.

Algo más agregué. Le dije: ¿sabe Ud., señorita, que nuestra madre España no figura entre los países adelantados de Europa en materia educacional, verdad? Y si no lo es ahora, sospechará Ud. que menos lo era hace cuarenta años, ¿no es así? Bueno, pues: hace cuarenta años, bajo los auspicios de la admirable benemérita Institución Libre de Enseñanza cuyo gran jefe era don Francisco Giner de los Ríos, se publicaron varios libros que leídos ahora enseñarían mucho a los innovadores. En la misma época, y en el año 1891, aparecía editado por la Casa Bastinos de Barcelona un volumen de 200 páginas, íntegramente consagrado a lo que dice su título: *El método activo en la enseñanza*. Autor: el insigne pedagogo Pedro de Alcántara García. Ese libro circuló mucho entre nosotros y se encuentra aún en las librerías. Léalo y tendrá Ud. una idea acabada –como ni remotamente se la dan en sus críticas y disertaciones nuestros sabios propagandistas– de lo que debe entenderse por método activo, de sus fundamentos, y de los medios de aplicación, con detalles prácticos, claros, concretos, para todas y cada uno de las disciplinas escolares. Ud. me escribe que poco o nada ha «sacado en limpio» de algunas de las conferencias que ha venido a escuchar en Buenos Aires. No dirá lo mismo después de leer lo que se escribía en España hace casi medio siglo. Y Alcántara García reproduce a cada rato,

1. No hace mucho, una joven profesora argentina, inteligente y estudiosa, que actúa aquí, en la Capital, de regreso de un viaje a Estados Unidos, se propuso escribir sobre lo que había visto allí, recordando, a la vez, lo hecho entre nosotros respecto de la escuela activa y del trabajo manual.

–¿Quién podría darme datos sobre esto? –preguntó a otra profesora, su amiga.

–Pero ahí lo tienes a la mano al hombre: Pizzurno.

–¿Pizzurno? ¡Si todo el mundo dice que es el enemigo del trabajo manual y de la escuela activa!

–¿Ah, sí...? ¡Ve a verlo! Yo le voy a anunciar tu visita.

La ilustrada profesora, que había hablado sinceramente engañada, vino a verme.

Renuncio a contar su sorpresa y casi su digna indignación cuando, en presencia de publicaciones, informes, grabados, relaciones de cursos de propaganda y hasta revistas especiales como *El trabajo manual*, todo obra mía de alrededor de cuarenta años, comprobó una vez más «cómo se escribe la historia».

Así también he aparecido como el enemigo del *cuaderno único de deberes* cuando fui precisamente yo (perdóneseme tanto yo) quien lo impuso en nuestras escuelas, corrigiendo abusos y errores graves.

Y ¡cuántos casos semejantes o más graves podría referir!

en ese libro, y en otros anteriores, conceptos, reglas y consejos tomados de libros mucho más viejos, de autores contemporáneos de todas partes (Guyau, Marion, Compayré, About, Broocks, Wickerham, Baldwin, etc.). Y ¿para qué retroceder a Rousseau, a Pestalozzi, Froebel, Herbart, Diesterweg, Comenio, Locke, Descartes, Bacon, Vives, Rabelais, Montaigne, etc.? Y podríamos remontarnos hasta Sócrates, tan cierto es, repitémoslo, que nada hay nuevo bajo el sol.

Segunda pregunta: ¿Si soy partidario de que los niños aprendan a gobernarse a sí mismos cultivando, a la vez, en ellos, el sentimiento de la responsabilidad y del deber, respetando su libertad de acuerdo también en esto con las nuevas orientaciones y debiendo ser en adelante el niño y no el maestro el eje alrededor del cual todo gire en la escuela?

¡Pero señor...! Si eso también está en el abecé de la ciencia y arte de educar... Y por más atrasado que uno sea...

También lo aprendimos, todos los futuros maestros, antes de 1880, en los primeros cursos normales; *pero no aprendimos que para lograr tan elevados fines sea el medio permitir que el niño haga lo que quiera y el maestro se quede mirando.*

Si Ud. ha oído, señorita, o ha leído lo que no pocos de los innovadores sostienen, con una suficiencia pasmosa, habrá Ud. pensado y exclamado: ¡pobres niños! ¿Para qué mundo se los prepararía así? ¡Pobrecito del ser humano, joven u hombre futuro, que para llegar a gobernarse a sí mismo y saber gobernar a los demás debiera empezar por desobedecer o por lanzarse solo al camino!

¡Si ni entre los animales ocurre semejante cosa!

¡Pero en la vida hay que obedecer a 53 reglas y media y una regla más!

No ría Ud. de la informalidad con que me expreso. Si no son 53, serán 89 o 348, impuestas por la naturaleza en sus múltiples manifestaciones, por la organización política, por las costumbres sociales, por las necesidades del momento, por circunstancias mil ineludibles. Y desde que el niño nace, ¿qué digo?, desde antes de nacer ya está su existencia, su porvenir, acaso, dependiendo de que la madre se someta o no a leyes y reglas determinadas.

¿La escuela libre? ¡Dios nos libre de ella!

Ya existió entre nosotros un singular colega, pretendido émulo de Tolstoi, que alcanzó notoriedad y casi hizo escuela porque hablaba, gesticulaba y escribía a menudo como un iluminado y no pocos creyeron en él y mucho lo ensalzaron, algunos sinceramente. Sin quererlo, sin duda, hizo daño, sobre todo donde actuó en persona, sembrando apaciblemente, bondadosamente, el desorden, la dispersión o vaguedad espiritual, el desgobierno en la escuela.

Enemigo de los libros, con los que no se llevaba bien, sostuvo que «el estudio cretiniza» (textual). Muchas veces se lo hemos oído y muchas nos aconsejaba que meditáramos, nada más, «porque la meditación aclara la mente», decía.

En un serio estudio² de un eminente educador, que aún vive, se confirma lo que

2. Se titula «A través de la Memoria de Instrucción Pública» y puede leerse en la *Revista de la Enseñanza* (septiembre de 1888). En él se analiza la obra de todas las escuelas normales con acopio de información y doctrina. Suscribe ese estudio el doctor J. Alfredo Ferreira de larga, brillante y fecunda actuación cultural en todo el país, como maestro, consejero escolar, inspector general de Enseñanza Secundaria y Normal de la República, ministro y director general de Instrucción en Corrientes, diputado nacional, vicepresidente del Consejo Nacional de Educación, profesor de Ciencia de la Educación en la Universidad, publicista, etcétera.

precede. Y como más tarde el Gobierno no permitiera que el propagandista de la libertad en la escuela continuara influenciando la normal que dirigía y de donde saldrían maestros con esa nociva ideología pedagógica, se dijo, y todavía se repite, que la tiranía o la ignorancia determinaron el sacrificio de un apóstol incomprendido.

Los concurrentes al último Congreso Pedagógico Nacional celebrado en Córdoba, bajo la presidencia de Alejandro Carbó, y en dos de cuyas sesiones fue debatida con pasión la doctrina de la libertad en la escuela, podrían contarle a Ud. hasta dónde quedó evidenciado, sin réplica, lo profundamente dañosa que resultó en dicha ciudad su aplicación.

Y todo en presencia del «líder» de la doctrina y con su intervención en el debate.

Tampoco son nuevas, ni creaciones argentinas, algunas prácticas racionales y convenientes destinadas a educar en el autogobierno a los niños, v.gr. lo que se ha llamado *República Escolar*, siempre que, repito, no se exagere su aplicación hasta la comedia, como se hizo más de una vez. Si contara algunos de los casos concretos en los que me tocó intervenir oficialmente como Inspector General de Enseñanza Secundaria y Normal, se diría que invento un castillo fácil de derribar para jactarme del triunfo.

Ya en 1880 nuestro director de la Escuela Normal, Adolfo van Galderen, nos había recomendado una de las formas de la República Escolar y nunca dejamos de practicarla. Era lo que en sus *Lecciones de Pedagogía*, volumen publicado en 1875 y reeditado varias veces después, exponía con el nombre de *Jurado Escolar*, constituido por los niños. Y Van Galderen no era original: lo encontró ya recomendado en uno de los libros del barón De Gerando en varias décadas anterior a sus *Lecciones*, vale decir, de hace alrededor de un siglo y que, también reeditado, muchos consultábamos.

Otra vez en esto de la libertad, como en lo de la escuela activa, se desvirtúa una cosa buena y se llega a extremos tales que los que no aceptamos el absurdo de que deba ser el niño quien se dirija a sí mismo, aparecemos como partidarios de que no se respete su personalidad, ni se lo eduque preparando al hombre de mañana, digno, altivo, independiente, como si ello estuviera reñido con la necesidad y el deber de someterse a leyes y disciplinas ineludibles en la vida y que aseguran el bienestar individual y social.

Es obvio que la formación moral en la escuela y en el colegio secundario ha de apoyarse sobre la base del respeto a la libertad y a la espontaneidad del educando. Solo así, dándole siempre la ocasión de mostrarse, sin fingimiento, tal cual es, podremos llegar a conocerlo quedando, entonces, mejor habilitados para estimular lo que de bueno manifieste y para reprimir los extravíos. La represión aplicada con tino no implicará nunca violencia ni, en el fondo, castigo, sino profilaxis moral que el alumno aceptará hasta con gratitud si está convencido de que la intervención de su sincero director espiritual no es antojadiza sino inspirada en la noble intención de mejorarlo, como médico del alma, apoyado siempre sobre la más estricta y notoria justicia.

¡Oh! Si lo comprendieran así todos los maestros y todos los profesores secundarios y hasta los universitarios y las autoridades que los nombran, ¡con cuánta tranquilidad podríamos mirar al porvenir!

Salvemos, pues, los principios de la libertad y los de la autoridad, no solo conciliables sino complementarios e indispensables para la convivencia social. Bien sabido es que sobre esos principios, que no atentan contra el respeto de la personalidad, está fundada la educación del caballero (*gentleman*) inglés, tal cual lo han querido siempre sus filósofos y educadores, como Locke, Arnold, y también Spencer, cuya doctrina de las consecuencias, aplicada con discreción y oportunidad, puede ser de suma eficacia moral.

Hasta aquí lo que interesa reproducir de cuanto contesté a las preguntas de la señorita arriba aludida.

A Ud., señora, puedo agregarle, respecto del asunto escuela libre, una frase breve que por sí sola dice más y mejor que todo lo que yo escribí. Está en el último libro del ex presidente del Consejo Nacional de Educación doctor Juan B. Terán, *La formación de la inteligencia argentina*, y dice textualmente:

«Asistimos, pues, a la reaparición atenuada de la escuela natural, de la escuela de la libertad, “la escuela de la vida”, en su doble aspecto espontaneísta y práctico: fórmula externa de la neutralidad escolar, una neutralidad tan radical que *condena todo esfuerzo que distraiga al niño de su crecer en la intemperie moral e intelectual*».

¿Quiere Ud. algo más delicada y expresivamente dicho: «*crecer en la intemperie moral e intelectual*»?

Ese desatino quieren los modernos generosos abogados de «los derechos del niño».

Ya no se dice «la letra con sangre entra»; pero no digamos tampoco que solo «jugando entra» porque ese es el otro extremo más dañoso que el primero.

El orden, el método, la disciplina, no implican, ni mucho menos, el destierro de la alegría en la escuela. Y bien saben todos los buenos maestros cómo se mantiene constante el interés y el estímulo y la satisfacción del triunfo tanto más profunda, para el adulto como para el niño, cuanto mayor ha sido el empeño y el esfuerzo, naturalmente dentro de justos límites. Eso es preparar para la vida en la que sin el trabajo inteligente y perseverante no se triunfa. Y eso es lo que parecen olvidar muchos innovadores cuyas iniciativas consisten en recomendar y hacer efectivas prácticas que ya fueron cuidadosamente ensayadas, comprobándose no solo su ineficacia, sino sus efectos contraproducentes.

Tal lo ocurrido con el *trabajo manual educativo* que responde a los principios y métodos de la escuela sueca de Naas, *escuela de método activo, integral por excelencia*. Se incorporó a nuestros programas primarios y secundarios. Los resultados fueron magníficos. A poco andar fue desvirtuándose pues se confiaba su enseñanza, con tal de adjudicar cátedras o de aparecer como progresistas, a quienes no la entendían. La admirable disciplina —que volverá a la escuela y al colegio el día en que sentemos juicio— fue más tarde sustituida por las llamadas *manualidades* que son otra cosa, a veces útil; pero que aplicadas con un criterio absurdo o con falta de sinceridad, resultaron ineficaces y hasta implicaron con frecuencia una enseñanza moral poco recomendable. Lo comprobamos y lo demostramos públicamente en la Capital y en provincias más de una vez. Y hace apenas unos días el Director General de Escuelas de una de las provincias en la que más orgullosas se mostraban las autoridades, por la difusión que alcanzaron las manualidades, declaró francamente que habían sido un fracaso completo.

Otro tanto podemos decir de *la enseñanza de la música*, casi inexistente en la escuela y cuyos múltiples beneficios se pierden en su mayor parte. ¿Por qué? Por la resistencia que se opone, por quienes más debieran favorecerla, a la aplicación del *maravilloso método modal con la notación cifrada y la fonomímica*. También ese es método activo por excelencia y esencialmente pedagógico para lograr lo que más interesa, la educación del oído y el amor al canto y a la música en general con todas sus consecuencias físicas, espirituales y sociales. No está en pugna, ni tiene nada que ver con el sistema pentagonal. En todo caso, quien haya iniciado el aprendizaje de la música en la niñez, con el método modal, comprobará más tarde, si anhela hacerse músico, que el retardo en llegar al pentagrama no ha dado, ni dará nunca, resultado. No dice lo mismo la inmensa mayoría de los maestros de música, ni los señores directores de conservatorios, que no son educadores, ni conocen el método modal, ni quieren conocerlo. Ellos saben por qué y nosotros también.

[...]

Señora: hace cinco horas que estoy escribiendo. Se me ocurre leer la primera página y no puedo menos que reírme de mí mismo. Empecé diciendo que, falto de tiempo, debía ser breve y vea Ud. cómo ha corrido la pluma.

¡Si Ud. supiera por qué...!

En parte, solo en parte, voy a contárselo.

Son en este momento las ocho de la mañana y estoy con la pluma en la mano desde las tres de la madrugada. No se sorprenda. Tampoco por virtud he procedido así sino porque, desvelado sin remedio, quise ocupar bien el tiempo. La causa del desvelo se relaciona un poco con su carta que hallé anoche al volver de una reunión en la que mi cerebro y mi corazón fueron gratamente sacudidos. Un grupo de caballeros, los primeros alumnos de cursos secundarios que tuve en el instituto nacional fundado por mí en 1890, han llevado a la práctica la feliz idea de juntarse cada quince días para reavivar los vínculos que los uniera en aquella época.

Ayer quisieron tener entre ellos al hoy viejo maestro que, joven entonces, los dirigía; y me invitaron. ¡Qué tres horas felices pasé entre todos esos «muchachos» queridos, el menor de los cuales tiene ya 55 años! No solo por el afecto con que me agasajaron, no. Por algo más: porque cada uno contaba una anécdota, explicaba una práctica, hacía un comentario, refería una travesura, recordando la vida en el instituto, el trato afectuoso que recibían, la forma severa en que eran educados, algunas iniciativas y reformas que surgidas del establecimiento servían de ejemplo fuera de él, etc. Hicieron declaraciones doblemente halagadoras porque las formulaban, a conciencia, hombres maduros, algunos de ellos universitarios, todos de juicioso criterio y elevado nivel intelectual. Y bien; esos recuerdos despertaron en mí el de todo lo que desde medio siglo atrás se ha venido haciendo entre nosotros por sinnúmero de educadores, hombres y mujeres, en pro del mejoramiento de nuestra enseñanza. Reviví los esfuerzos fecundos en éxitos lisonjeros, los progresos alcanzados; pero enseguida me oprimió el pecho el espectáculo de la realidad actual, del retroceso iniciado hace ya unos cuantos lustros y contra el cual urge reaccionar.

Recordé nuestras escuelas gobernadas en ciertas épocas con espíritu amplio, sin más afán e interés que el de verlas mejorar con el concurso de todos, grandes y pequeños, estimulados por sus jefes; el maestro respetado de veras y auxiliado, en toda forma, sin imposiciones autoritarias, hasta con afecto, cordialmente.

Después llegó la época del patriotismo mal entendido y contraproducente, el patriotismo exterior, no el culto interno; y el descuido de la educación racional, que prepara al patriota sincero y útil de veras a la patria.

Luego vinieron los que encerraban la labor del maestro en reglas inflexibles, en cuadrículas de las cuales no era lícito salirse. Fue la época no muy lejana en que, por ejemplo, los inspectores seccionales, cumpliendo órdenes superiores, lo primero que hacían al visitar las clases era pedir el cuaderno, hoy llamado de asuntos, para comprobar, cotejándolo con los cuadernos del niño, si los ejercicios y deberes de cada día coincidían exactamente con lo anotado en aquel en fechas y detalles. Se exigía que en un número prefijado de minutos quedara terminada indefectiblemente la lección y hecha por cada alumno la síntesis escrita, de la que debía dejarse constancia eligiendo la mejor. ¡Oyera Ud. las protestas indignadas de maestros empeñosos y dignos, incapaces de dar el ejemplo de la mentira, y las risas de otros que para poder cumplir la severa prescripción técnica hacían ellos mismos el resumen en el pizarrón a fin de que lo copiaran los chicos!

Y quienes tan estrictos se mostraban en aquello en que, por razones obvias, una mayor libertad de acción debía dejarse al maestro, no vacilaban, sin embargo, en alterar porque sí, haciendo caso omiso de toda moral y justicia, los conceptos con que los directores e inspectores seccionales clasificaban a los maestros.

Y son los mismos que más tarde figuran entre los propagandistas de la extrema libertad acordada al niño, mientras se maniatada al maestro, de la casi supresión de los horarios y de una reducción inconcebible de las horas de clase. No hay país del mundo civilizado en que sea tan exiguo el tiempo diario dedicado a la escuela, ni tan largas las vacaciones. ¡Qué porvenir estamos preparando, peor que la triste realidad presente!

Bueno, pues; todos estos recuerdos no solo acabaron de quitarme el sueño, sino que a poco de comenzar esta despampanante respuesta a su consulta, empezaron a llegar a la pluma los desbordes que llenan estas páginas.

Ya no puedo, ni quiero corregir, ni empezar de nuevo. He escrito sin dominarme todas las protestas que vengo acumulando hace tiempo, indignado contra lo que ocurre. Indignado, pero sereno; sin dejar de tener la visión clara de las cosas. Al contrario; porque conservo esa visión es que mi espíritu se subleva y he escrito lo que creo que había que decir. Me he acordado de Mitre, de Sarmiento y de Alberdi que tantas cosas fuertes se dijeron «sin dorar la píldora». Y ahora me digo: si esos «grandes» incurrieron en tal pecado (si es pecado), ¿es de extrañar que un «chico» caiga en él si cree ser útil pecando?

Señora: empieza Ud. su amable carta diciéndome que recuerda mi cabeza blanca destacándose entre los niñitos del Jardín de Infantes de la Escuela Roque Sáenz Peña cuando cursaba Ud. allí el profesorado en Ciencias. ¿No encuentra Ud. ahora inverosímil que el viejo apacible de ese día sea el desalmado maldiciente que suscribe esta carta, bien legible la firma, y que autoriza a Ud. para hacer de ella el uso que más le plazca?

Por desgracia, nadie que sea honesto, entendido y bien informado, podrá desmentir ni una sola de mis afirmaciones concretas.

Si se publican, ya sé que me será arrojada más de una piedra, aun cuando probablemente, y como de costumbre, no se atrevan a tirármela de frente.

Si lo merezco, justo es que reciba el castigo. Y si no, la piedra pasará sin lastimarme.

Entre tanto puede ser que mis asertos contribuyan un poco a tranquilizar a muchos maestros celosos en el cumplimiento del deber y que viven afligidos porque no entienden a los reformadores y temen estar errando demasiado sin saberlo.

Si Ud. conociera muchas otras cosas poco plausibles, pero bien documentadas, que yo podría contarle, comprobaría que no soy tan malvado como parece desprenderse de mis ironías. Acaso me calificara Ud. de generoso por mi silencio. Y no es esta una ironía más, señora, créamelo Ud.

¡Con cuánto gusto me rectificaría a mí mismo públicamente si comprendiera que soy yo el equivocado!

Concluyo; y si ha llegado hasta aquí, la felicito y le agradezco su atención.

Quiera Ud. excusar las impertinencias de su muy atento y S.S.

PABLO A. PIZZURNO

NOTA DE LA COMISIÓN

Aludiendo a la precedente carta-artículo de Pizzurmo, este ha recibido múltiples comunicaciones con favorables comentarios. Una de ellas, enviada el 28 de diciembre de 1933, es del ilustre escritor y educador, ex presidente del Consejo Nacional de Educación, doctor Juan B. Terán y de la cual, por la autoridad especial que inviste, extractamos los siguientes párrafos:

Es tan clara y convincente que sin duda será logrado el fin más deseable: desvanecer la aflicción de los maestros perturbados, confundidos con la algazara que se hace alrededor de la escuela nueva.

Sus recuerdos de los viejos maestros son la comprobación cabal de que todo lo mejor que ella tiene ha sido ya hecho por los buenos educadores y que toda la información libresca que acumule un mal maestro no lo convertirá en bueno.

Muchas felicitaciones merece la claridad orientadora de su actitud.

[...]

Un apretón de manos, afectuoso, de su

JUAN B. TERÁN

Idea general de la educación que se da en nuestras escuelas

Conferencia dada bajo los auspicios de la «Asociación de Maestros» y publicada en la revista de la misma

Abril de 1885

NOTA DE LA COMISIÓN

Esta conferencia dada *hace medio siglo*, así como algunas otras que publicamos en este volumen, revelan cómo ya desde esa época pugnaba el joven profesor Pizzurno para difundir los mejores principios y prácticas pedagógicas y formulaba con franqueza críticas que son todavía de actualidad. Hoy mismo suelen presentarse como más o menos nuevas por autoridades escolares o escritores que parece que desconocen nuestra propia historia educacional.

La «Asociación de Maestros» era presidida por un sabio eminente, el doctor Juan Mariano Larsen, y era secretario el profesor Pizzurno. Reunía en su seno a la mayor parte de los directores y maestros de la Capital. Por medio de su revista, que dirigían el mismo Pizzurno y el profesor y doctor Bartolomé Galiano, y de conferencias, lecciones prácticas, comunicaciones a las autoridades, etc. provocaron saludable agitación espiritual, removiendo la rutina y determinando reformas importantes como las de los horarios. Colaboraba en la misma obra y solidariamente otra asociación, el Centro Unión Normalista, de la que también formaba parte Pizzurno, uno de sus fundadores. Todo esto hace medio siglo.

TEMARIO

Demos educación racional. - No preparemos loritos parleros. - El niño debe ser colaborador activo en su propia educación y no considerado *tabula rasa*. - El educador debe ser psicólogo práctico. - A falta de estímulos oficiales únense los maestros y triunfarán por acción propia.

MUCHOS SON LOS PROGRESOS QUE HEMOS hecho en educación, muchas las reformas establecidas, pero hasta ahora solo hemos dado uno o dos pasos y son leguas las que nos faltan recorrer para llegar a casa a descansar tranquilos y satisfechos. Tenemos ya algunos edificios escolares que llenan mejor que las casas alquiladas esa necesidad primordial, pero nos falta lo más todavía: nos faltan maestros y nos falta un programa *racional y verdaderamente educativo*.

La educación consiste en el desarrollo armónico de todas las facultades: físicas, intelectuales y morales.

¿Qué maestro no sabe de memoria esa definición? ¿A cuál no se le habrá oído repetir alguna vez que no basta cultivar la inteligencia, sino que también debemos formar el corazón y desarrollar el cuerpo? Y, sin embargo, en la generalidad de nuestras escuelas no se educa; iba a decir se instruye, pero hubiera contradicho mi anterior afirmación; en nuestras escuelas se llena la cabeza, no quiero decir la inteligencia, de los niños, de ideas vagas, de conocimientos generales, pero no se los acostumbra a razonar; se preparan alumnos para el examen, pero no se prepara a los futuros hombres que han de ser padres, ciudadanos o soldados; salen los niños de la escuela con una *indigestión* intelectual de la que no se curan casi nunca; se les enseña mucho de todo, pero de todo aprenden poco.

Y ¿sabéis por qué? Porque todavía los maestros no hemos comprendido bien cuál es la verdadera educación, porque todavía no podemos desprendernos de ese afán por presentar al fin del año al Consejo, a los padres y al público en general, *loritos* muy *parleros* o máquinas de repetición muy veloces, a las que basta apretarles un resorte dado para obtener enseguida una respuesta que en realidad a nada responde.

Las mesas examinadoras son casi siempre, por la clase de exámenes que hacen, y por la extremada generosidad al clasificar, fomentadoras tal vez inconscientes de este mal y lo que es peor todavía: hay quien discute aún, no si es indispensable la presencia de maestros en aquel acto, pero si no será inconveniente.

Esos resultados tan sorprendentes para muchos, satisfacen casi siempre a los padres y no pocas veces a los consejeros que no escasean las felicitaciones al maestro que así presenta a sus niños, aunque no aprecian el trabajo del que usa los buenos métodos de enseñanza porque son menos brillantes. ¿Qué importa que sus efectos sean más duraderos y seguros, si son más lentos?

¿Qué importa que solo a esos métodos racionales basados en el conocimiento exacto del niño esté reservado el formar espíritus sanos y hombres de bien...? Eso no se ve el día del examen, y si algún maestro que no busca el aplauso de los *muchos más*, no descansa tal vez ni un día del año por preparar a sus niños para después y no para diciembre, no faltará quizás una comisión examinadora rutinaria que le impida mostrar siquiera una parte de su trabajo, si es que todavía no lo excluyen haciéndolo a un lado en el momento de la prueba. No es cuento, señores.

Es también por eso que todavía no enseñamos a observar, inducir, generalizar, a pensar en una palabra. Somos en general muy memoristas, no estimulamos el ejercicio de la razón, y permaneciendo esta inactiva, se falsea a la larga el juicio y el raciocinio.

He ahí uno de los graves defectos que hemos de corregir. Demos, sí, a cada facultad su conveniente desarrollo; pero no exageremos la una en detrimento de las demás.

Recordaré a propósito el viejo epitafio del padre Hardouin que se refiere a los grandes memoristas: «De todos esos talentos y otros de esta especie no hacemos más caso que de esos prodigios de ligereza de los bailarines en la cuerda y de los prestidigitadores, pues en el fondo es la misma cosa; los unos abusan de las fuerzas del alma, como los últimos abusan de las del cuerpo».

«Utilizar al niño como colaborador y como colaborador activo», es una de las leyes pedagógicas de Froebel.

Un buen sistema de educación debe tender, pues, a ejercitar mucho el espíritu, estimularlo y dirigirlo, obligándolo a concebir, a producir por sí solo y no hacer el mero papel de un pasivo receptáculo de conocimientos (no conocidos) lo que importa volver o no salir del viejo método que considera el espíritu tabula rasa.

En nuestras escuelas (hablo siempre en general) todo el trabajo lo hacemos nosotros, el niño no hace ninguno; olvidamos que lo que aprende es solo una parte, la base de lo que aprenderá más tarde en la vida y no el todo; olvidamos que no tendrá siempre a su lado a su maestro que le venza las dificultades, olvidamos que nuestra misión es carpir o arar bien la tierra toda, removerla, arrojar la semilla, cubrirla y humedecerla para que más tarde sola dé una raíz, un tallito, unas ramas, unas hojas, una flor y un fruto. Y sin embargo, estas palabras que por lo repetidas arrancaran cierta sonrisa a más de uno, las estamos leyendo a cada instante en cualquier libro de pedagogía o en las revistas de educación que se publican; pero las leemos como se lee una narración fantástica cualquiera, sin meditar punto por punto, sin tratar de aplicarlo o ensayarlo en nuestras escuelas.

«Es cierto... qué lindo artículo...», exclamamos; nada más... guardamos el libro o rompemos el periódico, pero solo nos queda alguna bella composición literaria, de aquellas en que todo se reduce a la forma, estando desprovistas de sustancia, de fondo.

Y siempre es la rutina nuestra inseparable compañera.

Esa es la verdad, señores; yo no quisiera ofender a nadie y creo que todos tendremos bastante buen sentido para no darnos particularmente por aludidos.

No es toda culpa nuestra, sin embargo, ni tenemos por qué avergonzarnos por ello. Hacemos lo que podemos, pero desgraciadamente podemos hacer poco.

No tenemos la preparación profesional suficiente. Sabemos y estudiamos mucho de todo, pero entendemos poco de niños y es que solo estudiamos por el pedazo de papel que nos acredite *competentes* y una vez adquirido poseemos ya la última palabra sobre la ciencia y arte pedagógicos. ¿Quién dice que es recién entonces que empezamos a aprender? No señor; hemos *leído* unas cuantas páginas de pedagogía y ya no necesitamos más. ¿Acaso es difícil enseñar?

Para optar al título de maestro hemos dado tal vez un brillante examen de pedagogía o psicología; pero un examen análogo al de los loritos parleros de que hablaba hace un instante. Y sin embargo, la psicología y la pedagogía no pueden ya separarse: el pedagogo debe ser psicólogo siquiera infantil.

Si el zapatero, el herrero, el carpintero y el fabricante de paños han de conocer las condiciones del cuero, el hierro, la madera y la lana; si el agricultor ha de distinguir la tierra en que va a trabajar y la época propia para cada clase de cultivo, el maestro que va a obrar sobre el alma humana, no tan fácil de comprender como la lana, los metales, las maderas y la tierra, el maestro, digo, ¿podrá eximirse de los estudios propios para desempeñar su misión?

No se pueden cultivar facultades cuyos medios de desarrollo no se conocen, porque ellas mismas son desconocidas; pero decimos con frecuencia que el preceptor debe estudiar ante todo el carácter y tendencias de cada niño; pero esta misma variedad de caracteres, ¡qué tino especial requiere para comprenderlos y encontrar enseguida los medios de corregirlos si son malos, para estimularlos si son buenos!

¡Qué tacto especial necesitamos para encontrar la cuerda sensible de cada niño y tirar de ella en tiempo oportuno!

Pero ese tino y ese tacto no se adquieren con solo leer a Franck, a Jacques o a Jourdain; la filosofía no se adquiere leyendo; la lectura solo ha de guiar nuestras propias reflexiones y experimentos psicológicos.

Nosotros no sabemos psicología.

Y no solo porque nos falta el arte de enseñar basado en el conocimiento del niño, es que, como decía, podemos hacer poco; nos falta también la vocación necesaria, nos faltan alicientes para mantener esta vocación si la poseemos y nos falta fe en nuestro porvenir que nos presenta constantemente la misma perspectiva: *la miseria siempre y quizá ni la gratitud merecida*.

La primera causa del mal viene de más arriba, debemos buscarla en la administración superior; si, mientras hagamos política de la educación, no tendremos escuelas.

No importa. Reaccionemos contra todo lo que pueda amenguar los atractivos puros del magisterio, tengamos un poco de buena voluntad y casi diría abnegación si no temiera alguna mueca incrédula. La verdad siempre se abre paso, el bien resplandece siempre y siempre la justicia irá en pos del que la merece. No lo alcanzará hoy, pero lo alcanzará mañana.

En algo podemos mejorarnos y es en lo que se refiere a nuestros conocimientos profesionales y sobre todo en pedagogía práctica.

A falta de otros medios, que deje de ser ya solo un dicho que la unión hace la fuerza; unámonos todos de una vez; cambiemos, de buena fe, con franqueza y confianza, nuestro conocimientos, discutamos buenamente, no nos intimidemos porque el maestro A., la maestra B., el doctor C. o el educacionista X hablen mejor, que si hablan bien y con desenvoltura, no será únicamente porque sepan más, sino que ya habrán hablado otras veces y vencido así la primera dificultad con que todos tropezamos. Pero es necesario empezar si se quiere concluir.

Yo os invito, pues, a que hagáis un esfuerzo de voluntad los tímidos y sobre todo las tímidas, que casi siempre lo que se quiere se puede.

¿O es que creéis que solo se pide la palabra para pronunciar discursos? Repito lo que ya en otra ocasión hemos dicho: nuestras conferencias han de ser verdaderas conversaciones familiares y nada de estilos afectados y disertaciones destinadas a lucir lo que tal vez no se tiene o a decir lo que no nos interesa.

Empecemos por el principio, aprendamos a enseñar si esa es nuestra misión. Contraigamos nuevos méritos al aprecio público, dejemos ya a un lado infundados orgullos, necias y miserables rivalidades tan en contradicción con nuestro apostolado. Que sea ya un problema resuelto *la unión del gremio* más desunido. Unamos, pues, nuestros esfuerzos, que solo así removeremos la piedra retardatriz del progreso de la educación, solo así contribuiremos a la felicidad de la patria y solo así experimentaremos la más legítima de las satisfacciones, la única pura, la única lícita, la única que nos eleva a los ojos de la humanidad: la satisfacción del deber cumplido.

Algunos defectos de nuestra educación

Conferencia que Pizzurno dio en Buenos Aires en la Asociación de Maestros. Luego fue publicada en dos revistas de educación
9 de mayo de 1886

TEMARIO

La memoria, su cultivo y sus relaciones con la instrucción en general.

«Saber de memoria no es saber.»

MONTAIGNE

Señoritas; Caballeros:

Cuando dos móviles distintos y opuestos intervienen en un acto voluntario, es generalmente el más fuerte el que decide.

En la «Asociación de Maestros» no debe hablarse con rodeos porque reina entre sus miembros igualdad de miras y el deseo de contribuir, cada uno en su esfera, al progreso común.

Cuando se critica un error generalizado no se habla con el individuo, se habla con la agrupación; nadie debe creer herida su susceptibilidad.

Quisiera ver las sienes del educador argentino coronadas por los laureles de la gratitud pública y las veo rodeadas de indiferencia, quizá de desprecio. Pienso que él tiene en gran parte la culpa y eso es lo que me decide a hablar en esta ocasión con toda franqueza. El maestro no se eleva y dignifica porque él no lo quiere.

Si el humilde trabajo que vais a hacerme el honor de escuchar no tiene otro mérito, reconózcase en él, por lo menos, una intención honrada y sincera.

Obedezco a un impulso del corazón y a un dictado de la conciencia.

O se calla, o se miente, o se dice la verdad: no hay términos medios. Lo primero es hacerse cómplice y desatender la ley del progreso; lo segundo es indigno; lo último es cumplir un deber.

CONSIDERACIONES GENERALES

Señores:

Las leyes y reglas establecidas por la ciencia y arte de la educación, parece que no han sido descubiertas para nuestras escuelas, ni son susceptibles de aplicarse a ellas.

Se ha olvidado que la educación considerando *uno* al hombre, tiene por fin desenvolver y perfeccionar simétrica, armónica y sistemáticamente sus facultades, tanto físicas como intelectuales y morales, encaminando al ser humano a los tres objetivos: verdad, belleza, bien; teniendo en cuenta, como es consiguiente, las tendencias y necesidades de la época en que el individuo actúa; prepararlo, en fin, para la vida completa del cuerpo y del espíritu, inseparables entre sí.

Que el alumno debe aprenderlo todo por el uso de sus facultades cognoscitivas, siendo *dirigidas* sus investigaciones y *excitada* su actividad por el maestro; que no ha de proporcionársele alimento que no pueda digerir; que ha de hacerse amena la enseñanza, que se ha de pasar de lo conocido a lo desconocido, de lo concreto a lo abstracto, de lo empírico a lo racional, etc., todo eso se dirá en los libros de pedagogía, pero ¿es acaso aplicado en la práctica?

No solo hay muchísimos que faltan a esos preceptos, sino que parece que de intento se dispone todo para producir el aburrimiento, estimular la desaplicación, matar el poder intelectual de los niños, comprometiendo las facultades por el letargo en vez de desenvolverlas por el ejercicio; se llega hasta a privar al niño del movimiento corporal, no diremos necesario sino indispensable, pues escuelas hay, y no pocas, tanto de varones como de niñas, con maestros y maestras considerados competentísimos y, sin embargo, se divide allí el día escolar en dos períodos con solo un recreo de 50 minutos, durante el cual los alumnos no pueden juntarse de a tres, sino que deben pasearse de dos en dos, siéndoles únicamente lícito conversar en voz baja y comer. En algunas de varones solo tienen un plantón de media hora en el patio, pues ni siquiera romper filas se les permite.

Si, como sospechamos, la única razón que induce a proceder de esa manera, es tener una disciplina aparente y seductora, verdadera disciplina de convento que solo alucina a los enteramente profanos y entre ellos a la mayoría de los consejeros, esa razón no justifica el atentado al desarrollo físico y, como consecuencia, al intelectual y moral del pobre autómatas objeto de él.

Las otras cinco horas diarias ha de pasarlas clavado en el banco, levantándose apenas una que otra vez para ir a la pizarra o hacer algo análogo.

Inútil creemos agregar que mientras se está en clase no hay necesidad que justifique el permiso para salir un instante. La niña o niño han de saber resistir a las leyes fisiológicas o naturales y sujetarlas a su voluntad.

¡Cinco horas de inacción corporal! Medítese sobre esto que no es exagerado y contéstese: ¿para qué ha servido el congreso pedagógico del '82, para qué las escuelas normales, para qué la opinión de todos los pedagogos?

Agréguense aún: agréguese dos, tres y a veces más horas de tarea que se les da para hacer en casa, sin que nada justifique su falta de cumplimiento y contéstenseos qué va a ser de esas pobres criaturas.

La ley de alternación de los ejercicios con el reposo no rige en esas escuelas.

¿Cuándo, cuándo han de atender a ese cuerpo tan íntimamente unido al espíritu?³

¿Durante una hora o dos de gimnástica que se hace en cada semana?

Comprendemos que a fin de año en algunas de esas escuelas *contesten* bien al programa, pero ¿cuántas y cuáles facultades han sido desenvueltas?

¿Dónde ha quedado el axioma pedagógico: la escuela desenvuelve todas las facultades del ser humano para darle la mayor capacidad posible en el pensamiento y en la acción?

¿Debemos preparar hombres y mujeres para la vida completa o seres infatuados y huecos, raquíuticos, sin voluntad propia, sin energía, sin carácter?

¡El oropel nos ciega, señores, nos deslumbra y no acabamos de abrir los ojos!

A nuestras mujeres las ciega la vanidad; a nuestros hombres los caracteriza la flexibilidad de la espina dorsal, la falta de independencia.

Se comprende que en la escuela está el remedio, la salvación; y justamente en las escuelas de niñas se está impulsando lo que combatimos, al lujo, al entusiasmo por el falso brillo; y en las de varones, ¡oh!, en las de varones hay de todo, ¡hasta buenos ejemplos!

No nos sorprende tanto, sin embargo, lo que pasa en las escuelas comunes de niñas, cuando en la Normal de mujeres, en la Escuela de Aplicación anexa, que debe ser la escuela modelo, donde se ensaye y practique la última palabra en pedagogía, en esa escuela, decimos, rigen, con poca diferencia, las mismas prescripciones respecto a los recreos y ejercicios corporales.⁴

Sé, señores, que estas palabras encontrarán alguna resistencia, pero invito a los imparciales a que pisen el umbral de nuestras casas de educación, a que se asomen simplemente a nuestros grandes salones de clase; inspecciónese nuestra administración escolar toda y dígase después si los hechos que afirmamos constituyen la regla general o la excepción.

Es necesario, pues, que nos preocupemos seriamente de mejorarlos. Entre los muchos puntos a corregir descuella: «La enseñanza de memoria y sus relaciones con la instrucción general».

He ahí el tema que me propongo desarrollar, deseando que la discusión de aquellos puntos que ofrezcan dudas o dificultades, nos acerque a la verdad.

Entro en materia.

LA MEMORIA

Producida una impresión en el cerebro, impresión que genera una idea o un conocimiento, este es retenido y reproducido más tarde; esa facultad *conservadora y reproductora* es la memoria o la percepción de lo pasado, el complemento y la

3. «La primera ventaja que un hombre puede tener en la vida consiste en la robustez física. El cerebro mejor organizado de nada le servirá, si no posee fuerza vital suficiente para ponerlo en ejercicio» (Spencer).

4. ¿Subsistirá todavía la creencia de que la mujer no debe ni necesita saltar, jugar, gritar, correr, porque esos movimientos afectan su decoro y le hacen adquirir hábitos impropios de una señorita educada?

Recomendamos a los que eso creen la lectura del capítulo «Educación física» de Spencer.

Sabemos de una maestra (diplomada) que atacaba esa libertad concedida a las niñas en los recreos, diciendo: «Eso no se usa» (textual).

continuidad de la conciencia en el tiempo. El entendimiento se apropia las ideas y la memoria las conserva; el uno precede lógicamente y cronológicamente a la otra.

¿Dónde y cómo se conservan las ideas? El problema no está aún del todo resuelto.

La memoria se manifiesta desde la menor edad.⁵

Importancia. —Ninguna facultad de más importancia que esta. Interviene indispensablemente en todos los actos mentales; de nada servirían las nociones adquiridas si no pudiéramos conservarlas; la experiencia estaría siempre por rehacer. Íntimamente relacionada con las demás facultades, todas se desvanecerían sin la retentiva, reducidas a un presente fugitivo que no podemos detener.

Sin ella no sería imposible que comenzando a hablar de caramelos, continuara tratando de la constelación de Hércules, siguiera discutiendo sobre la utilidad de los ferrocarriles, sobre la inmortalidad del alma o el andar del cangrejo, para concluir preguntándome si el que se suicida es un cobarde, un loco o un ente digno de lástima.

La consecuencia es legítima: el hecho llegaría a producirse. «El momento en que hablo está ya lejos de mí.»

El poeta lo ha dicho:

La memoria es el faro que nos guía
por el humano mar embravecido
desde la cuna hasta la tumba fría.

Recuerdos y reminiscencias. La reproducción del conocimiento puede ser clara y precisa o vaga e imperfecta. En el primer caso es un *recuerdo*; *reminiscencia* en el segundo.

El recuerdo requiere la representación mental de las personas o cosas antes percibidas por nosotros y el acto de reconocerlas como tales. La reminiscencia no es más que un medio recuerdo, un recuerdo inconsciente.⁶

Condiciones de la memoria: 1º la noción de cierto *tiempo transcurrido* entre la primera percepción y la percepción reproducida; 2º la *identidad* personal o identidad del yo, es decir, la convicción de que nosotros que nos acordamos y nosotros que otra vez hemos conocido, somos la misma persona.

Cualidades que caracterizan una buena memoria. Son: *facilidad* para asimilar con rapidez; *prontitud* para recordar inmediatamente y *tenacidad* para conservar largo tiempo.

Llámase también *fiel* a la memoria que conserva sin alteración la idea primitivamente adquirida.

Formas de la memoria. El recuerdo puede producirse sin intervención expresa de la voluntad, en cuyo caso se denomina *espontáneo*; pero si se presenta obedeciendo a órdenes o estímulos de la facultad volitiva, se llama *voluntario*.

5. Perez constata el recuerdo en una niñita de tres meses; Darwin en uno de cuatro, Egger en uno de seis meses, etcétera.

6. Fontenelle oyendo leer unos versos por el que los había escrito, se quitaba de tiempo el sombrero. «¿Qué hacéis?», preguntó el poeta. «Saludo al paso a antiguos conocidos», le respondió aquel. Fontenelle recordaba: el otro solo tenía reminiscencias.

Originariamente es siempre espontáneo, pero la atención aclara y completa el recuerdo.

Variedades de la memoria. Algunos clasifican la memoria en *sensible, ideal o intelectual*.

La primera reproduce lo concreto, hechos, lugares, figuras, palabras, sonidos.

Es en cierto modo mecánica y tiene muchas conexiones con la imaginación reproductiva.

La memoria *ideal* es la que conserva los principios y verdades generales, los datos que suministra la razón. Janet la llama memoria *intelectual* o de las cosas inteligibles y no sensibles, confundándose así casi completamente con la inteligencia entera o la inteligencia adquirida. Se considera por último una *memoria* del *corazón* o del sentimiento. «El corazón más afectuoso perdería su ternura sin el recuerdo.»⁷

La memoria varía según la edad, los gustos de cada uno, estado del cuerpo y del alma.

¡Cuántas veces la pérdida de la memoria ha seguido a una enfermedad!

El educador debe tener en cuenta todo esto para no ser igualmente exigente con sus alumnos.

Personas hay que tienen una memoria felicísima para los nombre propios, otras para las cifras, otras para las formas, etcétera.

Se dice que Mitrídates sabía los nombres de sus soldados y hablaba 22 lenguas a los embajadores presentes; el duque de Fezensac podía recitar un canto de Virgilio, principiando por el último verso y acabando por el primero; Cineas, embajador de Pirro, que en dos días conocía a todos los embajadores romanos; Ciro que sabía el nombre de treinta mil soldados y Napoleón que dictaba varias cartas a la vez; Pico della Mirandola, etcétera.

Otros hay que olvidan ciertos hechos o las cifras, fechas, etcétera.

Sin ir más lejos señores: ¡las fechas son mi eterna pesadilla!

Solo la de mi cumpleaños me saluda de vez en cuando ansiosa y complacida porque ese día espero siempre algunos regalitos.

Leyes de la memoria. La memoria como todas las facultades intelectuales está sujeta a leyes que rigen su desenvolvimiento y facilitan su aplicación.

La primera de estas leyes es la de *atención*, requisito indispensable para la percepción completa y examen detenido de los objetos exteriores. La impresión producida es más enérgica y se graba tanto más, cuanto mayor es la atención y viceversa; es como el lente que condensa los rayos solares haciéndolos converger en un punto. Se la ha llamado con justicia *el buril de la memoria*.

Al mirar distraídos un objeto cualquiera se nos pasan inadvertidas muchas propiedades y relaciones que se presentan no obstante claramente cuando fijamos nuestra atención en el objeto que está por ellas revestido; es «como un microscopio que aumenta prodigiosamente la magnitud de los objetos y encuentra en ellos los más delicados matices y las particularidades imperceptibles a la simple vista».

Toda adhesión o impresión producida en la memoria consume fuerza ner-

7. Chateaubriand.

viosa; ejercitándose intensamente el *poder de concentración*, mayor es el gasto de esa fuerza, siendo como consecuencia más satisfactorio el resultado: el recuerdo será más completo y duradero.

Agréguese a esto el placer que la acción misma produce, según que el objeto observado sea más o menos *agradable* y el éxito será mayor. Ese interés por la cosa aprendida, esa *emoción* de simpatía que puede despertarse, constituye en realidad una ley de la memoria que no debe nunca olvidarse.

La asociación de ideas o sugestión mental. No es menos importante que las ya citadas.

Si sentado a mi escritorio fijo mi vista en el papel y pienso en las sustancias que lo forman, la idea de trapo o tejido me lleva al lino o al algodón, y entonces la noción *planta* se me presenta; admiro la disposición de todos sus órganos y recuerdo las leyes a que obedece el desenvolvimiento de los vegetales; la noción de ley se remonta a las que rigen el Universo; saludo afectuosamente a la de gravitación que hace desfilar ante mí a los astros (ino es poca pretensión!); pienso en los *cometas*, y esta idea me lleva a la superstición ridícula que veía en ellos a los mensajeros de la muerte; recuerdo también el cometa del '80 y la noche pasada en vela esperando con un amigo la hora de dirigirme al muelle para verlo surgir esplendoroso de las aguas (al cometa, no al amigo); la sensación del frío que experimenté me hace estremecer y pienso que pude coger un constipado; de ahí la idea de medicina y de *médico*; la idea de médico me recuerda a mi antiguo y querido profesor el doctor Holmberg y como consecuencia veo las patas de una tremenda araña, más allá un mono y el retrato de Darwin; la noción *mono* y el levantar la cabeza me hacen dirigir los ojos al espejo; veo en él una imagen muy conocida y exclamo: ¡Darwin tiene razón! Pero instantáneamente recuerdo que este escrito va a ser leído ante un público de ambos sexos; pienso en vosotras, distinguidas señoritas, y vuelvo a exclamar: «Darwin tiene razón, pero a medias.

»El hombre desciende del mono.

»La mujer debe haberla formado un ángel travieso para martirio del hombre».

No se crea que estoy fuera de la cuestión:

He presentado un ejemplo de *asociación de ideas* tan legítimo como cualquier otro.

Esa sugestión es la llamada *arbitraria* porque no interviene en ella la voluntad; cuando esta influye más o menos directamente, la sugestión se denomina *voluntaria o necesaria*.

La impresión producida por un objeto cualquiera puede ser aumentada por otras ideas más o menos directamente relacionadas con ella.

Las asociaciones voluntarias deben sujetarse especialmente a las relaciones naturales, alejando las arbitrarias que nos distraerían del objeto buscado.

Entre las principales relaciones pueden considerarse:

1º La *coexistencia o proximidad* en el espacio, pues la presencia de un objeto facilita la percepción del inmediato.

2º La *simultaneidad* o la *sucesión* en el tiempo. La llegada de San Martín a Buenos Aires recuerda la de Alvear, así como la primavera sugiere el verano, este el otoño y enseguida el invierno. «Fúndese en ella la asociación de las ideas, pero no la exageremos demasiado.»

3º La *analogía o semejanza* de los sujetos facilita el recuerdo del uno por el

otro, ya se funde esta analogía en cualidades inherentes al sujeto mismo o en los signos que las expresan. La noción *blanco* acerca los sujetos *leche*, *mármol* y *azúcar*, como la forma de la naranja es aprovechada para explicar la de la tierra.

Como se comprende, estas semejanzas pueden fundarse en el color, forma, tamaño, olor, sonido, sabor, dureza, maleabilidad, etcétera.

La analogía puede también estar en los signos que representan al sujeto de estudio: la palabra, el ritmo, el verso, la rima, el orden alfabético o numérico, etc.; todo puede ser utilizado para imprimir o reproducir fácilmente el recuerdo.

4º Las afinidades que establece la *clasificación* ayudan igualmente. La noción *modificativo* reúne al adjetivo y al adverbio; la idea de *mamífero* aproxima los sujetos murciélago y ballena, así como la noción *carbono* enlaza al *diamante* y la *hulla*.

Son incalculables los recursos que el maestro hábil puede sacar de estas relaciones, para instruir y educar con éxito.⁸

5º La *oposición o desemejanza*, por aquello de que los extremos se tocan.

Así se evocan las ideas de sólido y líquido, opaco y transparente, suave y áspero, amargo y dulce, bueno y malo, útil y perjudicial, etcétera.

La causa y efecto o efecto y causa. Sol, calor y luz; evaporación y lluvia; caída de los cuerpos y atracción; satisfacción y cumplimiento del deber, son nociones que se evocan mutuamente así como el bostezo en una conferencia reconoce casi siempre por causa la insipidez del disertante y la sugiere.

Citaremos finalmente las relaciones de *dependencia*, de la parte con el todo, de los principios con las consecuencias, de los fines con los medios, etc. Existe también el vínculo de la palabra con el pensamiento.

De la *ley de repetición* nos ocuparemos después.

Debe *cultivarse* la *voluntad* para dirigir las asociaciones cuyo encadenamiento tanto facilita el progreso hacia la verdad o el bien.

Las asociaciones *accidentales* (de tiempo, lugar, etc.), más frecuentes en los niños, son provechosas, si bien especialmente aplicables al bien decir, facilitando la correcta y galana expresión de lo que se piensa. Caracterizan al novelista, al poeta que asocia fácilmente el amor con la luna, el follaje, el río, el susurro del viento... la mar.

Circunstancias que favorecen el éxito. Es indudable que el decaimiento del cuerpo produce decaimiento en el ánimo; que la salud, el estado físico del individuo influirán notablemente en sus disposiciones para aprender. Aun suponiéndolo en las mejores condiciones físicas y de salud, no todos los momentos son igualmente propios para adquirir nuevos conocimientos.

Muchas circunstancias influyen aumentando o disminuyendo la facultad de apropiarse, de asimilarse las ideas. Todo trabajo intelectual supone un consumo de fuerza nerviosa más o menos considerable según la cantidad de esfuerzo o la duración del mismo.

8. *La semejanza o acuerdo*. No creo ir muy lejos ni hacer una comparación inexacta llamando a esta facultad la «fuerza de gravitación del mundo intelectual»...

«La más seductora y productiva de todas nuestras facultades intelectuales es la de la percepción de las semejanzas, que nos remonta de lo particular a lo general, nos hace reconocer la unidad en la variedad y dominar la multiplicidad de la naturaleza en vez de dejarnos dominar por ella» (Bain).

Bain, estudiando este punto, afirma que «los momentos propicios a la acumulación de los conocimientos por la memoria, a la formación de hábitos y adquisiciones nuevas son los del máximo de fuerza en reserva».

Se ha comprobado que la energía total del organismo está en su máximo en las primeras horas del día, mientras que baja a la noche, de donde se desprende que la mañana es el momento más adecuado para las adquisiciones intelectuales. Ese poder es considerable a las dos o tres horas de la primera comida, se sostiene por reposos frecuentes, disminuyendo gradualmente por su aplicación, hasta que el sueño permite descansar el cerebro y la formación en él de nuevo combustible para los gastos ulteriores.

De ahí la conveniencia en dedicar las primeras horas de cada período escolar a las materias que exigen mayor consumo de fuerza nerviosa; de ahí la necesidad de alternar las lecciones y ejercicios de manera que no se apliquen continuamente las mismas facultades en ellos; de ahí los intermedios de recreo, o descanso mental frecuente, que satisfaciendo la necesidad que tiene el niño de moverse, lo que es consecuencia de una ley de su naturaleza, disponen el cerebro a un nuevo esfuerzo más corto y de menos resultados cada vez, pero siempre mucho más considerable que el obtenido desobedeciendo esa ley de alternación frecuente, error que debe desaparecer de nuestras escuelas.

Se afirma que se pierde tiempo,⁹ no sabemos si por convicción o con algún otro móvil; pero por poco que se medite, los absurdos se imponen y la razón los rechaza.

Creemos innecesario demostrar que no en todas las estaciones es el mismo poder de asimilación. Todos sabemos que la fría es la más adecuada para ello.

Perfeccionamiento de la memoria. La memoria no es un mero receptáculo de conocimiento; es susceptible de aumentar y de perfeccionarse con el ejercicio.

Como es lógico suponer, el perfeccionamiento de la facultad retentiva se obtendrá de acuerdo con las leyes que la rigen.

Repetiremos en síntesis los principios generales más importantes a que debemos atenernos.

REGLAS PEDAGÓGICAS

1º *Para retener es necesario ante todo comprender.*

Primero hechos, ideas y después las palabras.

Antes de sentar un principio o estudiar un punto cualquiera, deben haberse hecho ejercicios preliminares que lleven más fácilmente a la comprensión o adquisición de la idea propuesta.

2º *El niño debe examinarlo todo con sus propias facultades,* debe ver, tocar, oír, oler, gustar, investigar por sí mismo por esfuerzo propio y solo ayudado por el maestro¹⁰ (intuición).

9. «En materia de educación, es preciso saber perder el tiempo.»

10. «Naturaleza y experiencia: estas son las dos palabras que representan el espíritu moderno» (Buchner).

El método ha de ser *sugerente*; no ha de decirse ni enseñarse lo que pueda descubrir el educando por sí solo.

Las explicaciones previas son insuficientes si el niño no ha descubierto por sí mismo las verdades.

Siempre que sea posible, *el estudio de una cosa se hará en la cosa misma* o en su defecto en su representación plástica, o en las láminas; cuando ninguno de estos medios esté al alcance del maestro, se valdrá de descripciones a las que procurará dar todo el colorido posible, haciendo resaltar las cualidades o ideas que especialmente se propone enseñar.

No debe perderse de vista el objeto primordial de la educación; preparar no para hoy, sino para mañana y pasado; educar, desenvolver aptitudes propias, habitar al futuro hombre a ilustrarse sin ayuda de terceros. Descartes decía que es necesario trabajar en descubrir las cosas ya descubiertas, en vez de absorber los conocimientos.

Se le decía a Newton que él era superior a todos los hombres. «No hay más diferencia que esta –contestó–, me he tomado el trabajo de ver las cosas yo mismo y he tenido la heroica paciencia de estudiar para revelarlas tales como son. Eso es todo, y por eso he logrado extraer algunas piedrecitas de ese océano inmenso de la verdad cuyas riberas son inaccesibles a la ciega rutina, y cuyas arenas de oro solo puede descubrirlas el humilde servidor de la Naturaleza.»

Señores: ahí debe tener el educador fija la vista. Afile el niño sus armas en la escuela, aprenda a esgrimirlas y arrójese solo, con valor y decisión a la lucha.

Continuemos con los principios a que obedece el perfeccionamiento de la memoria.

3º Debemos *ordenar gradualmente los conocimientos*, presentar prudentemente las dificultades, asociando y clasificando los conocimientos por las relaciones lógicas y científicas que los unen entre sí.

Empiécese siempre por los objetos más conocidos y al alcance del niño.

4º *Interésese* en lo posible *la sensibilidad*, hágase *agradable el estudio*, demuéstrese *la utilidad* y beneficios que reportará la noción adquirida y evítese preguntar: ¿para qué sirve esto, qué tiene que ver con lo demás?

5º Cuando una idea no se refleje completa, enlázese con otra que se retenga bien.

6º Llámese en ayuda de la memoria las demás facultades intelectuales.

7º Cuando se trate de *hechos o principios generales*, recuérdese que la *acumulación* de un gran número de ejemplos es indispensable para grabar aquellos en el espíritu.

Finalmente, al ofrecer el maestro el alimento y ejercicio que necesita la memoria para perfeccionarse, *ténganse presentes las demás facultades, de manera que siempre resulte algún provecho para la educación total.*

MEDIOS PARA DESARROLLAR Y ENRIQUECER LA MEMORIA

Explicación del maestro. Lecciones de memoria y tareas fuera de la escuela. Otros medios. Ejercicios. Es indiscutible la eficacia que en la instrucción como en

la educación tiene la *viva voz del maestro*, que da vivacidad y colorido a las imágenes quizá frías e ininteligibles; que amoldando su lenguaje al de los niños, sabe hablarles al corazón e inculcar en él los más puros principios, contestar claramente sus preguntas, encaminarlo más fácilmente a la verdad, proponiéndole problemas a resolver; y dejando siempre al niño algo que adivinar o completar, mereciendo así con justicia el nombre de *partero de la inteligencia*. «Solo cuando las miradas del maestro y del alumno se encuentran, cuando el alumno ve y oye al maestro, se despierta entre ellos aquella sutil e indefinible simpatía, que tanto influye en la vida intelectual del estudiante.»¹¹

La palabra oída con interés, discutida, razonada, se imprime en el cerebro infantil con más firmeza que la palabra leída, que es muda y sin vida.

Pero para esto necesita el maestro hacer un ejercicio continuo, vastos conocimientos y la facultad de tratar siempre con alguna novedad los temas que repita, evitando, así, la monotonía que acompaña a la rutina; necesita adivinar inmediatamente los puntos que no son bien comprendidos y tener el tino suficiente para no comunicar sino la cantidad que el alumno pueda asimilar.

No se pierde de vista que la exposición oral del preceptor tiene por objeto esencial aclarar los puntos dudosos o enseñar lo que el niño no puede aprender solo.

El maestro no debe nunca agotar el tema para que el niño no se habitúe a aprenderlo todo de sus labios, sino que sepa auxiliarse con los libros.

RECITACIONES DE MEMORIA Y ESTUDIO

Las *lecciones de memoria* estudiadas en casa por el alumno y que recitará en clase pueden tener por objeto:

1º Grabar más profundamente las nociones adquiridas en la lección oral anterior.

2º Preparar al alumno para la lección del día siguiente.

Mucho tino ha de tener el educador para elegir los textos generalmente sintéticos y abstractos y en forma de catecismo, lo que es muy perjudicial, pues se aprenden las respuestas que generalmente, contra lo que debiera ser, no envuelven la pregunta, de manera que olvidada esta, el niño no sabrá de que se trató.

La *recitación*, cuando es bien dirigida, obliga al alumno a prepararse, pues hablará delante de todos sus compañeros y procurará, por lo tanto, desempeñarse lo mejor posible; permite al maestro juzgar de los progresos de sus alumnos y explicar o ilustrar los puntos oscuros. A la vez que es un poderoso estímulo, presenta al maestro oportunidades para dar educación moral, de tanto más efecto cuanto más espontánea o incidental.

La recitación puede ser *literal* o de *sentido* únicamente.

El estudio por el *sentido* exige más concentración del pensamiento y es, como consecuencia, una verdadera gimnástica de la inteligencia.

El maestro ha de hacer todas las indicaciones necesarias para facilitarles el *estudio* en la escuela y enseñarles cómo han de prepararse en su casa.

11. Fitch.

Con respecto al primer punto, puede facilitarse haciendo previamente un resumen claro de la lección, o manteniendo sobre ella un diálogo catequístico, o efectuando cualquier otro ejercicio preparatorio.

En cuanto al segundo punto (la preparación en casa) les aconsejará: 1º que *lean atentamente toda la lección* que han de repetir para formarse un juicio claro de ella; 2º que procuren *distinguir* sus partes *ordenándolas* en la mente; 3º que aprendan bien las sentencias y finalmente repitan el conjunto en *alta voz* con la entonación natural y correspondiente a lo que reciten.¹² De esa manera no solo se evitarán las vacilaciones en la exposición, sino que la harán con exactitud, gracia, expresión, etcétera.

Corrección. Llegado el momento de la recitación, el maestro exigirá ante todo que el niño esté en una *postura elegante* y emplee maneras agradables; al interrogarlo debe indagar especialmente si el alumno ha comprendido bien la lección y *la expone en su propio lenguaje; si domina los puntos principales* y sabe distinguirlos de los incidentales o ilustrativos; en una palabra: indagará si llena los objetos de la recitación tratados más arriba.

Debe exigir que todos los alumnos atiendan y estén prontos a señalar los errores que se cometan. Ese es otro medio de estímulo, debiendo evitar el maestro hábil las animosidades y rencores a que puedan dar lugar las correcciones de los alumnos entre sí.

El preceptor procurará que todos los alumnos sean preguntados.¹³

Al corregir debe atenderse no solo al fondo de la exposición, sino a la forma.

Las *preguntas* serán *concisas* y no envolverán nunca la respuesta; pueden ser *sugerentes*, pero se adaptarán a la capacidad del niño y se sucederán en *orden lógico*.

Será conveniente variar en lo posible la forma de la pregunta para convenirse de que el alumno tiene conciencia de lo que dice; para enseñar papagayos es preferible enseñarles a sembrar papas, discúlpese esta vulgaridad. Por lo menos los beneficios serán mayores.

Han de estudiarse literalmente las definiciones, los principios generales, las clasificaciones, reglas, teoremas, citas de autores, modelos de lenguas y estilos, nombres propios, población, producciones, etcétera.¹⁴

Se estudiarán por el sentido especialmente: los hechos históricos, los puntos explicados y examinados en clase, los compendios o resúmenes de los mismos, así como sus aplicaciones a la vida práctica y a la resolución de cualquier problema, etcétera.¹⁵

12. Todo el mundo ha podido notar el cantito con que responden, especialmente las niñas, lo que podría evitar la maestra con un poquito de cuidado.

13. La esperanza de no ser interrogado será un aliciente que impulsará a la desaplicación y que hará, en consecuencia, más penoso el trabajo del maestro.

14. Lo que haya de estudiarse al pie de la letra deberá aprenderse muy bien para recitarlo sin vacilación alguna, porque de lo contrario no tardará en olvidarse y habremos perdido el tiempo. Aquí es aplicable especialmente la *ley de repetición*.

15. «Cuando lo que se desea que el alumno conserve y reproduzca son pensamientos, hechos o raciocinios, ha de procurarse que el alumno los repita con sus propias palabras» (Fitch).

No se den tareas que exijan mucho tiempo.

Creemos que una hora es un término medio conveniente¹⁶ para los niños hasta doce años.

Háganse frecuentes recapitulaciones orales y escritas.

Repásese siempre, relaciónese la lección presente con la anterior y la que le seguirá.

Ejercicios de memoria. La memoria llamada mecánica debe también cultivarse, haciéndoles recitar trozos aprendidos de memoria, primero en verso, pues la rima facilita la retentiva; alternese después con otros en prosa, pero siempre escogidos y que sirvan para encaminar al niño a lo verdadero, lo bello, lo bueno. Con estos ejercicios puede iniciarse al niño en el análisis literario.

El estudio de memoria hecho de esta manera enriquece el lenguaje, habitúa a la precisión y provee de materiales a la reflexión para toda la vida.

Invíteseles, como ejercicio en los ratos que llamaremos perdidos, a recordar lo que han visto por la calle, en su casa, etc. Escríbanse en el pizarrón nombres, frases, letras, cifras; dése el tiempo de verlas, bórrese inmediatamente y exíjase su repetición inmediata.

Refiéraseles un hecho y pídaseles que lo repitan todo o en parte. La habilidad del maestro sugerirá otros medios análogos.

Medios mnemónicos. También estos facilitan el recuerdo; son múltiples y entre ellos podemos considerar las fórmulas, las reglas en verso, ciertos signos convencionales sujetos al capricho, etcétera.

Y bien, señores, habéis tenido la paciencia de escucharme hasta aquí y no tengo el derecho de abusar de vuestra amabilidad. Voy a concluir.

Abuso de la memoria. He procurado presentar ligeramente y de la mejor manera posible las leyes esenciales que rigen el desenvolvimiento de la memoria, y las reglas que ha de tener presente el maestro al respecto.

Téngase en cuenta el estudio que acabamos de hacer, y dígase imparcialmente si aquellas leyes y reglas son observadas siempre en nuestras escuelas.

Como ya hemos demostrado, dos memorias pueden ejercitarse, la de los hechos e ideas y la de la palabra mecánica.

Ambas merecen nuestra atención, ambas son importantes y necesarias.

Hemos indicado ya qué cosas se confiarán a la memoria mecánica (previa comprensión) y cuáles otras se aprenderán por el sentido.

Pero de cualquier manera es preferible siempre conservar la esencia, la idea, el sentido de las cosas, antes que la palabra de una manera mecánica.

De acuerdo con las leyes citadas, procuremos ante todo que el niño se apropie la idea y que después trate de expresarla; corriamos su expresión, pulamos sí, su lenguaje, pero no lo obliguemos a sujetarse siempre a una fórmula exclusiva y para él incomprensible.¹⁷

16. En el último congreso pedagógico celebrado en Bélgica (septiembre de 1885) se trató la cuestión de los deberes en casa y se arribó a este resultado: «La extensión de las tareas estará en relación con las aptitudes de los alumnos: en general, la duración de los deberes no debe pasar de una hora. La corrección debe hacerse cuidadosamente, por el alumno mismo bajo la dirección del institutor».

17. «En todo procedimiento de enseñanza se debe procurar percepción completa, inteligencia distinta, expresión clara, y, cuando sea posible, pasar del pensamiento a la acción» (Johonnot).

Sin embargo, obsérvense nuestras escuelas y se verá que la mayoría de los maestros se afanan por amontonar palabras en el cerebro infantil, sin considerar que de esa manera, lejos de desenvolver sus facultades, se consigue reducir su potencia, retrasar su cultura y especialmente la cultura del juicio y raciocinio cuya importancia decisiva en la enseñanza no es necesario discutir.

Y ese estudio al pie de la letra, ese aprendizaje lorístico (que tanto trabajo ahorra al maestro) se hace extensivo a todas las ramas, aun a las que menos debiera aplicarse el estudio literal.

El estudio de la *historia*, que es el de la vida humana, contribuye notablemente a la formación del carácter, por el entusiasmo y deseo de imitar que inspiran siempre las grandes acciones de que está llena la humanidad.¹⁸

El nombre solo de San Martín o Belgrano debiera electrizar a todo argentino puro, arrancar a su corazón un latido espontáneo, hacer correr por su sangre ese ardor inexplicable que responde a un sentimiento de admiración, de respeto, de gratitud. Esos nombres y sus hazañas se pronuncian y refieren en la escuela en el mismo tono, con la misma inflexión de voz, sin que nadie sienta vibrar la fibra del amor patrio, con que se pronuncian los nombres y se refieren los hechos de Vespucio o Mendoza, la destrucción de Sancti Spiritu o el descuartizamiento de Tupac Amaru; ¡quizás entre gritos destemplados del maestro, provocados por la desatención de los niños!

La historia se aprende al pie de la letra como se aprende que «[una] línea recta es la menor distancia entre dos puntos».

Se reduce generalmente la enseñanza a poner en manos de los niños cualquiera de los desabridos, áridos y descarnados textos que llenan las escuelas y señalarles una lección que repiten de memoria; una que otra *explicación* ceñida al texto, pero casi nunca narraciones o lecturas sobre hechos notables, sobre las costumbres, género de vida, anécdotas sugerentes, etc., que es precisamente lo que hace verdaderamente interesante la historia.

¿A qué indagar las causas que originaron un hecho? ¿A qué ejercitar la propia reflexión del alumno? ¿A qué seguir en el mapa el desenvolvimiento de los sucesos? ¡Todo eso es perder tiempo!

Algo análogo pasa con la *geografía*. No hay diferencia entre la *física*, la *descriptiva* y la *política*. Las tres se aprenden de memoria.

Obsérvense lo que sucede con la *gramática*. Es una de las ramas en la que se obtienen peores resultados. ¿Por qué? Porque también hay que ceñirse al texto; empezamos por definir las palabras o partes del discurso, en vez de empezar por el análisis de la sentencia y basar en ese análisis toda la enseñanza.

¿Quién no sabe que hasta las llamadas *lecciones sobre objetos*, precisamente la rama cuyo fin primordial es educar las facultades empezando por las de observación, y habituar al niño a expresar por sí solo sus ideas; quién no sabe, decimos, que se las hacen *aprender* al pie de la letra?

¿A cuántos maestros hemos oído preguntas de esta naturaleza dirigidas a niños de la escuela infantil?: «A ver, hijito, ¿qué es maleabilidad?, ¿qué es figurabilidad?, *decí* los colores primarios...».

18. «La historia hace del joven un anciano sin arrugas y sin canas, comunicándole toda la experiencia de la edad madura sin las enfermedades e inconvenientes que acarrea» (Fuller).

Tal vez les presentéis un cubo y lo confundan con el cuadrado, la esfera con la circunferencia. Si al afirmar que el hierro es *opaco*, y la esponja *porosa*, les preguntáis con qué sentido aprecian esas cualidades, permanecerán tal vez mudos; si después de haber oído los nombres de una docena de lagunas o ríos les pedís que os señalen el Plata o la Iberá, quizá coloquen el puntero sobre el Amazonas o el Nahuel Huapi; pero eso ¿qué importa?

Ellos (de 1º y 2º grado ¡eh!), ellos saben que «el *sentimiento* es una facultad del alma», que «el gusto *transmite al cerebro la sensación* agradable o desagradable que ha recibido al tomar los alimentos»,¹⁹ saben lo que es *figurabilidad*; lo han *aprendido* bien y sabrán repetirlo el día del examen dejando satisfechos a los padres y quizá con la boca abierta a algunos miembros del consejo escolar.

Eso basta, y a fe que tienen razón.

¡Un niño de cinco, seis o siete años definiendo abstracciones!

Indudablemente, la educación avanza a paso de gigante y no será extraño que mañana en primer grado se estudie metafísica.

Creemos innecesario extendernos en más consideraciones sobre cada una de las ramas y el abuso que en ellas se hace de la memoria. El refrán es trivial pero verdadero: para muestra...

Señoritas, señores:

Que este corto trabajo sea el primero de la serie que emprenda este año la «Asociación de Maestros» para ilustración mutua.

Que la unión sincera de todos sus miembros, su elevación de miras e independencia de carácter, tiendan siempre a dignificar el magisterio, anhelo constante de los que aman de veras la causa de la educación, que es la de la libertad.

Olvidemos la desidia de las autoridades y la ingratitud de los padres, y si nuestro corazón obedece aún a los impulsos nobles del alma humana, recordemos tan solo a la patria cuyo porvenir está en nuestras manos, y que nos pedirá estrecha cuenta de la educación que demos a sus hijos.

He dicho.

NOTA DE LA COMISIÓN

Esta conferencia ha sido reproducida en la revista *Sarmiento* de Rosario, provincia de Santa Fe, en el número del 15 de enero de 1927, precedida de la siguiente nota:

«Nos resulta grato ofrecer a nuestros lectores algo así como un retrato intelectual del Pizzurno de 20 años. Nos referimos a la conferencia que sobre “La memoria, su cultivo y sus relaciones con la instrucción general” dio en Buenos Aires el 9 de mayo de 1886 el querido maestro. Ella fue publicada en la *Revista de la Asociación de Maestros*, publicación revolucionaria que él dirigía y que se caracterizaba por su espíritu combativo y renovador.

19. No quitamos ni ponemos una coma; son las palabras de un texto muy usado que pudiendo haber sido útil, es sumamente perjudicial.

»Hace más de cuarenta años que Pizzurno repetía con llaneza, como verdades comunes entre los maestros estudiosos, los principios y las normas esenciales para enseñar racionalmente a los niños, desarrollando sus aptitudes: principios y normas no aplicados todavía en numerosas escuelas. No se hablaba entonces de laboratorios de psicología, ni se denominaban *tests* las experiencias hechas por los maestros de buen sentido; pero, como podrá verse, aún no hemos agregado nada concretamente utilizable a lo que Pizzurno presentaba como fruto del saber universal en materia de psicología y pedagogía.

»La lectura del trabajo de Pizzurno será una sorpresa para los jóvenes que creen en las afirmaciones de algunos “paidotecnólogos” sin cepillar, sobre la novedad de la enseñanza según los centros de interés o mediante la espontánea educación de los sentidos.

»Hace más de cuarenta años se propagaba en Buenos Aires la casi totalidad de las mejores reglas para la enseñanza, y se hacía como simple tarea de difusión. Conviene repetir lo que antecede, porque no falta quienes se jactan de haber descubierto por tercera o cuarta vez la América.

»Finalmente cabe observar la exactitud del refrán que se refiere a la inmutabilidad del genio y la figura. Hace más de ocho lustros, Pizzurno ya se caracterizaba por el buen humor, por el buen sentido y por la elevación de miras.

»Estimamos servir bien a nuestros lectores dándoles el importante trabajo a que nos referimos y advirtiéndoles que ha sido revisado por el autor sin que haya considerado necesario quitarle ni ponerle nada» (de la revista *Sarmiento* de Rosario).

Reformas escolares

Conferencia leída frente a maestros y maestras que asistieron a una asamblea organizada por la Asociación de Maestros, la Asociación Nacional de Educación y el Centro Unión Normalista

4 de septiembre de 1886

NOTA DE LA COMISIÓN

Así como hoy rige en las escuelas de Buenos Aires un horario escasísimo con la agravante de que las vacaciones son demasiado largas, hace medio siglo ocurría lo contrario. El señor Pizzurno en múltiples ocasiones se había ocupado de la afligente situación de los niños en las escuelas. Entre otros, en dos de sus escritos publicados bajo el sugerente título «¡Pobres criaturas!», en 1885, llamaba seriamente la atención del pueblo, los maestros y las autoridades. Insistiendo en su propaganda, al año siguiente, en septiembre de 1886 –hace casi medio siglo– convocó la asamblea de las tres asociaciones a que alude este trabajo que reproducimos. En esta como en otra conferencia dada pocos meses antes y que también reproducimos (véase «Algunos defectos de nuestra educación», p. 244), así como la celebrada el año anterior, en abril de 1885 (véase «Idea general de la educación que se da en nuestras escuelas», p. 240) el entonces joven educador puso en evidencia, con ruda franqueza, las fallas que deseaba corregir y tuvo la satisfacción de ser atendido.

La asamblea, que fue muy numerosa, de acuerdo con las ideas expuestas por el conferenciante, resolvió dirigir una nota al Consejo Nacional de Educación solicitando la reforma, confiándose la redacción al mismo señor Pizzurno. El Consejo no fue sordo a la bien fundada petición y acordó reducir a cinco horas las clases diarias, dando medio asueto un día a la semana y disponiendo que se alternaran las lecciones con los recreos y ejercicios gimnásticos con más frecuencia que lo que era habitual, como se verá leyendo este trabajo.

Si no se aplican todos los cuidados al desarrollo del hombre en los primeros grados de su vida, dificultase para más tarde la marcha de la educación.

FRIEDRICH FROEBEL²⁰

No se desatenderán las necesidades del cuerpo estimándolas en poco, porque lo que se descuida en la juventud no es posible readquirirlo en la edad madura.

F.H.C. SCHWARZ²¹

Lo que eran los cabellos a Sansón, es el ejercicio al común de los hombres.

La inteligencia solo es robusta con tal que el cuerpo lo sea.

JAMES WICKERSHAM²²

Ningún institutor debe dar principio a su tarea hasta que el estudio y la investigación lo hayan familiarizado con las leyes de la fisiología y la higiene.

JAMES JOHONNOT²³

TEMARIO

Necesidad de reducir a cinco horas el día escolar. - Necesidad de hacer obligatoria en las escuelas de la Capital la alternación frecuente de los ejercicios mentales y corporales.

HE AHÍ LAS DOS CUESTIONES QUE REÚNEN en este momento a los maestros y maestras de la Capital, por invitación de la Asociación de Maestros, la Asociación Nacional de Educación y el Centro Unión Normalista que presiden respectivamente el doctor J.M. Lársen, doctor J.B. Zubiaur y señor Eleodoro Suárez. De la solución de esos puntos dependerá un gran paso dado en la vía de nuestro mejoramiento educacional.

Es el deseo de contribuir a demostrar la urgencia de esta importante reforma lo que me decide a ocupar la atención de tan distinguido auditorio.

20. FROEBEL, Friedrich, *La educación del hombre*.

21. SCHWARZ, Fredrick Heinrich Christian, *Pedagogía o tratado completo de educación y enseñanza: pedagogía aplicada*.

22. WICKERSHAM, James, *Economía de las escuelas*.

23. JOHONNOT, James, *Principios y prácticas de la enseñanza*.

CONDICIONES ACTUALES DE LAS ESCUELAS DE LA CAPITAL

Considero innecesario extenderme en consideraciones para demostrar la relación íntima entre el cuerpo y el espíritu, la influencia que ejercen recíprocamente el uno sobre el otro y las consecuencias que de ello se desprenden, relacionadas con el fin de la educación: acercar al hombre al perfeccionamiento completo, considerándolo como un todo único y no como un todo divisible en aquellas dos partes susceptibles de educarse la una con prescindencia de la otra:²⁴ esta prescindencia importaría siempre un perjuicio para la educación total.

La salud y la fortaleza del cuerpo son la base de la educación intelectual y moral.

«Con razón se ha dicho que el hombre ante todo es un animal y que el principal requisito de éxito en la vida es ser un buen animal.»

Todo esto es una verdad incontestable que se viene repitiendo siglos atrás, pero es también una verdad incontestable que no se recuerda siempre por los que debieran aplicarla en la práctica. La armonía en el desarrollo no existe en nuestras escuelas.

La mala organización de las escuelas argentinas (hablamos en general) y los malos resultados que se obtienen y que *en parte* pueden apreciarse a fin de año, son dos hechos innegables a pesar del mucho ruido, de los muchos elogios que se hacen sobre el éxito inmejorable de casi todas en general y de cada una de ellas en particular.

A juzgar por las clasificaciones que se ponen, esos aplausos son justificados, pero...

No se nos objete que estas aprobaciones o esos elogios son esencialmente *populares*, son del público no inteligente o *no entendido*. No: esos encomios son tributados y esa satisfacción es experimentada por la *gran mayoría* y en ella incluimos a la *pequeña mayoría* de personas inteligentes e instruidas, tal vez con profundos conocimientos en otras cosas, pero con poquitos o ninguno en materia escolar.

El grave mal, la causa de todo es que vemos el hoy y no vemos el mañana: más adelante quedará mejor explicada esta aserción.

Precisemos los hechos sobre el punto de que vamos a ocuparnos.

El día escolar es de seis horas: comienza a las 10 a.m. y termina a las 16.

Durante esas seis horas se dan: en unas escuelas dos descansos de media hora; el primero generalmente de 12 a 12:30 y el segundo de 14 a 14:30. En estas, pues, el niño permanece sin salir al patio dos horas y dos horas y media.

Debemos advertir que en la clase no se acostumbra dar descanso, ni dejar a los niños conversar un rato libremente al fin de cada lección. Estas escuelas son las menos malas, pero también las más escasas.

No tomamos en cuenta las escuelas en que está implantado el sistema de alternar cada 50 minutos de lección con diez de recreo en el patio, porque esas forman un número reducidísimo. Continuamos.

En otra hay un descanso de una hora continua a mediodía: la permanencia en la clase es, pues, dos y tres horas o dos y media en cada sesión.

24. No se entienda que negamos la conveniencia de estimular *en lo posible* las inclinaciones de cada niño.

En otras hay *tan solo un intermedio de media hora*, hacia la mitad del día escolar. El resto del tiempo se pasa en los bancos; dos horas y media y tres horas.

Está de más agregar aquí que este horario comprende tanto a los alumnos de los grados superiores como a los de los infantiles, es decir, al niño de cinco a seis años como al de trece, catorce y quince. En honor de la verdad debemos declarar, no obstante, que sabemos de una que otra escuela en las que se hace una diferencia con los grados infantiles (primero y segundo), dándoles dos recreos en vez de uno.

Finalmente, examinando otros horarios encontramos establecida la división de que nos ocupamos en primer lugar (dos recreos); pero hacemos averiguaciones y se nos informa que eso está en el horario escrito, pero que no se cumple sino en la última forma indicada (media hora), la peor de todas.

Esas intermisiones, no nos atrevemos a llamarlas otra vez descansos, se pasan en no pocas escuelas, de pie y formados, de lo que puede convencerse el que quiera; en otras solo se permite a los niños que paseen y hasta se llega a obligarlos a que lo hagan de a dos, como hemos manifestado ya en otra oportunidad; finalmente, en unas terceras se los deja saltar, correr, gritar con entera libertad durante 50 o 60 minutos, después de los cuales se continúa inmediatamente el trabajo mental.

En cuanto a la *gimnástica*, se hace *una vez por semana* o dos a lo sumo, si es que no sucede lo que en algunas parroquias donde, según se nos informa, pasa el profesor meses sin asistir a la escuela y, en consecuencia, allí no se ejercitan los músculos.

En clase pocas veces se acostumbra a hacer que los niños se pongan de pie, sea para leer, recitar o cualquier otro ejercicio que pueda hacerse en esa posición. Por lo tanto, el niño permanece cinco horas encajonado entre el banco, cuyas condiciones higiénicas son muy poco satisfactorias por cierto.

Con respecto al *alimento*, es sabido que la mayoría de los escolares van mal alimentados, si es que puede considerarse almuerzo una taza de café y pan, a veces leche y cuando más un bife, un churrasco, u otra comida insuficiente en calidad o en cantidad o en ambas cosas a la vez. Con ese alimento y además un bizcocho, un pedazo de pan o una naranja que se lleva a la escuela, lo pasa el alumno de 10 a 16, cuando no hasta las 17 o 18 horas, debido a una penitencia, o a que en su casa se lo obliga a esperar la hora de la comida, sobre todo en las clases obreras y pobres que no son las menos numerosas.

¿Y si agregáramos que en algunas escuelas cuesta lo que vulgarmente se dice «un triunfo» conseguir de los directores permiso para que los niños o niñas lleven o se hagan llevar un alimento nutritivo como leche o huevos para tomar a mediodía durante el recreo? Si no lo afirmáramos entre personas que lo saben tanto como nosotros se diría que exageramos.

Por su parte los maestros, especialmente los subalternos, están casi todos sujetos al mismo régimen.

Y bien, señores, hasta ahora no he hecho sino citar los hechos sin alterarlos en lo más mínimo, dejando quizá mucho que decir.

¿Que esto es horrible, antinatural, antipedagógico, antisocial? Será todo eso, será hasta antediluviano si se quiere, pero... así es, y ya que alguien protesta, desafiamos sin vanidad alguna, y muy a pesar nuestro, a que se nos demuestre lo contrario.

Estudemos ahora ligeramente cuáles son las necesidades de la infancia con

respecto a algunos de estos puntos, y comparando lo que se hace con lo que debe hacerse, desprenderemos las consecuencias que han de guiarnos en la práctica.

EL MOVIMIENTO, LOS JUEGOS Y LA AMENIDAD

Los niños se mueven y gesticulan por la sola necesidad del movimiento y por la satisfacción de esa necesidad en cierta manera animal, como el gatito que juega con una pelota.

PAUL ROUSSELOT

El movimiento es una ley en el niño, y como ley, necesaria.

Privarlo de él es violentar su naturaleza, y esto no puede hacerse impunemente o sin perjuicio para su salud corporal y espiritual.

Citaré las palabras de los primeros autores que me vienen a la mano, pues la precipitación con que preparé este trabajito no me ha permitido buscar mayores datos.

Estas citas no responden a la manía de lucir erudición que no siempre se tiene; ¿quién no sabe que habiendo estudiado un poco, teniendo otro poco de sensatez y tino, bastará con tomar los índices de los tratados para encontrar enseguida la cita que se desea? No se nos atribuyan, por consiguiente, pretensiones que no tenemos. No reproduzco tampoco las palabras ajenas más autorizadas que la nuestra, porque crea necesario o indispensable la cita de autores en un asunto para cuya solución debiera bastar el sentido común de las personas. Es otro el móvil: contestar con mayor autoridad las objeciones que presentan los que enseñan y la sonrisa de duda que hemos notado más de una vez en algunos labios cuando se afirma que los pedagogos y pedagogistas más notables no tienen dos opiniones respecto a la ley de alternación frecuente de los ejercicios mentales con los físicos y los juegos.

«Los niños no deben permanecer mucho tiempo sentados y mucho menos inmóviles; la naturaleza misma los impulsa a moverse, a cambiar de posición; no ha pasado media hora y ya el reposo mismo viene a ser para ellos una fatiga; el cambio de ejercicio los alivia y es útil que sucesivamente se los tenga, ya levantados, ya sentados, ya marchando, o bien moviendo los brazos, las manos y la cabeza... Regla general: hacer que sucesivamente alternen el movimiento y el reposo, los diversos géneros de movimiento, las diversas actitudes durante la clase; no dejar que ningún estado se prolongue más de media hora y hacerlos cesar desde el momento que el niño se sienta fatigado.»²⁵

El juego es la gran ocupación de la infancia, «es la naturaleza que habla», como dice Montaigne; el niño pone en juego su energía física, su naciente espíritu de observación, de atención, de invención, de amor propio; satisface también su necesidad de acción, y las primeras exigencias de su pensamiento, de su voluntad. El carácter se dibuja, las tendencias se manifiestan (circunstancia que aprovecha el buen maestro para conocer a sus alumnos).

«No pongáis –como afirma Fenelón– todo el fastidio de un lado y todo el placer del otro, todo el fastidio en el estudio, todo el placer en las diversiones; haced,

25. DE GERANDO, Joseph-Marie, *Lecciones de pedagogía*.

si es posible, agradable el estudio, al menos interesante; si a veces fuera imposible disimular su aridez, dejad esas tiernas inteligencias en libertad de tiempo en tiempo; abrid vosotros mismos las puertas al placer bajo la forma de recreos, juegos, entretenimientos.»²⁶

«Deber vuestro es hacer agradable la educación. No hay para qué estar siempre hablando de los deberes. No conozco deber más importante de los maestros que el de hacer agradable la escuela.»²⁷

«Los juegos son una fuente abundante de alegría y felicidad para el niño. Privarlo de los juegos sería arrebatarle el tesoro más precioso de la juventud: sería, no titubeamos en decirlo, educarlo haciendo de él un murmurador, un misántropo; sería robarle a su edad madura esos risueños recuerdos de la infancia, que son a menudo el más dulce consuelo en las amarguras de la vida.»²⁸

«La sustitución del juego al trabajo ofrece la doble ventaja del ejercicio de los músculos y de una reacción agradable.»²⁹

«Los institutores podrán y deberán, según el orden más racional, alternar con la mayor igualdad posible los estudios y los juegos.»³⁰

«En una escuela primaria o infantil, los niños no deben estar en la clase más de media hora a tres cuartos de hora consecutivos. La duración del día escolar constará de cinco a seis horas; pero los períodos de estudio se alternarán con los períodos de juego.»³¹

«El recreo no es menos importante que el estudio; y la apropiada disposición de los descansos es una de las tareas más delicadas del maestro. Los descansos de a diez minutos *en cada mitad* del día escolar dan los mejores resultados. De ese modo se ventila enteramente la sala de clases cada hora; los discípulos no se fatigan y se sostienen en disposición de trabajar con empeño. No se pierde tiempo sino que se gana.»³²

Creemos conveniente observar que estas palabras se refieren a escuelas de Estados Unidos en las que el día escolar se divide en dos sesiones, una por la mañana y otra por la tarde, saliendo el alumno para ir a almorzar a su casa; resulta, pues, que sin contar ese gran descanso, tienen los alumnos otros cuatro, dos en cada período de dos y media a tres horas.

Como se ve, lo que nosotros pedimos para Buenos Aires es mucho menos que eso.

DESVENTAJAS DE LOS ACTUALES HORARIOS

Y bien, señores; si todo esto es verdad; si todo esto es justo; ¿qué debemos decir de nuestras escuelas? ¿Nos explicaremos ahora los pésimos resultados que se obtienen?

26. ROUSSELOT, Paul, *Cours de Pedagogie*.

27. Tomás A. Hendriks.

28. BRAUN, Thomas, *Cours complet de Pedagogie*.

29. BAIN, Alexander, *La Science de l'éducation*.

30. RENDU, Ambroise, *Cours de Pedagogie*.

31. WICKERSHAM, J., *op. cit.*

32. BALDWIN, Joseph, *Dirección de las escuelas*.

Nuestras escuelas matan a la generación que en ellas se forma.

El niño tiene hambre del movimiento y se lo ata; sus pulmones necesitan aire, sol, y se le niega; quiere hablar, reír, y se le cosen los labios; necesita alimento, y se le da escaso o no puede tomarlo cuando lo necesita; tantas contrariedades producen su efecto y entonces se subleva.

Eso es natural, tiene que suceder inevitablemente.

Pero el niño no debe sublevarse contra el maestro y este sabe que debe disciplinarlo, y en efecto suele conseguirlo. Es cierto que a costa del amor que deben profesarle sus discípulos, amor que quién sabe por qué aberración o capricho, todos dicen que es el fundamento de la educación y lo primero que el preceptor debe atraerse; es cierto que cuando se entra a sus clases, *se oye volar una mosca*; que los niños *miran* a la cara ya aborrecida del maestro; pero ¿es esa la disciplina, señores enseñantes? Ese es el respeto, la obediencia, el silencio, la atención del miedo, la quietud forzada de la antigua palmeta trasformada en horas, líneas, planas, verbos y aún en no pocos casos el puntero, una regla, la palmeta de carne o palma de la mano que se aplica con frecuencia a la mejilla del niño, haciendo asomar en ella, no el rubor de la vergüenza, del arrepentimiento, sino el color que produce el golpe, el rubor de la indignación y del odio, consecuencia inevitable de la humillación que le hace sufrir.

¡Oh! ¡Si cuando se le da la primera bofetada, tuviera ese niño la fuerza de un hombre!

¡Qué respuesta tan merecida recibiría ese que pretende llamarse maestro, ese que quiere llamarse educador! ¿Son esos hombres los que han de formar al futuro padre y ciudadano? ¿Y cómo? ¿Pisoteando su dignidad, haciéndole perder la vergüenza?

¿Dónde tenéis vosotros la conciencia y la dignidad? ¿Dónde tenéis el corazón...? ¡Fabricantes de autómatas!

Perdonadme, señores, esta digresión y esta dureza; he escrito al dictado de algo que me habla muy alto cuando pienso en los niños.

Si no es un bofetón o un reglazo, será un tirón de orejas o de cabellos, un pellizco, un empujón o algunas horas de rodillas sobre la mesa acompañado todo con palabras o epítetos sangrientos y denigrantes. No es la palmeta, pero tanto da. El efecto es siempre el mismo: el amor propio, la emulación que es su consecuencia, el respeto, todo se pisotea, se arrastra por el suelo.

Continúo.

Con la larga permanencia en clase, por muy hábil que sea el maestro, la atención cuyo carácter general en los niños es ser corta y variable, tiene que decaer aun a pesar de la alternación de las distintas ramas de enseñanza que ponen en actividad diversas facultades. Y sin atención nada se aprovecha.

«Si el alma no se detiene con energía sobre los hechos externos, no haciendo más que tocarlos ligeramente y conducirlos apenas al umbral del pensamiento, este los rechaza prontamente sin conservar su impresión.»³³

«En Prusia y en Sajonia lo mismo que en Escocia, la facultad de llamar y obtener la atención de una clase es considerada como el *sine qua non* entre las cali-

33. GERUSEZ, Eugène, *Nuevo curso de filosofía para uso de los colegios*.

ficaciones exigidas de un preceptor. Si no tiene talento, habilidad o ingenio para contar anécdotas o destreza suficiente para despertar o retener su atención durante el período ordinario de una recitación, se supone que ha errado su vocación; pronto recibirá una insinuación muy significativa sobre la conveniencia de cambiar de profesión.»³⁴

Si en Buenos Aires pasara lo mismo, ¡cuántas insinuaciones de ese género tendrían que hacer los inspectores!

Se exige de los niños lo que no pueden dar y los resultados tienen que ser negativos.

La tensión excesiva del cerebro en un mismo sentido produce el cansancio y disminuye su facultad asimilativa; solo se obtiene una atención externa incompleta, *pariente del sueño, vecina de la muerte*.

Es la molestia de la inacción corporal, es el fastidio, el aburrimiento de la clase, lo que hace pensar al niño constantemente en el juego. Se le escatima y por eso tan solo en él piensa, desatendiendo sus deberes, y eso es lógico y natural: el hambriento olvida todo para pensar tan solo en el alimento que necesita.

Yo creo que el niño se aburre desde que empieza la clase por lo mismo que sabe que estará dos y media o tres horas sin moverse del banco, y ya mal predisuesto desatiende o *atiende sin atender*, automáticamente o a la fuerza, por temor a la penitencia.

Desde las 12 en adelante, ya el alumno empieza a mostrarse fatigado y el mismo maestro siente la necesidad del descanso. Viene entonces el recreo de una hora o de media; en unas escuelas, ya lo hemos manifestado, se los deja jugar libremente; en otras apenas pueden caminar sin agruparse, conversando en voz baja, o se los mantiene parados en fila.

Conocemos escuelas graduadas de varones donde esto último se hace, por increíble que parezca.

Los que han tenido una hora de recreo consecutivo, al finalizar esta están no ya cansados, sino fatigadísimos, jadeantes y con una excitación o anormalidad tal que necesitan no poco tiempo para reponerse, y ese tiempo también es perdido.

En las primeras, es decir, en las que se los deja en mayor o menor libertad, se conseguirá disponer al alumno a un nuevo esfuerzo intelectual, pero corto; y como no hay un nuevo recreo y como la amenidad en la enseñanza casi no existe, las últimas lecciones son perdidas porque tanto ellos como el maestro, rendidos ya, han perdido: el primero, el gusto de explicar o dirigir la lección, haciéndolo pues, torpemente; y los segundos pierden a su vez todo interés, y entonces se promueve naturalmente el desorden y las penitencias como consecuencia de la mayor predisposición del maestro a irritarse, y de los alumnos a moverse, hablar, jugar, desobedecer.

La mitad de la clase se quedará encarcelada una o dos horas después de las cuatro, respirando siempre esa atmósfera deletérea, odiosa, que concluirá por corromperse del todo.

Si se mantienen en silencio o inmóviles como pasa en algunas escuelas, la des-

34. Horace Mann.

ventaja no es menor, porque esa quietud y sumisión aparente es la quietud y sumisión del esclavo que no puede levantarse del suelo porque el látigo lo amenaza.

El embrutecimiento moral, intelectual³⁵ y físico es el resultado general de esa organización.

¿Exageramos, señores, o dejamos aún mucho que decir?

Berra, en *La salud y la escuela*, libro que debieran leer todos los maestros, escribe: «La insuficiencia de reposo se traduce en estos hechos antipedagógicos: pérdida de fuerzas mentales; pérdida de tiempo; desorden diario; origen de malos hábitos; relaciones anormales entre maestros y alumnos; inconvenientes para la autoridad de los primeros, para la disciplina de la escuela y para los sentimientos morales del alumno; en suma: mal para la instrucción y para la educación mental». ³⁶ Enseguida demuestra cómo los actuales horarios conspiran también contra la educación física, «comprometiendo el fin instructivo y el fin educativo en toda su integridad».

Téngase además en cuenta la pésima alimentación de los niños, lo que para nadie es un misterio, y la urgencia de la reforma que pedimos resaltará más aun.

El pedagogo arriba citado reproduce las siguientes palabras del higienista Guillaume, considerándolas como verdad incontestable:

«He notado a menudo y a medida que avanza la hora y que el hambre comienza a atormentar el estómago que los niños se hacen de más en más irritables, merced al empobrecimiento de la sangre y a la necesidad de renovarla por la alimentación. El institutor mismo es presa de estos síntomas de fatiga y agotamiento. La cháchara y el ruido tan considerables de mañana se apagan por grados hasta que se aproxima el mediodía en que prevalecen un sombrío silencio y una languidez general. La facultad de observación se perturba en los alumnos y aun la memoria rehúsa sus funciones.

»Largos bostezos le alargan el rostro; un aire de atontamiento famélico sucede a la fisonomía inteligente y animada de las primeras horas. Se pierden las últimas lecciones: *vientre hambriento carece de orejas*, dice el fabulista, y sobre todo el vientre de escolar. La fuerza de concepción que todavía les queda es completamente empleada en esperar con una impaciencia febril el momento deseado, y en contar ansiosamente las medias horas y los cuartos que se suceden en el reloj de la vecindad. Cada uno conserva el recuerdo de horas semejantes transcurridas en su vida». ³⁷

Los maestros mismos sufren las consecuencias de la mala alimentación.

Exceptuamos a los que entendiendo un poco más las conveniencias propias tienen establecido un solo recreo, durante el cual ellos almuerzan, reparando así sus fuerzas. Hay mucha diferencia entre comer *como quiera*, sin ganas y a las 9, y comer cuando hay necesidad verdadera de hacerlo, hacia el mediodía.

Los maestros necesitan comer a esa hora, no lo negamos; pero los alumnos, ¿para qué, si son chicos y no tienen necesidades tan pronunciadas?

Por otra parte, que también se alimentan, y muy bien por supuesto; imasas,

35. «La consagración exclusiva a las ocupaciones intelectuales, abandonando completamente las físicas, reducirá a su mínimo las facultades físicas, y por medio de la reacción disminuirán también las facultades intelectuales» (JOHONNOT, *op. cit.*).

36. *La salud y la escuela*, p. 132.

37. BERRA, Francisco, *op. cit.*, p. 86.

frutas, dulces, pan! ¿Acaso se necesita otra clase de alimento a esa edad? ¡Con eso y el *desayuno* de la mañana debe bastarles...!

¿Será por eso que algunos maestros o maestras se oponen a que el alumno lleve alimentos a la escuela, o solo les permiten bizcochos, pan, y no huevos, leche o queso?

Otro error de los actuales horarios, error que hemos apuntado ya: *todos los niños son considerados en igualdad de condiciones*, el de la escuela infantil como el de la superior, es decir el que tiene cinco o seis años como el que tiene trece y catorce y sin embargo es un axioma, como dice el doctor Barnard y como lo dice todo el mundo, que «cuanto más pequeños sean los niños, más necesidad habrá de alternar las horas de recreo y estudio. Por regla general, los niños de seis a ocho años no deben ser retenidos más de media hora en el asiento.

»En las escuelas primarias o en las no graduadas compuestas de alumnos menores de diez años, la tercera parte, si no la mitad del día escolar, debe dedicarse al juego. Todas las escuelas deben dedicar un tiempo considerable al mismo fin». ³⁸

Ahora bien; si la tercera parte del día escolar ha de dedicarse a juegos para los niños hasta diez años, no es mucho pedir para los de diez a trece o catorce años una hora y media en un día escolar de seis horas y si estas seis horas (mínimo) de permanencia en la escuela son excesivas para los niños mayores, considérese si seríamos exagerados pidiendo se redujeran a cuatro para la escuela infantil.

Considérese además que la mayoría de los alumnos la constituyen los niños menores de diez años y se verá hasta dónde es absurda y criminal la organización escolar presente.

VENTAJAS DE LA REFORMA

Por el contrario, acortando el día escolar siquiera una hora y destinando más tiempo a los juegos y ejercicios gimnásticos, todas aquellas desventajas desaparecen en parte y la escuela deja de ser una casa odiosa, a la cual asiste el pobre niño porque lo obliga a acudir y porque ya es difícil hacer «la rabona».

Alternando con frecuencia el trabajo mental con los descansos, jugando a su gusto diez minutos por cada 50 de clase, al aire libre bajo la vigilancia y aun con la participación del maestro, el desequilibrio no es tan grande, no se produce fatiga excesiva, pero sí la reacción y renovamiento de fuerzas apetecidas que le darán mayor aptitud para un nuevo esfuerzo o gasto intelectual; agréguese un intermedio de gimnasia que puede durar 15 o 20 minutos, hacia el mediodía, y la ventaja será mayor.

«En Alemania una lección a los chicos no dura más de media hora, y después se hace gimnástica o se va a saltar y correr en el jardín; enseguida vuelven a clase y así sucesivamente.

»Un educador que quisiera dar todo a la mente, nada al cuerpo, sería pésimo educador.» ³⁹

38. WICKERSHAM, J., *op. cit.*

39. COLONNA, Salvatore, *Corso completo di Pedagogia*, libro I.

Durante los 50 minutos (máximo) que está en clase y que no pasará siempre sentado, especialmente en los primeros grados, pues el buen maestro sabrá arreglar el horario de manera que una parte del tiempo lo pase sentado y otra parte de pie, sea para leer, recitar o hacer otro ejercicio; durante ese tiempo, decimos, no puede el niño aburrirse pues el cambio de posición y la variedad en las lecciones suspendidas precisamente cuando por lo largas empezaban a hacerse monótonas, todo contribuye a mantenerlo atento, interesado y bien dispuesto para asimilar los conocimientos y escuchar los sabios consejos morales del maestro; el niño está pendiente de su palabra, las puertas de su alma de par en par abiertas; el maestro a su vez está pendiente de las exclamaciones ingenuas de sus discípulos; las preguntas y las respuestas se suceden, todo entre sonrisas de satisfacción; la clase es un pequeño paraíso.

No es fantasía, señores, si bien es cierto que a muy pocos les es dado experimentar goces tan puros.

En esas escuelas *no se oye volar una mosca*, pero tampoco se oye un grito destemplado, ni se ve brotar de los ojos infantiles una lágrima arrancada por una humillación injusta, por una penitencia cuyo único causante es el maestro.

En esas escuelas no se ve a los niños inmóviles en los bancos o andar de un lado para otro en confuso desorden sin poder el maestro contenerlos; pero sí se los ve desesperarse, agitar las manos, gritar: ¡yo, yo!, por contestar primero a una pregunta, por resolver una dificultad bien planteada por el preceptor.

Pero el maestro hace un gesto tan solo y todo el mundo vuelve a su puesto, aunque en sus ojos se pinta el afán que los domina.

Yo los he visto correr a la mesa sin poderse contener y estremecerse de júbilo si acertaron con la respuesta; como los he visto golpearse la frente y herir el suelo con el pie instintivamente, si la respuesta fue errada.

¡Esa es la disciplina, señores!, y esa disciplina no la consiguen ni el maestro más hábil en las actuales condiciones escolares.

Ya sé que más de una sonrisa incrédula, tal vez burlona, arrancará esta pintura, que juzgarán ficticia; pero sé también que más de uno afirmará conmigo que el cuadro es tomado del natural, y eso me basta. ¡No es posible convencer a quien oír no quiere o entender no sabe!

No se me oculta que estos resultados no se conseguirán del todo con la reforma que pedimos, pero habremos conseguido algo, habremos al menos salvado la salud del cuerpo, ya que no es posible *aún* salvar la del espíritu: disminuir los males es hacer un bien, es progresar.

Con los recreos frecuentes se puede *renovar el aire*, circunstancia o ventaja tan importante como las anteriores; se evitan también los permisos que necesariamente hay que conceder en el largo período de dos o tres horas, si es que se cree al niño digno de las consideraciones que merece todo animal o si es que no se lo supone de una naturaleza tal que pueda resistir a las leyes fisiológicas.

No se juzgue intempestiva o impertinente esta observación, pues me consta que con respecto a este punto se cometen abusos, por no decir otra palabra, abusos en los que no creeríamos si no los viéramos.

Atendiendo, pues, a la ley de alternación, se puede exigir más del alumno, se lo tiene constantemente ocupado, todo el tiempo se aprovecha; el niño no tiene motivo ni ocasión de distraerse y jugar, no lo desea tampoco porque sabe que no se le

niega; con eso y con un poco de tino en el maestro para mantenerse en buenas relaciones con los padres, se obtendrá la realización de lo que debe ser el *desideratum* del educador: *supresión de los castigos, abolición de los premios materiales*.

No es un imposible, señores, eso se ha conseguido ya en la Escuela de Aplicación anexa a la Normal de Profesores de la Capital, cuyo día escolar es de cinco horas distribuidas en la forma que nosotros proponemos; con un intermedio diario de media hora de gimnasia para los cuatro primeros grados. Todo estriba en tres cosas: *amenidad, continua ocupación, coeducación de los padres*.

Todas esas ventajas resultarían con la reforma que solicitamos, es decir, acortando el día escolar y alternando los ejercicios mentales y físicos con más frecuencia que lo que hoy se hace.

NECESIDAD DE LA OBLIGACIÓN

A primera vista se ocurrirá preguntar: ¿por qué se pide que se haga obligatoria esa alternación? ¿No es libre el director de hacerlo? ¿Alguien se lo impide acaso? Ellos comprenderán esa necesidad y lo harán.

Precisamente por la libertad en que se ha dejado al maestro al respecto es que pedimos una resolución obligatoria; la mayoría de los maestros no han sabido aprovechar esa libertad ni en bien de sí mismos, ni en bien de la escuela, sino precisamente con grave perjuicio para ambos. El hecho es que se hace todo lo contrario de lo que prescriben las leyes y reglas pedagógicas.

Sería cuestión de entrar a discutir los horarios en lo que se refiere a la distribución de las lecciones y ejercicios, a la duración de ambos y eso solo sería materia de una conferencia y no corta. ¡Habría tanto que decir en ese sentido!

Por de pronto y aun exponiéndonos a que se nos trate de exagerados sin serlo, afirmaremos que habría que arrojar al fuego más de las tres cuartas partes de los actuales horarios.

Vengan los pedagogistas y pedagogos de veras y digan a los que enseñan en nuestras escuelas primarias que cuando notemos que los alumnos están fatigados debe suspenderse la lección y cambiar de tema a pesar del horario que marca con precisión matemática el tiempo destinado a cada cosa; dígameles que no deben darse ocupaciones mentales a los alumnos fuera de las horas de clase y como penitencia; que no conviene recargarlos de tareas para hacer en casa (ninguna para los pequeños; de una hora como máximo para los mayores); hábleseles del descanso en la *variedad* y aplicación alternativa de las diversas facultades; dígameles después que pocas lecciones, ninguna quizás ha de durar más de media hora con un solo tema y eso en los grados superiores; que muchas deben durar apenas 20 minutos siendo ese tiempo el máximo para la escuela infantil y en general para los alumnos menores de doce años; dígameles por último que ciertas recitaciones y ejercicios no requieren mayor tiempo que un cuarto de hora si han de ser aprovechados.

Ellos piensan que *el niño a todo puede acostumbrarse*; que si no atiende, una penitencia lo hará atender; que el recreo es tiempo perdido, que las muchas tareas en casa es trabajo adelantado y tiempo que se gana; que en 20 minutos no hay tiempo ni para empezar, y al oír vuestras anteriores afirmaciones os contestarán

que estáis locos como dirán que lo está el atrevido que se permite repetirlo en esta conferencia.

Sostendrán que sus años de experiencia valen más que las teorías de unos cuantos escritores y las observaciones de otros tantos maestros, que se preocupan de su misión.

Y eso es claro, tienen razón: ¿Quién dice que la pedagogía está fundada en el estudio exacto del niño, en la observación detenida de su naturaleza y de la naturaleza y efectos de los distintos métodos de enseñanza? No, señores pedagogistas y pedagogos, la vanidad, el atractivo de lo nuevo, el afán de las reformas os ciega. Estáis equivocados; el mejor maestro, el destinado a daros buenos padres y buenos ciudadanos, es el que tiene muchos años de enseñanza, aunque no haya hecho estudios pedagógicos.

¡Atrás maestros estudiosos! ¡Atrás jóvenes infatuados! ¡Envejeced primero en la enseñanza, practicad, practicad mucho, rutinad (no sé si existe el verbo) y después, cuando hayáis encanecido en las escuelas, entonces podréis hablar, pero ahora... silencio... respetadnos a nosotros aunque seamos rutineros!

Esta es la verdad, señores; a los que tienen muchos años de enseñanza sin preparación pedagógica anterior es inútil, salvo honrosas excepciones, hablarles de nuevos métodos o de buenos métodos. Cada uno tiene el suyo que considera mejor que cualquier otro, antiguo o moderno. No todos tienen el secreto de envejecer siempre jóvenes. ¡No son muchos los Sarmiento y los Mitre!

Jubíleselos de una vez, pero no se esterilicen así los gastos que se hacen por la educación. Ya han dado lo que podían dar.

Si se trata de los maestros *por necesidad*, de los maestros *improvisados*, o de los que sin serlo del todo pues tienen algún título nacional o extranjero, pero que de hecho solo tienen de preceptores el nombre, ¡oh!, a esos nada puede decirseles. No niegan que el zapatero debe conocer los cueros, el médico el cuerpo humano o el agricultor las tierras, pero no creen o no saben que el que se llame educador usurpa ese nombre si no conoce la cosa educable, el niño, fisiológica y psicológicamente.

¿Para qué?, pensarán. ¡No es tan difícil tomar lecciones, dictar palabras, imponer castigos! ¿Qué más se necesita? ¿No basta con eso para dar a la patria hombres de provecho...?

Y no nos detenemos aquí: hay maestros y maestras (lo hemos dicho ya en otra ocasión) que a pesar de tener un título superior y gozar de cierta reputación entre el pueblo y los consejeros, siguen con las mismas prácticas viciosas y absurdas, en lo que se relaciona con la alternación y con la educación física en general.

En cuanto a los maestros retardatarios o rezagados, no admiten como verdaderas ciertas observaciones porque no ven al niño morir en la escuela o porque no se manifiesta allí del todo estúpido; ven el hoy, pero no piensan en el mañana; no tienen en cuenta que ese niño saldrá de la escuela sin la preparación necesaria para emprender ningún estudio, odiándolo más bien; en vez de estimular su actividad y desarrollar sus facultades, os lo entregarán con el cerebro casi atrofiado, mal dispuesto, o lo que es peor, llevando en él, en su cuerpo y en su alma toda, los gérmenes de quizá cuántas enfermedades.

«Nada es pequeño ni de pequeñas consecuencias en materia de educación.»
Fácil es prever si serán pequeñas las consecuencias del actual régimen escolar.

Es el eterno estribillo:

¡Señores que enseñáis: no se trata de preparar para el examen, se trata de la vida completa de vuestros educandos que serán hombres mañana; se trata de su inteligencia, de su cuerpo, de su voluntad, de su carácter, de su todo!

¡Quién sabe cuántos guerreros nobles y valientes, cuántos músicos y poetas, cuántos geógrafos y viajeros distinguidos, cuántos sabios, cuántas glorias y sobre todo cuántos hombres de bien han muerto en germen en la escuela, que les ha puesto trabas en vez de abrirles camino!

Pero es cierto que eso no se ve el día del examen, que es lo principal y por lo tanto nada le importa al maestro.

¡Si supieran todos la responsabilidad inmensa que contraen para consigo mismos, para con sus alumnos, para con la patria, para con la humanidad entera!

Lo que se hace hoy con respecto a la educación física y a la salud es una atrocidad, es un crimen de lesa infancia, y de lesa patria.

¿Es cometido por ignorancia, inconscientemente? Y bien, será entonces una atrocidad y un crimen inconscientes, pero es una atrocidad y un crimen.

Los maestros verdaderos, por su parte, si quieren cumplir su deber, no pueden hacerlo con los actuales horarios sin acabar con su vida en pocos años.

Pero... también ellos lo saben y entonces o se dedican a alguna carrera más lucrativa, de menos sinsabores e ingraticudes, o el hilo se corta por lo más delgado: no son de hierro y concluyen por abandonarlo todo: los niños hacen lo que quieren y el maestro... ¡también!

Son pocos, muy pocos (casi no sé si existen) los educadores en el nombre y en el hecho, cuyo entusiasmo y amor por la causa les da fuerzas suficientes para pasar por encima de tantas miserias y desprecios. Tienen el corazón bien puesto, pero son hombres al fin y cuando se tiene carácter no se puede mirar con indiferencia que el saber y los méritos morales sean pospuestos a un don Juan de los Palotes, cuyos únicos títulos a la consideración de los demás son con frecuencia un cerebro de estopa y una espina dorsal de caucho.

Ellos prefieren vivir aparentemente oscuros, a mendigar de puerta en puerta una recomendación que les abra las puertas del favor oficial.

No es orgullo. No es desprecio por las autoridades escolares. Es amor propio.

He salido de la cuestión, señores; perdonadme, vuelvo a ella.

Al hacer las anteriores consideraciones sobre los maestros rutineros, los maestros por necesidad, los maestros con solo el diploma de tales y los maestros rezagados e indiferentes, he querido probar la segunda proposición planteada al empezar esta conferencia, es decir, la *necesidad de que la Comisión Nacional de Educación haga obligatoria la alternación frecuente de los ejercicios mentales y corporales*; de lo contrario, solo se llevará a la práctica en unas cuantas escuelas. No pocos maestros, sordos a los llamados de los centros pedagógicos cuyo objeto es la ilustración mutua, sordos a todas las insinuaciones bien intencionadas, continuarán, sea por ignorancia, por cálculo o por una conveniencia mal entendida, con un solo recreo de una o de media hora (tal vez sin romper filas o sin poder jugar libremente) permaneciendo [los alumnos] el tiempo restante clavados en el banco.

Venga pues la disposición obligatoria que salve siquiera la salud del cuerpo; de lo contrario, los niños continuarán siendo sacrificados, estériles los gastos que se hacen y siempre enfermizo y sin carácter el pueblo argentino.

Concluyo, señores, y disculpadme que haya ocupado tanto tiempo vuestra atención.

Reconocido que la escuela ha de preparar al hombre para la vida completa; reconocido que la *mala alimentación, respiración insuficiente, poco ejercicio corporal y excesivo trabajo psíquico* a que están sujetos los niños y los maestros por los actuales horarios son las *principales causas* que originan los resultados negativos que se obtienen en la educación, tanto física como intelectual y moral; reconocido que muchas enfermedades tienen también su origen o su desarrollo es favorecido en la escuela, resalta evidentemente la urgencia de contrarrestar o cortar males tan graves.

Consultando, pues, los preceptos esenciales de la higiene y la pedagogía y teniendo en cuenta los actuales programas de estudios, muy deficientes por cierto, he aquí lo menos que puede hacerse, a mi humilde juicio.

1º El día escolar para las escuelas infantiles y elementales (primero, segundo, tercer y cuarto grados) será de cinco horas. Comenzará a las 11 y terminará a las 16.

2º Cada 50 minutos de lección serán alternados con 10 minutos de recreo al aire libre. La segunda intermisión o recreo será de 15 minutos.

3º Todos los días se destinarán 15 o 20 minutos a ejercicios gimnásticos.

4º Los horarios se dispondrán de manera que la duración de las lecciones no exceda de 25 minutos sobre un mismo tema, debiendo durar menos en los grados inferiores; se alternarán las lecciones de modo que no exijan la aplicación sucesiva de las mismas facultades, ni la misma actitud corporal, pudiendo estar alternativamente sentados y de pie; se procurará también en lo posible dejar para las últimas horas aquellas lecciones o ejercicios que requieran menos esfuerzo mental.

5º Los sábados solo habrá tres horas de clase.

Con este nuevo horario, aparte de las grandes ventajas en el sentido de producir mayor aprovechamiento de las lecciones como se desprende de todo el curso de esta disertación, resulta otra no menos importante cual es el permitir almorzar una hora más tarde, obteniendo por lo tanto una mejor alimentación, circunstancia que por sí sola demuestra la gran conveniencia de la reforma. El maestro tendrá también mayor tiempo disponible y podrá preparar sus lecciones, condición indispensable si se ha de enseñar con éxito; las autoridades escolares tendrán así mayor derecho a ser con él más exigentes.

Lo que pedimos para Buenos Aires es mucho menos que lo que se hace en Alemania, en Bélgica, en Estados Unidos de América, en Francia, etc.; mucho menos de lo que se hace donde quiera que se toman verdadero interés por la educación y donde quiera que los principios de la ciencia no son desatendidos por los que más deben observarlos.

En la estancia calurosa ni el horario que nos rige, ni el que proponemos, son aceptables; las razones son obvias y de todos conocidas. En esa época se aprovecha apenas la tercera parte del día escolar.

No encontramos en este caso más solución que el horario discontinuo con un intervalo siquiera de tres horas entre las dos sesiones diarias.⁴⁰

Señores: hubiera querido presentaros un trabajo más ordenado, más preciso, más serio, más digno en fin de vosotros y de la causa que defendemos; pero, lo confieso ingenuamente, me faltan aptitudes y me ha faltado tiempo.

Debo una explicación más:

La verdad, desnuda o encubierta, es siempre la verdad. El poeta o el orador sabrán revestir con figuras de retórica y frases alambicadas las afirmaciones más duras y hacerlas aceptar por todos. No siendo yo poeta, ni orador, ni siquiera un proyecto de tal, digo lo que pienso y siento como lo siento y pienso. Mi intención no es nunca herir susceptibilidades, ni atacar por darme el gusto innoble de herir. Veo el mal (a mi juicio) y digo que es mal sin rodeos de ningún género. Pero hablo sinceramente.

Iniciador de esta asamblea que tanto honra al magisterio argentino e iniciador de estas reformas que me han sido inspiradas tal vez por las lecturas que he hecho pero muy especialmente por la observación de los fenómenos escolares en Buenos Aires, he querido tan solo fundar mi voto en favor de los dos puntos que vamos a discutir enseguida.

El día que en la escuela no se violen las leyes naturales, será ella lo que debe ser: preparará madres para el hogar, antes que señoras para el salón; preparará hombres sanos y de carácter y no seres que vendan su conciencia por un puñado de oro, raquíuticos y sin voluntad que solo saben arrastrarse servilmente a los pies del poderoso para obtener así lo que debieron conseguir por esfuerzo propio.

Solo entonces también dejará de ser una simple metáfora que «cada escuela que se abre es una cárcel que se cierra».

He dicho.

NOTA DE LA COMISIÓN

Poco después de esta conferencia y accediendo a la petición presentada por las tres asociaciones aludidas al principio de la misma, el Consejo Nacional de Educación resolvió reducir a cinco horas el día escolar, con 10 minutos, por lo menos, de recreo, después de cada 50 de clase.

40. Posteriormente a la reunión en que fue leído este trabajo, hemos recibido el nuevo libro del doctor Berra, *Los tipos de horario escolar*, en el que se trata detenidamente el mismo asunto que nos ocupa; demuestra la ventaja absoluta del horario *discontinuo* sobre el continuo, constata que el primero se sigue en las naciones que nosotros hemos nombrado más arriba y además en Suecia, Suiza, Rusia, Italia, España, Inglaterra. Dice también que después de consultar expresamente a 54 médicos sobre cuál de los dos horarios respondía mejor a las exigencias higiénico-pedagógicas, 50 se adhieren en *absoluto* al discontinuo y *uno* al de un solo período. Si esas razones no son de peso...

Deficiencias de la educación argentina: algunas causas y remedios

Conferencia leída en el Ateneo de Buenos Aires, luego publicada
ese mismo mes en la *Revista de Instrucción Pública*

24 de mayo de 1898

I. PROPÓSITOS A QUE RESPONDE ESTA CONFERENCIA

Lo que voy a tratar en esta conferencia, los hechos que expondré, las conclusiones que se desprenderán, todo ello está más o menos en lo que se llama la conciencia pública; por lo tanto, no será extraño que desde las autoridades escolares superiores hasta el más modesto padre de familia que vive lejos de los empleos públicos encuentre expresado cada uno mucho o poco de lo que personalmente han observado también.

No diré entonces nada nuevo tal vez, y sin embargo he creído conveniente asumir la actitud que origina esta conferencia. Bastará al propósito importante que persigo que cada una de las personas que me hacen el honor de escucharme, exclame de vez en cuando: «¡Es cierto!, ¡así es!», y que no pueda nadie, ante una sola de estas afirmaciones, ponerla en duda, ni por cierto probar su inexactitud, por lo menos en cuanto a la exposición de hechos se refiere.

Y si eso consigo, nos asistirá después el derecho de exigir de todos, ricos y pobres, funcionarios de todas las jerarquías y simples ciudadanos, de exigirles en nombre del interés general –que nunca como en el caso presente encierra tanto el interés de cada uno– que aporten resueltamente su tributo, grande o pequeño, a la obra de reacción, de regeneración, que urge acometer, reacción que todo el mundo reclama, pero en favor de la cual nadie pone aún manos a la obra, haciéndola por lo mismo más difícil cada vez, porque el mal avanza con rapidez pasmosa, dando a pueblos jóvenes como el nuestro todo el aspecto de los pueblos viejos, carcomidos, en los que la acción de factores de todo género, que entre nosotros no han podido existir, ha producido el estado actual de desorganización general.

He vacilado un momento antes de resolverme a decir lo que creo con entera franqueza y no porque haya temido nunca decir toda la verdad, es decir, lo que yo considero la verdad, sino porque quisiera no aparecer con pretensiones que no

tengo, ni como crítico, ni como reformador, ni como «apóstol» de tal o cual causa, ya que estos o parecidos calificativos suelen codiciarse o aceptarse con demasiada facilidad, hoy que hasta en el que debiera ser humilde y sobre todo *veraz* mundo del magisterio se vive y se medra también de ajeno o de prestado y a la sombra del elogio mutuo. Pero mi vacilación desaparece pronto al considerar que a los que hemos hecho, creemos que con sinceridad, profesión permanente de la enseñanza, nos corresponde en primer término contribuir por todos los medios a nuestro alcance a levantar el nivel moral de nuestras instituciones escolares, dignificar el magisterio, velar por la buena educación de la juventud, en fin, con lo que servimos al país en sus intereses primordiales.

Y los que así pensamos tenemos el derecho de unir a la palabra el ejemplo, sin esperar que el maná caiga del cielo por obra y gracia de los que menos tienen que ver en el asunto.

Dicho esto, expongamos primero los hechos tan brevemente como nos sea posible, procuremos explicarlos e indiquemos después algunos de los remedios para curar los males que vamos a recordar.

II. DEFICIENCIAS EN LA EDUCACIÓN E INSTRUCCIÓN GENERAL

La instrucción pública argentina está pasando por un período de desmoralización y decadencia desalentadoras que será, que es ya, de gravísimas consecuencias para el progreso moral y material del país.

Los adjetivos parecerán excesivos a muchos, pero no han de pensar lo mismo los que pueden ver claro en el asunto y saben que «el niño es el padre del hombre», como decía Froebel y que planta que torcida crece o se desarrolla en un medio viciado sin que alguien le ponga un tutor que la enderece cuando tierna o purifique la atmósfera que la rodea, es planta que torcida quedará para siempre y pobre y raquítica e inútil. La comparación es vulgar, pero verdadera.

Y bien, decimos que hoy que se habla de métodos modernos, de procedimientos nuevos y perfeccionados, de progresos de todo género en el arte de instruir y de educar, hoy que todo el mundo entiende de pedagogía (o cree entender), nuestras niñas aprenden menos y nuestros niños se *educan* peor, mucho, muchísimo peor, que en el tiempo del Cristo, abecé, de las lecciones de memoria, de las clases divididas en romanos y cartagineses, de la palmeta y del encierro. Y los que más convencidos estamos, por experiencia propia y por convicción teórica, de que el castigo corporal no tiene ante la razón defensa posible, nos preguntamos a veces si no sería mejor resucitarlo como recurso salvador en medio de esta indisciplina colosal que nadie sabe cómo contener, si bien pronto desistimos al pensar que debiera empezarse por esgrimir «las disciplinas» no contra los niños, irresponsables, sino contra los encargados de implantar la disciplina en el hogar y en la escuela.

Ya veremos más adelante cómo el actual estado de cosas que estamos describiendo reconoce entre sus causas, precisamente, el hecho de que hoy todos entienden de pedagogía.

Si, pues; cuando nosotros estudiábamos en la escuela primaria, no hace mucho, del año [18]73 al '78, nos enseñaban a leer, a escribir y a contar, por lo menos. Y la mayor parte salíamos sabiendo leer y escribir regularmente, sabiendo

«sacar cuentas» con números enteros y fraccionarios, escribíamos con buena letra y ortografía, redactábamos cartas y composiciones sencillas y con menos ostentación por parte de los maestros, aprendíamos muchas cosas más, algunas no del todo necesarias o útiles, es cierto, pero pocas que fueran perjudiciales.

Los maestros solían ponernos de rodillas sobre el banco, encerrarnos, darnos algún tirón de orejas, con yapa a veces. Nuestros padres no solían protestar contra estas cosas, ni nosotros nos atrevíamos así no más a llevarles la queja; y sin embargo, no por eso dejábamos de crecer dignos, altivos, independientes; parece que el sentido común alcanzaba en nosotros cierto desarrollo que hoy nos cuesta encontrar a nuestro alrededor justificándose ahora más que nunca el dicho de que es el menos común de los sentidos.

Hacíamos travesuras, rabonas, pan francés algunas veces y aguantábamos enseguida el castigo sin mayores protestas, y cuando encontrábamos al maestro por la calle lo saludábamos sacándonos el sombrero con sincero respeto que muchos conservamos hoy aumentado y que nos hace bendecir a los «maestros de escuela» de entonces, menos «adelantados» quizá que nosotros los normalistas pero... este pero lo continuaremos después.

Hoy, señores, repito, hoy que los maestros saben más, los niños aprenden menos. Examinadlos si no lo habéis hecho. De todo se les habla en la escuela: ya no solo de aritmética, de lectura, gramática y geografía. Hoy el programa (hablo del de la Capital Federal) comprende historia antigua y moderna, de la Edad Media y contemporánea; y no creáis que esto es allá en los grados superiores, quinto y sexto, no; se enseña en los grados infantiles. Niños menores de diez años, desde los seis de edad, oyen hablar de los diferentes períodos de la historia universal y nacional, de las transformaciones del poder colonial, de los partidos políticos y de las luchas civiles que precedieron a nuestra organización: se les habla del cristianismo y del feudalismo, etc. En el programa de instrucción moral y cívica, solo en la parte que corresponde a los dos primeros grados, vale decir, a niños de seis, siete y ocho años, se les habla de «formación de la idea de nación», del «sentimiento de solidaridad nacional entre esta época y las anteriores», de «observación de la naturaleza y utilización de sus efectos para deducir las nociones de belleza, sublimidad, sabiduría suprema» (no os sonríais, estoy copiando textualmente del programa), de «individualidad de la idea de Dios», de «noción del Estado y del Gobierno» y de muchas otras cosas no menos divertidas, ni menos al alcance de los chiquilines de la edad referida, nenes y nenas que hasta el momento de entrar a la escuela no han hecho más que jugar con sus caballitos y muñecas Jumeaux los predilectos de la fortuna, los menos, y los otros, el mayor número, provienen de la casa del obrero ignorante, ausente del hogar del día a la noche, y de los tristes conventillos donde por cierto no han preparado su inteligencia para esa clase de especulaciones mentales.

Todo esto y todo lo demás sobre las múltiples materias del programa ha de ser enseñado por maestros, subpreceptores y ayudantes cuyo caudal de instrucción es muy inferior a lo que tienen que transmitir a sus discípulos y cuya preparación profesional es menos que insuficiente. Y nótese que solo he citado unas cuantas preguntas del programa de los grados inferiores.

Recomiendo la lectura de todo el programa y os aseguro que no daréis fe a

vuestros sentidos cuando leáis la extensión que tiene cada materia y la rara clasificación o distribución que se ha dado a la mayor parte de ellas.

Pero no nos especialicemos con un programa determinado como es el vigente en las escuelas de la Capital, porque observaciones análogas son aplicables a casi todos los programas en uso en la república y en muchos otros países civilizados. En todas partes se habla del recargo intelectual, del *surmenage* y en todas partes se mantiene, sin embargo, el *statu quo*, o se aumenta la cantidad de *conocimientos* que se exige del niño.

Entre tanto, ¿qué viene sucediendo desde hace algunos años y que va a suceder cada día más, si el estado actual de cosas no se modifica sustancialmente?

Lo que todos los padres que tienen hijos en las escuelas públicas y en los colegios nacionales no aciertan a explicarse, es decir, que los niños no aprenden hoy a leer, ni a escribir, ni a contar siquiera; que van al primer año, al segundo y al tercero de los colegios nacionales y no escriben con [buena] ortografía, no combinan con buen sentido cuatro renglones, no resuelven un problema de aritmética que soluciona la lavandera de la casa, no entienden lo que leen en el libro de clase, no discurren con un criterio medianamente ilustrado, sobre nada, no tienen hábitos de estudio, ni amor alguno al trabajo.

III. DEFICIENCIAS EN LA EDUCACIÓN MORAL Y CÍVICA

Observemos lo que pasa en el orden *moral*.

«Nuestra juventud tiene afectos y no aspiraciones –dice Wagner–. La ausencia de ideal caracterizado, la falta de seriedad y de respeto, el gusto por los goces breves y viles, tales son los caracteres demasiado manifiestos de una gran parte de la juventud contemporánea.»

Si niños de la escuela y del colegio, o jóvenes ya no imberbes y ni siquiera de la clase más pobre, en las calles, en los teatros, en los coches de ferrocarril, en los salones, en los actos públicos, en todas partes, se conducen y se expresan con un desenfado, un aire de suficiencia, con unas maneras y revelando «una experiencia de la vida» que sorprende y hasta hace ruborizar a los hombres que tienen canas; si no guardan a los ancianos, a los mayores, ni a las damas, la consideración y miramientos sinceros y exquisitos que en otra época hacían el deleite de los padres y llenaban de encanto las reuniones sociales; si desprecian y ridiculizan a los hombres de trabajo, a los obreros, a los industriales; si a menudo en los empleos oficiales en que se les paga para que sirvan al público con la prontitud y corrección correspondientes a un pueblo civilizado hacen gala de incivildad y grosería; si al encontrar por la calle a los que son o fueron sus maestros no llevan ya la mano al sombrero, ni se apresuran a arrojar el cigarrillo que ostentan en la boca; si cuando, alcanzada la edad reglamentaria, llamados por la ley al cumplimiento de los deberes cívicos, los veis eludir de cualquier manera sus obligaciones; si invitados a un acto público a cuyo lucimiento por patriotismo siquiera debieran todos concurrir, notáis que se hallan ausentes (porque han preferido no faltar un día al frontón o al hipódromo), y que suelen ser las sociedades extranjeras las que hacen número en nuestros desfiles o manifestaciones nacionales; si halláis que se pagan de las exterioridades, que son en

todo superficiales, que se enamoran de las fórmulas artificiosas, que se jactan de actos, *habilidades y vivezas* que nuestros abuelos y nuestros padres consideraban verdaderos delitos condenados, por lo menos, ante la conciencia; si encontráis que en su conducta no son siempre sinceros, leales, veraces; que la mentira disfrazada de mil maneras es el ambiente que cerca de ellos se respira; si por fin halláis, por monstruoso que ello os parezca, que los propios hijos de humildes y honrados obreros o industriales, que alcanzan el bachillerato o el doctorado gracias al amor, a los esfuerzos, a los sacrificios de sus padres, llegan hasta a avergonzarse de los autores de su existencia y temen que el «nuevo mundo» en que ellos empiezan a agitarse los conozca, porque tienen callos en las manos, no hablan con elegancia, no visten a la moda y dicen sencillamente verdades sencillas; si todo eso veis, no creáis que ello ha de atribuirse a que no han aprendido que deben ser atentos, cultos, respetuosos con los mayores, con las damas, con todo el mundo, en las calles, en los salones, en las oficinas públicas, en todas partes; no creáis que no han aprendido a enumerar los deberes del hijo, del hermano, del discípulo, del hombre, del ciudadano, etc. ¡Oh, no!, os equivocaríais.

Leed las composiciones de moral y de instrucción cívica que escriben en clase; oídlas durante las lecciones, y en los exámenes de fin de año. Todo eso lo aprenden a menudo muy bien, con puntos y comas.

¿Es que lo han olvidado al salir de la escuela o del colegio? Tal vez no; tal vez puedan repetir todavía la lección. Pero ¿por qué no la aplican en la vida?

La razón es muy sencilla.

Porque no se estudia para eso; también la moral *se aprende* para el examen. Y hay otras razones más. Y es que junto con todo esto, han aprendido que vivimos en un país republicano, bajo el régimen de la libertad y de la igualdad más perfectas. Así lo establecen las leyes y ellos saben cómo han de interpretarlas. ¡Ya lo creo! El ciudadano debe hacer respetar sus derechos y esto, os aseguro que lo hacen valer temprano, muy temprano. Un ejemplo:

Decid al maestro más digno, más bondadoso, más paciente, pero a quien un buen día uno de esos ciudadanos de doce a catorce años, demasiado amigo de la igualdad y de la libertad, le hace perder un instante su calma habitual; decidle que se atreva, en un momento primo, tan solo a tomar por un brazo para colocar en la fila a uno de esos caballeros que usando de su libertad no quiere entrar en ella; decidle que agotada su paciencia de santo deje escapar el calificativo de «insolente», por ejemplo.

Ya veréis cómo no repite dos veces el hecho ni la palabra. ¡Ya veréis cómo el niño grita y amenaza valientemente con el padre, y el Consejo y la Corte Suprema! Que en esto de exigir que los demás respeten la ley, nuestros jóvenes no tienen quién los iguale: ellos hacen «saltar» maestros y directores y que no se descuiden los ministros porque hasta a ellos son capaces de llegar en defensa de las instituciones «conculcadas».

Hacer valer y respetar su derecho. Eso es lo que sabe la generación nueva que actúa y en lo que ya se ensaya la generación imberbe que se prepara hoy en las escuelas y colegios.

La noción del *deber* que muchos creemos correlativa de la de derecho, esa no la tienen ni se ocupan de ella. Ejercitemos primero nuestro derecho. ¡Ya tendremos tiempo después para cumplir nuestros deberes! Esa es la doctrina.

IV. DEFICIENCIAS EN LA EDUCACIÓN FÍSICA

Observad otra vez a las mismas dos generaciones; la que empieza a actuar y la que se está preparando; observadlas del punto de vista físico: se componen de jóvenes en general débiles, delicados, sin músculos; suelen parecer ya gastados por el trabajo excesivo. No brilla en sus ojos la vida, la alegría, el valor que la salud y el vigor físico traen consigo. Resisten difícilmente las fatigas. No se complacen con el ejercicio que desarrolla y fortifica; encuentran quizá que ello no es propio de gente «fina»; si corren, si saltan, el traje se desarregla, el calzado se deslustra, se descomponen el peinado.

Cuando más, esos juegos se toleran en los ingleses, excéntricos y despreocupados.

¿Levantarse temprano, respirar aire puro, caminar con sus propias piernas donde hay tranvías y carruajes para todos?

¡Qué! Eso es propio de obreros y plebeyos que no trasnochaban en los cafés, en las confiterías, en los clubes, etc., y quienes, avaros como son, no gastan en el juego el producto de su trabajo, pues, faltando a la moda, prefieren no deber nada al sastre, al peluquero o al amigo que presta.

¡Pero en la escuela estudian todos anatomía, fisiología, higiene y en el programa figuran la gimnasia y los ejercicios físicos en general!, diréis.

Es cierto; pero también esto se enseña «para los exámenes».

V. RAZÓN DE SER DE LAS DEFICIENCIAS

Y bien señores; no puedo hacer mayor el cuadro porque esta conferencia tomaría proporciones desmesuradas y no debo abusar de vuestra bondadosa atención.

Expliquemos entonces tan breve y claramente como sea posible estos hechos y busquemos algún remedio para disminuir los males.

VI. FACTORES QUE INTERVIENEN EN LA EDUCACIÓN DEL HOMBRE

¿Quién es el responsable del estado actual de cosas en lo que a la educación de la juventud se refiere?

¿La familia? ¿La escuela? ¿Las autoridades?

La educación del hombre es una resultante de múltiples y diferentes factores. La familia, los amigos, las personas que nos rodean, la escuela, la sociedad toda, la naturaleza física del país en que se vive, los hechos que se presencian, las conversaciones que se oyen, las creencias, las costumbres, las lecturas, los mil «agentes ocultos», sugerencias múltiples, en fin, todo obra más o menos visiblemente sobre el niño, hasta dejar, en su alma tierna, huellas más o menos profundas; sin contar con las inclinaciones o tendencias heredadas que, como dice Guyau, «no son otra cosa que hábitos adquiridos, es decir, acción acumulada; es la acción de nuestros antepasados que nos empuja todavía hoy a obrar y que en ciertos casos rompe nuestro equilibrio interior».

Cada individuo, por la serie de actos que constituye la trama de su vida y que

concluyen por coordinarse para sus descendientes en hábitos hereditarios, deprava o moraliza a su posteridad, del mismo modo que ha sido moralizado o depravado por sus antepasados.

Difícil, imposible sería, entonces, hacer con justicia la distribución de las responsabilidades.

¿Quién se atrevería a decir hasta dónde todos esos factores que ya se suman, se contrarían, o se equilibran, influyen en la formación de cada hombre, en el desarrollo de sus facultades de todo orden, de sus aptitudes, de su carácter?

Pero esto no ha de impedirnos reconocer parte de la acción que corresponde a varios de esos factores, e intervenir racionalmente en aquellos que depende de nosotros aplicar, sea para corregir vicios, malos hábitos, tendencias heredadas o adquiridas, sea para estimular el desarrollo de las buenas cualidades, encerrando al niño o joven en un ambiente propicio.

VII. LA ESCUELA Y EL MAESTRO. ¿POR QUÉ ESTÁN DESCONCEPTUADOS?

La escuela es uno de los factores y de los más importantes, el más importante quizá, después de la familia; según sea ella buena o mala, será lógicamente buena o mala la influencia que ejerza.

Y la escuela, ¿qué es, o mejor, quién es, en último término? Es un hombre o una mujer, es el maestro, es una palabra.

Las leyes, reglamentos, programas, horarios, etc., si son deficientes pueden trabar, pueden dificultar la acción benéfica del maestro competente; pero difícilmente la anularán. En cambio, suponed las disposiciones reglamentarias más perfectas, los mejores planes de estudio, los medios materiales más adecuados, a la disposición de un maestro que no tiene la conciencia de su misión, y todo ello será ineficaz y hasta contraproducente. Tal vez fuera preferible dejar al niño abandonado a la acción del hogar, del medio ambiente y de las necesidades que experimentará, antes que someterlo a la de la escuela, que no solo no va a dar direcciones morales acertadas a la conducta, sino que va, por añadidura, a ejercer sobre su mente una acción nociva por lo irracional, y sobre su organismo físico, las consecuencias de un estudio prolongado en locales anti-higiénicos, en salas sin aire y sin luz, en bancos inadecuados, cohibiendo sus movimientos naturales, el libre juego de sus músculos, durante horas y horas que parecen a la criatura interminables y que le hacen pensar con deleite en la calle y hasta en el pobre patio de su casa donde siquiera puede agitarse con relativa libertad.

Y bien señores; hemos llegado, entonces, al eje alrededor del cual gira la escuela, al que es su alma, al maestro.

El tan ensalzado «obrero modesto de la civilización», el encargado de la augusta misión, hablando de la cual dijo Sarmiento que no sabía qué considerar más honroso para él, si el haber sido Presidente de la República o maestro de escuela; ese factor importantísimo del progreso social, está hoy, entre nosotros, desconceptuado y, duro, muy duro nos es decirlo, a menudo mercedamente desconceptuado.

Si los negativos resultados de la escuela de hoy no bastaran para demostrarlo,

acercáos a todos los que tienen que hacer más o menos de cerca con el mundo pedagógico, preguntadlo a los altos funcionarios, a los empleados superiores de los ministerios, a los miembros de los consejos escolares; oíd a los maestros mismos hablar a los unos de los otros, oíd a los pocos padres que se toman algún interés y siguen paso a paso la marcha de sus hijos en la escuela.

No os atengáis, para formar vuestro juicio, a lo que os dicen en sus informes oficiales los consejos generales de educación, porque estos suelen equivocarse y siendo responsables en primer término de la desastrosa situación escolar actual, están interesados en presentar las cosas bien, y os hablan con orgullo de la plausible laboriosidad de sus subordinados, del entusiasmo que los anima, de los visibles y grandes progresos realizados. Y creen, quizá, que ello es así en efecto. Les falta el término de comparación.

Acercaos a nuestros legisladores, escuchad lo que conversan un sinnúmero de diputados y senadores de la Nación: «Es necesario suprimir las escuelas normales», dicen y, por de pronto, del presupuesto correspondiente a 1898 fueron borradas las becas en todos los establecimientos, reponiéndose después porque ello hubiera importado suprimir, de hecho, una institución que lo que necesita es que se la moralice y se la reorganice sobre nuevas bases, no que se la suprima, porque ella es necesaria, indispensable de todo punto de vista.⁴¹

Que deben hacerse excepciones, que queda aún mucha parte del personal docente que hace honor a su misión, no lo dudamos. Pensamos aun más, y ello es lo que nos hace creer en la posibilidad de una reacción inmediata: creemos que muchos de los que fueron laboriosos ayer y se abandonan hoy por falta de estímulo y contagiados por el mal ejemplo imperante, volverán a ser lo que fueron. Pero las deficiencias hijas de la escasa preparación del maestro no se corregirán sin el empleo de medios especiales y si no se actúa sobre las escuelas normales.

La obra del educador es obra compleja y difícil que requiere en el que ha de acometerla un conocimiento profundo del alma del niño, del modo como se manifiestan sus facultades todas, de cómo la cultura de cada una de ellas ha de ser atendida.

41. En momentos en que damos a la prensa esta conferencia, ya reabiertas las sesiones del Congreso Nacional, vuelve a hablarse con insistencia del proyecto de suprimir las escuelas normales o de refundirlas en los colegios nacionales.

En lo que respecta a la supresión, no creemos que pueda haber quien piense seriamente en ello. Lo posible es que personas ilustradas y bien intencionadas, si no han hecho estudios especiales sobre la materia, puedan pretender incorporar las escuelas de maestros a los colegios de enseñanza secundaria; pero tampoco ese proyecto tomará cuerpo, porque hay en las cámaras senadores y diputados que mostrarán fácilmente la imposibilidad de hacer tan peregrina fusión, a todas luces inconveniente y que poco después volvería a ser deshecha.

Sería realmente curioso que tan luego ahora que si algo se ha evidenciado es la necesidad de acentuar el carácter eminentemente *profesional* que deben tener los institutos normales, es decir, que debe reducirse mucho, en el curso normal, la extensión de los programas de las asignaturas generales, aumentando muchísimo el tiempo consagrado a las ramas profesionales, a la moral, a la higiene, a la organización escolar, a la teoría y a la práctica de enseñanza, a ramas que unas no figuran y otras no se atienden bien en los colegios, como el dibujo, los trabajos manuales y domésticos, la música, la composición, la lectura, la caligrafía, etc.; sería curioso, decimos, pretender que el maestro pueda formarse siguiendo los cursos del Colegio Nacional y uno *complementario* (?) de pedagogía, precisamente lo contrario de lo que se requiere para tener los educadores que el país necesita y que si no los tiene aún, es en parte debido a la poca diferencia que existe ya entre la enseñanza que suministran las escuelas normales y la que suministran los colegios nacionales, como lo demostraremos en un artículo o conferencia especial si la mal inspirada iniciativa se mantiene.

VIII. EDUCACIÓN DE LA INTELIGENCIA E INSTRUCCIÓN

Tratándose de la educación de la inteligencia, ha de penetrarse bien de que no es su misión llenar aquella de conocimientos no siempre útiles, pero casi siempre no digeridos y no asimilados por lo tanto; que tienen un valor aparente, ficticio, exterior; que sirven para lucirse en un medio social en que predomina la ignorancia disfrazada de sabiduría, vale decir la ignorancia cubierta con un manto brillante de palabras más o menos sonoras, pero palabras y nada más que palabras. «Cabezas bien hechas y no bien llenas», como decía Montaigne hace ya más de tres siglos, es lo que se necesita.

«Solo nos ocupamos de llenar la memoria y dejamos el entendimiento y la conciencia vacíos. Así como los pájaros van alguna vez en busca de granos y los traen en el pico sin probarlos para pasarlos a sus pichoncitos, así nuestros pendants pillan la ciencia en los libros y no la alojan más que en la extremidad de sus labios para soltarla enseguida y darla a los vientos.»

«Se puede en la instrucción intelectual perseguir tres propósitos: o elevar el espíritu y hacerlo mirar las cosas desde más arriba, o aplicarlo a algún fin práctico, un gana-pan, un oficio, etc., o simplemente amueblarlo como un salón con telas brillantes, vasos chinoscos y lacas japonesas. Este último fin es el más frecuentemente perseguido hoy; la instrucción se convierte en un objeto de toilette, de coquetería, en la joven, de vanidad en el hombre. Es esta una desviación lamentable de la verdadera vía. Hacer entrar en el cerebro la mayor suma de ideas generosas y fecundas con el menor gasto de fuerza posible; tal es el verdadero fin de la educación intelectual. Una vez que se haya modelado en un buen sentido el cerebro de cada individuo, la herencia fijará en la raza una mayor capacidad cerebral. La educación y la herencia, en esto como en lo demás, serán la una el complemento de la otra» (Guyau).

Tal vez saben esto los maestros que dirigen nuestras escuelas, porque lo han oído en la Escuela Normal o lo han leído después más o menos *accidentalmente*. Conocen a menudo las doctrinas; pero, como dice un antiguo inspector de París, Mr. Vessiot, «no son teorías las que faltan; solo que las teorías flotan en la superficie y la rutina queda en el fondo». «Para el mayor número –agrega–, la pedagogía no es más que un conjunto de fórmulas huecas y sonoras, y no un sistema de reglas claras y simples que son como los músculos y los nervios de la enseñanza.

»Hay maestros capaces de escribir y hablar bien, pero vedlos en la práctica: el ejemplo que dan es desastroso. Es que sus lecturas están frescas porque son recientes y los hábitos son antiguos y arraigados».

Ellos han debido aprender, por ejemplo, que han de hacerse amenas e interesantes las lecciones para cautivar la atención del escolar, sin lo cual toda la tarea resulta infructuosa.

Y cuando no son largas sus lecciones, son áridas, desnudas de todo atractivo, monótonas, «hoy como ayer, mañana como hoy» y el niño bosteza, desatiende, se mueve, juega, se subleva, en fin, lógicamente, satisfaciendo una necesidad imperiosa de su ser.

Entonces, ¿qué sucede? Una de dos: o el maestro es débil y la clase triunfa haciendo lo que ella quiere, o es *disciplinador*, en la acepción curiosa que aquí suele darse a esa palabra, y el orden se impone por la fuerza.

Algunos gritos destemplados, frecuentes y prolongadas retenciones después de clase, avisos a los padres de los más barulleros, la suspensión o la expulsión de la clase, y la disciplina se restablece y hasta queda definitivamente implantada; una disciplina cuyos sinónimos son: silencio absoluto en clase, ausencia de movimiento o movimientos a toque de timbre o de manos, acompasados, rítmicos; una atención y un respeto aparentes, la muerte, en fin, donde debiera reinar el movimiento, la curiosidad, el entusiasmo, la vida; donde el niño no debiera temer pedir la palabra, interrogar, expresar libremente sus observaciones, exponer sus dudas y donde al maestro debiera bastarle un gesto, una palabra, un signo, para acallar todas las voces y calmar todas las manifestaciones excesivas si acaso llegaran a producirse; y todo ello sin necesidad de poner adusto el ceño, destemplada la voz, violentos los gestos; sin enojo, afectuosamente, hasta con la sonrisa en los labios, sonrisa que los niños puedan traducir por esta frase: «hijos míos, está bien, me complace vuestra actividad y vuestro entusiasmo; me hace feliz veros así, llenos de interés; pero es menester moderar las manifestaciones exteriores tan ruidosas, porque no nos entendemos, perdemos tiempo, nos habituamos al desorden; todo eso no es propio de personas cultas; en buena sociedad no hablan todos a la vez. ¡Moderaos pues!».

Pero dejemos de lado, pues mucho habría que decir y nos saldríamos del plan que nos trazamos para esta conferencia, dejemos la exposición de los errores en que se incurre al dar las lecciones y toquemos, aunque solo sea brevemente, otro punto principal.

¿Creéis, por ejemplo, que el maestro se preocupa de suministrar ante todo los conocimientos más útiles de cada asignatura sacrificando a lo necesario y lo útil los detalles de dudosa aplicación, de utilidad nula o remota?

¿Creéis que se prefiere aprender bien pocas cosas en vez de desflorar sin aprender nada, muchas?

No; y así como en *aritmética* en vez de acudir ante todo al método de la unidad, que es el más natural y el más claro, preferirán enseñar regla de tres, de interés, de compañía, etc., empleando desde el primer momento las proporciones que el niño rara vez entiende y que el maestro, muchas veces, tampoco entiende bien, pero que las aplica mecánicamente como él mismo las aprendió quizás; así como se pierde tiempo en aprender definiciones y reglas en lugar de multiplicar los ejercicios, las aplicaciones e inferir después las reglas importantes; así como los problemas son propuestos sobre cuestiones que no suelen presentarse en la vida, así también en la clase de *geometría* os repetirán los niños todo género de definiciones y fórmulas y teoremas, pero no podrán dividir una recta en partes iguales, trazar una perpendicular, construir un polígono regular, hallar la superficie del patio en que juegan, los metros cúbicos de aire de que disponen en las habitaciones que ocupan, etcétera.

En *historia* os admirarán recitando de memoria fechas, nombres de batallas, número de combatientes y hasta os repetirán la interpretación más o menos aventurada que de los hechos y las personas formulan los autores a través de los siglos, cuando no pueden ponerse de acuerdo sobre los acontecimientos contemporáneos, y relegarán a un rinconcito la historia de las instituciones, de las creencias, de las costumbres y de cuanto pueda hacer comprender la vida de esos pueblos y el por qué de su felicidad o desdicha, desprendiendo así para nosotros la lección

más fructífera; no podrán decirnos una palabra de la historia que más interesa, de la más verdadera y útil, de la que está llena de lecciones y de ejemplos provechosos a la educación moral y cívica de las generaciones; no sabrán nada de los progresos de las ciencias, de las artes, de las industrias; no conocerán los nombres, o apenas si los nombres sabrán, de los héroes que han dedicado su vida con perseverancia y abnegación ejemplares a batallas más fecundas que las que hacen correr sangre humana, a las batallas libradas silenciosamente en el taller del trabajo, en el gabinete de estudio y en el laboratorio, teniendo por escudo una modesta blusa y por armas una retorta, un microscopio, un bisturí, un compás, un libro; batallas a las que se deben conquistas como la imprenta, la máquina de vapor, las mil aplicaciones de este y de la electricidad, los mil inventos que han rodeado de comodidades la vida del rico y del pobre, los descubrimientos preciosos que salvan la vida de millares de seres que antes perecían faltos de medios de defensa contra las enfermedades y la miseria, y que, repito, no han hecho correr sangre humana para satisfacer casi siempre rivalidades, envidias, odios, deseos de predominio, pero que hacen correr buques colosales sobre las olas, trenes inmensos sobre rieles de acero, la palabra humana escrita, la voz misma del hombre por el cable telegráfico y telefónico, y que impiden, en cambio, también, que deje de correr la sangre por las arterias de la inocente criatura cuya vida amenaza la difteria, terrible ayer, hoy reducida a la impotencia; batallas cuyos héroes se llaman Gutenberg, Stephenson, Fulton, Newton, Galileo, Franklin, Edison, y Pasteur, Lister, Wirchow, Koch, Roux, Sanarelli y cien más, no solo entre los que han arrancado a la naturaleza física sus secretos materiales para hacerlos servir al bien de la humanidad, sino también los que han estudiado con igual propósito la naturaleza moral del hombre, de las sociedades y de otros fenómenos, los filósofos, pedagogos, economistas, etc., la vida y los hechos de muchos de los cuales encierran para el joven enseñanzas provechosas.

«Así —dice Manœuvrier—, en vez de encerrar a nuestros niños en la triste y degradante historia de la lucha del hombre contra el hombre y de hacerles contar incesantemente el número de los muertos sobre el campo de batalla, volveremos su espíritu hacia el espectáculo consolador de la humanidad luchando contra la naturaleza, del espíritu ensayando dominar a la materia.»

Y la *lectura*, la rama de importancia fundamental como que de la inteligencia con que el niño y el joven lleguen a leer y del amor que a la buena lectura despierte la escuela, depende el futuro mejoramiento y progreso del joven y del hombre; esa rama con la que la enseñanza de las demás materias debe, en la escuela primaria, guardar una relación estrecha, tanto que en algunos países, en Alemania por ejemplo, suele hacerse del libro para leer el eje alrededor del cual gira el mayor número de las lecciones; esa materia, digo, es a menudo la más descuidada, sin duda también porque ella más que ninguna otra exige del que ha de enseñarla aptitudes prácticas particulares que no siempre se encuentran en los maestros.

Y lo que decimos de las materias enumeradas, podríamos decirlo de todas las demás, de la escritura y de la composición, de la higiene y de la economía doméstica, todo lo cual se trata en la escuela con una ausencia pasmosa de sentido práctico, confiándose solo palabras a la memoria, conocimientos teóricos, ideas aisladas sin vinculación entre sí, sin una medida aproximadamente exacta de lo

que debe hacerse, de cada materia, sin tener en cuenta para nada el desarrollo de las facultades como objeto principal, cuando, como dice Guyau, «sea cual fuere la ciencia que se trate de enseñar en la escuela, toda enseñanza no debe ser jamás asunto de memoria, de erudición, de puro saber, sino una cuestión de cultura intelectual, moral y física».

Análogas críticas pueden hacerse para demostrar que se cumple mal el fin de la escuela. «Mantener la balanza en equilibrio entre las diversas ramas de la enseñanza, no tomar de cada una de ellas más que los datos esenciales y rechazar sin consideración los detalles invasores, tal es la tarea de la educación –dice el mismo autor–; su fin y su fin único, es desenvolver el espíritu no en un sentido, sino en todos los sentidos; llevarlo, para decirlo de una manera general, a la altura de la ciencia contemporánea, ponerlo a flote, en fin. Después soplará el viento; toda dirección será buena, para un espíritu así preparado.»

IX. EDUCACIÓN E INSTRUCCIÓN MORAL

En materia de educación moral, el personal docente también parece haber olvidado los principios y reglas fundamentales a que aquella debe subordinarse.

Que la moral no se *enseña* en la escuela primaria sino que se inculca. Que, como lo hemos dicho en el programa del «Instituto Nacional» (1890), la moral no puede ser para los niños una *rama* de estudio, una parte del programa, sino algo así como la atmósfera que rodee la escuela en todos los momentos; las más fructíferas lecciones las constituyen los buenos ejemplos que se reciben, las buenas acciones que se presencian, que nos refieren los libros o que oímos reavivadas por la voz de nuestros padres y educadores. Que así como en la sala de clase durante las lecciones, lecturas, narraciones; en el patio durante los recreos; visitando una fábrica, un museo, un monumento, un jardín; recorriendo las calles; en el campo, etc., todo se aprovecha para observar un fenómeno y hallar una noción nueva que incorporar al bagaje intelectual del niño, así también todos los momentos de la vida escolar deberán ser aprovechados para cultivar el corazón, fortificar las tendencias nobles, combatir las malas inclinaciones, ejercitar la voluntad en la práctica del bien.

En vez de enseñar preceptos de memoria que el niño repite inconscientemente quizás en el mismo instante en que sus actos contradicen los preceptos que sus labios enuncian, debe obtenerse una moralidad efectiva, formar realmente el carácter, hacer niños virtuosos y no hipócritas o meros definidores de las virtudes.

La educación moral ha de consistir, sobre todo, en crear los hábitos, no en enumerarlos teóricamente: y los hábitos son el resultado de la acción repetida.

No desarrollaremos el hábito del trabajo que tanto importa a la educación del hombre, a su porvenir y al porvenir y bienestar de las sociedades, predicando de palabra su necesidad, sino explotando la natural actividad del niño y haciéndolo trabajar constantemente, ocupándolo en las múltiples tareas de la escuela, en las puramente intelectuales como en las que lo obligan físicamente; en las lecciones y ejercicios de lenguaje, por ejemplo, como en las de trabajo manual; exigiéndole que proceda con regularidad, con orden, con exactitud, para desarrollar esas virtudes tan necesarias al éxito; pero procediendo siempre sin acumularle las difi-

cultades que podrían desalentarlo, sin reducir las tampoco tanto que se suprima con ellas el esfuerzo, el cual ha de ser con frecuencia ligeramente penoso, condición más importante de lo que a primera vista pudiera parecer y que debe cumplirse con cuidado, so pena de preparar a los niños para un mundo que no existe, un mundo de flores, de halagos, de fiestas continuas, en el que no fuesen necesarios la perseverancia, la energía, el esfuerzo doloroso y la abnegación a menudo, para atacar y vencer las dificultades y sinsabores que hacen más dulce el triunfo cuando se consigue y que templan el espíritu para que no desfallezca en las derrotas.

Y no coloquemos al niño, a cada paso, sobre rieles. Limitémonos a señalarle la ruta y que él busque el camino para alcanzarla, que explore el terreno solo y avance y retroceda y corrija el rumbo y se impaciente a veces, vuelva a emprender la marcha y tan solo cuando el desaliento esté por producirse intervenga el educador con la palabra, la indicación, la ayuda estrictamente indispensable para reanimarlo, despertar una esperanza alentadora, provocar un nuevo esfuerzo que será coronado por el éxito. A veces también, ¿por qué no?, dejarlo que caiga y que sufra un momento de humillación de verse vencido al lado del compañero triunfante. Ello le demostrará las ventajas del mayor estudio, de la perseverancia mayor, de la aplicación sostenida; pero no se abuse de este último recurso, aplíquese con prudencia, que suele ser peligroso y producir el resultado opuesto al que se busca.

Es indudable que no puede dirigirse la educación moral del niño, si no se tiene un conocimiento completo de su modo de ser y del modo de ser de cada uno, para poder también en cada caso premiar o reprimir con justicia, estimular con tino, tocar el resorte que corresponda si se ha de obtener el efecto propuesto.

La acción que en un niño revela malas tendencias arraigadas, intenciones perwersas y que se comete a sabiendas, puede ser, en otro niño, hija de su candidez, de su ignorancia, de una falsa noción de su derecho; una acción inconsciente, sin gravedad real, por más que exteriormente considerada aparezca igual a la primera.

Del mismo modo un acto bueno que exige de un alumno un esfuerzo de voluntad considerable, vale más que el mismo acto realizado por otro niño sin esfuerzo o sin sacrificio; en consecuencia, el maestro ha de hacer sentir con su mayor aplauso la diferencia, pero de modo que resalte ante la clase la justicia con que se procede.

No menos ha de tener en cuenta el educador el estado de salud y las condiciones físicas de cada niño.

Los actos que exigen perseverancia y enérgica voluntad suponen la energía física suficiente. «Sin salud no hay esfuerzos duraderos –dice Payot–, ella es una condición esencial de la energía moral. Nadie entre aquí si no es geómetra, decía Platón. Nadie entre aquí, diremos nosotros, si no sigue las leyes de la higiene en lo que tienen de seguro. Así como la voluntad se forma de pequeños cuidados higiénicos, relativos a la alimentación, al aire que se respira, al movimiento de la sangre, supone reposo y ejercicios físicos bien comprendidos.»

Y por su parte afirma Fouillée «que se evitarían a la razón muchos extravíos y se impediría el nacimiento de muchos vicios, si se supiese forzar a la economía animal a favorecer el orden moral que ella altera tan a menudo; si se conociese la

necesidad de una moral aplicada a la vida sensitiva y afectiva, obrando no por preceptos abstractos, sino por una influencia concreta sobre la parte material de nuestro ser».

Es el desconocimiento o el olvido de lo que acabamos de recordar, es la falta de conocimientos psicológicos o mejor la falta de lo que llamaríamos la intuición o el tacto psicológico, la razón principal de la escasa influencia del maestro sobre la conducta moral de sus alumnos.

Se ignora que en educación como en medicina no hay enfermedades sino enfermos y que cada uno de estos reclama atenciones particulares, tratamientos distintos. Que así como a dos atacados por la misma afección receta el médico drogas distintas, dosis desiguales de la misma o una diferente manera de administrarlas, así el educador ha de aplicar al caso particular el tratamiento particular también. En ocasiones convendrá el empleo de un tratamiento enérgico y hasta violento a veces, sin disimular el sabor amargo del medicamento; en otras, las más frecuentes quizás, habrá también que «dorar la píldora», entendiéndose por esto en pedagogía el proceder más suave, paciente, afectuoso, prolongado, corrigiendo poco a poco, haciendo pequeñas concesiones por un lado para exigir más por otro y llegar así, paulatina e inteligentemente, a extirpar la causa de la enfermedad o debilitar, por lo menos, sus efectos sobre el organismo moral del niño.

Hay, sin duda, afecciones típicas que se producen de igual manera en muchísimos niños a la vez; pero aun en estos casos es difícil asegurar que cabe corregirlos por los mismos medios. Ni conocemos, tampoco en educación, *específico* alguno que con sus efectos invariables nos asegure el éxito del tratamiento en todos los casos por típicos que sean.

Y esto mismo es lo que suele dar lugar a las protestas de los niños y aun de los padres que atribuyen a preferencias indebidas, a injusticias imperdonables, la conducta sabia del educador inteligente que obra de acuerdo con lo que acabamos de decir.

Pero es este un pequeño inconveniente que el maestro verdadero suprime pronto, si es que llega a producirse, porque él habrá sabido por su conducta toda, de cada día y cada momento, inspirar respeto y afecto sinceros a sus alumnos, confianza ciega en su imparcialidad y espíritu justiciero, y en el ánimo de todos esta convicción íntima y profunda: que aun cuando procede con aparente crueldad en el castigo de una falta grave, lo anima el mismo propósito salvador que decide al cirujano, sordo a los ayes del enfermo, a amputar el miembro atacado que compromete la existencia.

Y si acaso algún específico existe para curar afecciones generalizadas o iguales, ninguno más eficaz y siempre indispensable que el *ejemplo* del maestro, cuya conducta toda, de cada momento, ha de ser lección práctica y ha de hallarse en consonancia continua con sus lecciones teóricas, su enseñanza, sus consejos, de modo que el niño, a cuya observación no escapa el menor detalle de la conducta de sus educadores, juez severo y cruel, a menudo, de todos los que lo rodean, no encuentre nunca en contradicción la palabra del maestro y su acción propia. El educador cuya conducta moral no puede servir por sí sola de lección a sus discípulos tiene el deber de buscarse el pan de cada día en una profesión en la que perjudique menos a sus semejantes o a la sociedad de que forma parte. El magiste-

rio es sacerdocio y en él no cabe el término medio: se es o no se es digno de oficiar en su templo.

Lo sabéis, esto no es una frase hueca: es la expresión fiel de una verdad incommovible.

No hay reglas, no hay fórmulas, para dar la educación moral.

Dice León Bourgeois en un discurso pronunciado en 1893:

«¡Ah, las fórmulas, esto es lo que va a faltarnos en esta materia! La fórmula para formar el corazón, la fórmula para desarrollar el sentimiento, la fórmula para enseñar la abnegación y el sacrificio, la fórmula para enseñar que cuando un hombre cae al agua otro debe arrojarlo a ella para salvarlo, la fórmula para todo esto, no existe. Uno solo es el secreto: ¡para comunicar esta llama es menester tenerla!».

Por eso las lecturas y las historias de las que se vale el maestro para desarrollar el sentimiento suelen ser tan poco eficaces: destinadas a sacudir el espíritu, a conmoverlo, a arrancar alguna vez lágrimas de emoción en el tierno auditorio como se arrancan, por ejemplo, con los hermosos cuentos del *Cuore* de D'Amicis, solo tienen valor si las emplea un maestro que se siente él mismo sacudido y emocionado en presencia de la sublimidad de un acto heroico, abnegado, generoso; y nuestros educadores no siempre saben contar, nuestros educadores no siempre saben leer, la Escuela Normal no los provee de esta arma preciosa, indispensable.

Y concluyo, señores, respecto de la educación moral, recordando también, si quiera sea de paso, que es necesario dar, oportunamente, la *instrucción* moral también. Que «si el arte de la educación consiste, ante todo, en dar buenos hábitos, consiste también, en segundo lugar, en fortificar esos hábitos por la conciencia y la creencia de que son racionales» (Guyau).

Y cuando se lo ilustre sobre la moral, no lo haremos un discutidor, «un razonador, un sofista, ya que tanto abunda el sofisma moral llevado más a criticar a los otros que a vigilar la propia conducta –como expone Braun–, pero lo haremos reflexivo, lo muniremos de reglas generales sobre el bien y el mal».

«Que haya en tu espíritu esas máximas cortas, fundamentales, que devuelven de súbito la serenidad a tu alma», dice Marco Aurelio. Que «los principios muy precisos de que se haya uno bien penetrado se presentan por sí mismos a nuestro espíritu, a veces de la manera más importuna y pueden así ahorrarnos, casi a pesar nuestro, muchos extravíos» (Marión).

X. EDUCACIÓN FÍSICA

En cuanto al ejercicio corporal, a la educación física, nadie ignora que las deficiencias son aun mayores, si cabe, que en lo que respecta a la cultura intelectual y moral.

No hay maestro, no hay padre de familia y casi diremos que no hay persona alguna que no tenga en los labios el antiguo y ya trivial aforismo «*mens sana in corpore sano*»; no hay persona que no elogie la atención que los ingleses prestan a los ejercicios destinados a dar vigor al cuerpo y como consecuencia templar el carácter también. Sin embargo, ni los niños de las escuelas primarias, ni los estudiantes de

los colegios nacionales, ni los jóvenes de nuestras facultades universitarias imitan tan buen ejemplo. Nada se hace por realizar lo que el referido aforismo preceptúa.

Y nuestros horarios, nuestros edificios, nuestras costumbres, todo favorece ese estado de cosas, sin que las conferencias, la propaganda hecha en diferentes formas, las incitaciones de la prensa, etc., hayan producido hasta hoy un resultado apreciable.

Desde la reforma que nos cupo la satisfacción de provocar y obtener en 1886,⁴² reduciéndose de seis a cinco horas el día escolar y estableciéndose como obligatoria la alternación frecuente de los recreos y las lecciones, y a pesar del estudio hecho entonces de los males que hoy vuelven a estar en tela de juicio y de indicados y aprobados los medios de mejorar la situación, nada práctico se ha producido. En una de la conferencias doctrinales de 1893,⁴³ volvió a tratarse con algún detenimiento la cuestión y nos cupo nuevamente la honra de obtener el voto unánime del personal docente de la Capital, a favor de conclusiones que establecen la necesidad de dar importancia al ejercicio físico, prefiriendo los juegos y los ejercicios libres a los ejercicios gimnásticos con aparatos, de acuerdo con lo que han demostrado de una manera concluyente Marey, Lagrange, Mosso, Arnould, Tissié, Labit y Polín y otros médicos fisiologistas que han hecho serios y especiales estudios al respecto.

La opinión está hecha entre los educadores estudiosos y ya la comparten y defienden más o menos decididamente algunos maestros de gimnasia, entre nosotros, que hasta ayer defendían los ejercicios con aparatos y pretendían hacer primar sus conclusiones empíricas, hijas de su desconocimiento de las leyes de la fisiología y de la pedagogía, sobre las que sostienen cuantos se inspiran en la experiencia de los autores citados y en la propia experiencia.

Pero si la opinión está hecha sobre ese punto y sobre casi todos los de la higiene escolar, no por eso las reglas de esta última se respetan en la escuela, y nuestros niños continúan respirando un aire insuficiente e impuro en salas de clase defectuosas; continúan aglomerados, en muchas de nuestras principales escuelas, setenta, ochenta y hasta cien alumnos en una sola sala; siguen asistiendo a la escuela, en verano, en las peores horas, de 11 a 16, sin que se resuelvan las autoridades, ni se avengan las familias a establecer el horario de dos períodos o el continuo por la mañana siquiera. ¡Y lo mismo en los colegios nacionales!

Y no se hace ejercicio físico ni puede hacerse, porque los locales que ocupan las escuelas no lo permiten; esos locales que se pretende exhibir con orgullo como fruto de los progresos que hemos alcanzado en educación y los cuales, como hemos dicho en cien ocasiones después de contruidos los primeros y con el propósito de inducir a la mejora de los que se hicieron enseguida, debiéramos ocultar a la vista de los entendidos y del extranjero, porque su examen hará creer que no hay entre nosotros ingenieros, higienistas ni pedagogos que conozcan las condiciones que debe reunir una casa escuela o que las autoridades escolares que presidieron a su construcción solo han procurado pasar a la posteridad mandando a hacer lujosas fachadas encubridoras de interiores paupérrimos.

Y fuera de las escuelas y de los colegios de instrucción secundaria, nada se hace tampoco por la educación física de los jóvenes.

42. Véase en este volumen la conferencia «Reformas escolares», p. 259.

43. Véase en este volumen la conferencia «El ejercicio físico en la escuela primaria», p. 425.

Las plazas de juegos para los niños tantas veces proyectadas por el Consejo de Educación están en proyecto siempre. Ahora mismo el Club atlético argentino cuya iniciativa debe merecer la adhesión y el apoyo de todo el mundo, convoca a la juventud a realizar la obra de su robustecimiento físico.

¿Será oído su patriótico llamado? ¿Tendrán eco sus esfuerzos?⁴⁴

Afortunadamente las autoridades superiores han resuelto iniciar la reforma, que se impone, y en ello está ahora el ministro de Instrucción Pública.⁴⁵

XI. GRANDEZA Y DIFICULTADES DE LA MISIÓN DEL EDUCADOR

Y bien, señores: después de todo lo que dejo expuesto se dirá que la tarea asignada al educador resulta muy difícil, que exige una preparación especial extensa, conocimientos profundos de la psicología del niño, un tacto exquisito para no equivocarse, habilidad grande para insinuarse en la inteligencia y en el corazón de los escolares, un poder grande de sugestión, una paciencia infinita y amor, verdadero amor a la profesión.

Y bien; sí, ¿quién lo duda? Pero suprimid todo eso y no tendremos derecho de hablar de la grandeza de la misión del maestro, no tendremos el derecho de reclamar que se lo considere de los primeros entre los primeros obreros de la civilización.

Si su tarea ha de reducirse a cuidar que los cuarenta o cincuenta niños de su clase no se estropeen a golpes, no griten demasiado, no den, en su presencia, rienda suelta a todos sus caprichos y deseos, y a enseñarles más o menos de memoria, más o menos desordenadamente, un montón de cosas útiles e inútiles, no tiene derecho de quejarse por la indiferencia que lo rodea.

Pero ¿tienen ellos, los maestros, la culpa de todo lo que sucede?

Creemos que no.

XII. DEFICIENCIAS DE LAS ESCUELAS NORMALES

Y entonces, ¿cómo se explican tan graves deficiencias? ¿Por qué incurren en errores y en olvidos tan lamentables, maestras y maestros que poseen un diploma normal que acredita instrucción extensa, preparación profesional?

Pues porque muy a menudo ese diploma no representa una verdad ni en uno ni en otro sentido. Porque en muchas de nuestras escuelas normales se instruye

44. Cerca de tres meses han transcurrido desde el día en que tuvo lugar esta conferencia. Hoy ya puede decirse que el «Club atlético» solo existe en el nombre y no tardará en desaparecer si no se aplica mayor actividad y acierto en su organización. Lo demás, los juegos atléticos propiamente dichos, no se han iniciado todavía, por ese centro.

45. A la hora en que aparece este folleto dicha reforma es un hecho. Un proyecto completo con su reglamentación e informe respectivo presentado por la Inspección General de Enseñanza Secundaria ha merecido la aprobación plena del señor ministro, doctor Beláustegui. La reglamentación y las instrucciones que la acompañan están de acuerdo con lo que establecen los higienistas y pedagogos más adelantados respecto de las condiciones en que debe hacerse el ejercicio físico. Si la iniciativa de la inspección es secundada como corresponde por los encargados de llevar a la práctica la reforma, veremos corregirse poco a poco las deficiencias de la educación física de la juventud argentina. Pero para ello es menester posponer todo propósito personal o egoísta y no preocuparse sino de los altos fines que se persiguen. (Véase en este volumen, p. 194.)

mal, se instruye superficialmente en lo que más importa, en pedagogía, en psicología, en cuanto más directamente se relaciona con la misión del maestro.

Aceptando como verdadero el concepto más admitido de lo que ha de perseguir la escuela: la educación integral de las facultades, la transmisión de los conocimientos más útiles, la formación para la vida, en fin; aceptando ese concepto, digo que ello mismo no se entiende y no se explica bien por la mayoría de los encargados de dar enseñanza pedagógica a los alumnos normales y mucho menos parecen entender, y menos aun aplicarse, los medios para alcanzar el fin de la escuela.

Y el alumno-maestro sale diplomado sin la noción clara de lo que ha de hacer, sin convicción alguna. Del punto de vista práctico, de su habilidad para dirigir las clases, para dar lecciones, para tratar a los niños, de lo que en fin constituye el arte de la educación, la deficiencia no es menor por cierto. No salen con buenos hábitos adquiridos, con un criterio formado, con reglas conocidas, porque no han tenido dónde aprender todo eso que es tan importante, que es esencial.

Pero ¿cómo?, se dirá. ¿Y la Escuela de Aplicación, la Escuela Modelo, el Hospital de Clínicas anexo a la Escuela Normal?

¡Sueños! Esa escuela es como otra cualquiera de las escuelas comunes de la república y si existe alguna diferencia comparada con muchas de las escuelas graduadas, esa diferencia suele ser en su contra, pues ni los maestros de los grados son mejores, ni el regente y subregente han dado pruebas de especial competencia y entonces la Escuela de Aplicación, la escuela llamada por ironía, tal vez, *modelo*, lo es a menudo, pero no de buenas prácticas, no de organización ejemplar, no de trabajo asiduo, inteligente, entusiasta, sino de desorganización, de rutinas ha mucho condenadas, de prácticas viciosas de todo género, de desamor, desaliento, desilusiones. Hace frío siempre dentro de sus aulas.

Cada maestro es una máquina que como tal se mueve, que cuenta fastidiado los minutos que dura la clase y para el cual los toques de campana anunciando que una hora ha transcurrido ya, son los sonidos que más gratamente repercuten en su alma; y como él, los niños también los cuentan ansiosos de respirar el aire libre en el patio de recreo, y a las 16, la hora bendita de la salida, el aire y la libertad de la calle y del hogar.

La Escuela de Aplicación y la Escuela Normal funcionan en cierto modo y a menudo, no como dos departamentos de una misma institución y estrecha, íntimamente vinculados. No; suelen no tener de común sino el techo que cubre todo el edificio en que se alojan, sin que se armonicen las teorías que oyen bien o mal expuestas en el curso normal, con las prácticas que presencian en la Escuela Anexa.

Y todo esto es debido principalmente a que la dirección general suele estar confiada unas veces a profesores o profesoras que no tienen de tales sino el diploma y la instrucción general, pero a los que falta lo que debiera caracterizarlos, el carácter del maestro, el alma de tales; y otras veces a respetables caballeros, sin título profesional ninguno, con vinculaciones sociales, ilustrados, quizás extensamente ilustrados en algunas ramas de los conocimientos humanos, pero sin preparación especial para ocupar el puesto y aceptar la grave responsabilidad que entraña el ser director de la Escuela Normal; que carecen no solo de la preparación pedagógica requerida, sino también de la contextura especial propia de que deben estar hechos

los que van a ser maestros de maestros; que ocupan ese puesto que la suerte o las influencias le proporcionan, como ocuparían otro cualquiera que les presentase las mismas ventajas materiales; directores, regentes y profesores improvisados, sin antecedentes como educadores, que empezaron por ser aves de paso en la enseñanza, cuyas puertas entre nosotros se abren por desgracia demasiado fácilmente a todo el mundo; que no tienen amor a la escuela, ni fe alguna en la carrera de la enseñanza, en el porvenir del educador; cuya propia conducta y hasta los juicios que emiten en presencia de los futuros educadores, los alumnos-maestros, son desalentadores.

Directores, regentes, profesores, que lo primero que anuncian al alumno-maestro son los sinsabores, los inconvenientes, los desencantos de la profesión, exagerándolos quizá, presentándolos con negros colores, y apenas les insinúan la posibilidad del triunfo, las satisfacciones dulces, incomparables, íntimas, que se cosechan. Y cómo podrían alentarlos tampoco, si ellos mismos, a pesar del delicado puesto que ocupan no saben, a menudo, que esas satisfacciones se alcanzan, si no las han sospechado siquiera, si no las creen posibles quizá; que creen, en cambio, llenada su misión permaneciendo en el local de la escuela en las horas reglamentarias; que nunca reúnen al personal docente para cambiar ideas, sugerir mejoras, alentar a los buenos, sacudir el espíritu de los dormidos; que no se les ve en ninguno de los lugares en que su presencia sería necesaria, ni en los exámenes de las escuelas públicas para las que preparan a los maestros, ni en las conferencias pedagógicas, ni en ninguna de las reuniones a las que debieran concurrir en primer término; ni escriben en las revistas de educación, ni en ninguna parte dan señales de vida. Ese es el ejemplo que dan al alumno-maestro.

Y el alumno-maestro, al terminar su carrera, recibe hoy su diploma como recibe el vendedor ambulante la patente que lo autoriza a vender de puerta en puerta su mercadería, percibiendo por ella la escasa compensación en dinero que le servirá para subvenir a sus necesidades materiales. No se le ocurrirá siquiera que el título que se le entrega casi siempre sin ceremonia alguna, fría, fríamente, lo habilita para algo más grande que para vender también él su escasa, su pretendida ciencia, de distrito en distrito, de consejo en consejo, de pueblo en pueblo.

Y perdonadme, señores, esta ruda franqueza. No sabría disfrazar este grito, ni sería patriótico ahogarlo, ya que acude espontáneo a mis labios obligados a decir la verdad desnuda; verdad que, o estoy sugestionado sin sospecharlo, o no tiene discusión posible, porque salta evidente a los ojos de los que viven la vida de nuestras escuelas, viéndolas de cerca libres los ojos de todo velo engañoso.

¿Que hay excepciones? Sí, por fortuna. Pero ello no ha de impedirnos señalar lo malo, que de esto se trata precisamente, para corregirlo. Una sola escuela normal que en las condiciones expuestas existiera (y no es una, son varias) bastaría para justificar la crítica pública, porque cada escuela normal representa al fin de cada año un grupo de diplomados en las condiciones señaladas y todos ellos representan millares de niños, de padres futuros, de ciudadanos que van a ser por aquellos dirigidos, mal dirigidos en su educación, sin contar la influencia que esa escuela normal y esos maestros ejercerán a su alrededor por el mal ejemplo dado, no solo por lo que hagan, sino por lo que dejen de hacer.

XIII. OTRAS DEFICIENCIAS

Queda pues explicado, en parte al menos, por qué es tan deficiente la preparación de los maestros que han producido las escuelas normales, especialmente los salidos en los últimos años.

Pero como si eso no bastara, parece que todo se hubiera dispuesto, en la época presente, para acentuar tantos males, y esos maestros al entrar a ejercer sus funciones en las escuelas públicas, y nos referimos principalmente a la Capital porque es lo que de cerca y mejor conocemos, en vez de hallarse rodeados de la fiscalización, de la ayuda y del estímulo que los induzca a trabajar por mejorarse y contribuir al progreso general, solo encuentran a su alrededor motivos de abandono, dificultades de todo género, ejemplos desalentadores, resultando que hasta maestros y maestras inteligentes y laboriosos con largos años de servicios —que los hay por fortuna y en buen número— se sienten, naturalmente, contagiados y se aplican menos o se mantienen estacionarios sin hacer más que lo estrictamente necesario para cumplir las prescripciones más destacadas de los reglamentos.

Y ello se comprende y se explica perfectamente, si se sabe que cada maestro se halla abandonado a su exclusiva iniciativa y buena voluntad; que las clases no son visitadas como debieran serlo por los inspectores; que estos no aparecen por las escuelas sino muy de tarde en tarde, cuando aparecen. Apenas si algunas veces en el año se presenta un subinspector, el cual se detiene breves instantes en cada escuela, los necesarios para reunir unos cuantos datos estadísticos de los que suele hacerse después caso omiso aunque revelen violaciones de preceptos reglamentarios vigentes y hechos perjudiciales a la educación.

Y no se atiende a lo que es más importante, a lo que afecta al objeto esencial de la escuela, a la manera como se interpretan los planes de estudio y los programas, a los métodos y procedimientos de enseñanza. No se cuida de la educación moral, ni se toman iniciativas, ni se hacen indicaciones relativas a la manera de favorecer hasta donde es posible, en la escuela, la educación y el robustecimiento físicos.

Se han reglamentado las conferencias pedagógicas y ellas no se celebran con la regularidad establecida por las disposiciones que las rigen, y si se celebran es para llenar tan solo la prescripción reglamentaria, reinando en esas reuniones la ausencia más completa de animación e interés. Las indicaciones, a veces muy atinadas, de los conferenciantes, caen en el vacío, nadie las recoge, nada se hace por incorporarlas de hecho a la práctica y llega hasta hacerse carne en los maestros y entre los inspectores técnicos la idea de que mejor sería suprimir dichas conferencias, porque, se dice, ellas son poco provechosas o solo sirven para producir la división entre los educadores, esto es, lo contrario precisamente de lo que debe obtenerse, de lo que se obtendrá el día que la dirección de la instrucción pública se entregue a personas no solo inteligentes y preparadas sino también con la autoridad moral indispensable para hacer acatar sin resistencia las disposiciones acertadas que adopten.

Entonces no se incurrirá en la monomanía de reglamentar demasiado para cumplir demasiado poco. No se exigirá de los directores de las escuelas que comprueben la inversión de un lápiz de pizarra con un recibo que le otorga por escrito su discípulo de seis o siete años que no sabe escribir, como hoy se hace, por

enorme que esto parezca; pero tampoco se incurrirá en una omisión tan extraordinaria como la de entregar de un día para otro, a los maestros de las escuelas públicas, como se ha hecho este año aquí en la Capital, nuevos, incomprensibles e inadecuados programas, sin acompañarlos de instrucción alguna que explique la interpretación que debe dárseles. Y ahí está el personal docente desorientado: los maestros, subpreceptores y ayudantes, como el lógico, sin saber a qué atenerse y la educación sufriendo las consecuencias de todas estas irregularidades e imperdonables descuidos, como han podido comprobarlo cuantos hayan asistido a los últimos exámenes e interrogado a los maestros y a los niños, dándose el caso de que profesores normales no han tenido inconveniente en declarar en voz bien alta, ante la clase, la mesa examinadora y el público, que habían enseñado *mecánicamente* (textual), sin duda porque no encontraron otro medio mejor para salir del paso y «concluir» los programas.

El mayor número no lo confesa con tanta franqueza, pero procede del mismo modo, a juzgar por los resultados.

Reflexiones no más satisfactorias podría hacer respecto del uso y abuso y de la mala elección de muchos de los libros adoptados como textos, y de cómo, a pesar de disposiciones al parecer terminantes del Consejo Nacional de Educación, se usan, hasta en los grados inferiores, libros que no hacen falta ni en los superiores de la escuela y que son a todas luces inconvenientes.

XIV. REFORMAS QUE DEBEN INTRODUCIRSE

Voy a terminar, señores, que harto he abusado de vuestra bondadosa atención. Y sin embargo, con relación al título de esta conferencia, notaréis que he dejado varios puntos, e importantes, que tratar, entre ellos lo que se relaciona con la organización y estudios de los colegios nacionales, lo que se refiere a la necesidad de desviar, dirigiéndola a las industrias y al comercio, la corriente que hoy arrastra a la juventud a dichos colegios, donde no hace, en general, más que perder tiempo, concluyendo el mayor número de los estudiantes por quedarse a la mitad del camino, inútiles para dedicarse a una profesión manual, igualmente inútiles para ocupaciones que requieran una instrucción y cultura intelectual real, suficiente; pero, en cambio, muy útiles como elementos de los caudillos políticos y para influir con sus vinculaciones en el aumento incesante de empleos y empleítos públicos, que ellos van a ocupar, como último recurso, y de los que ya se sabe cuán perjudiciales suelen ser al país; que también nuestra instrucción secundaria y aun la superior tiene muchos de los rasgos que Demolins critica a la enseñanza francesa, por ejemplo: el de preparar funcionarios, empleados, oficinistas, etc., en vez de preparar hombres y ciudadanos útiles a sí mismos y a la sociedad de que forman parte.

Tampoco me he ocupado de una de las principales, sino la principal causa, la generadora de tantas deficiencias: la política siempre inmiscuida en la enseñanza. Pero el tema es escabroso y tratarlo en este momento hubiera sido inhábil, impolítico y quizá contraproducente. Por eso y no por otras razones he preferido postergar su discusión.

Y bien; he dicho al empezar que una reacción se imponía con urgencia y espero que estaréis como yo convencidos de que así es en efecto. Los hombres de buena voluntad debemos aportar nuestro concurso decidido y repartirnos la tarea, que todos tendremos en qué ocuparnos.

Por suerte, puede decirse que buenos vientos soplan desde las alturas y no ha de transcurrir mucho tiempo sin que la acción del Gobierno se haga sentir con energía y eficacia en pro de una regeneración de la enseñanza que no puede, que no debe tardar, porque es cuestión vital para el porvenir de la República.

Permitidme, entre tanto, que, con referencia a los asuntos tratados en esta conferencia, os concrete algunos de los trabajos que deben merecer nuestra atención preferente y el apoyo resuelto de todos para que no tarden en llevarse a la práctica.

Entre las reformas que indico encontraréis no pocas que vienen siendo reclamadas de tiempo atrás, en todos los tonos, y cuya necesidad nadie se atrevería a discutir, pero que, no obstante, no se han podido llevar aún a la práctica.

1º Hacer propaganda y trabajar ante los poderes públicos para que se reglamente de tal manera la organización de los *consejos generales de educación*, tanto en la Capital como en las provincias, que se asegure el acceso a ellos de las personas que han hecho profesión de la enseñanza, que han probado conocer sus necesidades y manera de atenderlas y, sobre todo, que reúnan a la competencia condiciones de honorabilidad, rectitud y laboriosidad.

2º Que la *inspección técnica de las escuelas*, tanto de las normales como de las escuelas primarias, no se confíe sino a personas capaces de desempeñarlas con entera conciencia; que no sean demasiado jóvenes o poco experimentadas por haber hecho su carrera muy ligero; que hayan ganado sus grados, uno a uno, como en la milicia, en vez de ascender rápidamente, a saltos, sin merecerlo, por lo que les suele faltar precisamente lo que más necesitan, lo que ha de darles autoridad moral ante el personal docente de que van a ser jefes y consejeros. Que el inspector no sea solamente un teórico, más o menos enamorado de doctrinas irrealizables hoy; que tenga un criterio definido, y el sentido práctico indispensable para no embarcarse fácilmente en utopías, hermosas cuanto se quiera, pero utopías al fin; que pueda, al llegar a una escuela, apercibirse rápidamente de las deficiencias de la enseñanza, ponerse al frente de una clase sin preparación previa y darle al maestro una lección modelo; que sea capaz de reunir al personal de un establecimiento y exponerle clara y sencillamente, sin jactancia, de modo que se lo escuche con simpatía, todas las observaciones que la visita le haya sugerido, encontrando siempre algo que aplaudir con justicia, para que se oiga sin desagrado la crítica serena, franca, bien intencionada, del error, también; todo sin herir la delicadeza del maestro, el cual debe ver con satisfacción y desear y hasta pedir la visita frecuente de un juez y consejero tan digno de serlo; que reúna cada vez que ello convenga, y esto será frecuente, al personal todo de la localidad en conferencias generales y allí trate con ellos en el mismo tono franco, sincero, sereno, las cuestiones que interese dilucidar; que formule indicaciones, consejos, instrucciones, por escrito, sobre cuantos puntos importe no olvidar y las envíe a todos; que estimule la celebración de reuniones, veladas, fiestas, sea para los maestros solamente, sea con la asistencia de las familias y de los niños; que no se limite a vigilar el exacto cumplimiento de las disposiciones vigentes, sino que reflexione,

estudie, consulte lo que se hace en otras partes e introduzca o proponga, aunque expresamente no se lo pidan sus superiores jerárquicos, las modificaciones que importen una mejora.

Pero para ello es necesario que el inspector tenga asegurado el apoyo de la superioridad y su opinión y sus indicaciones sean consultadas y atendidas siempre en cuanto se relacione con la dirección técnica de enseñanza.

El inspector puede ser, así, y debe serlo, el alma de los establecimientos que de él dependen, como cada director lo es de la escuela a su cargo y cada maestro de la clase confiada a sus cuidados.

Y tendremos así, señores, un cuerpo docente que será orgullo de la nación argentina y ejemplo para los pueblos que nos observan.

3º La *dirección de las escuelas normales* no debe confiarse sino a profesores que reúnan las condiciones exigidas al inspector, no permitiendo nunca que ocupen ese puesto simples «aficionados», por grandes que sean sus recomendaciones o sus talentos, si no tienen la única recomendación valedera para merecer un puesto tan grande y delicado: preparación especial, conocimientos profundos teóricos y prácticos de pedagogía y condiciones de carácter a toda prueba, tales que puedan enseñar y enseñen no solo de palabra sino con el ejemplo. El director de la Escuela Normal tanto ha de ser capaz de reunir a los alumnos-maestros y al personal docente de la localidad, y darles una excelente conferencia, como de presentarse en un momento dado ante los niños de los grados inferiores y darles una lección que pueda servir de modelo a sus subordinados.

4º El *regente y los profesores* de los grados han de ser elegidos entre los maestros más hábiles en el arte de enseñar, que como tales puedan ser realmente *modelos* en la *escuela modelo*. Para ello es indispensable, como primera medida que deben tomar los poderes públicos, aumentarles el sueldo, pues siendo hoy igual y hasta inferior al que goza cualquier maestro de grado en las escuelas públicas, se comprende que prefieran emplearse en estas donde tienen ventajas de que carecen en la Escuela Normal.

5º La *organización y el plan de estudios de las escuelas normales* deben modificarse en el sentido de dar mayor, mucho mayor importancia a los estudios profesionales propiamente dichos, al estudio de la pedagogía y de la psicología, esta última, base indispensable de la primera y que hoy no se conoce no solo porque se enseña poco y mal, sino también porque figura en el primer año cuando por la preparación anterior que su estudio supone debiera figurar en los últimos años, o mejor aun en todos los años, sobre todo mientras no se exija para el ingreso a la Escuela Normal una mejor preparación que la que hoy se pide.

Es indispensable que se atienda mucho más a la enseñanza de la lectura, de la composición, de la elocución. El arte de hablar y de leer con naturalidad y elocuencia es una de las grandes condiciones prácticas que ha de poseer el maestro. En otra ocasión indicaré los medios de obtener esta, así como otra cualidad, la de escribir, que necesita tanto más cuanto que las publicaciones, discusiones y propaganda por la prensa son algunos de los medios de que más hemos de valernos, al principio sobre todo, para difundir las buenas doctrinas pedagógicas, dar a conocer los mejores métodos y procedimientos de enseñanza, etcétera.

El dibujo, el canto y la música son otras ramas que el alumno-maestro ha de poseer teórica y prácticamente como el trabajo manual, para que pueda a su vez

aplicarlos con eficacia en la escuela primaria, sin necesidad de recurrir como hasta hoy a maestros especiales, que presentan inconvenientes bien conocidos.

Todo esto, más algunas habilidades prácticas relacionadas con los primeros cuidados en casos de enfermedades o accidentes, con la educación física y con otras ocupaciones comunes del hogar, podrá adquirirse en la Escuela Normal aunque se reduzca la extensión excesiva dada a otras materias del programa, reducción que es necesaria por razones que sería largo exponer aquí.

Algunas modificaciones que oportunamente indicaré deben introducirse también en la manera de hacer la «práctica pedagógica».⁴⁶

6º *Reducir a la mitad el número de las escuelas normales existentes*,⁴⁷ aplicando parte de la importantísima economía que con esto se realizaría, a poner las que se conservan o refundan en las mejores condiciones, acumulando en ellas los buenos elementos docentes (que hoy no sobran), retribuyendo mejor sus servicios, para que con ese estímulo se obtenga una mayor consagración de los profesores en el desempeño de sus deberes.

Los recursos sobrantes podrían aplicarse a *crear y sostener algunas escuelas profesionales*, de artes y oficios, de agricultura, etc., de las que tanto ha menester el país.

7º *Crear la escuela normal superior* destinada a preparar profesores de enseñanza secundaria y normal que, por ahora, no sería difícil de realizar sobre la base de una de las dos escuelas normales de profesores que tiene la república, previas las necesarias y radicales reformas en su organización y plan de estudios.

8º *Cambiar el programa de la escuela primaria* suprimiendo el cúmulo de conocimientos que exigen, que no corresponden a la capacidad intelectual del alumno, no son de aplicación para el mayor número en la vida práctica y que hoy

46. En un informe que fue elevado al Ministerio de Instrucción Pública, con posterioridad a la celebración de esta conferencia, he recomendado a dos medios cuya aplicación convendría que se generalizara en las escuelas normales. Son los siguientes:

1º Organizar la «práctica pedagógica» en la Escuela Anexa de modo que el alumno-maestro pueda observar y ejercitarse:

- a) En las clases con un número regular de alumnos.
- b) Con un número excesivo.
- c) En aulas en las que se hallen reunidos alumnos que correspondan a diferentes grados de adelanto, estando el maestro solo o teniendo un auxiliar-maestro o pudiendo valerse apenas de un monitor-alumno.
- d) Disponiendo de objetos reales y de ilustraciones de todo género para las lecciones.
- f) Con toda otra variación que corresponda a lo que se hallará en la práctica cuando el alumno-maestro, ya diplomado, egrese de la Escuela Normal.

Todos estos diferentes ejercicios deben hacerse con prudencia para que no se perjudique sensiblemente el progreso de los alumnos que concurren a la Escuela de Aplicación.

2º Organizar visitas, preferentemente con los alumnos-maestros de los años superiores, a las escuelas de la localidad, para observar allí las variaciones que no es posible tener en la Escuela Normal, conocer de cerca los diversos tipos de escuelas y de clases, familiarizarse con las dificultades que se encontrarán más tarde y aprender a vencerlas. Estas visitas pueden prolongarse a las inmediaciones del lugar y alguna vez a las escuelas de la campaña.

Tan útiles excursiones pueden ser aprovechadas al mismo tiempo para ejercitar a los alumnos-maestros en la composición y en la redacción de informes, exigiéndoles que refieran por escrito sus impresiones, lo que será también un motivo más para que observen con cuidado y se preparen previamente refrescando sus estudios teóricos de pedagogía.

47. Es sabido que buena parte de nuestros institutos normales tienen una vida aparente y están lejos de responder a los sacrificios que por sostenerlos se hacen. Concurridos por un número exiguo de aspirantes, apenas si dan dos o tres maestros por año, algunos de los cuales o se dedican inmediatamente a otra cosa en vez de consagrarse a la enseñanza, o se quedan en ella transitoriamente mientras terminan otra carrera o hallan ocupación distinta que les ofrezca mayores ventajas materiales.

solo se transmiten teóricamente con perjuicio grave de los conocimientos más útiles, de los ejercicios educativos del punto de vista intelectual y moral, y con perjuicio no menor de los trabajos, juegos y ejercicios físicos necesarios, no solo para vigorizar el organismo y asegurar la salud, sino también para favorecer el aprovechamiento intelectual y la formación del carácter y adiestrar a los niños en prácticas que deben conocer para la vida común.

Formular instrucciones sencillas y claras que faciliten al personal docente la interpretación de los programas, con cuantas indicaciones sean oportunas respecto de los fines primordiales de la escuela y medios de realizarlos, de modo que el maestro, especialmente el empleado subalterno, tenga a la mano y recuerde siempre lo que es esencial para el buen desempeño de su misión.

Al formular estas instrucciones, así como al redactar los programas, conviene recordar que debe dejarse todo el campo posible a la iniciativa del personal docente y facilitarse la adaptación de la escuela a las necesidades locales en cuanto ello convenga al interés general.

9º *Modificar inmediatamente el sistema actual de exámenes* aceptando, por de pronto, el que tiene por base, para pasar de un grado a otro, el resumen y término medio de las clasificaciones que haya obtenido el alumno durante el año, en todas sus lecciones y trabajos, debiendo ser clasificado por lo menos dos veces por mes, haciéndose examen escrito en los cursos superiores y en los de enseñanza secundaria y normal dos veces por año y eximiendo de todo examen final al estudiante que haya obtenido cierto término medio en el año. De los detalles de esta y otras reformas relacionadas con los colegios nacionales, he de ocuparme oportunamente.

10º *Fundar asociaciones de amigos de la educación popular* con la cooperación moral y material de los padres de familia y las cuales, sin necesidad de minuciosos reglamentos y sin proponerse muchas cosas a la vez, pueden tomar una intervención eficaz en la reacción que se trata de iniciar.

11º *Organizar*, sea con el concurso de dichas asociaciones o con el de las autoridades escolares, *cursos especiales temporarios*, en los que se enseñe por lo menos pedagogía teórica y práctica, para los maestros en ejercicio, principalmente para los empleados inferiores, cuya preparación es muy deficiente, y en los que se estudie también la interpretación y desarrollo que debe darse a los programas de la escuela primaria.

12º *Difundir en la familia por medio de conferencias, fiestas, publicaciones especiales, etc., la preocupación por las cosas escolares*, convenciendo a los padres de que la acción del hogar es decisiva y capaz de contrarrestar por sí la obra de la escuela y que no deben dar por cumplidos sus deberes en lo que respecta a la educación de sus hijos, por el solo hecho de haberlos inscripto como alumnos de una escuela pública o pagado los haberes de un maestro particular.

13º *Sostener las revistas* que se ocupen seriamente de secundar con su propaganda la acción fecunda de las autoridades, de las asociaciones y de los maestros.

14º *Favorecer la traducción y circulación de las mejores obras sobre enseñanza.*

15º *Procurar que la prensa diaria preste su apoyo decidido y constante a la obra que se va a iniciar*, obteniendo de ella que no aplauda o censure al acaso, como suele suceder, acogiendo con la mayor buena fe, sin duda, escritos no siem-

pre bien inspirados, ni siempre en armonía con los intereses legítimos de la educación.

XV. CONCLUSIÓN

Por último, señores, en nuestras propias manos, en manos de los que nos dedicamos a la educación, está el gran medio para mejorar el estado actual de cosas escolares. Pero debemos unirnos resueltamente.

Los educacionistas solemos dar por pretexto para mantenernos en la inacción la indiferencia con que nos tratan los poderes públicos. Y bien; yo os digo que si por el estudio, por el trabajo, por la perseverancia y la buena fe nos hacemos dignos de nuestra misión, los poderes públicos no tardarán en apercebirse de nuestra acción fecunda, reconocerán que en ella está fundada en gran parte la prosperidad nacional y se ocuparán de nosotros, nos escucharán, secundarán nuestros esfuerzos y triunfará con nosotros la causa de la educación.

Un último recuerdo, y una última reflexión:

En estos días se habla mucho de patria y de patriotismo, de armas y de soldados, de escuadras y de ejércitos, de la paz y de la guerra.

¿Es ello necesario?

Háblese, entonces, enhorabuena.

Pero que no se nos olvide a los que tenemos a nuestro cargo la educación de la juventud, no lo olviden los padres de familia, no lo olviden las autoridades escolares; el ruido de las armas pasará, la tensión nerviosa en que todos nos hallamos hoy dejará de ser dentro de poco y, con la paz asegurada, crearemos que nada queda por hacer. Sin embargo, señores, el enemigo, el principal enemigo estará dentro de nuestro territorio, más fuerte que nunca.

Lo sabéis, ese enemigo es la desorganización de nuestras instituciones de enseñanza, es la falta de rumbos de nuestra educación, es la ligereza, la ausencia de seriedad con que resolvemos cuanto con ella se relaciona.

¡Arriba, pues, todo el mundo y demos el ejemplo nosotros los educacionistas! Enseñemos con la palabra y con los hechos que no es el mejor, ni el más verdadero patriotismo el que consiste tan solo en salir a la calle los días de fiestas públicas, en recitar versos o entonar cantos patrióticos, en gritar viva Juan o viva Pedro, eludiendo en cambio a cada instante el cumplimiento de los más importantes deberes de ciudadano. ¡Enseñemos con la palabra y con el ejemplo, a nuestros niños y a nuestros jóvenes, que puede ser más patriota el que hace menos ostentación de sus sentimientos y no invoca a cada rato los nombres augustos de nuestros gloriosos antepasados, pero que cumple sus deberes cívicos y trabaja silenciosamente en su taller, en su gabinete, en el laboratorio, en el campo, para hacer grande y digna la patria que esos antepasados le legaron!

No son arranques momentáneos de patriotismo, no son explosiones más o menos intempestivas de amor cívico lo que los pueblos necesitan; de lo que los pueblos han menester es de padres y de madres que cumplan sus deberes como tales, de ciudadanos rectos, íntegros, fuertes, que amen la verdad y el trabajo, y quienes casi invariablemente, por eso mismo, son refractarios a todas esas explosiones exageradas, de ocasión. Estas suelen ser a menudo la prueba de la no

existencia de un verdadero patriotismo arraigado, de ese patriotismo tranquilo que hace que al que lo posee se lo encuentre en cualquier momento dispuesto a darlo de veras todo por la patria: sus haberes, su trabajo, su vida si ello fuere necesario.

Preparemos en la escuela argentina esa clase de patriotas y será nuestro el porvenir.

He dicho.

NOTA DE LA COMISIÓN

El educador y las humanidades

En julio de 1902, en su informe al ministro de Instrucción Pública, el señor Pizzurno, inspector general de Enseñanza Secundaria, proponía una reforma fundamental (véase pp. 44-45) estableciendo dos profesorados, uno en ciencias y otro en letras, en sustitución del único existente entonces. Refiriéndose a ambos grupos e insistiendo en la necesidad de darles una cultura filosófica y literaria especial dice en otro de sus trabajos,⁴⁸ que por su extensión no nos es dado reproducir, lo siguiente:

«Ambos grupos estudiarán, naturalmente, la metodología especial respectiva teórica y práctica, pero todos sin excepción, tendrán un segundo curso en común, el curso profesional, propiamente dicho, complementario del de metodología especial. Ese curso comprendería no solamente pedagogía, sino también psicología, lógica y moral y algunas horas destinadas a completar la cultura literaria, con un carácter especialmente práctico (lectura comentada de autores selectos, ejercicios de redacción y arte de leer).

»Esa cultura filosófica y literaria es indispensable para todos, no debiendo excluirse a los que se especializan en ciencias, precisamente por eso mismo, para que no incurran en los graves inconvenientes del especialista exclusivo, dado que más que nadie el profesor y sobre todo el profesor que ha de formar a su vez maestros primarios, de instrucción general, educadores, no debe perder nunca de vista el dominio del conjunto, la unidad de la enseñanza, la correlación de los estudios. Aparte de que el saber pensar y el saber decir debe ser patrimonio de todo el que enseña.

»Por eso no debe llevarse demasiado lejos la especialización; por eso la necesidad para todos de una cultura filosófica que les permita conservar hasta a las ciencias más concretas el carácter educativo de las humanidades, y que desarrolle el espíritu de observación, la precisión, el hábito de reflexionar.

»Si queréis humanizar las ciencias, dice Fouillée, comenzad por iniciar a los futuros profesores en la psicología científica, en la lógica, en la moral científica, en las doctrinas filosóficas y científicas, sobre la naturaleza y la vida, sobre el valor y el límite de los conocimientos; verán entonces la parte en el todo, lo especial en lo general, lo particular en lo universal. Teniendo, desde este momento, ideas en

48. *La educación común en Buenos Aires* (1910).

el espíritu, no solamente nociones de química o de anatomía, ellos sabrán interesar a los niños en esas ideas, sabrán elegir dentro de su propia ciencia lo que puede contribuir a la elevación del espíritu». ⁴⁹

49. Véanse pp. 33-35 y 78-80.

Programas e instrucciones para las escuelas primarias

Estos documentos fueron redactados para las escuelas de Capital Federal

Mayo de 1906

NOTA DE LA COMISIÓN

En 1916 estos programas también fueron aplicados en las escuelas de la provincia de Córdoba por decreto del Gobierno de la misma (gobernador Cárcano) y siendo Director General de Escuelas el profesor Pizzurno.

ANTECEDENTES

Estos programas tienen una historia que, aun cuando sea muy sucintamente, interesa recordar aquí.

Convencidos de que la mejora de la educación no ha de venir de la letra de los programas escolares, sino del espíritu, el empeño y la inteligencia con que se los aplique, dado que aquellos no son el fin sino un medio de realizar parte del fin de la escuela, fue nuestra preocupación primordial y constante, desde que ocupamos la Inspección Técnica General, estimular la acción de los docentes por todos los medios a nuestro alcance. Interesaba, sobre todo, hacerles sentir que se los respetaba, que se contaba con ellos indispensablemente para realizar los progresos necesarios.

Después de poco más de dos años de trabajar en común, de visitas frecuentes, de instrucciones, de conferencias por escuelas, por distritos y generales; de distribución gratuita de libros sobre educación, etc., fueron enviados a las nuevas escuelas los nuevos programas que habíamos formulado en 1906 y que, deliberadamente, no quisimos que apareciesen con la aprobación definitiva del Consejo Nacional, aunque este, presidido por el doctor Ponciano Vivanco, había querido prestársela. No queríamos esa aprobación hasta no haberlos ensayado y provocado, en serio y no pro-fórmula, las observaciones y el estudio continuado y consciente de todos los directores y maestros. Por eso estampamos en la carátula la palabra *Proyecto*, palabra intencionadamente puesta para que sin el menor recelo

se animaran a opinar y criticar los directores y maestros cuyo concurso sincero deseábamos. Y en la circular con que se remitieron decíamos, entre otras cosas que no es indispensable reproducir, lo siguiente:

Esta Inspección requiere de los señores directores y, por su intermedio, de los maestros, que se sirvan anotar todas las observaciones que el examen prolijo y la aplicación práctica de los nuevos programas les sugiera. Empeñamos en ese sentido toda la buena voluntad e inteligencia del personal docente. Las observaciones referidas se harán llegar a conocimiento de esta Inspección en la forma que oportunamente se indicará y serán tenidas en cuenta para introducir en los programas las modificaciones que resulten necesarias, antes de recabar del Honorable Consejo la aprobación definitiva.

Lo que principalmente se había propuesto la Inspección se consiguió por completo: provocar agitación espiritual, obligar indirectamente a pensar, a reabrir los libros medio olvidados, despertar a los dormidos, mejorarse en fin. Eso fuera del precioso caudal que podían aportar el sinnúmero de maestros tan competentes como llenos de experiencia que prestaron complacidos su concurso, y fuera también del aporte de los inspectores técnicos. Más aun: las críticas equivocadas que muchos pudieran formular (y que no pocos formularon) resultaban igualmente valiosas en cuanto, revelándonos extravíos de criterio que acaso desconocíamos, se nos daba la oportunidad de corregirlos en cumplimiento de nuestro deber como directores técnicos.

En los últimos meses de clase de 1908 los inspectores de cada distrito reunieron las observaciones formuladas por los respectivos docentes en sesiones y discusiones ad hoc; y luego, terminadas las clases, y ya en diciembre, en una serie de largas sesiones con el Inspector General, se hizo el resumen de todo considerando en general y en particular los programas ensayados.

Con todos los elementos reunidos se disponía el Inspector General a retocar en forma definitiva los programas, previos unos días de muy necesitado descanso, de todo lo cual tenía conocimiento el presidente del Consejo, doctor José M. Ramos Mejía. Sin embargo, a poco de ausentarse el inspector a Mar del Plata, apareció en *La Nación* una sorprendente noticia: el doctor Ramos Mejía se había constituido en comisión con el Inspector General de Provincias y con un profesor extraño a las escuelas, para reformar los programas de la Capital. Y en esa comisión no fue incluido el Inspector Técnico General de las escuelas cuyos programas se iban a reformar, profesor Pizzurno. Fue entonces que este regresó inmediatamente a la Capital y presentó su renuncia⁵⁰ del cargo creyendo afectada su autoridad moral, renuncia que se negó a retirar a pesar de las explicaciones que pretendió darle el Presidente (18 de febrero de 1909).

50. La renuncia dirigida al presidente del Consejo, doctor José M. Ramos Mejía, estaba redactada así:

«La medida en virtud de la cual se constituye una comisión encargada de formular nuevos programas para las escuelas nacionales, sin excluir las de la Capital que están bajo mi dependencia, creo que afecta mi autoridad moral ante el personal docente del que soy jefe, creencia que no han bastado a disipar las explicaciones cambiadas con el señor Presidente.

»Por ese motivo, ratifico indeclinablemente, por escrito, la renuncia que he presentado de palabra al señor Presidente a quien saludo con todo respeto».

Los nuevos programas, todavía en vigor, contienen, en sus primeras páginas, los siguientes párrafos, que forman parte de un comunicado del doctor Ramos Mejía al Consejo:

Como es del dominio de V.H., los programas actualmente en uso en las escuelas de la Capital carecen de vuestra sanción, como que están constituidos por *un simple proyecto formulado por el ex Inspector Técnico General, señor Pizzurno*, que la anterior presidencia autorizó por vía de ensayo *simplemente*. De aquí, pues, que *una de las primeras necesidades que sintiera el suscripto* y que oportunamente hiciera presente a V.H. fuera la de *llenar este vacío*, dotando a las escuelas de la Capital del plan de estudios y programas adecuados.

El propósito principal de la Comisión consistía en preparar un nuevo Plan de Estudios que fuera en lo posible fruto natural de nuestra propia experiencia escolar, y *no una nueva combinación o arreglo exótico*, más o menos acertado, pero que no correspondiera a nuestro ambiente ni a nuestras necesidades y aspiraciones de pueblo democrático y de inmigración.

Dados los antecedentes expuestos, el carácter despectivo deliberado de las palabras transcriptas y la circunstancia de que en ellos aparece nuestro nombre y en un folleto que tienen constantemente entre sus manos nuestros colegas maestros, hemos querido, al entregar nuestros programas para su reproducción en este volumen, acompañarlos de estas explicaciones. Nuestro amor propio nos impulsa a hacerlo así y esperamos no ser censurados por incurrir en esta debilidad.

LECTURA Y ESCRITURA

Curso inferior (primer y segundo grados)

- a) De palabras y oraciones sencillas.
- b) Lectura corriente fácil con explicación de lo leído.

Curso medio (tercer y cuarto grados)

Lectura corriente y expresiva con explicación de lo leído. Caligrafía.

Curso superior (quinto y sexto grados)

Lectura corriente y expresiva con explicación de lo leído. Caligrafía.

INSTRUCCIONES

Lectura

El maestro no olvidará un momento los diversos fines a realizar: que el niño lea con facilidad, corrección y naturalidad, que adquiera el hábito y el amor por la lectura, por la buena lectura, que será factor principalísimo de su instrucción, de su cultura mental, de su educación moral.

Que desde el primer día la enseñanza ponga en juego la inteligencia del niño, de manera que sin descuidar la parte mecánica del aprendizaje, comprenda siempre el niño lo que lee y se interese.

Graduadas las dificultades lógicamente, el alumno debe resolverlas por sí, dirigido y no reemplazado por el maestro, para que tenga el estímulo y el placer del triunfo que alienta el nuevo esfuerzo. Que él descubra o crea descubrir los elementos de la oración, de la palabra, de la sílaba; que recomponga, combine, invente.

Úsese mucho el pizarrón y el papel; con cuidado los carteles, que no son indispensables, y el libro, evitando que se aprenda de memoria sin reconocer las palabras.

No se olvide que el interés es el requisito esencial del éxito y que obtenido este, el niño pasa por sobre ciertos detalles áridos que los autores suelen creer necesario incluir.

Elíjase con cuidado el texto, prefiriendo aquel del cual se haya descartado todo cuanto lo recargue inútilmente haciéndolo frío y antipático, como ser la profusión de palabras, sílabas y letras sueltas; y que tenga, en cambio, pronto, frases breves y enseguida relacionadas entre sí, sobre temas familiares, útiles, interesantes y que correspondan a las ilustraciones, que han de ser profusas y bien hechas.

En un solo tomo, bellamente presentado, se hallará reunido cuanto se requiere para iniciar y terminar la lectura rudimentaria y hasta comenzar los ejercicios de lectura de breves descripciones y narraciones con enseñanzas útiles y sugerencias morales, todo en forma atrayente; de tal manera que desde el principio del segundo año escolar pueda ponerse en manos del niño libros de lectura corriente.

No debe olvidarse un solo momento que, sobre todo en las campañas, el libro escolar es el único que el niño posee y acaso el único también que llega al hogar pobre. Fuera, entonces, doblemente imperdonable elegirlo con ligereza.

Sin pretender que abarque sistemáticamente los puntos del programa de estudios del curso respectivo, pues ello sería imposible, y desvirtuaría el concepto primordial del texto de lectura, puede, no obstante, en los grados inferiores donde no se usa otro libro, contener lo que debe ser la nota dominante, es decir la narración moral, alternando con la nota útil, con nociones diversas sobre puntos principales de ciertas ramas del ciclo de estudios, con tal que se presenten en forma que no conspire contra el interés. El libro de lectura, respondiendo a un tipo muy común, especie de mosaico de resúmenes que pretenden desflorar todo, no tiene razón de ser y menos cuando ya usa el niño varios textos para diversas materias. Por lo contrario, debe comprender, bien escogidos, unos pocos asuntos culminantes y tratarlos a fondo, hasta donde sea compatible con la pre-

paración de los lectores; debe abarcar todo detalle pintoresco y atrayente, dar pormenores que pasen más allá de las preguntas de un programa, de suerte que llegue a ser, en esa parte, como un complemento del libro de texto o de la lección moral y no un árido resumen de ellos: así despertaría, en el niño, interés por un examen más completo del asunto, enseñándole cómo puede ahondarse lo que se estudia.

Excusado es agregar que en todo caso y en particular en los capítulos destinados a proporcionar una enseñanza positiva, esta debe sujetarse rigurosamente a la verdad científica. Los cuentos de excesiva imaginación, inverosímiles o que favorezcan preocupaciones, prejuicios, supersticiones de cualquier género, han de ser absolutamente excluidos.

Cuando la enseñanza contenida en los capítulos sea de carácter moral, importa que la lección deliberada no sea visible para el niño, ni mucho menos que afecte la forma que llamaremos de sermón o de consejo dogmático, sentencioso, porque ello resulta inocuo, cuando no contraproducente. La enseñanza debe surgir de la forma en que los hechos estén referidos: escritos con vida que provoque emociones saludables, de modo que la lección provechosa la induzca el niño sin que nadie aparezca dándosela.

Y para los grados superiores, aun cuando cabe una amplísima libertad en la elección de los temas y sobre todo en la manera de tratarlos, ciertos capítulos no debieran faltar, v.gr. los que estimulen hacia las virtudes cardinales, el culto a la verdad y a la justicia, el amor al trabajo, el respeto a la ley, la tolerancia, la solidaridad entre los hombres, etc., y cuanto tienda a formar el sentimiento de la nacionalidad, a cultivar un bien entendido amor a la patria, que tanto excluye el patrioterismo estéril y hasta contraproducente, como el humanitarismo excesivo.

Respecto al lenguaje, huelga decir que ha de ser invariablemente correcto y sencillo, lo cual no priva, sobre todo a medida que se avanza de grado, la elegancia y las galas del estilo, usadas oportuna y prudentemente, en relación con la naturaleza de los tópicos y la capacidad del lector a quien el libro se destina.

Debe haber vida, calor, alma, en las narraciones dirigidas a moralizar.

Estarán en su lugar, aun cuando no encierren mayor enseñanza, algunos capítulos de lectura amena, siempre que su fondo sea sano y que con tal de hacer reír no se incurra en lo grotesco, en la gracia burda, de mal gusto.

Por último, en lo que se refiere a las condiciones materiales, higiénicas y estéticas, importa que a la buena calidad y color del papel, tamaño y forma del tipo, formato del libro, se agreguen la cantidad, calidad y buena colocación de las ilustraciones, la impresión de las mismas y del texto, la excelente presentación del conjunto, en una palabra, de modo que hasta por su exterioridad sea el libro simpático al niño.

Las buenas láminas que el libro contiene son, además, un precioso recurso para los ejercicios de lenguaje. Se suple con ellas, y hasta con ventaja, la pobreza, a menudo franciscana, de las escuelas, en materia de ilustraciones destinadas a ese fin.

Como regla, prepárese expresamente toda lectura hecha en clase, sin perjuicio de las lecturas ocasionales a primera vista.

Explíquese lo leído, coméntese; reproduzcase en forma distinta, háganse resúmenes, a veces escritos; pero no se olvide que la hora de lectura debe dedicarse

principalmente a la lectura misma. No se distraiga el tiempo en ejercicios de valor secundario, gramaticales, explicación de reglas o signos, etc., sino incidentalmente y, sobre todo, no se interrumpa la continuidad y el interés de la lectura.

Exíjase posición correcta, el pecho levantado, la cabeza alta, el libro a treinta centímetros de los ojos; voz alta, pronunciación pura, articulación distinta, entonación natural.

Léase, con frecuencia, al aire libre, en el patio, jardín, etcétera.

Lea el maestro a menudo dando el modelo y aproveche para lo mismo a los mejores lectores.

Recomiéndese a los niños que en sus casas lean todos los días siquiera diez minutos en alta voz. Pídase cuenta de lo leído. Úsese además del libro de texto, otros libros, artículos de diarios y recortes, etc., que los niños pueden traer, estimulados por el maestro, pero que este examinará antes de ser leídos en la clase.

Procúrese formar una pequeña y selecta biblioteca. Lea el maestro de vez en cuando los primeros capítulos de un libro interesante para incitar a los niños a que lo soliciten y terminen en sus casas la lectura.

Organícense con frecuencia concursos de lectura.

Se recomienda mucho a los maestros el libro *El arte de la lectura* de Legouvé.

Escritura

El alumno debe llegar a escribir con facilidad y rapidez, con letra clara y elegante, sin adornos.

Al principio la escritura marchará paralelamente con la lectura.

Después vendrán las lecciones especiales graduadas, pero en ningún caso se tolerará el descuido de la letra, que ha de hacerse buena en todos los trabajos escritos, composiciones, problemas, resúmenes, copias y deberes en general.

En el principio del aprendizaje convendrá usar el cuaderno de doble raya.

Los modelos escritos por el maestro en el pizarrón o en tirillas de papel pueden ser un excelente medio de estímulo, no siendo indispensable el cuaderno con muestra impresa.

Destiérese en absoluto la pizarra manual. Escribase en papel desde el primer momento. Exíjase poco trabajo cada vez, pero lo mejor hecho que sea posible.

Prefiérase la letra derecha, no angulosa, sino redonda y clara. No se tolere en ningún momento una postura que no sea higiénica. Los buenos hábitos en la manera de sentarse, colocar el papel, tomar la pluma, etc., deben adquirirse desde la primera lección.

Para las muestras prefíranse siempre palabras, frases, máximas que contengan una enseñanza útil y sobre todo moralizadora.

No debe consentirse jamás el cuaderno llamado «borrador», en el concepto de que en él puede escribirse de cualquier manera.

Todo debe hacerse con orden, limpieza y economía de papel.

CASTELLANO**Curso inferior (primer y segundo grados)**

a) Conversaciones. Reproducción oral de frases y trozos leídos. Pequeñas narraciones. (Incluir algunos hechos históricos, episodios, rasgos biográficos, de carácter nacional.)

b) *Recitación de memoria* de pequeñas sentencias en prosa, fábulas y pequeñas poesías (incluir algunas patrióticas), previamente explicadas.

c) *Redacción* de series de oraciones que se refieran a un mismo asunto.

d) *Copia y dictado* de palabras, oraciones y pequeños trozos.

N.B.: Relaciónese este programa con el de lectura y el de ejercicios de intuición y lenguaje.

Curso medio (tercer y cuarto grados)

a) *Reproducción oral* de lecturas y narraciones hechas en clase, y de otras aconsejadas por el maestro. Narraciones de hechos o cosas conocidas por el niño.

b) *Recitación de memoria* de trozos elegidos.

c) *Recitación*. Narraciones orales sencillas. Narraciones, descripciones, comparaciones, sobre asuntos tomados de la vida diaria, de las cosas naturales, de la agricultura, de las industrias y otras ocupaciones del hombre; descripción de láminas, redacción de cartas familiares, redacción o resumen escrito de lecturas hechas.

d) *Copia y dictado* de trozos elegidos.

Curso superior (quinto y sexto grados)

a), b), c), d) Como en el curso anterior, aumentando gradualmente la dificultad del trabajo, según la capacidad de los niños. Relación de paseos y excursiones escolares. Redacción de cartas y documentos de uso corriente. Ampliación de bosquejos dados por el maestro. Redactar una historia sobre una lámina. Ejercicio de invención.

e) *Gramática* (quinto grado). Distinción práctica de las partes variables de la oración. Accidentes gramaticales. Concordancia. Iniciar el estudio de los términos de la oración (sexto grado). Completar el estudio práctico de las partes de la oración y de los términos de la oración gramatical.

N.B.: Aprovechese la corrección de dictados y composiciones para enseñar ortografía.

INSTRUCCIONES**Castellano**

Generales. Toda lección, de cualquier rama que sea, debe considerarse como de lenguaje en el sentido de que debe exigirse siempre una pronunciación clara, en-

tonación natural, construcción correcta. Se corregirán siempre los acentos locales, las locuciones viciosas, los términos groseros y en los trabajos escritos, además, la mala letra y ortografía y desde el primer grado.

En todo instante, en los ejercicios de lectura, elocución, dictado y composición, copias, etc., elíjase material útil, sea porque aumente el caudal de instrucción necesaria o porque cultive el buen gusto o forme los sentimientos morales.

Cuide escrupulosamente el maestro su propio lenguaje en todos los momentos y combata incesantemente ciertas maneras de decir poco delicadas que tienden a invadir hasta las clases que se denominan cultas.

Enséñese el uso del diccionario.

Redacción

El niño debe aprender a ordenar sus ideas, a expresarlas con claridad y corrección.

Lo previo es entonces que tenga ideas, que adquiere mediante la observación directa y la reflexión sobre las cosas que lo rodean, lo que lee, se le refiere, etc. Todas las materias dan tema para la composición y en los primeros grados, principalmente, los asuntos comprendidos en el programa denominado Ejercicios de Intuición y Lenguaje. El niño hace composición desde que habla.

Como regla general, toda composición escrita debe prepararse oralmente, no leyendo o diciendo el modelo el maestro, sino provocando las observaciones y su expresión espontánea por parte del niño. Como en todo, el maestro guía, orienta, corrige, pero sin suprimir nunca el esfuerzo y la iniciativa del niño; hace clasificar las ideas, destacar las fundamentales de las accesorias, sugiriendo, naturalmente, el orden lógico de la exposición.

Preparada así la composición, es decir, dominado el asunto que la motiva, conviene dar un cañamazo sobre el que borda el niño, indicando las cualidades, causas, efectos, circunstancias de tiempo, lugar, modo (ya oralmente indicados), etcétera.

En posesión el alumno de los elementos, habituado a leer su propio pensamiento y lo que halla en todas partes, abordará la composición propiamente dicha, trazando él mismo su plan. Se cultiva así la originalidad.

Pero hay que llegar a ello gradualmente, escalonando los ejercicios, eligiendo temas interesantes y bien a su alcance. Mal se puede escribir sobre un asunto que no se domina. Esto es previo, no se olvide.

Úsese con prudencia del ejercicio descripción de láminas. Prefiéranse descripciones y narraciones «del natural». Evítase el error común de pedir descripciones de lo que no se ha visto; v.gr. el mar, al que no ha salido de Córdoba, la montaña al niño de Buenos Aires. Ello no solo choca contra el buen sentido, sino que estimula el defecto, harto difundido, de hablar de lo que no se conoce o se conoce mal. Que el niño observe bien lo que a su alcance tiene; con ello tendría temas sobrados de buena ejercitación.

«En la enseñanza del idioma, más que en otra alguna, conviene tener presente el fin indirecto pero supremo de la escuela: que el alumno salga de ella mejor que lo que lo era al entrar, de mente y de ánimo.»

Por eso mismo debe reducirse al mínimo las composiciones por imitación, que

no estimulan, sino por el contrario, adormecen las facultades inventivas y debilitan la voluntad.

Esto no se opone a la excelente práctica de transcribir en el cuaderno frases o trozos modelos, su lectura frecuente y hasta su aprendizaje y repetición de memoria, como medio de cultivar el lenguaje; ni va contra otro ejercicio útil: la reproducción oral y a veces escrita, en la escuela, de lecturas hechas en el hogar. Esto contribuye a formar el hábito de leer y llevar acaso, a la familia, la acción de la escuela y del libro.

Los trabajos de cada niño deben corregirse siempre y rehacerse. Conviene siempre corregir algunos en presencia de la clase entera.

Se respetará la originalidad del niño, pero estimulando la naturalidad y la sencillez de la expresión, combatiendo las metáforas exageradas y las banalidades. El lenguaje debe considerarse como el vestido de las ideas y sentimientos y evitarse en él, como en el traje, los colores chillones y de mal gusto.

Ortografía y dictado

Ortografía. La ortografía se adquiere principalmente con motivo de la lectura, la escritura, el dictado, la composición, la recitación, etc., haciendo observar al niño las palabras difíciles o aquellas en que duda, deletrearlas, escribirlas muchas veces, de manera que recuerde bien por haber visto, oído, pronunciado, escrito, más que por el conocimiento teórico de una regla aprendida.

Es el viejo procedimiento que siempre han usado los buenos maestros, que reposa sobre una observación psicológica cierta y que algunos presentan como nuevo con el nombre de procedimiento audio-viso-motor.

Por lo mismo, destiérrese la práctica de escribir ex profeso palabras con mala ortografía, para que el niño las corrija. Al contrario, hágase desaparecer pronto lo mal escrito, reemplazándose esa impresión por la correcta.

No se abuse de los dictados; gradúense sin acumular dificultades, ni rebuscar palabras de uso poco frecuente. No deben ser largos y el asunto debe ser previamente explicado, eligiéndose lo que contenga alguna noción útil y se relacione con los demás trabajos de la escuela.

Corrijanse invariablemente todos los errores.

Gramática

Las nociones gramaticales se darán de preferencia, sobre todo en los grados inferiores (ejercicios de género, número, tiempo, concordancia, etc.), incidentalmente y siempre de una manera práctica. Se debe ser sobrios de reglas y definiciones y teorías, aun en los grados superiores. A su conocimiento debe llegar el niño como consecuencia de los diversos ejercicios de lenguaje oral y escrito, por medio de ejemplos bien elegidos y de numerosas aplicaciones. No olvidar que debe aprenderse «la gramática por la lengua y no la lengua por la gramática».

EJERCICIOS DE INTUICIÓN Y LENGUAJE

Curso inferior (primer y segundo grados)

I. *Cuerpo humano* (partes aparentes). El alimento, el vestido, la alimentación. Consejos y prácticas higiénicas.

II. *La familia*. Sus componentes, deberes de hijo.

III. *La escuela*. Las personas. La clase. Los objetos (incluir las formas geométricas y las medidas). Deberes del niño con sus maestros, sus compañeros, las cosas.

IV. *La calle* (el pueblo o ciudad), los alrededores, el campo. Lo que se ve en ellos. Algunos términos geográficos. Puntos cardinales. La bandera. El escudo. La patria. Deberes.

V. *Los animales, las plantas y los minerales* que rodean al niño. Cuidados, deberes.

VI. Algunos de los *fenómenos naturales* más sensibles.

CIENCIAS NATURALES E HIGIENE

(Estudio hecho siempre sobre la base de observación directa de las cosas y fenómenos, experimentos, excursiones al campo, fábricas, museos, jardines.)

Curso medio (tercer y cuarto grados)

I. *Cuerpo humano*. Descripción sumaria. Noción breve de las principales funciones vitales. Ampliación de estas nociones. Estudio más detenido del aparato digestivo y sus funciones. Reglas prácticas de higiene relativas al alimento, al vestido, a la habitación. El aire, el agua, la luz, el calor. El ejercicio y el descanso. El aseo y el baño.

II. *Los animales*. Distinguir, comparando tipos bien caracterizados: a) vertebrados de invertebrados; b) clases de vertebrados; c) algunos órdenes de mamíferos y aves. Historia pintoresca y familiar de los animales estudiados. Estudio más detenido de los animales domésticos, servicios que nos prestan y cuidados que requieren. La abeja, la hormiga, Productos animales.

III. *Los vegetales*. La vida de las plantas. Distinguir sus órganos principales. Observación y estudio comparativo de plantas comunes, prefiriéndose las más útiles y las peligrosas de la región. Nociones rudimentarias de clasificación y estudio de algunos grupos. Productos de las plantas. Cuidados que necesitan los vegetales. Los trabajos del campo.

IV. *Los minerales*. Nociones prácticas sobre tierras y minerales comunes y sobre los metales más en uso.

V. *Fenómenos naturales* relacionados con el agua, el aire, el calor. Algunas demostraciones experimentales. El termómetro. El pluviómetro.

Curso superior (quinto y sexto grados)

I. *Cuerpo humano* (quinto grado). Revisión del curso anterior. La circulación de la sangre y la respiración. Las secreciones (todo suscintamente). Reglas de higiene aplicables. Valor de los distintos alimentos. El alcoholismo. El tabaco. Primeros auxilios en casos de accidentes.

Sexto grado: Revisión ordenada de todo lo estudiado en los grados anteriores. Órganos de los sentidos. Sus funciones. Algunas indicaciones y observaciones sobre el sistema nervioso. Revisión prolija de las nociones de higiene estudiadas en los grados anteriores. Higiene de los sentidos y del trabajo intelectual.

II. *Los animales* (quinto grado):

- a) Revisión de lo estudiado en el curso anterior.
- b) Terminación del estudio de los principales órdenes de mamíferos y aves.
- c) Algunos reptiles, anfibios y peces comunes. Estudio comparativo.
- d) Algunos invertebrados.
- e) Animales útiles y nocivos a la agricultura.
- f) El gusano de seda.

Sexto grado:

- a) Revisión del grado anterior.
- b) Las razas humanas.
- c) La fauna argentina.
- d) La ganadería, fuente de riqueza nacional.

III. *Los vegetales* (quinto grado): Revisión y ampliación del grado anterior. Estudio comparativo de otros grupos. Trabajos agrícolas (donde se pueda).

Sexto grado:

- a) Complemento de lo estudiado anteriormente.
- b) La flora argentina.
- c) La agricultura y la riqueza nacional.
- d) Trabajos agrícolas (donde se pueda).

IV. *Los minerales* (quinto grado): Como en el curso anterior con ampliaciones.

Sexto grado: La gea argentina. Porvenir de la minería (regional).

V. *Nociones de física* (quinto y sexto grados). Gravedad. Palancas. Primeros principios sobre el equilibrio de los líquidos. Presión atmosférica. Barómetro. Nociones muy elementales y experiencias fáciles sobre el calor, la luz, la electricidad, el magnetismo. El termómetro. La máquina de vapor. El pararrayos. El telégrafo. El teléfono. El cinematógrafo. La brújula, etcétera.

(Solo deben emplearse aparatos especiales de fábricas, cuando no sea posible, sin ellos, dar nociones del fenómeno estudiado.)

INSTRUCCIONES

Ejercicios de intuición y lenguaje. Ciencias naturales e higiene

El título «Ejercicios de intuición y lenguaje» es por sí solo sugestivo.

Trátase menos de dar una instrucción concreta determinada sobre los tópicos comprendidos bajo esa denominación, que de aprovechar las cosas, fenómenos, personas, etc., que al niño rodean para educar los sentidos, las facultades de observación, comparación, juicio; cultivar la expresión, educar el sentimiento de lo bello y de lo bueno; incitar a la vida sana. Los tópicos enunciados en el programa deben considerarse lo que se ha denominado «centros de interés» para lecciones y series de lecciones de desarrollo intelectual, moral e indirectamente físico, no como preguntas que deban contestarse en un tiempo y forma determinada.

No es imperativo, ni mucho menos, seguir el orden del programa; cada serie de tópicos se tratará en el momento más oportuno, es decir, cuando se presente mejor la ocasión de observar los seres, los fenómenos, las cosas, los trabajos, motivo del ejercicio, en la escuela o fuera de ella, en excursiones, visitas a establecimientos, etc., y consultando, en cuanto convenga, las estaciones del año, las horas del día, el tiempo que hace, el hecho inesperado que se produce. Cada cosa se observará siempre que sea posible en su propio medio, apelando a los objetos de museo y a las ilustraciones impresas solo en defecto de las cosas mismas.

Las *excursiones* serán un gran recurso y factor de educación integral, física, intelectual y moral. Deben hacerse con un propósito y plan de antemano establecido, y aprovecharse bien por lo mismo que no se hacen con suficiente frecuencia, para multiplicar las observaciones, relacionarlas en cuanto quepa, y traducirlas después en ejercicios de conversación, de composición, de dibujo, etcétera.

No se descuidará *la cultura estética* haciendo observar las bellezas naturales, la variación del espectáculo según la estación, la hora, el tiempo; y en los museos, jardines, plazas, los monumentos, cuadros, objetos artísticos, etcétera.

Y se tendrá siempre presente el fin moral que pueda realizarse en cada momento, practicando si trata de las excursiones, por ejemplo, el espíritu de ayuda mutua, de sociabilidad, de dignidad personal.

En todo caso, aun en los grados elementales y superiores, donde se sistematiza un poco la enseñanza, no debe nunca olvidarse que las ciencias naturales deben aprovecharse siempre *como medio de formar hábitos* de observación, enseñar a ver justo, a no afirmar nada con ligereza, a tener lo que se ha llamado espíritu científico ajeno a prejuicios y supersticiones.

Deben destacarse *las aplicaciones útiles* de las ciencias a las industrias, las artes, el trabajo en general, con su repercusión grande en la felicidad humana, a tal punto que los pobres gozan hoy de beneficios que ni los reyes tuvieron en otro tiempo, v.gr. la luz eléctrica, la higiene pública, el ferrocarril, el telégrafo, el teléfono, el cinematógrafo, la imprenta, etc., sin contar con la defensa contra las enfermedades gracias a los maravillosos descubrimientos de los sabios, como Pasteur, por no citar sino al más grande de todos.

Al estudiarse los animales, destrúyanse los prejuicios que suelen circular respecto de la vida y costumbre de muchos de ellos y muéstrense los ejemplos que de virtudes diversas nos suministran.

Las nociones de anatomía y fisiología deben darse sobre todo como medio de deducir, justificar y convencer de la necesidad de respetar los preceptos de la higiene. A esta última debe darse primordial importancia haciendo resaltar la trascendencia que la vida higiénica tiene en la salud tanto física como intelectual y moral y por consiguiente en la felicidad humana.

Al efecto, en esta materia más que en otra cualquiera habrá que ser concreto herir la imaginación también, convencer de la necesidad de la vida higiénica.

Donde se pueda, no se limite el maestro a decir, pero haga observar v.gr. al microscopio los microorganismos que hay en una fruta sin lavar, en una mano sucia, en el polvo de las alfombras o de los cortinados, de los vestidos, etc. Muéstrense las condiciones del aire según se extraiga de habitaciones cerradas o abiertas, con o sin seres u objetos adentro que lo vicien; exhibanse estadísticas concluyentes que muestren cómo son más numerosos los casos de enfermedades determinadas en barrios o casas mal ventilados; muéstrense de igual manera los efectos del tabaco y del alcohol, etcétera.

Agricultura y pequeñas industrias rurales

Donde sea posible se enseñará agricultura práctica y las pequeñas industrias rurales derivadas de la misma y de la ganadería. Ahí encontrará su mejor campo la enseñanza de las ciencias naturales que será aplicada a lo necesario en la vida y no se perderá en explicaciones, teorías y clasificaciones que no son de resorte de la escuela popular.

GEOGRAFÍA

(En todos los grados ejercicios de cartografía, excursiones, proyecciones luminosas, viajes imaginarios.)

Curso medio (tercer y cuarto grados)

Tercer grado:

- a) Ejercicios de orientación. Noción práctica de plano y escala.
- b) Definiciones geográficas ejemplificadas en las excursiones, en el globo terrestre, en distintas ilustraciones, mapas, etcétera.
- c) El pueblo en que se halla la escuela, el departamento, la provincia.
- d) Estudio breve de conjunto de la República Argentina. Su ubicación en el mapa de Sudamérica, en el mapamundi y en el globo terrestre.

Cuarto grado:

- a) Revisión del anterior.
- b) Aprender distancias en planos y globos.
- c) El globo terrestre. Las grandes divisiones de tierra y agua. Accidentes físicos más notables. Climas, producciones, costumbres diversas, etc., a grandes rasgos.
- d) La República Argentina.

e) América. Estudio somero, especialmente de los países que mantienen relaciones con la República Argentina.

Curso superior (quinto y sexto grados)

Quinto grado:

a) *Europa*, principalmente los países que mantienen relaciones con la República Argentina.

b) *Asia, África y Oceanía*. Estudio muy breve.

c) *República Argentina*. Revisión ampliada de lo estudiado anteriormente.

d) *La tierra como planeta*. Forma, dimensiones, movimientos principales. El sol. La luna. El día y la noche. Las estaciones. Fases de la luna. Eclipses.

Sexto grado:

a) Revisión rápida de todo lo estudiado en los grados anteriores.

b) *República Argentina*. Estudio complementario, su grandeza futura; factores que deben producirla.

c) *La tierra como planeta*. Revisión y ampliación de lo estudiado en el grado anterior, con una idea general de nuestro sistema planetario y algunas indicaciones sobre los demás cuerpos celestes.

INSTRUCCIONES

Geografía

Las primeras lecciones de geografía se dan observando los lugares, las cosas y fenómenos que rodean al niño; y sirven como medio de ejercitar las facultades perceptivas y cultivar el lenguaje. Por eso, en los primeros grados no figura como rama especial, como no figuran las ciencias naturales, ni la geometría, ni la historia, etcétera.

En todo caso, inclusive en los grados superiores, el estudio debe tener como base la observación directa de los fenómenos que con la geografía se relacionan, no olvidando que es ciencia natural y que abarca no solo fenómenos físicos sino otros de orden social, moral, etc., puesto que también estudia la tierra y principalmente como morada del hombre y deben examinarse, entonces, los fenómenos y accidentes geográficos, los climas, la fertilidad del suelo, las corrientes de agua, las distancias, la fauna, la flora, la gea, la organización política, las diversas instituciones, los ferrocarriles, los demás servicios públicos, etc., considerando la influencia que sobre su vida y bienestar pueden ejercer del punto de vista físico, higiénico, económico, de sus costumbres, de su cultura, etc., sobre todo si el hombre aplica a ello su inteligencia y su esfuerzo para sacar de todo el mejor provecho.

Así, entre enseñar de memoria que «río» es una gran corriente de agua, «cabo» una punta de tierra que se interna en el mar; «desierto», una vasta extensión de arenas, agregando algunos ejemplos señalados en el mapa, o demostrar de acuerdo con lo que Redway aconseja, que el «río» crea llanuras fértiles,

productivas de alimentos, aumenta y transporta las riquezas, facilita las comunicaciones y origina relaciones de amistad y solidaridad entre los hombres; que un «cabo» orienta al navegante y favorece al comercio; que el «desierto» es del punto de vista económico, una barrera al progreso y a la vida; que un «dique», permitiendo el embalse y oportuna distribución de las aguas, multiplica al infinito la producción de las tierras por el riego asegurado, etc.; entre una y otra cosa, corre la diferencia que hay entre la enseñanza abstracta improductiva y la enseñanza relacionada con la vida, fecunda en resultados materiales y morales.

Las definiciones previas, la enumeración descarnada y fría de pueblos, número de habitantes, metros de extensión superficial, límites, accidentes geográficos diversos, etc., todo aprendido de memoria, no tendrá razón de ser y debe reemplazarse por un número más restringido, si se quiere, de nociones mejor elegidas y estudiadas en cuanto es posible sobre la base de observación directa, para lo cual sirven las excursiones y las ilustraciones abundantes, utilizándose al efecto láminas, cuadros, relieves, mapas, proyecciones luminosas y a menudo la mesa de modelar o construcciones manuales hechas por maestros y discípulos; todo lo cual hace eficaz e interesante la enseñanza que lo será más aun cuando el cinematógrafo pueda también usarse con frecuencia en la escuela. Empléese con discreción la cartografía, hecha en el cuaderno de deberes generales, nada más, o en el pizarrón, sin incurrir en el error de exigir el dibujo de mapas, bastando simples croquis que no demandan la fatiga y estéril ocupación de tiempo que aquel dibujo requiere.

Lo que importa más es que aprendan a leer en los mapas y no a trazarlos; y para la escuela primaria deben preferirse los mapas que contengan lo necesario y no lujo de detalles que los hacen ininteligibles y ocultan lo que todo el mundo debe conocer.

Redúzcanse los datos a gráficos, tomando como unidad valores conocidos por todos los alumnos. Se comparan los valores de un lugar, de una provincia, de un país vecino, con los valores correspondientes a los lugares, provincias o países vecinos. Los alumnos emplearán diagramas en la representación de las nociones siguientes: extensión, población, longitud, dirección de los ríos, altura de montañas, producción, comercio, etcétera.

El maestro, en esta como en las demás materias, prepara con anticipación su plan y los materiales que ha de usar, mapas, diagramas, esquemas, colecciones de fotografías, postales, láminas, productos naturales, etc., aprovechando la contribución que puedan prestar los alumnos y, en lo posible, ilustraciones, recortes de diarios y revistas, etc., y cuando responda al propósito de representar ante el niño lo que no pueda ver directamente, para establecer comparaciones y relaciones, despertar interés, motivar la enseñanza, afirmar el conocimiento, utilizarlo convenientemente, deducir nuevas aplicaciones, etcétera.

La parte cosmográfica del programa debe ser tratada sobria e intuitivamente; se provocará a los alumnos a la observación directa de los fenómenos celestes que se les explicarán tan sencillamente como sea posible, reproduciéndolos experimentalmente.

El maestro se esforzará, por último, en aprovechar todas las ocasiones que se les presenten para despertar sentimientos de amor a las bellezas naturales, de admiración y respeto por las leyes que rigen los fenómenos y cuanto tienda a culti-

var sentimientos elevados, entre ellos el amor al propio suelo y el deseo de contribuir a su engrandecimiento material y moral.

ARITMÉTICA

Curso inferior (primer y segundo grados)

Contar, leer y escribir cantidades enteras hasta cien, y las cuatro operaciones sin pasar del número diez, muchos ejercicios concretos y problemitas fáciles. Cálculo mental. Contar, leer enteros hasta mil, y romanos hasta XII. Conocer la hora en la esfera del reloj. Tablas de multiplicar aprendidas intuitivamente. Problemas sencillos y útiles con las cuatro operaciones (división por una cifra).

Usar el metro, decímetro y centímetro, el litro, el kilogramo; calcular distancias, contenidos y pesos dentro de las medidas conocidas. Conocer la moneda hasta 100 pesos. Cálculo mental. Rapidez y exactitud.

Curso medio (tercer y cuarto grados)

Leer y escribir cantidades hasta cien mil, decimales hasta milésimos y números romanos hasta C, y después (cuarto grado), cualquier cantidad. Problemas útiles de las cuatro operaciones y comparación de los números por el método de reducción a la unidad. Fracciones ordinarias. Suma y resta de fracciones con igual denominador (tercer grado). Reducir fracciones a otras equivalentes. Reducir mixtos a fracciones. Conocimientos y ejercicios prácticos con el metro, el litro, el gramo y los múltiplos y submúltiplos habitualmente empleados, el metro cuadrado y el cúbico. Calcular distancias, contenidos, pesos y superficies. Monedas argentinas; ejercicios de contabilidad doméstica. Cálculo mental. Rapidez y exactitud.

Curso superior (quinto y sexto grados)

Las cuatro operaciones con enteros, decimales y fracciones ordinarias. Sistema métrico. Regla de tres. Interés. Problemas que se resuelvan con el auxilio de las nociones mencionadas y empleando el método de reducción a la unidad. Uso de tablas. Calcular distancias, áreas, volúmenes y pesos. Ejercicios de contabilidad doméstica. Documentos comerciales de uso común. Cálculo mental. Rapidez y exactitud.

INSTRUCCIONES

Aritmética

El niño deberá familiarizarse con el cálculo, resolviendo con rapidez y exactitud las operaciones y problemas de uso corriente en la vida. No debe olvidarse que la

aritmética como la geometría sirven especialmente para ejercitar el raciocinio, siendo un precioso recurso de gimnasia mental.

Debe darse la enseñanza desde el primer momento en forma intuitiva; el niño deberá observar, comparar, juzgar, razonar y llegar por grados a las nociones abstractas y siempre partiendo de la observación directa de las cosas, que se variarán a fin de mantener el interés y multiplicar las aplicaciones. Se aplicará no solo el sentido de la vista, sino también el muscular y táctil, el oído, etc. Se usarán con frecuencia representaciones materiales, procedimientos gráficos.

Las cuatro operaciones fundamentales se enseñarán a la vez desde el primer grado, correlacionándolas.

Siendo los veinte primeros números la base del cálculo, serán objeto de ejercicios numerosos de cálculo intuitivo, mental y cifrado. Se hará calcular enseguida por decenas, más tarde por centenas, etc., considerando esos grupos como unidades. Los números compuestos de varios órdenes de unidades serán descompuestos en los cálculos, de tal manera que se refieran todas las operaciones a los cálculos fundamentales sobre los veinte primeros números.

El segundo año del estudio se enseñan los números de veinte a cien, por series, deteniéndose especialmente en los que se prestan a la división en un gran número de factores. La tabla de multiplicar, con sus aplicaciones a la división, será estudiada de un modo especial: se comenzará por analizar cada producto descomponiéndolo en dos factores.

Ejemplo: $36 = 18 \times 2 = 9 \times 4 = 12 \times 3 = 6 \times 6 \dots$ la descomposición se hará ante todo intuitivamente.

Se harán repeticiones de cálculo mental hasta que los alumnos conserven perfectamente de memoria las asociaciones de números que constituyen la tabla de multiplicar.

El cálculo mental, que es la base del conocimiento de los números, debe ser objeto de cuidados especiales en todas las clases y los alumnos se ejercitarán en calcular de memoria por los procedimientos rápidos; estos cálculos serán razonados y no ejecutados maquinalmente.

En la resolución por escrito de problemas de aplicación se hará, en lo posible, que las operaciones se efectúen por los procedimientos del cálculo mental o del cálculo rápido.

Las series de problemas se sujetarán a las tres condiciones fundamentales de «graduación», «interés» y «utilidad», relacionadas con la capacidad de los alumnos; los datos se tomarán preferentemente de la vida diaria, del comercio, de la industria, de las artes y oficios, de la agricultura, de las ramas de estudio, de manera que no solo sean verosímiles, sino ciertos y que aporten, indirectamente, un conocimiento más para el niño. Se evitarán los que demanden largas explicaciones científicas o técnicas.

Por lo tanto no se confiarán a la improvisación del momento. La dirección de la escuela velará por que se preparen las colecciones de antemano por series graduadas para cada clase de problemas.

En la resolución de los problemas deberá evitarse toda escritura superflua que haga perder tiempo, sin beneficio para la cultura; no se escribirán, pues, razonamientos extensos.

Para los problemas de una sola operación, el maestro se conformará con un ra-

zonamiento oral; para los de dos o más operaciones, el razonamiento escrito se limitará a las partes a averiguar.

Se recomienda la formación de cuadros sinópticos prevaleciendo series de problemas del mismo género.

Cada serie de problemas del mismo género será precedida de la resolución esmerada de un modelo.

Se ejercitará a los niños en formular ellos mismos algunos problemas.

Sistema métrico

La enseñanza del sistema métrico será esencialmente intuitiva y práctica. El alumno manejará constantemente las medidas que deberá conocer en todos los detalles, forma, partes, dimensiones, materia, inscripciones, etc. Se harán múltiples ejercicios prácticos, para familiarizarlos con ellos, en el aula, en los patios, durante las excursiones, etc. Se suplirá, en casos necesarios, los modelos del comercio con los que el maestro y los niños preparen, pero con exactitud suficiente.

El maestro llevará al niño a darse cuenta de que la forma dada a la medida, así como la materia de que está hecha, responden a las exigencias del uso.

No apelará solamente a la «vista» para dar las nociones fundamentales del programa, sino al «sentido muscular»; los alumnos se ejercitarán en indicar las distancias separando las manos una de otra, o alejándose de un punto fijo, etc.; se pesarán las pesas respectivas, harán pesadas en la balanza, apreciarán el peso de diversos objetos sopesándolos y comprobarán después los pesos.

Para las medidas itinerarias y agrarias, el maestro aprovechará de las excursiones al campo, a las calles, a las plazas; los niños medirán las distancias que separan los límites hectométricos y los kilométricos por medio de la cadena del agrimensor o de una cuerda de diez metros de largo; contarán el número de pasos para recorrer un decámetro, un hectómetro, y el tiempo requerido para andar un kilómetro o una legua; observarán los postes indicadores cuyas inscripciones leerán y explicarán, etcétera.

Marcarán, con jalones sobre el terreno, superficies de un área, una hectárea, etc.; serán ejercitados en apreciar a vista la superficie de un campo dado; después comprobarán lo calculado midiendo con la cadena métrica y calcularán el área, etcétera.

Cada alumno tendrá, en cuanto se pueda, un metro plegadizo con el cual adquirirá la noción de esta medida y sus subdivisiones. El maestro hará construir medidas tipos por los alumnos: un metro y un decámetro (por medio de un cordel); un decímetro subdividido en centímetros (trazado gráfico en el cuaderno, tira de papel fuerte); un decímetro cuadrado subdividido en centímetros cuadrados (papel fuerte); un metro cuadrado, un decámetro cuadrado (hacerlo trazar con tiza en el piso del aula, o del patio, o marcarlos plantando jalones, tendiendo cordeles, etc.); un decámetro cúbico, un decímetro cúbico (papel fuerte, tierra de modelar, bastoncillos, etc.); el metro cúbico se figurará con tiras de madera, reglas métricas o metros plegadizos; el kilogramo por medio de arena seca encerrada en bolsitas, etcétera.

Las aplicaciones a la medida de área de las figuras planas, del volumen de los sólidos, de la capacidad de los recipientes, etc., no pueden ser ejercicios puramente teóricos sino eminentemente prácticos.

Los alumnos medirán las dimensiones de figuras planas trazadas en el pizarrón, las de las superficies de los sólidos de la colección que tenga la escuela, las de las paredes de la clase, de los pisos, del patio, etc., y determinarán las áreas por el cálculo. De igual manera calcularán, sobre la base de mediciones efectivas, el volumen de los sólidos geométricos, el de la sala de clase, etc. La capacidad de diversos recipientes será determinada por mediciones reales, con el auxilio de arena, agua, etcétera.

En la medida de superficie no se podrá enseñar, por ejemplo: $5 \text{ m} \times 4 \text{ m} = 20 \text{ m}^2$, sino $5 \text{ m}^2 \times 4 = 20 \text{ m}^2$, siendo el multiplicador siempre abstracto y el producto de la misma naturaleza que el multiplicando.

Los problemas de aplicación con datos teóricos o imaginarios deberán ser siempre precedidos de problemas con datos prácticos y nunca contendrán ninguna condición imposible de realizar, ningún detalle inexacto en contradicción con los hechos reales.

GEOMETRÍA

Curso medio (tercer y cuarto grados)

Figuras de la geometría plana. Construcciones simples. Nociones prácticas sobre el cubo, el prisma, el cilindro y la esfera. Sus propiedades fundamentales. Aplicaciones al sistema métrico.

Curso superior (quinto y sexto grados)

Revisión y aplicación del curso anterior. Superficies y volúmenes. Aplicaciones prácticas de las nociones adquiridas.

INSTRUCCIONES

Geometría

Las formas geométricas deben enseñarse especialmente con el propósito de ejercitar los sentidos y la inteligencia, hacer concebir las formas abstractas pasando por las formas concretas y dar a los alumnos nociones prácticas útiles.

La asociación entre la geometría, el trabajo manual y el dibujo geométrico debe ser estrecha.

Deberá partirse de los objetos usuales para llegar gradualmente a las formas puras. Ejemplo: el lápiz, el portaplumas, un rollo de papel, el pico de gas, el tubo de lámpara, el rodillo del agricultor, etc., tienen la forma de cilindro.

Se encontrarán las diversas superficies, ángulos, líneas, etc., en las cosas que

rodean al niño, en las paredes, en el piso, en las esquinas de la habitación, de los muebles, etcétera.

Se hará después analizar y comparar las formas puras en madera, cartón, etcétera.

La observación no se hará solo con la «vista» que por efecto de la perspectiva no da sino nociones inexactas sobre las formas, las dimensiones, las distancias; los niños deben aplicar también el «tacto» y el «sentido muscular», que rectifican las impresiones de la vista. Deben, pues, manejar y construir las formas.

Es útil formar con el concurso de los alumnos, en cada clase, la colección de formas tipos que ha de estudiarse.

Se evitarán las definiciones y las demostraciones científicas. Pero serán los niños ejercitados en describir de viva voz las figuras estudiadas, primero en presencia de la forma, después de memoria; esas descripciones constituyen un ejercicio de lenguaje, que da además precisión al pensamiento.

Las figuras geométricas que sirven para evocar las formas o sus propiedades deben ser trazadas siempre correctamente y por medio de instrumentos. Es así, observando y construyendo figuras exactas, combinándolas, superponiéndolas, examinando sus relaciones, que los alumnos concretarán por sí mismos toda la geometría elemental, sin necesidad de definiciones, teoremas, corolarios, etcétera.

La superposición de figuras correctamente construidas constituye el modo de demostración por excelencia en la enseñanza primaria. Se hace en todas las clases, con auxilio de procedimientos de recorte (trabajo manual) de papel y cartón.

Se correlacionarán continuamente la geometría con la aritmética, cálculo y sistema métrico, así como con el dibujo lineal y el trabajo manual.

HISTORIA

(Conversaciones, descripciones, anécdotas, lecturas, auxiliadas con ilustraciones abundantes; visitas a lugares, monumentos, museos, etc. Hacer resaltar que la civilización es el resultado del trabajo y de la inteligencia.)

Curso medio (tercer y cuarto grados)

I. Lo que ha sido y lo que es hoy el pueblo en que se halla ubicada la escuela. Lo que ha sido y lo que es hoy la ciudad de Córdoba. Lo que fue y lo que es hoy la ciudad de Buenos Aires. Lo que fue y lo que es hoy la República Argentina.

II. Comparar por sus trajes, armas, utensilios, habitaciones, alimentos, costumbres, pueblos de distinta civilización y de distintas épocas.

III. Descubrimiento de América. Descubrimiento y conquista del Río de la Plata. Hombres y acontecimientos que más han influido en la constitución y progresos del país. Primeros hombres y sucesos de la Revolución y de la Independencia. Significado de las fiestas patrias.

IV. Rasgos biográficos de grandes servidores de la humanidad cuyas vidas son una enseñanza.

Curso superior (quinto y sexto grados)

I. *Historia argentina*. El descubrimiento. La conquista. El coloniaje. La revolución. La independencia.

II. La anarquía. La dictadura. La organización nacional. Resumen de la historia nacional. Principales servidores del país en las distintas esferas de la actividad.

III. *Historia general*. La familia humana. Principales benefactores de la humanidad por sus trabajos en pro de las ciencias, las artes, las industrias, la civilización en general.

N.B.: En todos los grados aprovechar constantemente la historia como medio de *educación moral y cívica*.

INSTRUCCIONES

Historia

Proveer al niño de todos los recursos posibles para evitar que fracase en los actos de la vida es un deber de los encargados de dirigir su enseñanza.

Contribuye a este fin, en gran parte, eficaz y poderosamente, el estudio que permite adquirir lo que llamaríamos una experiencia anticipada, mayor cultura y capacidad, o las aptitudes para razonar y juzgar con independencia y buen criterio, para sentir y practicar las virtudes cívicas, para admirar, respetar, amar e imitar a los benefactores de la patria y de la humanidad y para ser obrero consciente del progreso. Pero el estudio de la historia presupone una madurez de espíritu que no pueden tener los niños de los grados inferiores y que solo alcanzan a poseer y muy relativamente los más adelantados.

Si el maestro en el curso de sus lecciones de historia no olvida lo expuesto y si utiliza medios racionales para conseguirlo, su enseñanza será fecunda en buenos resultados; de lo contrario, escasos, cuando no nulos o contraproducentes.

Por de pronto y ante todo, debe principiar por no limitar el estudio de esta materia a una de sus partes: la militar y la política, como por lo general sucede, ni reducir estas a los nombres de jefes, ejércitos, número de soldados, fechas en que tuvieron lugar estos o aquellos combates, nombres de los mandatarios, días en que subieron y bajaron del poder, etc., abundando en detalles al respecto que no tienen valor y que solo sirven para fatigar la mente del educando con evidente perjuicio para este y la enseñanza, desde que lo importante consiste en conocer las causas que determinaron las acciones militares y los actos de los hombres de gobierno y sus consecuencias en pro o en contra del bien del pueblo, como asimismo y de manera muy especial, importa estudiar las otras partes de la historia o sea las que se refieren a los acontecimientos de orden científico, literario, artístico, educacional, industrial, comercial, económico, etcétera.

Después tendrá presente que nada ha de aprender de memoria, lo que no quiere decir que el niño no debe retener, sino que este adquirirá el conocimiento observando, analizando y comparando siempre guiado por él, pero cada vez

menos a medida que se vaya formando una idea del espíritu de la materia y de cómo se la estudia.

Indicamos como conveniente y necesario se den desde el principio nociones claras de lugar y tiempo mediante ejercicios adecuados, como asimismo y en oportunidad ideas precisas del significado de los términos históricos.

Que el estudio de cada hecho no consista en una simple descripción, porque la enseñanza dada de este modo, aparte de carecer de interés, no llena su objeto; pero sí cuando se llama la atención del niño para que observe desde las condiciones del lugar en que el hecho se verificó, las aptitudes generales del pueblo en la misma época, su estado económico, social, científico, moral, influencia que el hecho tuvo en las distintas actividades de la vida social, sus relaciones con otros acontecimientos anteriores, del mismo tiempo o posteriores; circunstancias y factores que lo determinaron, de modo que analizado y juzgado pueda obtenerse un conocimiento completo y útil.

Que se principie por la historia de la localidad, síntesis de lo más importante: instituciones, autoridades, clases de viviendas, comodidades, habitantes, sus ocupaciones, costumbres, monumentos, etc., desde que es necesario conocer la historia del presente y la particular para poder comprender, comparar y apreciar la del pasado y general, evitando, eso sí y no únicamente en los primeros grados sino en todos, fomentar el patriotismo mal entendido que enciende las pasiones y despierta los odios y rencores, como también el espíritu localista que tan funesto ha sido en nuestro país y del que aún no nos hemos librado del todo.

Que en el estudio del pueblo como un todo, en el de los próceres y grandes benefactores (hombres de Estado, de ciencias, industriales, filántropos, militares, etc.) se haga resaltar cuáles fueron sus obras, los obstáculos que vencieron, motivos que los impulsaron a la acción, resultados que alcanzaron, sus virtudes; sin ocultar sus errores, cómo se los juzgó y cómo se los juzga ahora, cuál es la enseñanza que nos da su ejemplo, cómo se procede para imitarlos; la gratitud pública, en qué consiste y cómo se manifiesta.

Que a los grandes acontecimientos de nuestra historia nacional y a los grandes servidores de la patria se les dedique una atención preferente, aprovechando cualquier circunstancia propicia que se presente para hacer notar la importancia y trascendencia de los primeros en la formación, independencia, constitución y progreso de la nación, de que los segundos fueron actores heroicos, abnegados, desinteresados y nobles, que todo lo sacrificaron por la patria y por el pueblo y cuyas vidas y obras el niño debe conocer para que las ame y les rinda culto.

Que surgiendo espontáneamente la necesidad de correlacionar la enseñanza de la historia con la geografía e instrucción cívica, dada la relación que existe entre estas materias, no se la descuide.

Que no se olvide que el papel del maestro es dirigir la atención del alumno hacia el asunto que se estudie, provocar ideas, suministrar datos, corregir, y el del alumno descubrir, anotar, consultar, exponer; que el libro solo sirve de consulta (grados superiores), que en las clases deben producirse discusiones para acostumar a los niños a emitir juicios; que deben ejercitarse, en lo posible, en resolver problemas históricos y en inducir principios. Es conveniente preparar cuadros para que a medida que se estudie se vaya haciendo la sinopsis por orden cronológico de los acontecimientos.

Finalmente, que se saque el mayor partido posible de las ilustraciones, las que no deben faltar si se ha de basar la enseñanza en la observación, requisito indispensable para que sea provechosa y que no se cumple cuando aquellas faltan. Si no es posible ver el pasado directamente, es menester verlo por las cosas que lo representan: láminas, fotografías, proyecciones luminosas, imitaciones y reproducciones vivas o figuradas siempre que sea posible, croquis, esquemas, mapas, etcétera.

Las visitas a los monumentos, a los museos, edificios históricos, las lecturas, etc., son también medios de ilustración que se emplearán cada vez que sea posible.

Y por último, no olvidar que existe una distancia que no debe salvarse entre el verdadero patriotismo y el patrioterismo hueco, de los que hacen alardes y exteriorizaciones continuas y ruidosas, de los que hablan con cualquier pretexto de la patria y de los próceres sin ajustar su conducta a sus declamaciones.

Tampoco se debe, so pretexto de cultivar el amor al propio suelo, deprimir a los demás pueblos, ni menos provocar sentimientos de rivalidad y antipatía. Por el contrario, debemos mostrar claramente la necesidad de establecer vínculos de afecto y solidaridad, mayormente con los países vecinos y de todo lo cual ha dado invariablemente ejemplo nuestro país, que ha demostrado siempre con hechos su amor a la paz internacional.

MORAL Y URBANIDAD

(Enseñanza casi siempre ocasional dada en todos los momentos, fundada especialmente en el ejemplo y en la observación práctica de las reglas de moral y urbanidad.)

Curso medio y superior (tercero, cuarto, quinto y sexto grados)

I. *Moral*. Ejemplos, narraciones, anécdotas, biografías, lecturas y prácticas destinadas a formar los mejores hábitos inspirando el sentimiento de los distintos deberes del hombre:

- a) Para consigo mismo, de orden físico, intelectual, moral y estético.
- b) Para con los demás, con la familia, los amigos, los extraños, los ancianos, los pobres, los desgraciados, los sirvientes.
- c) Como obrero, industrial, comerciante, profesional, empleado, etcétera.
- d) Como ciudadano argentino.
- e) Como miembro de la humanidad en general.
- f) La tolerancia, la solidaridad.

II. *Urbanidad*. Conducta en la casa, en la mesa, en la calle, en la escuela, en sociedad, en reuniones públicas, en trenes y tranvías, etcétera.

INSTRUCCIÓN CÍVICA Y ECONOMÍA SOCIAL

Curso medio (tercer y cuarto grados)

I. *Instrucción cívica* (cuarto grado). Principales derechos y deberes del ciudadano. Obligación escolar. Servicio militar. Deber de votar, pagar impuestos, respetar las autoridades. Noción de los principales servicios públicos.

Curso superior (quinto y sexto grados)

Quinto grado:

Revisión y ampliación del grado anterior.

Sexto grado:

I. La forma de gobierno, organización de la República Argentina. La Constitución Nacional. Deberes y derechos más importantes que establece. Los poderes.

II. *Nociones de economía social* (sexto grado).

1º Las necesidades del hombre. La sociedad y sus ventajas. La propiedad. El capital. El ahorro y la caja de ahorros.

2º El trabajo. División del trabajo. Poder de la asociación. Las máquinas.

3º El cambio. El precio de las cosas y el salario varían en razón de la oferta y la demanda.

4º Sociedades de previsión. Mutuas. Cooperativas.

INSTRUCCIONES

Educación moral y cívica. Cultura estética⁵¹

Nada debe preocupar tanto al maestro como la educación moral de sus alumnos. No debe olvidar un instante que el hombre vale más por sus virtudes, por su conducta habitual, que por la mayor o menor instrucción que posea y que la ignorancia fuera preferible quizás a la ilustración, si esta no hubiera de aplicarse al bien.

Y si es cierto que el niño ingresa a la escuela con cualidades y costumbres que trae por herencia o que ha adquirido en el hogar y por influencia del ambiente en que ha vivido o vive, no lo es menos que la escuela puede acentuar las buenas, atenuar y corregir las malas y hasta crear disposiciones y hábitos nuevos.

Cuanto se haga en el sentido de educar la voluntad en el bien, el respeto a la verdad y a la justicia y por desarrollar el amor al trabajo, la perseverancia, la confianza y el dominio en sí mismo, los sentimientos de caridad, de tolerancia, la solidaridad, el acatamiento a la ley, el hábito de la economía, el culto del orden, de lo bello en la naturaleza, en las artes, en los actos humanos, etc., será poco.

El saber insuficiente se completa cuando el carácter y el sentimiento del deber

51. Véase p. 397.

existen, y preparando así hombres buenos, trabajadores y veraces, habremos formado a la vez padres excelentes y ciudadanos ejemplares.

La educación moral y cívica será la obra de todos los momentos, el resultado de todos los trabajos de la escuela; desde la instrucción concreta en todas las ramas, cada una de las cuales ofrece múltiples oportunidades para desprender una enseñanza moral, hasta el arreglo material de la escuela, de los muebles y útiles, de los deberes diversos, en todo lo cual ha de tenerse una lección de orden, de prolijidad, de aseo, de buen gusto.

Los recreos, las excursiones, cualquier incidente de la vida diaria, las lecturas, todo debe ser aprovechado para inculcar un buen sentimiento, combatir una tendencia extraviada, aclarar un concepto moral. El precepto abstracto deberá presentarse oportunamente, pero desentrañado de los hechos, de los ejemplos concretos que impresionan al niño y dejan huellas en su espíritu.

A medida que el niño crece debe probársele por un razonamiento que esté a su alcance que su interés particular y el interés general coinciden en aconsejarle que haga el bien y no el mal.

Pero no basta que distinga uno de otro; es menester también que él tenga el valor de ser honrado, de resistir a la tentación, de decir la verdad. Y es este valor el que la escuela debe darle acostumbrándolo a practicar todos los deberes. «La continuidad de los pequeños deberes siempre bien cumplidos no demanda menos fuerza que las acciones heroicas y se saca mejor provecho de ella para el honor y para la felicidad.»

Toda la enseñanza de la moral en las escuelas primarias se resume en estas palabras: el hábito de practicar los pequeños deberes.

El maestro se consagrará también, constantemente, a dar a sus alumnos hábitos de cortesía y buena educación. Corregirá las maneras vulgares, las costumbres groseras; enseñará la cortesía, suavizará y pulirá las costumbres, combatiendo sin cesar la mala influencia del medio.

Pero tendrá sobre todo presente que la mejor de las lecciones es la del propio ejemplo, sin la cual las demás serán frustráneas.

El maestro será el modelo constante de las virtudes y de los hábitos que interesa cultivar dentro y fuera de la escuela. Se impondrá así a los niños y a los padres y entonces su acción será fecunda.

Sobre esa base y, como consecuencia del afecto y la sinceridad que dominará entre maestros y alumnos, la disciplina en la escuela estará asegurada, si al trato cordial se agrega la ocupación constante, útil, agradable, adaptada a las aptitudes del niño, que le exige el esfuerzo necesario para conservar el estímulo y repetirle y no el excesivo que desalienta.

Como la moral, la educación estética será en la escuela la resultante de múltiples factores de acción directa unos, indirecta otros, desde las condiciones del edificio escolar hasta el cuaderno o la hoja de papel en que el niño hace sus deberes, con prolijidad y limpieza, adornándolos, cuando no resulta fuera de lugar, con motivos decorativos. El dibujo, el trabajo manual, la música, la lectura, la declamación, la redacción, la gimnasia, el mobiliario y los útiles, los libros bien ilustrados, las proyecciones luminosas, las pequeñas representaciones teatrales y cuadros vivos en las fiestas escolares, los cuadros artísticos y decoraciones en las paredes, los yesos, las macetas con plantas, todo bien colocado; la sencillez, el

aseo, el orden, el buen gusto en las propias maneras, en el traje de los maestros y los alumnos, todo lo que ponga en el ambiente que rodea al niño una nota de bondad, de alegría y de belleza, repercutirá en su cultura estética tanto como en la moral, sin contar con la utilización de las excursiones, a los lugares que presenten algo que admirar, sean obras de arte o el espectáculo de la naturaleza que ofrece tantas y tan variadas ocasiones de hacer sentir la belleza. Hasta la escuela más modesta de la campaña puede, en mayor o menor grado, ejercer esa acción, si el maestro está penetrado de lo que ella vale.

DIBUJO

(Copia directa del natural de primer a sexto grados.)

Curso inferior (primer grado)

Iniciación en los principios que rigen a la interpretación del modelo en su total armónico de forma, relieve y color. Copia de formas simples y naturales, frutas u hortalizas que no respondan en absoluto a un principio simétrico y que presenten el menor número posible de detalles. Estudio del modelo en su color natural, encarando, empero, el estudio de las sombras con lápiz negro.

Dibujo libre. El dibujo libre es un deber que tiene que llenar el niño en su casa. La libertad más amplia corresponde a este trabajo, pero tratando que en ningún caso haga el niño una copia de estampas. En este caso debe rechazársele el trabajo.

Segundo grado

Repetición del programa anterior. Debe evitarse en las clases de estos dos grados toda forma manufacturada que responda a un principio absoluto de simetría o que presente un problema de perspectiva por elemental que sea. Todo estudio debe hacerse con colorido. El dibujo de pizarras queda absolutamente prohibido.

Curso medio (tercer grado)

Estudio de formas simétricas simples explicando previamente y haciendo razonar al alumno el principio a que obedecen. Copia alternada de formas naturales y formas manufacturadas. Alternar los estudios con colorido con el dibujo en negro solo. Agrupar dos o tres formas naturales con una manufacturada o viceversa encarando su estudio como conjunto. Iniciación en la perspectiva de observación.

Dibujo libre. El estudio de los detalles que presenten los modelos queda excluido en estos tres grados en los que se debe enseñar a ver y a interpretar en conjunto, un total y no el modelo fragmentariamente.

Cuarto grado

Estudio de las formas naturales o manufacturadas, simétricas o asimétricas, con sus detalles más característicos, pero sometidos siempre al conjunto total, al todo armónico. Estudio de grupos de dichas formas en colorido, unas veces, con lápiz negro únicamente, en otros casos. Croquis de conjunto de dichos grupos. Debe acostumbrarse al niño a hacer tres o cuatro de estos conjuntos en una lección. Todo en este trabajo debe ser sintético en lo posible. Los estudios concluidos de estos mismos grupos no podrán en ningún caso durar más de dos lecciones. Interpretación de bajorrelieves: dibujo, ornato y figura. Croquis y siluetas tomadas directamente del modelo vivo. Un niño de la clase servirá de motivo de estudio. Perspectiva de observación.

Dibujo libre.

Sexto grado

Aplicación del dibujo a las demás asignaturas de la escuela. Estilización del dibujo según las necesidades que deban llenarse. Croquis del natural de figura y paisaje. Croquis y siluetas de figuras en movimiento. Composición decorativa mediante la flora, la fauna o las formas manufacturadas. Principios elementales de perspectiva científica. Dibujo a la tinta china, pluma, lápiz y acuarela.

Dibujo libre.

INSTRUCCIONES

Dibujo

El dibujo debe ser considerado como uno de los más importantes factores de educación general y de educación estética. Enseña a observar con atención, a ver con justeza y a hacer la mano flexible; contribuye a formar el gusto, inicia a los alumnos en la escritura de la forma que halla sus aplicaciones en todas las profesiones.

Todos los niños tratan de dibujar. Ese gusto solo lo pierden cuando se les enseña aplicando un método que comprime en lugar de desenvolver su espíritu de iniciativa y su espontaneidad.

Para el niño el dibujo es un medio de traducir su pensamiento; así como quiere contar todo, quiere también dibujar, sin preocuparse de las dificultades. Sus dibujos ingenuos tienen el mismo encanto y espontaneidad que su lenguaje, y el maestro debe aprovechar estas disposiciones incitándolos siempre a dibujar y dirigiéndolos en sus trabajos.

Así el dibujo sería además un precioso auxiliar para las demás ramas, permitiendo traducir en croquis el objeto de las lecciones, inclusive, a veces, los cuentos morales, escenas diversas, etc., pero sin caer en el exceso de recargar de tareas al niño, pretendiendo que todo lo ilustre y con dibujos proliferos.

Los modelos que se usen en clase serán siempre en número suficiente, bastante grandes y bien colocados, a fin de que puedan observarlos bien todos los alumnos.

EJERCICIOS FÍSICOS

Primero, segundo y tercer grados

Ejercicios físicos que comprenderá la enseñanza completa: Marchas rítmicas, posiciones y aptitudes gimnásticas elementales; juegos de adiestramiento y de estética; ídem de gran actividad física que produzcan sofocación moderada. Ejercicios de respiraciones profundas metódicas.

Cuarto, quinto y sexto grados

Ejercicios físicos que comprenderá la clase completa: Marchas gimnásticas, posiciones y actitudes gimnásticas. Ejercicios gimnásticos metódicos de equilibrio, del tronco, sofocantes y respiratorios. Ejercicios de locomoción: carreras, saltos, marchas especiales. Juegos educativos de adiestramiento, de estética y de sofocación intensa. Ejercicios respiratorios metodizados. Excursiones escolares campestres.

INSTRUCCIONES

Primero, segundo y tercer grados

Las clases se dictarán de acuerdo con el «Sistema argentino de educación física», diariamente, con una duración media de 25 minutos.

Comprenderán tres tipos de clases: clases de efectos excitantes, ídem de efectos plásticos y rondas escolares.

Las clases de efectos excitantes se dictarán de acuerdo con el siguiente plan:

- Primer momento: Marchas sencillas ejecutadas con movimiento de los brazos rítmicos y suaves. Ídem, ídem acompañadas de movimiento de elevación de los talones.
- Segundo momento: Juegos sofocantes de mediana intensidad que produzcan la sofocación sostenida durante la mitad de la clase.
- Tercer momento: Marchas rítmicas lentamente. Ejercicios de respiraciones profundas ejecutadas metódicamente.

Las clases de efectos plásticos se dictarán de acuerdo con el siguiente plan:

- Primer momento: Marchas sencillas combinadas con evoluciones gimnásticas de disciplina y adiestramiento.

- Segundo momento: Juegos torácicos, del tronco o de equilibrio, separadamente o combinados. Carreras metódicas de sofocación mediana.
- Tercer momento: Marchas lentas rítmicas. Respiraciones profundas.

Las rondas escolares responderán a un concepto fisiológico de acuerdo con el siguiente plan:

- Primer momento: Marchas rítmicas con acompañamiento de cantos sencillos en coro.
- Segundo momento: Movimientos imitativos, de oficios con los brazos, con elevaciones de los talones, etc., sin cantar.
- Tercer momento: Ejercicios capaces de producir la sofocación mediana y sostenida, bailes activos, carreritas, etc., sin cantar.
- Cuarto momento: Ejercicios de respiraciones profundas, marchas rítmicas lentas acompañadas de cantos.

Cuarto, quinto y sexto grados

La enseñanza de estos ejercicios se hará metódicamente en clases dictadas según los preceptos fisiológicos del «Sistema argentino». Las clases durarán de 40 a 45 minutos y se repetirán cada dos días.

Las clases producirán los siguientes efectos fisiológicos en el orden indicado y mediante los ejercicios aprobados.

- Primer momento: Excitación suave de la circulación: posiciones y aptitudes gimnásticas, marchas rítmicas.
- Segundo momento: Excitación suave de la respiración: movimientos de la cabeza, extensiones y elevaciones de los brazos.
- Tercer momento: Excitación suave de la musculación: elevaciones de los talones, flexiones de las rodillas, estaciones en un pie. Marchas de equilibrio.
- Cuarto momento: Ejercitación aislada de las masas musculares: extensiones y flexiones del tronco, torsiones del ídem, flexiones laterales de ídem, ejercicios abdominales y ejercicios de fijación de la espalda.
- Quinto momento: Regularizar las funciones: marchas lentas, respiraciones profundas.
- Sexto momento: Calmar y regularizar las funciones: marchas lentas, respiraciones profundas.

Cada clase comprenderá todos los anteriores efectos y seguirán un orden estricto de gradación creciente de acuerdo con los principios del «Sistema argentino».

Los profesores confeccionarán de antemano sus planes de clases guiándose con los planes tipos del sistema argentino y de acuerdo con las necesidades especiales de sus alumnos derivadas del medio social y de las condiciones fisiológicas e higiénicas en que aquellos se encuentran.

Las clases de las niñas se diferenciarán de las de los varones solamente en la propiedad de los agentes físicos empleados para obtener los efectos higiénicos y fisiológicos indicados.

TRABAJO MANUAL

Curso inferior (primer grado)

Plegado. Figuras geométricas, triángulos, rectángulos. Corte según las líneas fundamentales de estas figuras. Estudio del colorido fundamental aplicado. Relaciones con las demás disciplinas de la enseñanza.

Segundo grado

Plegado. Polígonos regulares diversos. Estudio del cubo y de los demás paralelepípedos. Ídem del prisma y de las pirámides. Pliegue y recorte en cartulina de motivos decorativos sencillos. Relaciones con las demás disciplinas de la enseñanza.

Curso elemental (tercer grado)

Plegado. Construcción de los sólidos geométricos en cartulina. Recortes de motivos decorativos en cartulina. Relaciones con las demás disciplinas de la enseñanza.

Cuarto grado

Cartonado. Confección de objetos en cartón graduados en serie racional. Ejercicios de forrar y ribetear con papel y tela.

Modelado. Modelado en arcilla de la esfera, del ovoide, del cilindro, del cono y del cubo. Estudio del elipsoide. Modelado de las formas naturales derivadas más sencillas. Relacionar con las demás disciplinas de la enseñanza.

Curso superior (quinto grado)

Modelado. Modelado de las secciones de las formas fundamentales.

Slojd. Confección de una serie de objetos en madera arreglados en serie racional educativa, basadas en la serie de Naas. Relacionar con las demás disciplinas de la enseñanza.

Sexto grado

Modelado. Modelado con fondos, de superficies cilíndricas, convexas y cóncavas. Ídem de formas cónicas y esféricas. Modelado de frutas, hojas, flores y motivos decorativos.

Slojd. Continuación de la serie de modelos del curso anterior. Relacionar con las demás disciplinas de la enseñanza.

INSTRUCCIONES

Considérese el trabajo manual en la escuela como uno de los principales medios de que esta debe valerse para realizar su fin: preparar para la vida.

La vida es esfuerzo, lucha, acción, y la enseñanza manual cultiva el amor al trabajo, la perseverancia, la paciencia; crea hábitos de atención, de exactitud, de limpieza; enseña la economía; perfecciona la vista, el sentido de la forma, desarrolla las fuerzas del punto de vista físico, da habilidad manual general aplicable, después, al trabajo que se elija cuando la vocación o la necesidad lo determine; desarrolla la independencia y la confianza en sí mismo, educando la voluntad. Es entonces, factor de educación física, como intelectual, moral y estética y no medio de preparación para un oficio determinado que no cabe elegir a la edad escolar; pero da las aptitudes esenciales en cualquier oficio, necesite o no consagrar el niño, hombre después, a alguno de estos. En todo caso, el rico y el pobre encuentran una feliz aplicación de la actividad y una lección de respeto por el trabajo y el trabajador honrado, y es esta otra consecuencia de inestimable valor social.

El trabajo manual se vincula estrechamente con el dibujo y las formas geométricas.

A partir del tercer grado la construcción de un modelo tipo debe ser precedida por indicaciones detalladas que el niño consigna en un cuaderno especial. Comprenderá: (a) el trazado de las diversas partes del modelo dibujadas a escala; (b) la indicación de la materia a emplear; (c) los procedimientos de construcción.

Se cuidará el buen manejo de las herramientas; la aptitud higiénica del trabajador a fin de que el trabajo resulte a la vez una sana gimnasia; se usarán las herramientas alternativamente con la mano derecha y con la izquierda, aun cuando parezca, al principio, difícil; las condiciones de salubridad, luz, ventilación, espacio, del taller o sala en que se trabaja, sin descuidar el orden y el aseo en las herramientas, los modelos, los muebles, etc., ni el adorno de los muros, ni cuanto se relacione con la educación estética haciendo grata la permanencia en el local del trabajo.

Se enseñará la economía no malgastando materia prima, ni estropeando los útiles. Se aprovecharán siempre que sea posible los restos de madera, papel, cartón, etcétera.

Los objetos que se confeccionen deberán ser útiles, completos y ejecutables por los alumnos sin la ayuda directa del maestro y responder, por la forma y la armonía de los colores, a la exigencia estética.

Se ejercitará a los alumnos, de tiempo en tiempo, en la ejecución de trabajos colectivos.

El maestro mostrará la aplicación que tienen en las industrias los procedimientos técnicos enseñados a los alumnos.

El análisis y la construcción de los modelos y de los útiles, la indicación de los procedimientos de ejecución y la construcción de los modelos tipos, se harán en lecciones colectivas, dirigidas a todos los alumnos de la clase. La ejecución de los modelos de aplicación puede tener un carácter más individual; el mismo modelo de aplicación de debe necesariamente ser confeccionado al mismo tiempo por

todos los alumnos; dichos trabajos se repartirán según el grado de adelanto y las aptitudes de cada uno. Combinando de esa manera, el procedimiento simultáneo por los modelos tipos y el procedimiento individual de los trabajos de aplicación, será posible que el maestro dé un solo y mismo curso a todos los alumnos de la clase.

Al terminar cada clase exíjase que todo quede en orden en el taller o sala de trabajo.

Trabajo agrícola y pequeñas industrias rurales

En las escuelas en que ello sea posible se dará enseñanza agrícola práctica, así como de pequeñas industrias rurales, de acuerdo con los programas e instrucciones que en cada caso determinará la inspección técnica.

ECONOMÍA DOMÉSTICA

Curso superior (quinto grado)

CURSO TEÓRICO

A. *El ama de casa.*

I. Cualidades indispensables de una buena ama de casa; orden, economía, provisión, limpieza, amor al trabajo, igualdad de humor. Conocimiento práctico de todo lo que concierne a la ciencia de la casa.

II. Buen empleo del tiempo. Ocupaciones arregladas para cada día de la semana.

B. *La habitación.*

I. Consideraciones sobre la elección de habitación. Situación en lo posible aproximada al lugar de trabajo del padre de familia. Vecindad de los mercados. Alquiler en relación con los recursos de la familia.

II. Condiciones de salubridad; exposición, aireación, limpieza, buen funcionamiento de la alcantarilla.

C. *El mobiliario.*

Elección del mobiliario. Camas. Conservación de los catres y camas. Destrucción de los insectos perjudiciales.

D. *Calefacción y alumbrado.*

I. Combustible. Condiciones de una buena chimenea.

II. Diversos sistemas de alumbrado, sustancias empleadas, precauciones que se deben tomar, etcétera.

LECCIONES PRÁCTICAS

- I. Habitación: aireación, conservación (sacudimiento del polvo, limpieza), orden, ornamentación. Empleo de los desinfectantes. Conservación del mobiliario. Arreglo del dormitorio, de la cama.
- II. Arreglo de los aparatos de calefacción y de alumbrado.
- III. Limpieza del material de cocina: materia, conservación. Peligro de los utensilios de cobre, zinc, plomo.
- IV. Limpieza de los vestidos: ropa blanca (lavado y planchado). Limpieza y desgrasamiento de la ropa. Visita y arreglo de los vestidos.

Sexto grado de estudio

CURSO TEÓRICO

- I. Revisión de las nociones de quinto grado.
- II. Rol de la mujer en la familia. Sus deberes, su parte en la administración del presupuesto de la casa. Entradas y gastos. Gastos necesarios, gastos útiles. Contabilidad muy sencilla de una casa obrera, entradas y gastos de la semana.
- III. Alimentación.
 - a) Papel de la alimentación. Necesidad de una buena alimentación.
 - b) Valor nutritivo de los alimentos. Digestibilidad. Clasificación sumaria de los alimentos. Alimentación completa. Régimen.
 - c) Calidad de los alimentos, su conservación y las principales clasificaciones; pan, batatas, manteca, legumbres, frutas especiales. Provisiones.
 - d) Bebidas; agua, cerveza, vino, leche, café, té.
 - e) Composición de menús económicos.
- IV. Alcoholismo. Sus estragos. Herencia.
- V. Sociedades de socorros mutuos; sociedades cooperativas.
- VI. Cuidados a los enfermos. Habitación del enfermo. Aseo. Cualidades del enfermero. Conocimientos indispensables para el enfermero.
- VII. Cuidados en caso de indisposición y de accidentes.
- VIII. Botiquín de casa. Cuadro de las plantas medicinales y de las dolencias que ellas combaten.

LECCIONES PRÁCTICAS

En la medida de lo posible, las nociones precedentes serán prácticamente enseñadas por la maestra.

LABORES DE MANOS (NIÑAS)

Curso inferior (primer y segundo grados)

Primer grado. Primeros elementos de la costura: dobladillo, hilván, punto de dobladillo, punto de marca.

Segundo grado. Primeros elementos de la costura: punto atrás, pespunte, punto de guante, sobrecostura, costura angosta.

Curso medio (tercer y cuarto grados)

Tercer grado. Fruncidos, sobrecostura, sobrefruncidos. Confección de un delantal y de una enagua. Zurcido de medias.

Cuarto grado. Corte y confección de ropa para recién nacido y para niña. Zurcidos y remiendos en género blanco. Tejido con lana gruesa.

Curso superior (quinto y sexto grados)

Quinto grado. Ojales y aplicaciones de botones, presillas, costura a máquina. Confección y corte de ropa blanca para señora. Zurcidos y remiendos. Tejido con lana.

Sexto grado. Corte y confección de ropa blanca para señora y para varón. Zurcidos y remiendos en género de color. Aprovechamiento de ropas usadas. Tejido.

MÚSICA

Primer grado

SISTEMA MODAL. NOTACIÓN CIFRADA

Fonomímica. Uso del diapasón. Escala diatónica de *do* ascendente y descendente. Adivinar los sonidos sobre intervalos inmediatos.

Ritmos. Simples.

Medida. Compás de cuatro tiempos. Colocar valores, sin y con entonación, sobre determinados tiempos.

Lectura (en la pizarra). De cortas frases, recitadas, medidas y entonadas.

Cantos escolares. Por audición, al unísono, fáciles y amenos.

Segundo grado

SISTEMA MODAL. NOTACIÓN CIFRADA

Fonomímica. Uso del diapasón. Adivinar los sonidos sobre la escala diatónica de *do*; intervalos fáciles.

Ritmos. Dialogados y a dos partes.

Medida. Compás de cuatro, tres y dos tiempos.

Lectura (en la pizarra). De frases musicales sencillas, recitadas, medidas y entonadas. Ejercicio intuitivo de dos notas en un tiempo. Exceder la escala alcanzando si bajo re agudo. Algún canon fácil a dos voces.

Escritura (en la pizarra). Dictados de un compás.

Cantos escolares. Al unísono, fáciles y amenos.

Tercer grado

SISTEMA MODAL. NOTACIÓN CIFRADA

Fonomímica. Mediante el diapasón. Adivinar los sonidos, ascendiendo y descendiendo.

Conocimientos. El medio tiempo. Un tiempo y medio.

Dictado entonado. Dos compases.

Dictado recitado. Ejercicios o cantos de ocho compases para luego ser entonados y medidos.

Lectura. Recitado, medida y entonación de frases de cuatro u ocho compases, en la pizarra o en el cuaderno. Extender los valores al medio tiempo. Ejercicios, cantos y cánones a dos voces.

Escritura. En cuaderno. Copia o dictado de ejercicios.

Cantos escolares. Por audición. Los alumnos pueden tomar parte en los cantos y coros de los grados superiores.

Cuarto, quinto y sexto grados (con carácter transitorio para 1916)

SISTEMA MODAL. NOTACIÓN CIFRADA

I. Conocimientos y ejercicios adecuados extraídos del material de primero, segundo y tercer grados. Ejercicios, cánones y cantos a dos voces, en la pizarra y en el cuaderno.

II. Adivinar los sonidos con el procedimiento fonomímico.

III. Al terminar el año escolar, destínese una o dos lecciones para dar a los alumnos las *noticias rudimentarias* del sistema pentagramal.

IV. Cantos al unísono y coros a dos voces, por audición.

NOTA. En las escuelas sin maestro que conozca el sistema modal, se enseñará canto por audición, sin perder tiempo en enseñanzas teóricas de música.

INSTRUCCIONES

Música

Los fines que esta asignatura se propone en la escuela primaria son: 1º) que el niño logre familiarizarse con los sonidos, conocerlos, leerlos, medirlos y entonarlos; 2º) despertar sentimientos elevados y formar el gusto artístico; 3º) desarrollar los órganos de la fonación; 4º) variar y alegrar la tarea escolar; 5º) educar el oído.

Pero el punto central debe ser la educación del oído. A ese efecto ha figurado siempre en los programas la teoría y el solfeo pentagramal; pero jamás se obtuvo con ello el menor resultado; de ahí su abandono en la práctica y la limitación de la enseñanza al canto por audición.

Para cultivar el oído se requiere, como en las demás materias, un método racional, que utilice los demás medios concurrentes de que se dispone en la escuela, que consulte las aptitudes del niño, el interés, la variedad de los procedimientos.

A eso responde el método modal con la notación cifrada.

Por él llega el niño a la escritura, la lectura y el dictado musical, sin dificultades.

La fonomímica permite constituir un solfeo inagotable sin necesidad de escritura ninguna.

Respecto al canto por audición no debe olvidarse que aporta una utilidad limitada.

Cúidese siempre la buena posición, la justeza del canto, lo que se conseguirá haciendo observar cuidadosamente las respiraciones e impidiendo forzar la voz y gritar.

La letra de los cantos debería ser previamente estudiada, al alcance del niño y traducir una idea, un sentimiento útil, moral, agradable, patriótico.

Debe cantarse diariamente algunos minutos entre las clases, así como a la entrada y salida de la escuela.

Ciertos cantos típicos, al hogar, a la patria, al trabajo, a la verdad, a la naturaleza, deberán enseñarse en todas las escuelas y siempre, de modo que constituyan un repertorio común que puedan entonar en cualquier momento, donde quiera que se reúnan, los hijos de un mismo país.

No olviden los maestros que acercando al niño a las emociones estéticas, se lo aleja del vicio y que por consiguiente, cultivando el amor a la música, se proporciona una aplicación a la actividad y medios de esparcimiento honesto y saludable.

Cómo se cumple el ciclo primario

Extracto de la monografía *La educación común en Buenos Aires*, escrita por el profesor Pizzurno para el Censo General de Educación; también publicada en un volumen de 150 páginas

1910

TEMARIO

Revelaciones de la estadística. - Anticipada y grave. - Deserción de la escuela. - ¿Cómo evitarlo?

PUEDE VERSE EN LA ESTADÍSTICA ESCOLAR respectiva que la inmensa mayoría de los niños está muy lejos de concurrir a la escuela hasta la terminación de los estudios primarios (sexto grado). Desgraciadamente es el menor [número] el que llega a cursos de cuarto grado y una porción ínfima al sexto. En 1908 esa proporción correspondió al 8,28% y al 2,06% del total.

Este fenómeno ocurre hasta en países como Estados Unidos, en proporciones semejantes y por causas análogas, principalmente las económicas conocidas. Los padres pobres retiran a sus hijos de la escuela en cuanto leen y escriben un poco y conocen las operaciones fundamentales de la aritmética.

El encarecimiento de la vida, particularmente por los alquileres, aleja continuamente y a veces en proporciones inesperadas, de un año para otro, a las clases pobres y llenas de hijos, hacia la periferia de la ciudad, a barrios donde el Consejo no puede crear con igual rapidez y por falta de recursos o de tiempo las escuelas necesarias.

Es este, por lo demás, un problema de solución compleja, como complejas son las causas que lo producen, pues si priman las económicas, pesan también las morales; por ejemplo, el hecho de que los padres no estén convencidos –acaso con un poco de razón– de que la escuela, tal cual hoy funciona, dé a sus hijos las aptitudes que realmente necesitan para la vida.

Por eso, también, son tan diversas y extremas las soluciones que se proponen, desde las que aconsejan proceder *manu militari* y hacer obligatoria, coercitivamente, la asistencia a todo el ciclo primario –lo cual supone, por lo menos, una

gran multiplicación de las escuelas y de los maestros y la organización sería de una policía especial, como otros países tienen—, hasta los que aspiran a que el Estado provea al niño no solo de útiles escolares y de vestido, sino que costee la manutención de los hermanos que pasando de cierto número concurran a la escuela, y «pague a los padres, enfermos o incapacitados para el trabajo, el salario que los hijos hubiesen podido ganar no yendo a la escuela».⁵²

Como a menudo sucede, en una conciliación de los diversos temperamentos estaría el más eficaz pero lejano aún y que consistiría, me parece: a) en una adaptación más efectiva de la escuela a las necesidades que debe satisfacer, lo cual le atraería el concurso espontáneo de la familia; b) en el mayor auxilio material prestado a los niños pobres (útiles y vestidos y acaso una comida); y c) en medios coercitivos racionales; todo facilitado por estímulos y cuanto tienda a convencer de que la instrucción concreta, las aptitudes mentales, los buenos hábitos morales y la adquisición de ciertas habilidades prácticas y manuales que pueda dar la escuela, son capital mucho mayor que el producido por el trabajo anticipado de los niños en las fábricas o empleos diversos.

TEMARIO

¿Responde la escuela a la fórmula «preparar para la vida completa»? - Lo que esa fórmula implica en el maestro, en la organización de los estudios, en las condiciones materiales de la escuela, etcétera.

LA CRÍTICA QUE CABE HACER AQUÍ ES LA QUE SE HACE con el mismo o mayor fundamento en todas partes, sin que en ninguna se haya dicho aún la última palabra, respecto de lo que debe ser la escuela primaria, ni respecto de los medios más eficaces que sea posible emplear para que realice sus fines.

Las opiniones coinciden en cuanto a que si importa formar y enriquecer la inteligencia, no importa menos educar la voluntad y dar a todo por base un organismo físico sano, desarrollando además aptitudes prácticas y manuales de orden diverso; porque todo eso es necesario para triunfar en la vida.

Juzgada la escuela por sus resultados, parece que está aún lejos de realizar la fórmula correspondiente y consagrada: *preparar para la vida*. Esa fórmula implica, me parece, por lo menos, dos cosas previas:

1º El conocimiento del *medio* en que se supone que actuará mañana hombre el escolar de hoy; y

2º El conocimiento de las aptitudes, no ya generales, de los niños, sino de las individuales, pues del aprovechamiento de estas y de su adaptación a las exigencias de la vida en sociedad depende principalmente el éxito en la misma.

Y ambas cosas comportan a su vez una preparación especial de parte del maestro y el empleo de medios de investigación que mucho escasean, no siempre seguros y que se discuten todavía entre los psicólogos.

52. Un proyecto de Ley de Educación presentado al Congreso Nacional por el diputado Felipe Guasch Lequizamón establece esas condiciones.

La experiencia ha enseñado que la revelación clara de una aptitud no excluye la posibilidad de que exista otra o de que sea posible desarrollarla.

El niño normal que es el individuo que ocupa el término medio entre el esencialmente *verbal* y el notoriamente *práctico*, según la clasificación de Binet, posee todas las aptitudes en algún grado, dice el mismo psicólogo.

Ahora bien; ¿será siempre fácil determinar cuáles son las que más conviene estimular en cada uno?

Si se considera, por ejemplo, las subdivisiones que dentro de cada uno de esos dos tipos cabe hacer y lo difícil que resulta poder afirmar, tratándose de niños de ocho a doce o catorce años de edad, que tales o cuales son precisamente sus disposiciones, cuando acaso existen otras a las cuales circunstancias momentáneas o la falta de ocasión, y nada más, impiden manifestarse, se comprenderá cuán lejos estamos todavía de poder dar una enseñanza adaptada a aptitudes especiales mal conocidas.

Pero hay más aun: en el supuesto de que cupiese apreciar con exactitud esas aptitudes y que ello estuviese al alcance de todos los maestros, ¿podría de ahí concluirse que *convendría* siempre desarrollar esas aptitudes y no otras menos manifiestas?

Dentro de la inestabilidad de las condiciones sociales y económicas, e ignorándose cuáles serán esas condiciones donde y cuando toque actuar al hombre hecho, niño hoy, ¿*convendría* dirigirlo en un sentido determinado, poniendo en sus manos instrumentos que acaso no va a tener ocasión de emplear con éxito y no enseñándole el manejo de otros, quizá los que más necesarios sean en un lugar y momento dados?

Considérese también que la perseverancia, en el propósito y en la acción, por aprender una cosa que no es difícil pero que necesitamos, puede suplir a las escasas disposiciones naturales para aprenderla, y de todo lo dicho resultará consolidado, una vez más, el concepto de la educación *integral*, sin excluir la posibilidad de estimular, en casos determinados, aptitudes individuales también determinadas como lo han resuelto, en parte, en la enseñanza secundaria especial y superior de otros países, con las materias *electivas*,⁵³ por ejemplo, y que tanto comprenden estudios teóricos, como trabajos en laboratorios, gabinetes, talleres o terrenos para la agricultura.

Hoy por hoy, es esto más o menos irrealizable, como medida general, por las razones expuestas y por muchas otras, por ejemplo, las de orden económico, por las transformaciones y aumentos que deberían sufrir los edificios, el mobiliario, el material escolar, la instalación de bibliotecas especialmente dispuestas, salas de estudios, laboratorios, talleres, cocinas, etc., etc.; por el aumento del número de maestros con aptitudes también especiales y la disminución obligada del número de alumnos confiados a cada maestro, so pena de hacer materialmente imposible el estudiar bien a cada uno y adaptar a las aptitudes individuales la enseñanza.

Bello ideal lejano para los que no han conseguido que se haga carne en todas

53. Es esta de las materias *electivas* una reforma que, día más, día menos, habremos de introducir entre nosotros, acaso desde la escuela primaria (grados superiores), pero ineludiblemente en los estudios secundarios y universitarios, estimulando las vocaciones individuales y desviando así la corriente casi exclusiva hacia las carreras llamadas liberales.

partes y se convierta en realidad el *learning by doing*⁵⁴ aplicado apenas a las ramas experimentales en que ello es indispensable, v.gr. la física o la química, y por excepción, acá o allá, a las demás en que su eficacia no es menor.

Pero basta la circunstancia de que estas ideas se agiten en el ambiente escolar argentino y la observación de los progresos realizados en los últimos años, para justificar la afirmación de que no hemos de ser nunca los últimos en acercarnos a ese u otro mejor ideal.

No existen, por fortuna, entre nosotros, prejuicios tan arraigados que puedan impedir la rápida evolución de las ideas y su traducción en prácticas.

54. *Learning by doing*, fórmula estadounidense: aprender haciendo.

Un director modelo

Notas publicadas en el diario *La Nación*

6 y 7 de enero de 1918

NOTA DE LA COMISIÓN

Estas notas fueron publicadas en el tercer tomo de la serie de textos de lectura *El libro del escolar*, para que leído por los padres o personas mayores de la familia contribuya a despertar mayor respeto y estimación por los educadores. Contiene, al mismo tiempo, como se verá, una serie de sugerencias útiles a los maestros, *todo un programa de educación* dentro de su forma narrativa y hasta dramática. Por eso lo colocamos en este lugar.

HONREMOS AL MAESTRO (COMO RELACIÓN DE UN ALUMNO)

Hoy murió el director de mi escuela. La noticia nos sorprendió a todos, porque murió repentinamente. ¡Él, tan respetado, tan querido, desaparecer así...! No podíamos creerlo. Ayer anduvo en las clases como de costumbre, sonriendo a unos y otros. ¡Era tan afectuoso! ¡Se hallaba siempre tan dispuesto a escucharnos, a darnos sus consejos, a dirigirnos y alentarnos en nuestros trabajos! Jamás tenía una palabra destemplada, ni un gesto de impaciencia, ni siquiera cuando algún niño cometía grave falta.

Precisamente el lunes se había producido uno de esos casos, raros en nuestra escuela, pues todos los alumnos son más o menos disciplinados sin necesidad de castigo alguno. El director daba la clase por el maestro, enfermo, que no había concurrido. Uno de los niños, ingresado pocos días antes, dijo una mentira y contestó de mala manera. Nosotros creíamos que el director se impacientaría, porque, *para él, la mentira era la falta más grave que podía cometerse*. No se impacientó. Miró al atrevido sin decir palabra, con una expresión tal de sorpresa, que aquel se sintió dominado y calló. El director, entonces, con una calma mayor que la habitual, le dijo casi afectuosamente:

—Vete un momento al patio, Santiago, y allí solo, reflexiona sobre lo que has

hecho. Después, si te sientes dispuesto a conducirte como los demás, vuelve a tu asiento.

Había una entonación tal en sus palabras, un cierto no sé qué en toda su actitud, que uno se sentía enseguida como cautivado.

Santiago recibió ese influjo y, obedeciendo, salió con la cabeza baja; pero no habían transcurrido cinco minutos, cuando volvió a entrar y, acercándose al director, murmuró:

—¡Perdóneme, señor; no supe lo que decía!

El director, apoyando su mano sobre la cabeza del niño, exclamó:

—¡Ya sabía yo que no tenías mal corazón! Ve a tu banco y no te acuerdes más de lo ocurrido.

Cuando terminó la clase le hizo seña, y juntos entraron a la dirección.

No sé lo que hablaron. Interrogamos a Santiago. ¿Qué te dijo?

—Yo no me acuerdo —contestó—; pero nunca más mentiré.

¡Cuánto lo queríamos!

Él era siempre el primero en llegar a la escuela. Esperaba en el vestíbulo la entrada de los alumnos.

—¡Buenos días, buenos días, hijos míos! —contestaba a los saludos.

Y cuando todos estaban en clase, recorría los grados. Pasaba por entre las filas de bancos, aplaudiendo, bromeando, corrigiendo.

—¡Bravo, Pedrito! Muy bien tu plana; pero ¿por qué no has escrito también en el dorso de la página? Desperdicias así la mitad de tu cuaderno, y eso cuesta dinero a tu papá...

—Aquí te has comido la *h* en la palabra almohada, Luis. ¿No has almorzado bastante esta mañana?

—No está mal tu dibujo, Ricardo, pero no se distingue bien si has querido representar una naranja o un zapallo. —Y le palmeaba la cara.

Todos lo mirábamos, ansiosos de que pasase por nuestro lado, para sentirlo cerca y recibir sus bromas y sus caricias.

Los maestros, y también los niños, solían pedirle que tomara la clase y diese la lección. Y él no se hacía rogar. La tomaba enseguida. ¡Enseñaba con tanto gusto! Y tenía un modo de hacer las preguntas que nos llevaba como a adivinar lo que deseaba que aprendiésemos. Nos hacía discutir las cosas y buscar, buscar, hasta obtener la respuesta. Y después solía exclamar triunfante:

—¿No ven Uds.? ¡Si yo estaba seguro...! ¡Saben tanto como yo! ¡Bravo, bravo, muchachos!

Cuando atravesaba los patios durante los recreos, los alumnos de primer grado corrían a él. Algunos de los menores solían tomarlo del brazo, otros lo tironeaban del saco y él reía, levantaba alguno en peso más arriba de su cabeza diciendo:

—¡Hola, hola! ¡Cómo has crecido! Estás más alto que yo.

Una mañana él había contado en la sección inferior, en forma dramática, muy interesante, las peripecias por que tuvo que pasar Cristóbal Colón cuando, con su hijito de la mano, iba de corte en corte en demanda de buques para su viaje. Al salir al recreo, un chiquillo de seis años se acercó cautelosamente al director, dióle un golpecito en la espalda, y gritó:

—¡Señor Colón! ¡Señor Colón!

El director, volviéndose de pronto, fingió una actitud enojada, frunciendo el ceño y levantando el puño.

—¡Ahora vas a ver, cachafaz!

Y el chico huyó dando grititos, gozoso, mientras él seguía mirándolo sonriente, con el índice amenazador en alto.

La escuela tiene un taller de trabajo manual que él había conseguido después de mucho insistir ante el Consejo. Iba siempre a vernos trabajar y él mismo solía tomar las herramientas.

—Esto también es una gimnástica, para el cuerpo y para el espíritu. ¡Trabajar es vacunarse contra el vicio y la miseria! —exclamaba.

Uno de los alumnos de sexto grado se había afligido muchas veces porque la historia, la geografía, la composición y las cosas que se estudian en los libros, decía, no le «entraban» por más que se aplicase afanosamente. En cambio, era habilísimo en dibujo, en construcciones geométricas y en los trabajos del taller de carpintería.

—¿Ves como no hay que desesperar? —le dijo una vez el director—. ¿Qué importa que no puedas ser un literato, ni un sabio, ni tengas carrera universitaria? Serás un artista, un gran industrial, utilísimo a tu patria y a tu familia mucho más que si fueses doctor en cualquier cosa. Ese es tu camino, Jorge; síguelo sin vacilar y bendecirás este taller que te lo ha hecho descubrir.

—¡Qué lástima que no tengan ustedes talleres en todas las escuelas! —decía una tarde al Inspector que visitaba las clases y examinaba los objetos hechos—. Todos decimos que la escuela debe preparar para la vida. Pero la vida es trabajo. ¿Por qué no enseñamos, entonces, y sobre todo, a trabajar?

Y a las madres que iban con algunas de sus hijas a buscar a sus hermanos, solía decirles:

—¿Y cómo van las labores de mano y las lecciones de economía doméstica práctica? ¿Y la cocina...? Eso vale tanto como la historia de Epaminondas, ¿eh...? o como la raíz cuadrada y la raíz cúbica. De las raíces, las que ustedes debieran conocer mejor son las que se sirven en la mesa, ¿no les parece?

Las lecciones de aritmética y geografía y las de historia natural quería que las diésemos en el patio, en el jardín, en el museo, contando las cosas, midiéndolas, examinándolas de cerca. No le gustaba que aprendiésemos de memoria sino después de haber entendido lo que debíamos recordar. Con frecuencia hacíamos excursiones a los museos, a las fábricas, a distintos establecimientos y al campo.

¡Hay tanto que aprender en todas partes mejor que en los libros...! Y agregaba: Día llegará en que los niños de las grandes ciudades tendrán sus escuelas afuera, en el campo, en locales sencillísimos y con mucho terreno, varias hectáreas, y talleres e instalaciones para múltiples trabajos. E irán allí todos los días en trenes especiales. No se necesitarán tantos palacios escolares costosos, sin sol, sin espacio, sin aire.

Atribuía extraordinaria importancia a la enseñanza de la higiene, tanto como a la lectura, y decía: por el trabajo, por la moral y por la higiene serán felices los hombres y los pueblos.

¡Con cuánto calor demostraba los perniciosos efectos del tabaco y los más terribles aun del alcohol, refiriéndonos infinidad de casos concretos, estadísticas concluyentes y experiencias inequívocas realizadas en todo el mundo!

Quería que nos encariñásemos con el espectáculo de la naturaleza. «Eso ayuda a ser buenos...» Los paisajes le arrancaban a menudo exclamaciones de entusiasmo, y como no podíamos salir muy seguido, ni alejarnos bastante, buscaba fotografías estereoscópicas y nos mostraba paisajes y lugares en proyecciones luminosas.

—Uds. no saben cuán hermosa es la naturaleza argentina. Hay que viajar para verla y amarla.

Y a veces se le escapaban protestas contra los ricos que van a contemplar los paisajes europeos y desconocen las maravillas de nuestra tierra.

Se interesaba mucho por el dibujo y siempre que se le presentaba oportunidad nos llamaba la atención sobre las obras de arte de la pintura o la escultura y sobre cuanto pudiese influir en nuestra educación estética, que «eso también hace buenos a los hombres, como la música».

Casi siempre asistía a la lección de canto, y él mismo traía al profesor coros nuevos, elegidos con gusto y adaptados a la voz de los niños. Y cantaba con nosotros.

—¿Uds. cantan en sus casas? —preguntaba—. Canten, canten, que eso hace bien. Pero no griten, ¡eh! Hay que cuidar la voz y el oído.

Incitaba al profesor de música a que nos hiciera escuchar con frecuencia trozos escogidos, de buenos y grandes autores, y encontraba mal que los niños terminasen sus estudios primarios siendo incapaces de leer y entonar por sí solos ni siquiera sencillas melodías.

E insistía en que dijésemos a papá y mamá que viniesen a la escuela para oír los coros y recorrer las clases. Y solía quejarse:

—¡Qué poco visitan la escuela! ¡Cuánto lo siento! ¡Tendríamos tantas cosas de qué hablar!

Cuando algunos padres venían, los llevaba a las clases, sobre todo a donde tenían sus hijos; les presentaba al maestro y les mostraba los trabajos de los niños. Después, paseando por el patio o tomando una taza de té en su oficina, les hablaba de sus hijos, preguntaba o daba consejos. Le preocupaba mucho saber si dormían bastante, si dejaban la banderola o la puerta entreabiertas para tener aire nuevo toda la noche, si estudiaban o hacían sus deberes con mala luz, si jugaban al aire libre, si se bañaban con frecuencia, si se lavaban las manos antes de sentarse a la mesa y si masticaban bien los alimentos.

—Y los domingos, inada de lecciones ni deberes escritos, eh! Descanso completo para los libros y cuadernos y a jugar al campo si se puede.

—Algún día comprenderán la trascendencia de estos consejos —contestaba a los que sonreían al oírlo.

¡Con cuánta afectuosidad trataba a los padres humildes, a los obreros, a los vendedores ambulantes, y qué satisfechos se retiraban estos después de haber hablado con el director! Uno de ellos, al otro día de su visita, volvió trayéndole un montón de guindas dentro de un trozo de bramante nuevo que había comprado expresamente.

—¡Ese sí que es como un verdadero padre para los niños! —había dicho una mañana un artesano, viejo ya, dirigiéndose a su nieto, huérfano, que lo había acompañado, por indicación del director, hasta la puerta de calle—. Respétalo y ámalo como a mí, más que a mí, ¿oyes?

Todos, hasta los inspectores y los miembros del Consejo, que algunas veces

venían a la escuela, lo respetaban. Eso se conocía. Él no temía la visita del superior; al contrario: le gustaba recibirla.

Nosotros sabíamos también que varios años atrás había presentado su renuncia antes que tolerar una injusticia contra uno de sus empleados, un maestro joven, inteligente y digno, que en un rasgo de altivez había firmado una protesta contra una medida que le pareció humillante. Pero el Consejo no le aceptó la renuncia y reparó el error; y cuando los maestros del distrito quisieron hacerle una manifestación pública de simpatía, el director la rechazó diciendo sencillamente:

—Gracias, gracias, no acepto. ¡No faltaría más! ¡Gran cosa! He cumplido mi deber.

Le molestaban las lisonjas. Era digno sin ostentación, sincero, afable.

¡Cómo lo querían y respetaban los maestros y con cuánta confianza se llegaban a él para pedirle consejo, aun delante de los alumnos! Era como un hermano mayor o como un padre para todos ellos. ¡Con qué bondad inagotable ayudaba a los maestros noveles que a veces se equivocaban en la manera de tratar a los niños o de dar las lecciones!

Le gustaba festejar con actos especiales los aniversarios patrióticos, y él entonaba con nosotros los cantos y el himno nacional. Pero después nos decía que esto no bastaba y que la mejor manera de revelar patriotismo era trabajar todos los días, todo el año, perfeccionándose, haciéndose cada vez más instruidos, más fuertes, más hábiles, más virtuosos, para servir al país con el trabajo perseverante y honrarlo con la conducta siempre decorosa.

Pero lo que más nos gustaba era oírlo leer historias y cuentos morales, y el mayor castigo que podía darnos, cuando cometíamos alguna falta, era el de prohibirnos asistir a las lecturas especiales de los sábados. Elegía de preferencia cuentos que no fueran fantásticos, sino verosímiles, y hechos verdaderos referidos sin exageración, en lenguaje sencillo, espontáneo.

—La verdad no necesita de artificios —pensaba.

Y ponía toda su alma en la lectura. A menudo nos emocionaba, nos hacía llorar, reír, aplaudir o reprobar indignados, según fuera el asunto. Prefería las historias sanas en que aparece la virtud, y con mucho menor frecuencia leía las que exhibían el vicio aunque apareciese castigado.

—Es necesario habituar el corazón, como la vista, al espectáculo de la belleza y del bien —solía decir en la clase de los mayores—. Así se forma el gusto por lo noble y por lo hermoso. La repugnancia por el mal vendrá sola, entonces.

Nos daba a conocer también composiciones selectas en prosa y en verso, pero a nuestro alcance. Nos explicaba la razón de su belleza y después nos hacía aprender algunas de memoria. «Serán agradables y útiles compañeras en muchos momentos de la vida.»

Leía con tanta naturalidad que nos parecía estar asistiendo a las escenas referidas.

Nos gustaba, sobre todo, que leyese los capítulos del libro *Corazón* de D'Amicis.

Él también lo prefería, por lo mismo que estaba escrito con tanta verdad y sentimiento.

—¡Lo que no se hace con el corazón no se hace bien! —exclamaba.

—Pero hay que poner también la cabeza —observó un día el profesor de sexto grado.

El director, asintiendo, habíale contestado:

—La cabeza es el timón que guía en la buena o en la mala ruta; pero el corazón es el viento que hincha las velas. Sin él la nave no va lejos.

Y del corazón ha muerto, dejando nuestra escuela sin el timón que dirige, ni el viento que adelante impulsa. Andaremos muchos días desorientados y tristes, hasta que el tiempo nos traiga la resignación; pero sin extinguir el recuerdo de su imagen serena, de su palabra afectuosa, de su dignidad comunicativa, del alma generosa de nuestro querido director, que se ha ido... ¡y para siempre!

HONREMOS AL MAESTRO II

En la mañana de ayer se efectuó el entierro de nuestro director.

Nunca olvidaré las cosas que vi y oí durante estos dos tristes días.

Contaré algunas de la mejor manera posible.

Muerto anteayer temprano, fue velado durante el día hasta las cuatro, en su casa; pero después, cumpliendo un decreto oficial del Gobierno, debía ser trasladado a la Escuela Normal.

La casa particular está frente a una plazoleta. Esta, poco antes de las cuatro, estaba llena de concurrencia y, alineados y silenciosos, varios centenares de alumnos con sus maestros y en representación de las escuelas del distrito, esperaban.

Mucha gente entraba y salía de la casa sin cesar.

Mi padre, que ya había estado en la sala mortuoria, vino a buscarme. Quiso que viera por última vez la cara del director a través del vidrio que la cubría.

—Observa la calma y la serenidad de su semblante —me dijo.

—¡Cierto, parece dormido! —exclamé.

—Tiene el aspecto de los que se van con la conciencia tranquila, sin nada que reprocharse, hijo mío.

Un señor nos contó que durante el momentáneo alivio que precedió al segundo ataque, conociendo la gravedad de su estado, había dicho:

—María, creo que me muero.

Y ante la expresión de doloroso espanto de su esposa, continuó:

—¡Sé fuerte! No debes llorar. Es una ley de la naturaleza que se cumple. He vivido bien; he procurado siempre cumplir mi deber. ¿Por qué afligirse? Tú quedas para completar la educación de nuestros hijos y velar por ellos.

Y recordando que su esposa era creyente sincera, agregó, para consolarla:

—Volveremos a vernos allí. —Y señalaba el cielo.

En ese momento entraron, con la hija mayor, sus cuatro hijos menores que habían mandado traer apresuradamente de la escuela y del jardín de infantes. El padre, después de abrazarlos, les habló con increíble fortaleza, si bien un ligero temblor de la voz denunciaba su emoción contenida.

—Suponed que parto para un largo viaje, necesario como cuando me ausentara en gira de inspección por todas las escuelas de la república. Esta vez esperaréis un poco más mi regreso. Es menester resignarse ante las cosas inevitables.

¡Fue inútil! Hasta los menores comprendieron que el padre se moría, produciéndose entonces una escena desgarradora.

Otras personas de la familia, que habían llegado, retiraron de allí a los niños. El más pequeño se resistía y gritaba desesperado:

—¡No quiero, no quiero que te mueras, papacito!

El padre, a pesar de su energía, no pudo más: estalló en un sollozo profundo y echó los brazos al cuello de la esposa anonadada.

Pero dominóse al punto y notando la presencia de un miembro del Consejo Escolar que vivía al lado y había acudido, le hizo una seña para que se aproximase.

—Tengo que pedirle algo, discúlpeme. —Cerró los ojos un instante y repuso:

—¡Pobrecitos! Procure, señor, una ayuda para María y para mis hijos. Quedan sin nada. No he podido ahorrar para ellos... Tal vez hice mal... No lo sé.

Respiró y volvió a decir:

—Otra cosa, señor, le ruego. Diga al Gobierno que atienda mejor a los maestros. Yo he vivido entre ellos más de medio siglo. Los conozco bien. Son buenos. Tienen defectos porque no se los ayuda a corregirlos. Si son indispensables para la cultura del pueblo, debe creárseles una situación decorosa. Háganlos felices si quieren que ellos hagan felices a los niños.

Respiró otra vez penosamente y murmuró:

—Son buenos los maestros... son buenos...

No habló más. Un nuevo ataque sobrevino y poco después espiraba.

A las cuatro en punto se dispusieron a colocar el ataúd en la carroza fúnebre para conducirlo a la escuela; pero los profesores y los alumnos del curso normal, que ya son hombres, quisieron llevarlo a pulso. Se formó una gran columna. Ocupaba más de una cuadra. A los costados marchaban los alumnos de las escuelas.

Avanzamos por la avenida principal de la ciudad, a cuyo extremo se encuentra el edificio de nuestra escuela.

Al enfrentar la Casa de Gobierno, situada en el camino, el Ministro de Instrucción Pública se incorporó a la columna. De los andamios de una casa en construcción se descolgaron dos albañiles y, poniéndose apresuradamente el saco, se agregaron también al cortejo.

Muchas otras personas hacían lo mismo al enterarse de quién era el muerto. Las gentes de las aceras se descubrían y todas las conversaciones cesaban.

Frente a la escuela esperaba otra gran multitud. Los que conducían el cadáver debieron pasar por entre una doble hilera de niños y niñas que se extendía desde la calle hasta el gran salón, en cuyo centro se había preparado el túmulo. Enseguida, silenciosamente, desfilaron los alumnos arrojando ramos de flores.

Después, durante horas, fue un incesante entrar y salir de personas de todas las clases sociales: discípulos y ex discípulos, algunos ya cargados también de familia, maestros, autoridades escolares y muchísima gente modesta, hombres y mujeres. Una pobre viuda quiso pasar toda la noche y fue inútil que se la invitase a descansar.

—Cuando mi Enriquito estuvo grave —decía—, el director vino a casa y se quedó velándolo y dándole los remedios hasta el amanecer. No se fue hasta que no lo vio aliviado, y sin acostarse, trabajó en la escuela todo el día. Me quedo, me quedo yo también, ahora, hasta que se lo lleven. —Y se quedó.

A las diez de la mañana, hora fijada para el entierro, fue transportado el ataúd

al amplio vestíbulo y colocado entre la gran escalera que lleva al piso alto y la escalinata que sale a la calle.

El gentío llenaba el hall, las galerías y desbordaba frente a las portadas abiertas, en la amplia acera y en la calzada. Todos querían oír los discursos y participar en el homenaje; y hasta los que empujaban por acercarse más, lo hacían con cierto recato respetuoso.

Un señor con la cabeza gris y de aspecto grave subió varios peldaños de la gran escalera. Era el profesor más antiguo del curso de maestros.

Cesó el sordo murmullo mientras pronunció su discurso, en el cual historió la vida de nuestro director.

Contó muchos rasgos ignorados, verdaderos sacrificios personales en beneficio de la enseñanza pasando privaciones que hubiera podido evitar, y hasta comprometiendo su salud. Y no había querido nunca que se hicieran públicos.

—Este sí que fue un sincero servidor del país, sin alardes de patriotismo y acaso sin apreciar él mismo la generosidad de su conducta —había dicho en cierto momento el orador. Y muchos de los presentes se miraron e inclinaron la cabeza, como diciéndose: «¡Es muy cierto! ¡Ya lo creo!». Papá me oprimió el brazo sin mirarme.

Después habló un maestro de la escuela primaria y tuvo que interrumpirse dos veces para dominar su emoción comunicada al auditorio. Era el joven a quien el director había defendido hasta con la presentación de su renuncia, cuando quisieron suspenderlo injustamente.

Pero lo que más nos impresionó fue lo ocurrido con un niño de los grados elementales, elegido por sus compañeros para hablar en nombre de los chicos:

Subió a la escalinata y empezó el discurso diciendo:

—En este mismo vestíbulo, donde, al entrar, nos saludabas con tu palabra cariñosa, y en el cual, al terminar las clases, volvíamos a encontrarte para despedirnos con tu habitual: «¡Hasta mañana, queridos!», «¡Hasta mañana, hijos míos!», siempre afectuoso y risueño, venimos a decirte ahora también adiós, pero no más hasta mañana, querido, querido director nuestro que te vas para no volver. ¡Ya no oiremos nunca, nunca más...!

Un sollozo cortó la frase y no pudo continuar. Dejó caer sobre el ataúd el ramo de flores que en la mano tenía, y llorando se echó en los brazos de la maestra que estaba junto a él. Su sollozo provocó muchos más y pudimos ver a hombres y mujeres, con la cabeza blanca, llevando el pañuelo a los ojos.

Transcurrieron varios instantes de silencio, y los señores más próximos se inclinaban ya para levantar el ataúd, cuando se vio avanzar al gobernador de la provincia que había escuchado los discursos, confundido entre la multitud. Subió la escalera, haciendo un gesto con la mano, y empezó a hablar:

—¡No, no!, esperad un momento más. Yo también tengo algo que decir en presencia de estos despojos tan respetables.

Y habló largo rato escuchado con emoción profunda. Era la primera vez que un gobernador rendía tal homenaje a un maestro de escuela.

¡Si lo hubiese oído nuestro muerto venerado! ¡Si le hubiese oído decir que desde ese momento la Escuela Normal, que con tanto amor dirigiera, llevaría para siempre su nombre! ¡Qué feliz se hubiera sentido!

Los diarios publicaron el discurso. He aquí algunos de sus párrafos:

«El maestro que desempeña dignamente su misión, destacándose por su vida abnegada y por la importancia de sus servicios, merece, como el más encumbrado funcionario, que se le rindan honores especiales.

»El ciudadano que en el Parlamento prepara leyes bienhechoras; que en el Gobierno ejecutivo las aplica con acierto y se desvela por el bien público; que como juez recto no retarda los fallos inatacables de la justicia reparadora y preventiva; el gran escritor, el sabio, que difunden ideas, conocimientos útiles, perfeccionamiento de todo género; el militar que prepara con habilidad la defensa del país contra los ataques extraños; todos ellos no son, si bien se mira, más dignos de la gratitud pública, que estos sencillos educadores cuya acción incesante, menos ruidosa y ostensible, es, acaso, más fecunda.

»Con la instrucción racional, el ejemplo de su conducta y la sugestión oportuna, el maestro habitúa pacientemente un día y otro día, el cerebro y el corazón del niño, a la verdad y al bien; y así, el gran estadista, el legislador acertado, el juez intachable, el sabio y el escritor fecundos, el militar patriota y valiente, los millares de trabajadores honestos que hacen el progreso del país, resultan, en gran parte, la obra de aquel modesto sembrador desaparecido ya cuando, lozano, el fruto madura, sin que nadie recuerde al que, amoroso, arrojara la simiente.

»Es esta una injusticia que no debe continuar; por eso, como ciudadano y como gobernador de la provincia, en nombre del pueblo que represento, vengo a decir a este maestro verdadero, que si él ha vivido consagrado exclusivamente al bien general, dándole todos sus esfuerzos y sacrificándole generosamente el propio interés, y hasta el bienestar de los suyos, justicia le será hecha. Puede dormir tranquilo el sueño eterno: su recuerdo será conservado y sus hijos recibirán, mientras lo necesiten, el auxilio a que tienen legítimo derecho».

Después del discurso del gobernador, fue conducido el cadáver al cementerio, repitiéndose por las calles y en la necrópolis escenas análogas a las del día anterior.

Cuando regresábamos, un amigo de papá, que venía en el coche con nosotros, decía:

—Tiene razón el gobernador. Mire Ud.: muere un senador, un elevado funcionario, un militar de superior graduación, y se le rinden grandes honores oficiales. ¿Por qué no se hace lo mismo con los educadores? Es cierto, por ejemplo, que los militares están listos para servir a la patria, y morir por ella si el momento llega.

»El ejército es una garantía necesaria para la existencia, la seguridad, la paz de la nación.

»Por eso debemos respetar y honrar al soldado. Pero, por fortuna, entre nosotros, alcanzan a viejos los militares, viviendo casi siempre tranquilos, sin tener que exponerse y ascendiendo, los más, porque pasan los años.

»El maestro, entre tanto, está luchando continuamente por la cultura, preparando con ella la paz y la confraternidad de los pueblos, sin descuidar, por eso, al ciudadano que ha de ser fuerte y estar dispuesto a dar su vida por la patria. En esta tarea sin descanso y mal compensada, se consume; pero si llegase el triste día de una guerra, también él tomaría el fusil y moriría heroicamente en el campo de batalla.

»¿Quién es, entonces, más acreedor a la gratitud del país?».

Papá no contestó nada.

A mí me parece que si hubiéramos podido oír la opinión de nuestro director, él hubiera preferido manifestaciones sencillas y espontáneas como las que recibió.

En vez de tropas, los niños, y en lugar del estampido del cañón, el silencio de las flores cayendo sobre su ataúd.

¡Oh!, no olvidaré las emociones que he experimentado durante estos días, ni tampoco la sorpresa que tuvimos esta mañana al llegar a la escuela para reanudar las clases.

Un gran retrato del director, cedido por la familia, había sido colocado en el vestíbulo, al frente.

—No he querido que dejara ni un solo día de presidir la entrada de sus discípulos —nos dijo el vice. Y agregó—: Ni quiero que ustedes olviden sus mejores consejos.

Al efecto, debajo del cuadro había fijado, en hermosos caracteres, las exhortaciones que con más insistencia nos repetía el director y de las cuales fuera siempre vivo ejemplo su propia conducta:

«SÉ BUENO, SANO Y SENCILLO. TRABAJA. NO MIENTAS».

Vacios de la educación primaria: la escuela del porvenir

Discurso pronunciado en el festival celebrado en el teatro Rivera Indarte de Córdoba con motivo de la terminación de los cursos escolares y de las colaciones de grado de las escuelas normales Olmos y Alberdi

1º de diciembre de 1916

EXCMO. SEÑOR GOBERNADOR,⁵⁵ señoras, señores:

Un joven profesor amigo mío asistía como simple espectador al Congreso Pedagógico Internacional de París de 1889. De pronto oye sostener por un grupo de confabulados una tesis equivocada y antipática. Instintivamente pide la palabra. Se le concede y fue entonces que obligado a subir a una tribuna especial en plena Sorbona, quedó perplejo, sin atinar a lo que iba a exponer. Me dijo después que lo salvó el consejo que repetidas veces había oído a su padre: «Siempre, y con mayor razón en los trances difíciles, apela a la verdad, dila como la sientas y derechamente, sin preocuparte mucho de la forma». Y él entendió por decir la verdad, en aquel caso, explicar su situación y la explicó diciendo sencillamente cómo se encontraba allí sin darse cuenta, obedeciendo a un primer impulso espontáneo de protesta contra lo que acababa de oír. Y siguió hablando con sencillez, saliendo así del paso.

Permitidme imitar al joven profesor del '89 diciendo, también sin rodeos, mi propia sorpresa al encontrarme de un momento para otro, cuando menos lo esperaba y menos lo quería, al frente de la Dirección General de Escuelas, en momentos difíciles, contra todas mis conveniencias personales y ante una tarea abrumadora que demanda la consagración sin descanso de un hombre no solo entendido y resuelto, sino lleno de energía inagotable que no creo tener.

Pero he debido aceptar dado que, por fortuna, la tarea es a plazo fijo relativamente breve e improrrogable, para no incurrir en cobardía moral y, entre otras, por las razones que escribí al día siguiente a un amigo que se dijo descontento

55. Doctor Ramón J. Cárcano.

con lo que llamaba mi debilidad y yo llamaría más bien impulso sentimental, casi, casi, quiijotesco. Reíd, si queréis. Es la verdad.

—El médico llamado para asistir a un enfermo grave —fue mi respuesta— no puede excusarse de prestarle sus auxilios por difícil que el caso sea, y aun cuando para llegar cerca del doliente tenga que correr un vendaval al cruzar la quebrada y exponerse a coger él mismo una pulmonía o romperse un hueso largo al volcar del coche o al rodar de la mula.

¿Que el enfermo no mejora y el médico no se libra de que desconozcan su altruismo y hasta su habilidad profesional? Gajes del oficio.

Son para estos casos los fallos de la propia conciencia.

¿Y si el enfermo se aliviara y se colocase en vías de un restablecimiento definitivo?

Y bien, señores; hasta donde me ha sido posible, he completado durante el mes y medio transcurrido, mi conocimiento de la situación en lo que respecta a las escuelas de Córdoba. Ellas sufren del mal de que en todos los países adolecen, agravado con dolencias propias.

A pesar de cuanto se ha dicho y escrito, la escuela primaria continúa olvidando, en el hecho, las realidades de la vida, para las cuales no prepara al educando, cuya psicología no consulta y cuyas necesidades futuras tampoco toma en cuenta.

El niño sigue siendo una actividad que no se explota ni encamina, un interés que se deja perder o se dispersa demasiado, una alegría sana y necesaria que se interrumpe, un afecto que no se conquista suficientemente, para con él llevarlo a gusto, y para siempre, al hábito del deber.

La escuela es aún demasiado intelectualista. Se ocupa casi exclusivamente de instruir e instruye mal, sin disciplinar el pensamiento; se esfuerza en transmitir un cúmulo de nociones inaplicables y disgregadas en vez de simplificar y seleccionar. No correlaciona las distintas disciplinas para asegurar su clara comprensión, la solidez del saber y, por el placer de las adquisiciones hechas, el deseo de continuar estudiando.

El resultado del examen subordinado a la letra de un programa excesivo y mal interpretado suele ser todavía lo que más preocupa al preceptor durante el año, en complicidad con el padre que quiere buenas clasificaciones para el hijo.

No existe, repito, un aparato para apreciar lo que después de cada año de clase ha ganado o perdido el cerebro del alumno en poder mental, en buenos hábitos intelectuales. No lo hay para medir el progreso moral y calcular si ha mejorado sus sentimientos, ni en cuánto se han favorecido las buenas tendencias, corregido las extraviadas. No se aprecia si ha aumentado o disminuido sus cualidades físicas, si el trabajo hecho tiene repercusiones saludables sobre el organismo.

Buscad dentro de la escuela o en sus alrededores los talleres de trabajo manual y, fuera de las ciudades, el agrícola; las instalaciones para la economía doméstica, la cocina, la puericultura, los primeros auxilios, los baños, la biblioteca atrayente, los grandes espacios para los juegos y ejercicios, las instituciones de ahorro, de ayuda mutua y otras seriamente organizadas y en actividad constante; las salas de reuniones en las que se congregan con frecuencia grandes y chicos, padres e hijos y maestros, para crear vínculos de afecto, cultivar la alegría que es fuerza, trabajar juntos en cosas de interés común, estimular la solidaridad social necesaria.

No los encontraréis sino por excepción.

Entre nosotros ni siquiera conservamos algunas cosas buenas que habíamos conseguido introducir desde hace ya un cuarto de siglo en Buenos Aires, un poco menos en Córdoba: los talleres de enseñanza manual donde, igualados bajo la misma blusa aprenden la sencillez y la recíproca estimación ricos y pobres; se habitan a luchar con la materia amoldándola a voluntad, adquieren aptitudes prácticas indispensables en la existencia y sobre todo el amor al trabajo y la perseverancia que involucran la moralidad y el bienestar y que no solo no excluyen la gentileza del espíritu y los sentimientos estéticos, sino que los hacen de buena ley y los acrecientan.

Oíd esta breve anécdota que me fue referida hace pocos días:

Un labrador de los alrededores de Córdoba se lamentaba de que no podía aprovechar toda su parcela de tierra por no tener quien lo ayudara.

—Pero ¿y sus hijos? ¡Ud. tiene muchos!

—¡Es que mis hijos, desde que han ido a la escuela y se han puesto botines, ya no quieren trabajar!

La vida es trabajo, sin embargo, y se dice que la escuela debe preparar para la vida.

Permitid que no continúe esbozando el cuadro, señores. ¿Para qué? Recordaré tan solo que si estos hechos se producen en países que se jactan de figurar en primera línea; si son verdad para la ciudad de Buenos Aires, por ejemplo, donde el Gobierno superior ha dispuesto siempre de los recursos para corregirlos y no lo ha hecho sino en muy pequeña parte y apenas en lo que atañe al orden material, edificios, mobiliario, etc.; son de una evidencia mucho más amarga para la provincia de Córdoba. Conocía el estado de sus escuelas de tiempo atrás. Y en una rápida recorrida comprobatoria, recientemente hecha por veinte escuelas de los pueblos inmediatos a esta capital, solo encontré el desaliento.

Desmantelados y tristes esos «templos», ¡iqué templos!, me produjeron una sensación de profundo desconsuelo.

En una de las escuelas, no viendo libros y sabiendo que la directora carecía de título profesional, pregunté:

—¿Qué lee Ud. señorita, para orientarse respecto de cómo se debe enseñar?

—¡Tengo un libro, señor!

—¿Recuerda cuál es?

—¡Sí señor! Es... es... voy a buscarlo a mi pieza. —Fue, confundida, a traerlo; pero no lo encontró, ni pudo recordar el autor.

Y Córdoba tiene las tres cuartas partes de su personal sin título alguno valdero. Son maestros que hacen todo lo que pueden, abnegadamente, si queréis: pero ¡pueden tan poco!

Y si los hay —por cierto que los hay— en buen número, inteligentes y empeñosos, trabajan llenos de dificultades que a ellos no les corresponde vencer y contra las cuales son impotentes.

Basta.

Y disculpad, señores, el aparente mal gusto con que he venido a aguar esta fiesta, recordando cosas tristes; pero este sintético balance, aun cuando incompleto, por ser hecho en un acto que reúne a todos los interesados, autoridades su-

periores, legisladores, padres y maestros, podría ser útil si contribuyera a determinar la mayor acción conjunta, solidaria, iniciando una era de reformas que ya resulta culpable retardar. Debe empezarse por donde urge más, por el maestro cuya misión se ensalza siempre de palabra sin que desaparezca por eso el sentimiento, que existe, de indiferencia, rayana en desprecio, hacia el misionero.

Las bien inspiradas y generosas ideas expresadas el año anterior en ocasión como esta, por el señor gobernador de la provincia y traducidas en la justiciara ley de 3 de septiembre de este año, los análogos conceptos contenidos en la memoria del señor Ministro de Gobierno e Instrucción Pública y algunos recientes decretos del Poder Ejecutivo, señalan acaso el principio de una reacción, largo tiempo esperada.

Secúndenla los legisladores modificando la ley de educación; creen por ella un organismo director de la enseñanza con autonomía y sustraído a la desastrosa acción de la política. Articulen aquella ley de tal manera que no pueda llegar al gobierno superior de las escuelas quien no tenga condiciones personales y aptitudes para dirigirlas con acierto y desinterés; póngase en una sola mano el timón, suprimiendo consejos que han sido en todas partes un fracaso y una traba, sirviendo solo para diluir la responsabilidad e impedir la rapidez y la unidad de criterio en la solución de los asuntos.

Arbítrense a toda costa recursos para mejorar, pero mucho, mucho, la situación del maestro, y para triplicar el número de inspectores que deben ser el alma de la reforma técnica, pero que no podrán serlo jamás en las actuales condiciones.

He ahí las bases esenciales de la reforma, todos lo saben, y sin las cuales las demás medidas serán frustráneas.

Lo que en esto se invierta ha de reeditar mil por uno.

Cuando penetren en la conciencia pública los propósitos que la escuela debe perseguir en armonía con las necesidades de la existencia, se verá más claro aun que el maestro es todo en aquella y que teniéndolo apto y contento, los problemas de la edificación, del mobiliario y del material de enseñanza y otros quedarán extraordinariamente simplificados.

Sigo creyendo que no es un sueño irrealizable lo que sostuve en este mismo recinto en una Asamblea del Congreso Pedagógico Nacional, reunido en Córdoba en 1912 y lo que había sostenido antes en Buenos Aires.

Los grandes y costosos edificios no serán necesarios mañana, porque la enseñanza se dará principalmente en las afueras de las ciudades, a donde irán diariamente los niños, gracias a especiales medios de transporte; y allí salas y muebles de lujo no harán falta. Habrá las construcciones sencillas, económicas y amplias necesarias.

Fuera de los días de mal tiempo, que entonces no importará mucho dejar sin clase, los niños tendrán con frecuencia por techo el cielo o la copa de los árboles. A los trabajos del campo y del taller, a las ocupaciones manuales y prácticas variables, según las regiones y épocas del año, irán asociadas, natural y provechosamente, las nociones útiles sobre fenómenos y cosas de la naturaleza, de química, de física, etc., la geometría y la aritmética, la geografía y los ejercicios de lenguaje, las nociones económicas, las prácticas morales, la cultura estética. No se necesitarán cuadros en las paredes, ni macetas con plantas raquílicas, por carencia de sol, en repisas arrinconadas; los paisajes naturales, las corrientes cristali-

nas, el cantar de los pájaros, las flores por todas partes, formarán el ambiente de belleza y felicidad, propicio a la formación de buenos sentimientos. Cantarán y harán dibujos y ejercicios físicos en ese medio favorable y volverán por las tardes a sus casas más fuertes de cuerpo y de espíritu, llenos de alegría de vivir. Las escuelas para niños débiles apenas tendrán razón de ser, porque no seguiremos fabricando niños débiles en nuestros malos edificios de las ciudades. Tengo la firme intuición de que esta aparente fantasía no tardará en convertirse en hermosa realidad. Y que la idea empieza a cundir, pruébalo el hecho de haber sido discutida en una reciente asamblea de educadores reunida en los Estados Unidos.

Entre tanto, señores, no perdamos el tiempo. La escuela es a la vez factor y resultante del progreso social.

Prestigiemos al maestro, prestémosle nuestro apoyo y simpatía si queremos que influya más en el bienestar de la comunidad.

Maestros que me escucháis:

Vuestra misión es de altruistas. Buscad en vosotros mismos la compensación que los demás tanto os escatiman todavía. Haced por merecerla siempre.

Y los que hoy se gradúan no olviden tampoco el consejo que un pastor daba a su amigo: «Joven, acuérdate de que hay dos deberes que cumplir en este mundo: primero, dar a nuestra personalidad todo el valor de que es susceptible; segundo, ponerla al servicio de los demás».

La educación cívica y patriótica

Informe al Consejo Nacional de Educación

11 de mayo de 1908

NOTA DE LA COMISIÓN

El informe fue publicado en *El Monitor de la Educación Común*, órgano del Consejo Nacional de Educación, en el número del 31 de mayo de 1908.

TEMARIO

I. El maestro; sus cualidades y sus convicciones como factores decisivos en la educación patriótica. - Concepto del buen ciudadano. - El amor al hogar, a la patria y a la humanidad. El patriotismo no está reñido con el humanitarismo. - El sentimiento patriótico se cultiva en todo momento y no en días y horas determinados. - Influencia del ambiente. - Necesidad de alentar al maestro y rodearlo de la consideración social. II. Medios prácticos concurrentes a la educación patriótica. III. La educación patriótica en las escuelas particulares. - Medidas que conviene adoptar respecto de las mismas para asegurar la eficacia y el carácter nacional de la enseñanza.

I

El maestro es el factor principal, casi único, de la buena o mala educación que el niño recibe en la escuela, trátase de la educación en general, trátase del cultivo del patriotismo. La letra de un programa puede tener mucha importancia para fijar los conocimientos concretos que han de transmitirse; la tiene menor para determinar lo que se refiere a la educación propiamente dicha, al desarrollo de hábitos morales, a la disciplina mental. Esto depende de las aptitudes profesionales del educador, del método que emplee, de su personalidad toda, de su modo de ser, de expresarse y de sentir; de su poder de sugestión, de sus convicciones.

El educador debe estar convencido de que el objeto fundamental de la escuela es contribuir al bien individual y colectivo; debe hallarse penetrado de que solo inculcando determinadas nociones y cultivando determinados sentimientos y hábitos preparará buenos ciudadanos, que serán personalmente felices y que contribuirán a la felicidad de los demás.

No ha de caberle duda de que, en principio, se prepara el buen ciudadano preparando al hombre sano, honesto, veraz, trabajador, ilustrado, sin prejuicios, tolerante, fuerte de cuerpo y de alma, con todos los sentimientos que dignifican.

Y de que sin excluir el del amor a todos los hombres y el respeto a todas las nacionalidades, debe inculcarse en el niño, entre los primeros sentimientos, el del amor a la patria, cuya grandeza ha de desear y a la cual ha de contribuir ante todo, por lo mismo que ha de amar y ama a su padre, y a su madre, y a sus hermanos, y anhela y procura el bienestar del hogar propio antes de pensar en el hogar de los demás. La propia patria es su segundo y más grande hogar.

No creo que se incurra en patriotismo al pretender lo que precede. El egoísmo que en ello existiere sería un egoísmo natural y acaso necesario. La suma de los pequeños hogares donde reina el bienestar porque reina la virtud y el trabajo constituirá el hogar feliz más grande que llamamos patria, y así como a nadie se le ocurriría sostener que cada padre de familia debe andar por las calles buscando a quien entregar el fruto de su trabajo y a quien prodigar sus caricias, dejando solos y abandonados a sus propios hijos, así nadie puede sostener que hemos de pensar en la patria universal sin procurar ante todo el pan y la alegría a la patria en que vivimos.

El amor a la patria, el deseo de verla grande y próspera como la que más, no excluye el respeto y hasta el afecto por la patria de los otros, de igual manera diré, volviendo a la anterior comparación con el hogar doméstico, que nuestro especial cariño por este no impide que cultivemos amistosas relaciones de parentesco y sociales con otras familias, ni que intercambiamos servicios y nos deseemos recíprocamente la mayor felicidad.

Caben muy bien nobles emulaciones, vivos deseos de igualar y aun de sobrepasar al que progresa más que nosotros, sin sentir por ello envidia malsana que se traduce en pasión rencorosa y que provoca en un momento dado estallidos judiciales.

El maestro que tenga las cualidades, convicciones y sentimientos arriba expresados ha de transmitirlos a sus discípulos y no solamente en la clase de historia o de geografía argentinas, ni a horas fijas, ni en días determinados, sino en todos los momentos, aprovechando todas las oportunidades; unas veces dando la nota serena, tranquila, analizando hechos y cosas del país para mostrar todo lo bueno que lo hace amable y también, con tacto, las imperfecciones que debemos tratar de corregir para aumentar sus bellas cualidades; dando, otras veces, la nota entusiasta, sugestionadora, que hace vibrar el alma del niño, que lo conmueve, y fija en él sentimientos sanos y firmes que determinarán su conducta mañana llevándolo a cumplir sin vacilar sus deberes de ciudadano pensando que se sirve a sí mismo y a su país.

Pero mal puede comunicarse llama que no se tiene y eso es lo que, por desgracia, ocurre a veces en las escuelas.

¿Por qué?

¿Puede hacerse por ello un cargo a los maestros? Evidentemente no.

Si la escuela es casi siempre un factor del ambiente, es también resultado del mismo.

En una época de frialdad, de indiferencia por el cumplimiento de los deberes cívicos —esto último consecuencia a su vez de causas ajenas a la voluntad de los ciudadanos, por ejemplo, del carácter cosmopolita de nuestra población, de nuestras escasas condiciones para fundir en un molde nacional, que no existe, al extranjero que incesantemente nos invade—, inevitable es que los maestros también experimenten los efectos del aire que respiran desde que nacen y que, a menudo, no se modifica ni en la Escuela Normal, donde suelen no hallar quien los retemple, les haga saber y sentir hondamente que ellos han de convertirse mañana en factores del progreso de su país, reaccionando resueltamente contra el ambiente de indiferentismo que los rodea y preparando generaciones con mejor conciencia de los deberes del ciudadano y con sentimientos patrióticos más acentuados y sinceros.

Debe empezarse entonces por ahí, por el maestro, estimularlo, recordarle esa parte de su misión y facilitársela, rodeándolo de la consideración que le corresponde y que aún no se le guarda, mejorando su situación económica para que viva contento y pueda alternar en esferas donde halle alientos e inspiraciones más elevadas.

Entre tanto, y desde ya, interesa retemplar su fibra patriótica y esa es la tarea de las autoridades superiores, de los inspectores; y acaso no esté de más solicitar el concurso de algunos de nuestros oradores más distinguidos con la autoridad moral requerida para que den con eficacia una serie de conferencias respondiendo al mismo propósito.

La inspección técnica insistirá por su parte en recomendar al personal docente el mayor empeño en el sentido de acentuar el carácter nacional de la enseñanza en aquello en que cabe tal carácter especial.

En la primera reunión general que en breve celebraré con los directores de todas las escuelas a fin de transmitirles diversas instrucciones técnicas, abordaré otra vez especialmente el tema en cuestión para asegurar la unidad de criterio y la más acertada aplicación de los medios aconsejados para acentuar la educación patriótica sin caer en extremos o en modalidades contraproducentes por lo exageradas o por su falta de sinceridad.

II

Sentado lo anterior, esto es, que lo esencial para conseguir los fines en vista es tener al maestro penetrado íntimamente de su misión y con el ánimo y las aptitudes para cumplirla, paso a indicar la serie de medios prácticos de aplicación habitual en la escuela.

1^o Lectura o relación diaria de algún episodio o anécdota históricos de carácter nacional, o de un acto patriótico o de civismo que resulte un ejemplo, comprendiendo referencias de la vida de los hombres que hayan contribuido con sus trabajos o iniciativas en la industria, en el comercio, en las artes en general, en la educación, en las ciencias, en las letras, en la organización social,

política y económica, en las luchas por la independencia y defensa del país, etc., al mayor bien de la república, aumentando su cultura, su riqueza, su fuerza, su belleza, su gloria.

Para hacer lo que precede no es indispensable tomar siempre un tiempo especial del horario, que se quite a alguna de las ramas que en él figuran. Ello cabe, sin dificultad, en la clase de lectura en general, en la de lecturas morales, en la de historia, instrucción cívica y geografía, en la de castellano, en las de trabajo variable y aun en otras, según sea la naturaleza del hecho motivo de la lectura o relación.

Facilitaría grandemente el cumplimiento de esta práctica la existencia de un libro escrito ad hoc y que podría llamarse algo así como *Los servidores de la patria*.

Lo poco que entre nosotros existe es o muy incompleto o da casi exclusivamente la nota militar, o por su carácter, forma o lenguaje, no se adapta a la escuela primaria.

Acaso el Consejo Nacional de Educación podría llamar a concurso para la preparación de ese libro, acordando premios que compensen las aptitudes, el esfuerzo grande y el tiempo mayor aun que ha de requerir la terminación de un trabajo semejante. Dados los grandes servicios que prestaría tal libro, su redacción sería capaz de tentar a más de uno de nuestros escritores.

En ese mismo libro podrían tener cabida unos cuantos capítulos en los que se expusieran en forma clara, comentada e interesante para los niños, los deberes y derechos del ciudadano establecidos por nuestras leyes.

2º Fijar diariamente en lugar visible de la escuela la efemérides del día y hacer su comentario cada vez que sea oportuno.

Es sobreentendido que según sea la naturaleza de la efemérides, su comentario debe hacerse en la lección del día que mejor corresponda sin necesidad de alterar el horario. Hoy será en la hora de lectura, mañana en la de dictado o en la de composición, sirviendo de tema la efemérides, y pasado en la de geografía, historia, ciencias naturales, etc., según el caso.

3º Iniciar las clases diarias con un coro de carácter patriótico, sin perjuicio de los cantos habituales al hogar, al trabajo, a la verdad, a la naturaleza, a la escuela, etc., que se entonarán en las clases y en los diversos momentos del día en que fuere oportuno.

En un día fijo de cada semana, que podría ser al comenzar, el lunes, entonar el canto a la bandera, en presencia de ella y estando toda la escuela formada.

Como no son muchos los buenos coros de carácter nacional que poseemos, convendría llamar a concurso de compositores, de modo que hermanasen letra y música en forma adecuada, sin perjuicio de reunir todo lo existente que se canta en muchas escuelas, para aplicarlo en todas, previa una selección.

Hace tiempo ya que he recomendado esto mismo al señor inspector de música, así como el estudio del canto a la bandera en todas las escuelas.

- 4^o Conmemorar con actos sencillos –como ser recitación de poesías, cantos, composiciones ad hoc hechas por niños y maestros, visitas a los lugares o monumentos respectivos, si los hubiere– las fechas importantes de nuestra historia. Esto aparte de los actos especiales que son de práctica en los días de mayo y de julio, y del día también especial consagrado una vez por año a la bandera.
- 5^o Visitar el Museo Histórico con frecuencia; dar con este motivo las lecciones del caso, relacionando estas visitas con las clases de historia, instrucción moral y cívica, geografía. composición.

Aquí debo hacer notar al señor Presidente que según información expresa que tengo de los inspectores, las visitas al Museo Histórico son menos frecuentes de lo que fuera de desear, debido a que son insuficientes los días y horas en que aquel es accesible a las escuelas. Conocidas como son las excelentes disposiciones de su director, acaso sería fácil al señor presidente obtener del mismo un arreglo especial favorable a la concurrencia de los escolares.

- 6^o Visitar otros lugares en que se hallen reliquias o puedan evocarse recuerdos del pasado: tumbas, monumentos, edificios antiguos, objetos históricos, etcétera.

Sería de utilidad que existiese, al efecto, una *guía* indicando dónde se hallan tales cosas, guías que halla fácilmente quien viaje por las ciudades europeas y que no existen entre nosotros, por cuya circunstancia hasta los argentinos ilustrados ignoran v.gr. en qué lugar de la Recoleta se hallan depositados los restos de muchos de nuestros próceres.

- 7^o Dotar a todas las escuelas que aún no la tienen o la tienen incompleta, de una colección de retratos de nuestros prohombres, así como de reproducciones de cuadros que representen hechos históricos importantes.

Elegidos estos últimos por una comisión designada al efecto, el Honorable Consejo favorecería su reproducción en el número de ejemplares que fuese menester y compatible con las condiciones artísticas y pedagógicas que dichas reproducciones deben reunir dado el objeto a que se destinan.

- 8^o Disponer que en las escuelas que tienen todo lo necesario para ilustrar la enseñanza con proyecciones luminosas existan colecciones, tan completas como sea posible, de diapositivas correspondientes a los retratos y cuadros a que se refiere el párrafo anterior, así como una colección de diapositivas de geografía argentina, comprendiendo las de lugares históricos, monumentos, edificios, etc., en primer término las que por su situación no puedan ser visitados.

Huelga decir que valdría la pena solicitar recursos especiales destinados a dotar a las escuelas, tan pronto como se pueda, de cuanto fuese menester para utilizar las proyecciones luminosas como un medio ordinario y no extraordinario de ilustrar las lecciones, tal cual tuve ocasión de indicarlo en mi informe del 11 de octubre de 1905. Acaso el Honorable Congreso Nacional no se negaría a votar expresamente una

suma con ese objeto. Un cálculo hecho a la ligera me permite afirmar que se necesitarían alrededor de cien mil pesos, gasto relativamente insignificante si se consideran los beneficios considerables que de él van a resultar para la enseñanza. Sin contar, lo que me permitiré señalar de paso, que con ese material a la mano en las escuelas de cualquier barrio de la ciudad sería fácil organizar reuniones para adultos que acudirían atraídos por las proyecciones luminosas hábilmente aprovechadas por maestros elegidos para extender así la acción moralizadora de la escuela.

9º Organizar, de tiempo en tiempo (v.gr. una vez por año), concursos de composición sobre temas patrióticos entre grados paralelos dentro de la misma escuela, entre escuelas diversas del mismo distrito y aun entre distritos diferentes, así como también, en forma análoga, de lectura o recitación de trozos escogidos de autores nacionales y de carácter igualmente patriótico.

A todo lo que precede podría agregarse, especificado, cuanto cabe y debe hacerse habitualmente en la escuela en pro de la educación del ciudadano patriota, aprovechando todas las ramas de estudios pero ello, fuera de que estaría de más en este informe, no serviría para determinar resolución o medida especial alguna.

Dado el carácter de los programas, desde hace poco más de un año en ensayo en las escuelas, lo que conviene hacer en ellos es agregar algunas notas destinadas a impedir que se olvide el deber de atender a la educación patriótica en todos los momentos, en la forma que he expuesto al señor Presidente y que obtuvo su aprobación. Esto sin perjuicio de repetirlo con algún detalle en instrucciones escritas que está preparando esta Inspección General.⁵⁶

III

Respecto de las *escuelas particulares* donde, por razones obvias, más que acentuar es menester crear casi totalmente la educación patriótica, considero que se impone la adopción de una serie de medidas con las cuales está fundamentalmente también de acuerdo el inspector técnico de aquellas, señor Bismarck Lagos.

Son, en resumen, las siguientes:

1º Establecer que a partir de una fecha dada, que podría ser el 1º de febrero de 1909, todos los directores y maestros de las escuelas particulares deberán presentar los títulos de capacidad legal que los habiliten para ejercer la enseñanza primaria. Los que no poseyeren título alguno deberían adquirirlo mediante un examen, de acuerdo con un programa mínimo de instrucción general y profesional que formularía el Consejo Nacional de Educación. No podría considerarse excesivo exigir, por ejemplo, los conocimientos correspondientes a los seis grados de nuestra instrucción primaria, más un examen elemental de pedagogía teórica y práctica. Los que fueran aprobados obtendrían un certificado de aptitud habilitándolos para ejercer la enseñanza primaria privada.

56. Véanse a continuación las instrucciones impartidas al respecto.

- 2º Exigir que invariablemente el maestro de historia y geografía argentinas y de instrucción cívica sea ciudadano argentino. Una disposición semejante existe para los profesores de enseñanza secundaria.
- 3º Exigir de igual modo que sea argentino o proceda de un país de habla castellana y en todo caso acredite el conocimiento práctico del idioma español todo maestro que tenga a su cargo dicha rama (lectura, composición, gramática).
- 4º Establecer que los programas tomen por base los oficiales en vigencia en todo lo que comprende el mínimo prescripto por la ley y que los horarios y textos que resuelvan adoptar las escuelas privadas sean comunicados cada año a la inspección técnica por lo menos quince días antes de la apertura de las clases.
- 5º Recordar por intermedio de los consejos escolares el deber de dar estricto cumplimiento a la resolución del 1º de agosto de 1907, disponiendo que todas las escuelas particulares deben, en los días que preceden al 25 de Mayo y 9 de Julio, conmemorar en forma privada o pública dichas fechas, por medio de lecciones, conferencias, fiestas, etc., que tiendan a recordar a los educandos los principales acontecimientos que determinaron la Revolución de Mayo y que precedieron a la Independencia, como también el significado y trascendencia de las mismas, debiendo comunicar todos los directores al consejo escolar respectivo, anualmente, en cada una de las dos fechas, la forma en que celebrarán dichas solemnidades.

Me parece que las exigencias que preceden no están en contradicción con la letra de la Ley de Educación (artículo 70) ni menos con su espíritu. Así, pues, sería llegado el caso de aplicar este último estrictamente, haciendo cesar un estado de cosas en virtud del cual mientras se persigue a los que ejercen el curanderismo o expenden comestibles o bebidas no declarados «aptos para la alimentación», se tolera que millares y millares de niños sigan siendo moral e intelectualmente envenenados o reciban una deficiente instrucción y una peor educación, dada por maestros que carecen ellos mismos de una y otra cosa y, a veces, hasta de la moralidad indispensable.

Si yo estuviese equivocado y lo que precede no encuadrara dentro del espíritu de la ley, sería tal vez el caso de que el Honorable Consejo provocara la reforma de la misma, dados los vitales intereses que afecta relacionados íntimamente con la nacionalidad.

Instrucciones al personal directivo y docente

Junio de 1908

NOTA DE LA COMISIÓN

Estas instrucciones también fueron publicadas en *El Monitor de la Educación Común* el 30 de junio de 1908.

TEMARIO

Cómo puede aprovecharse cada materia de estudio en favor de la educación cívica y patriótica. - La lectura y la escritura. - El castellano y los ejercicios anexos. - Los ejercicios de intuición. - Las ciencias naturales y la higiene. - La geografía y la historia. - La moral, instrucción cívica y economía social. - La aritmética. - El dibujo - La música. - Final.

REITERO AL SEÑOR DIRECTOR, POR ESCRITO y para que las recuerde al personal docente de la escuela a su digno cargo, las instrucciones que en mis últimas conferencias o por intermedio de los inspectores he hecho llegar ya a su conocimiento y referentes a la manera de acentuar el carácter patriótico de la enseñanza que en nuestras escuelas se transmite, utilizando al efecto las diversas ramas de estudio en cuanto por su naturaleza lo permitan, así como todo otro medio igualmente eficaz o concurrente. En el informe que con fecha 11 de mayo elevó a la superioridad esta Inspección General, hallará el señor director enumerados varios de esos medios, los cuales no deberán dejar de ser puestos regular y oportunamente en práctica. En el mismo informe, en su primera parte, encontrará igualmente algunas indicaciones fundamentales que importa mucho tener en cuenta en todo momento y de cuyo espíritu han de hallarse penetrados los maestros para no atribuir a los medios accesorios la importancia de los fundamentales y viceversa.

Y sobre todo, lo que la inspección requiere de los maestros es que su acción se ejercite con perseverancia, durante todos los días y todo el año, en el sentido de procurar que la escuela dé al país los ciudadanos buenos, de carácter, sanos y patriotas que necesita. Para ello se cuenta en primer término con la consagración inteligente y empeñosa de los directores.

He aquí ahora las instrucciones arriba aludidas:

LECTURA Y ESCRITURA

En los grados inferiores léanse y escríbanse con frecuencia, en consonancia con los progresos del alumno, palabras y frases de carácter patriótico, v.gr. nombres de patricios, de lugares históricos, monumentos, fechas; y dense las explicaciones que sea posible. A medida que el curso avanza, en los grados siguientes introdúcase la lectura de poesías en verso y trozos en prosa, prefiriéndose de autores nacionales.

Se aprovecharán para estos ejercicios principalmente las clases denominadas de lectura libre. De vez en cuando se harán copias suficientes, valiéndose del mimeógrafo o aprovechando las clases de dictado, de episodios, anécdotas, paralelos, rasgos biográficos, frases célebres; y se repartirán para ser leídas y comentadas en las de lectura.

CASTELLANO

Es sabido que el conocimiento perfecto de la lengua que se habla en un pueblo puede ser de por sí un medio de hacer que este sea amado y de vincular entre sí a los hombres que lo habitan. Tanta importancia tiene el estudio del idioma, del punto de vista de la educación patriótica, que no son pocos los sostenedores de que es acaso el medio único de cultivar el patriotismo. Y algo saben de esto los extranjeros residentes en nuestro país, muchísimos de los cuales, celosos de su nacionalidad, siguen hablando su propio idioma entre sí y con los hijos, a quienes envían de preferencia a escuelas particulares también dirigidas por compatriotas y donde se habla poco el castellano.

Implícitamente, pues, digo que cuanto mejor se enseñe en la escuela nuestro idioma, más vincularemos al niño con su tierra, aun cuando no nos ocupemos expresamente de enseñarlo con propósitos patrióticos.

Dicho esto, véanse a continuación algunos medios especiales que sin abusar de ellos deben emplearse oportunamente al aplicar las diferentes partes del programa de castellano.

En la *conversación*, en todos los grados, incluir con frecuencia asuntos de carácter patriótico: la bandera, el escudo, los monumentos, el himno nacional, los prohombres.

Hacer lo mismo durante los ejercicios de *reproducción* oral de frases y trozos leídos, así como en *recitación* de memoria de trozos selectos.

Escoger con cuidado los trozos literarios en prosa o verso, de autores nacionales, que han de leerse o recitarse de memoria.

Utilizar al efecto, previa una explicación suficiente de las mismas, frases históricas.

Estas podrán servir en los ejercicios de *copia*, *dictado* y aun *caligrafía*, así como de temas de *composición*, haciéndolas objeto de explicación o comentario.

La *composición* se presta particularmente, como la lectura, a multiplicidad de ejercicios relacionados con la educación cívica y patriótica, dado que todos los asuntos que sirven de tema a las *descripciones*, *narraciones*, *comparaciones*, *ampliaciones* o *resúmenes* orales, sirven igualmente para ser tratados por escrito. Se utilizarán, pues, con ese fin, *láminas*, *cuadros*, *objetos adecuados*, *anécdotas*, *episodios*, *biografías*, *retratos*, *paralelos*.

Con frecuencia también, al ejercitar a los niños en pasar a prosa trozos en verso, tómense composiciones de asuntos nacionales y en los ejercicios de *redacción de cartas*, exhibanse ejemplos y pónganse como modelos algunas cartas históricas de servidores del país. Otro tanto puede hacerse en los grados respectivos al enseñar la *redacción de documentos*.

Fórmense *cuadernos de recortes* de carácter patriótico.

EJERCICIOS DE INTUICIÓN Y LENGUAJE

Con lo expuesto al hablar del castellano y dada la estrecha relación que entre esa rama y los ejercicios de intuición debe existir, va implícitamente dicho cómo pueden aprovecharse estos últimos en favor de la educación patriótica. Así, por

ejemplo, al hablar de las cosas que se ven en la calle o en la escuela, aparecerán nuevamente el escudo, la bandera, los monumentos, edificios, nombres de calles que encierran algún recuerdo histórico, etc. Al hablar del vestido, de la habitación (programa de primer grado), estableceremos comparaciones ilustradas entre los trajes y las casas de la época de la Revolución u otras y la época actual.

Y aquí como en todos los momentos, en presencia de algo grande o de algo hermoso, monumento, edificio, calle, paseo, o paisaje natural, será otra vez el caso de provocar la manifestación de un sentimiento de admiración o simpatía para la patria que todo eso tiene, pero sin incurrir en exageraciones contraproducentes.

CIENCIAS NATURALES E HIGIENE

En ciencias naturales ilustraremos de preferencia las lecciones con ejemplos de la fauna, la flora y la gea argentinas; haremos resaltar bien cuán rico es en todas estas ramas nuestro país, cómo se provee, gracias a ello, hasta a sus habitantes más pobres, de alimentos, comodidades, placeres, de que se hallan privados, o tienen que pagar muy caro, sinnúmero de otros pueblos de la tierra.

Estableceremos comparaciones respecto de la superioridad de nuestra producción comparada con la de los principales países del mundo, en la ganadería, en la agricultura.

Remontándonos al origen histórico de nuestra ganadería, mostraremos los progresos colosales realizados desde que se introdujeron los primeros ejemplares de vacunos, lanares, caballares, etc., hasta hoy.

No dejaremos de hacer notar que se sirve al país no solo contribuyendo al aumento de la producción ganadera o agrícola, sino a la mejora de la calidad, al perfeccionamiento de las razas de los animales y a la mejora de los vegetales útiles, a la aclimatación de los nuevos, etc., y a la destrucción de todo animal o planta nocivos. Y así presentaremos a la estimación pública, como ejemplos, a los hombres que mientras labran la propia fortuna piensan también, sin egoísmo, en el bien del país.

Aquí tendremos oportunidad propicia para mostrar la influencia del trabajo perseverante en el bienestar individual y colectivo y el error en que incurren y el mal que se hacen los que, pudiendo dedicarse con éxito a la agricultura, a la ganadería y a las industrias derivadas, prefieren vegetar en la empleomanía.

En ocasiones, amenizaremos las clases leyendo composiciones de autores nacionales, que describen o cantan a nuestros bosques, a plantas o animales determinados, elegidos como tema para recuerdos históricos o como medio de hacer amar a la naturaleza. En las antologías encontrará el maestro esos trozos, v.g., en los tradicionales tomos de Cosson, Coronado, Oyuela, etcétera.

Hasta la higiene puede prestarse para provocar observaciones de carácter nacional y patriótico. Al referirnos, por ejemplo, a las obras de salubridad de Buenos Aires, haríamos resaltar que figura por ellas nuestra capital entre las primeras del mundo, y que sirven eficazmente al país, como buenos ciudadanos, legisladores y funcionarios que dedican sus esfuerzos a dotar a todas las poblaciones de aguas

corrientes, de medios de saneamiento, de oficinas que fiscalicen la calidad de los alimentos y bebidas que se expenden al público, etcétera.

Al tratar de la salud y los medios de conservarla, y al combatir el alcoholismo y otros vicios que la comprometen, será oportuno hacer notar que cuidando la propia salud se pone uno en condiciones de ser individualmente más feliz; y también más útil —por lo mismo que se está sano y contento— a la sociedad y al país de que se forma parte. Se justificará así ante el criterio de los niños y se ganará en cada uno de ellos un propagandista de toda buena práctica que afecte a la salud de la colectividad, y un cumplidor de disposiciones municipales y otras a menudo resistidas por ignorancia.

GEOGRAFÍA E HISTORIA

Estas dos ramas, es bien sabido, se prestan particularmente para influir en la formación de sentimientos patrióticos, siendo casi innecesario insistir en los medios de que ha de valerse el maestro, por cuanto de por sí surgirán las ocasiones durante el estudio. Así ocurrirá, en lo que se refiere a geografía, al ocuparse de los diversos lugares, de las bellezas naturales comparables con las mejores del mundo, superiores a veces; de las producciones múltiples y abundantes que nos ponen en situación de ser útiles a los países extranjeros tanto como a nosotros mismos, permitiendo intercambios y estableciendo relaciones que afecten tanto a la vida material como a la moral de la nación.

El hecho de buscar lugares y de seguir itinerarios históricos en los mapas servirá simultáneamente como ejercicio geográfico y como medio de enseñanza histórica.

Y demás está decir que al estudiar nuestra cordillera, por ejemplo, será oportuno hacer resaltar el honor que refleja sobre nuestros héroes el hecho de haber sido capaces de transponer los Andes para asegurar nuestra libertad y para llevarla también a países hermanos; y lo mismo al referirnos a cualquier lugar, costa, río, valle, pueblo, etc. en que un hecho digno de recordación se hubiere producido.

Huelga más aun repetir que han de ponerse en evidencia constantemente, al estudiar las diversas partes de nuestra historia, todos los acontecimientos de que se desprende una lección o un ejemplo de perseverancia, de abnegación, de sencillez, de valor, de altivez, etc. Los maestros saben que la enseñanza, si es cierto que tiene como fin transmitir conocimientos, instruir, en aquello «que no es permitido a nadie ignorar», según la frase de Gréard, es más cierto aun que por sobre la instrucción concreta, que es fin y medio, está la educación moral, base esencial de la propia felicidad y de la felicidad colectiva; y que si la historia tiene un lugar en el programa escolar, lo debe principalmente a lo mucho que puede servir a la educación moral y cívica del educando.

La lectura y las recitaciones, intercaladas oportunamente, de trozos escogidos, en prosa y verso, de autores nacionales, contribuirán poderosamente, junto con la exhibición de cuadros, proyecciones luminosas, ejercicios discretos de dramatización, etc., a dar mayor interés, hacer más comprensible todo, provocar emociones mayores y en consecuencia acentuar el benéfico efecto de la enseñanza.

¿Necesito agregar, por último, que si una y otra, la geografía y la historia, han

de servir a la educación patriótica propiamente dicha, han de aprovecharse también para mostrar la necesidad de que los distintos pueblos se vinculen cada vez más, haciendo desaparecer rivalidades y celos perjudiciales a todos, y acentuando sentimientos de sincera confraternidad que en nada se contradicen con el natural mayor afecto a la tierra en que se vive y que en cambio permiten casi siempre contribuir al mayor bien de la patria gracias al concurso que en distinta forma recibe de las demás, las cuales a su vez alcanzan de la nuestra beneficios múltiples?

«Se puede amar a su patria y se la debe amar más, infinitamente más que a todas las otras –ha dicho T. Roosevelt–, sin ser obligados a faltar a la equidad, al respeto y a la benevolencia para con las demás.»

MORAL E INSTRUCCIÓN CÍVICA Y ECONOMÍA SOCIAL

En estas ramas, como en las demás, en la parte en que la enseñanza repose sobre ejemplos, el maestro presentará otra vez con frecuencia, para ilustrar las distintas virtudes, los modelos que en nuestro país y en su historia se encuentran.

Hará sentir cómo, desde la escuela, el niño se prepara a servir a la patria tanto como a sí mismo, por el solo hecho de esforzarse en adquirir las cualidades y aptitudes que lo harán buen padre, buen ciudadano, buen hombre; hará comprobar constantemente cómo los hábitos de trabajar con perseverancia, de respetar la verdad y la justicia, de cumplir la ley (que practica el niño por el hecho de cumplir los reglamentos de la escuela), etc., son los que determinan el bienestar y el progreso.

Insistirá de una manera especial en aquellos deberes cuyo no cumplimiento es de mayor trascendencia, v.gr. el deber de votar. Aquí empeñará todo el calor que le dé su convicción para poner bien de relieve cuán perjudicial es la indiferencia de los que se abstienen, tanto o más culpable que la venalidad de los que venden su voto o de los que incitan a otros a que lo hagan, y cómo pocos actos resultan más patrióticos que el de contribuir, con su asistencia invariable a los comicios, a que vayan a dirigir los destinos del país los más dignos y preparados. Los maestros saben bien cómo puede hacerse esto tangible con ejemplos concretos y con ejercicios especiales hechos en la escuela, distribuyendo cargos, confiando representaciones, acordando premios, mediante el voto de los alumnos.

Al estudiar de nuestras leyes la parte comprendida en el programa, no dejaremos de hacer notar el origen de las disposiciones en cuanto esto se halle al alcance del niño, así como los hombres que con su ciencia y su patriotismo las formularon e hicieron sancionar. Y será un nuevo motivo capaz de producir un movimiento de amor a la propia patria, la excelencia, la liberalidad de nuestras leyes fundamentales, inspiradas en los más nobles ideales y capaces de provocar las simpatías del extranjero que es por ellas tan favorecido. El Preámbulo de la Constitución Nacional es ya un modelo en ese sentido.

ARITMÉTICA

Sinnúmero de ejercicios pueden hacerse relacionando la aritmética con la historia, la geografía, la industria nacional, etc., de modo que se avive el recuerdo de acontecimientos gloriosos, fechas memorables, grandezas naturales del país, su riqueza, su porvenir industrial, comercial, político.

Para ello bastará, como lo saben los señores directores, con hacer entrar, por ejemplo, en los ejercicios y problemas y según los grados:

a) Fechas, preguntando v.gr. el tiempo transcurrido entre varias históricas, entre el día en que se trabaja y el del nacimiento o muerte de un patricio, de un descubrimiento, de una batalla, de la sanción de una ley, de la celebración de un acto importante cualquiera.

b) Cifras, representando el curso de los ríos, la elevación de montañas, la extensión superficial, los habitantes del país, de ciudades o pueblos determinados, la extensión de los ferrocarriles, la producción, la importación y exportación, las sumas que el presupuesto destina a los servicios públicos, las operaciones de los bancos, etcétera.

Innumerables problemas pueden hacerse con datos estadísticos referentes a lo antedicho y estableciendo comparaciones de las que resalten los progresos realizados, a veces superiores a los de países adelantados, y los que cabe realizar mediante el trabajo perseverante y el patriotismo de los habitantes.

Un ejercicio muy recomendable es el de mostrar numéricamente cómo las pequeñas contribuciones que en distintas formas se exige de los habitantes del país, y que muchos procuran eludir, suman al fin de cada año cantidades enormes que se traducen en comodidades y servicios que tienen para el contribuyente muchísimo más valor que el de la contribución resistida.

DIBUJO

Esta rama puede también prestar su concurso, indirecto sí, pero no despreciable, a la educación patriótica. Transcribo a continuación párrafos de un informe escrito sobre este punto por el señor Malharro, inspector de dibujo.

«Los bajorrelieves, modelos que se emplean en sexto grado, en lugar de presentar los perfiles de Apolo, Minerva y demás personajes de la mitología griega, representarían los perfiles de Belgrano, San Martín, Las Heras y demás prohombres de la epopeya patria.

»En la parte de la ornamentación de los bajorrelieves servirían de motivo de estudio el escudo nacional y los escudos de cada uno de los estados confederados. Todos ellos presentan un motivo ornamental que responde a las leyes que rigen al más exigente de los clasicismos.

»La flora y la fauna argentinas se antepondrían al estudio de la clásica hoja de acanto griega o a la del lotus egipcio.

»En la composición decorativa dichos elementos serían siempre los que el niño emplearía para sus combinaciones ornamentales.

»En el estudio de los quinto y sexto grados serían elementos del estudio del yeso los bustos de nuestros grandes hombres, de los cuales habría que dotar a todas nuestras escuelas.

»En el dibujo libre se exigiría que presentaran frecuentemente temas de carácter nuestro, no solo en lo que representa lo visto por el niño, sino también en lo que significaría la expresión de sus sentimientos desde el punto de vista de la historia nacional.

»El descubrimiento de América.

»La jura de la bandera.

»La muerte de Cabral.

»El ejército de San Martín pasando los Andes, etcétera.

»Tales serían los trabajos de inventiva, trabajos que nuestros niños pueden encarar como los educandos norteamericanos reproducen, en rasgos sintéticos, las escenas de la historia de su país o las diferentes fases de la vida de cualesquiera de sus héroes predilectos.

[...]

»En la ilustración de deberes se procuraría que el alumno respondiera a la representación histórica o científicamente nacional de acuerdo con el programa enunciado en las precedentes líneas.

»Para esos fines no se descuidaría la visita, necesaria, al museo histórico, visita que hecha con su profesor de dibujo, importaría al propio tiempo que una lección de moral, una lección útil como aplicación del dibujo, desde que en ella se tomarían croquis y apuntes que servirían más tarde para llenar o completar en la escuela el programa que expongo.

»Ahí el niño emplearía el dibujo como medio de expresión aplicándolo a un fin práctico.

»Llenaríamos, pues, un programa racional, al propio tiempo que responderíamos a la enseñanza patriótica que se desea.»

MÚSICA

Por último, una atinada selección de los cantos escolares permitirá utilizar la música con el fin propuesto.

Los señores directores influirán en ese sentido con los profesores de la rama, algunos de los cuales suelen no estar bien penetrados del valor educativo de la música como fuente de felicidad y por la repercusión que puede tener sobre la conducta, sobre el carácter, la salud, etc. Cuidarán mucho la letra de los cantos, que debe ser previamente entendida y comentada oportunamente por los niños.

Sin perjuicio de los diversos coros que son habituales, entre ellos los de carácter especialmente patriótico, se entonará periódicamente el canto a la bandera, como ha sido resuelto por la superioridad.

FINAL

A todos los medios concretos apuntados en las indicaciones que preceden, agregará el señor director y los maestros cuantos su experiencia y buen sentido les sugieran como útiles. Sé que no se incurrirá en extremos contraproducentes, empujando y desnaturalizando un propósito elevado.

Y no se olvidará un momento que todos los expuestos serán más o menos frustráneos si en su aplicación no es oportuno o no pone el maestro toda la fuerza de la convicción, su perseverancia, su entusiasmo sincero reflejado en el calor comunicativo de su palabra y en el ejemplo invariable de su propia conducta.

Saludo atentamente al señor director.

PABLO A. PIZZURNO
Inspector Técnico General

La formación del sentimiento nacional en las escuelas argentinas

Respuestas de Pizzurno al presidente del Consejo Nacional de Educación

11 de enero de 1909

NOTA DE LA COMISIÓN

Las dos preguntas que siguen fueron formuladas a fines de 1908 por el presidente del Consejo Nacional de Educación al señor Pizzurno, inspector técnico general, en esa época, de las escuelas de la Capital.

TEMARIO

I. ¿Con qué dificultades se tropieza en la escuela primaria argentina para la enseñanza de la historia y la geografía argentinas y para la formación del sentimiento nacional? - II. ¿Qué parte tiene el cosmopolitismo en esas dificultades?

PARA MEJOR INFORMAR AL SEÑOR PRESIDENTE, he creído útil someter ambas cuestiones al cuerpo de inspectores que con todo empeño las estudió en varias reuniones últimamente celebradas.

He aquí las conclusiones a que arribo, después de oír todas las opiniones y de meditar sobre el asunto.

DIFICULTADES CON QUE SE TROPIEZA PARA LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA Y DE LA GEOGRAFÍA ARGENTINAS Y PARA LA FORMACIÓN DEL SENTIMIENTO NACIONAL

Respecto de este punto las dificultades son más o menos las que en todos los países se producen y que surgen de la naturaleza misma de las ramas de que se

trata. La enseñanza, para ser eficaz, sobre todo en la escuela primaria, por razones obvias, ha de ser concreta, sobre la base de la observación directa de las cosas, o de su representación tan aproximada a la realidad cuanto sea posible. De ahí las instrucciones recomendando las excursiones, las colecciones de objetos, las visitas a lugares y monumentos históricos, las proyecciones luminosas, los trabajos gráficos, las ilustraciones de todo género.

En presencia de los lugares, monumentos u objetos que rememoren hechos históricos es más fácil despertar el interés y hasta la emoción que hacen eficaz la enseñanza, cuando el maestro sabe hacer que aquellos hablen al alma infantil.

Pero los lugares que cabe visitar a los fines geográficos e históricos son contadísimos y las visitas frecuentes a estos, difíciles. De ahí un primer inconveniente no siempre subsanable por los demás medios de ilustración concreta conocidos, aun en el caso de que estos abunden en todas las escuelas, lo cual no ocurre todavía, por más que se ha progresado muchísimo en este sentido en los últimos tiempos. Así, por ejemplo, son numerosas las escuelas dotadas de aparatos para hacer proyecciones luminosas y continuamente el Honorable Consejo resuelve favorablemente pedidos de instalación. Pero son más las que no tienen. He indicado ya en mi informe del 11 de mayo cómo podría hacerse para dotar a todas las escuelas de los elementos necesarios.

Se carece de suficientes libros de consulta tanto de historia como de geografía, y acaso no existen obras adecuadas escritas con el criterio que corresponde.

Nuestra historia no está aún definitivamente constituida; diría que no está tamizada. Falta acaso el libro que hable de los hechos y de los hombres gloriosos sin contar cosas pequeñas, ni mezclarle manifiestamente o entre líneas la crítica partidista o personal; falta el libro que otros países ya han podido tener y tienen, de cuya lectura surja, naturalmente, con todos los prestigios de lo indiscutido, casi con los caracteres de la leyenda consagrada, la idea de la patria primando sobre toda otra, en la conducta de los que estuvieron a su servicio en todos los órdenes de la actividad humana.

Algunas generaciones han de pasar antes que ese libro se escriba depurado ya como debe quedar; pero convendría empezar a escribirlo, aunque sea, al principio, defectuoso para que se pueda ir mejorando paulatinamente.

El libro *Los servidores de la patria*, para cuya redacción se ha llamado a concurso de acuerdo con lo que propuse en mi informe de mayo del año pasado, puede ser una importante contribución a esa obra del porvenir.

Tampoco existe el libro de geografía argentina al alcance de todos y en particular del niño y en cuyas páginas profusamente ilustradas se reflejen las riquezas del suelo argentino, sus bellezas naturales, su grandeza presente y la más grande que el futuro le reserva.

Lo poco que existe anda disperso en múltiples libros y folletos y no está siempre escrito en la forma que para el caso conviene.

Cuando todas las escuelas tengan los elementos referidos y abundantes cuadros representando escenas, lugares, retratos, reproducciones de autógrafos históricos; cuando posean muestras o también colecciones de productos nacionales diversos y todo otro medio material que sirva para hacer sentir a la patria, sus servidores, sus productos, sus bellezas, su pasado, su presente y su porvenir, dentro de la escuela —ya que no es posible sino en muy pequeño grado, llevar a los

niños a la realidad misma—, entonces solo dependerá de la habilidad del maestro hacer que todas esas cosas hablen a los ojos y al espíritu del niño de forma que le dejen una impresión duradera.⁵⁷ Y para que esa habilidad no deje de poseerla el maestro, menester será que las escuelas normales que lo forman no carezcan, como casi siempre carecen, de los elementos materiales cuya ausencia de las escuelas primarias acabo de señalar, y tengan además, invariablemente, como directores y profesores, a personas de indiscutible aptitud, en condiciones de inspirar a sus discípulos el sentimiento de la grandeza del país, porque ellos mismos tienen arraigado y claro este sentimiento.

Para no referirme más que a una faz del asunto, ¿no es notorio acaso que no solo los maestros si no también personas tanto o más cultas que ellos y con recursos económicos de que los maestros carecen en absoluto, desconocen por completo las bellezas del país que no han visitado jamás, mientras nos ponderan las de países extranjeros adonde han ido a admirarse ante paisajes y maravillas naturales a menudo mucho menos grandes y bellos que los propios?

Acaso fuera posible que el Honorable Consejo facilitara las visitas de maestros a diversos lugares del país, sea costeándoles siquiera parte de los viajes u obteniendo para ello rebajas especiales. Elegidos con determinado criterio en cada escuela, esos maestros podrían volver después de estas giras con inspiraciones mayores y capaces de dar a su palabra entonación más cálida y sugestionadora que la que comúnmente la caracteriza.

Expuestas así, sucintamente, las dificultades más notorias con que se tropieza para hacer que la historia y la geografía argentinas contribuyan con toda la eficacia deseable a la formación del sentimiento nacional, pasaré al segundo punto.

PARTE QUE EN ESAS DIFICULTADES TIENE EL COSMOPOLITISMO

Es esta una cuestión ya más difícil de contestar de una manera segura, por su naturaleza y su carácter complejo. Resolverla es obra de sociólogo, y de sociólogo que haya estudiado, aparte de las leyes generales que rigen tal clase de fenómenos, estas mismas no aún definitivamente establecidas, las especiales que hayan de aplicarse según los medios y circunstancias.

Además se requerirían observaciones y estadísticas numerosas y bien registradas que ignoro existan todavía entre nosotros. Y aun con ambas cosas a la mano cabría preguntar: ¿es posible determinar con precisión en cuánto ha influido en el sentimiento nacional cada uno de los diversos factores: herencia, hogar, educación, condiciones naturales del suelo, ambiente en general, situación económica, etc.?, ¿en cuánto la presencia de extranjeros puede comprometer la acción favorable de otros factores?

Entraré en algunas breves apreciaciones porque el señor Presidente me interroga y no tengo el derecho de callar; pero no lo haré sin natural recelo, por tratarse de asunto que no es de mi especial competencia y porque me dirijo a quien, por el contrario, ha hecho estudios y publicaciones especiales sobre el mismo.

57. Véase la conferencia «Cómo es mi patria», p. 384.

Lo que parece poder afirmarse evidentemente es que el cosmopolitismo ejerce una acción debilitante del sentimiento nacional si este se entiende como el amor profundo, excluyente, o el apego a la tierra en que se ha nacido.

Nuestra población puede dividirse, a los efectos del caso, en tres partes: a) extranjeros; b) argentinos hijos de extranjeros; c) argentinos hijos de argentinos.

Los primeros, naturalmente, deben amar a su país de origen, recordarlo y elogiarlo con frecuencia en sus conversaciones, hacer a menudo comparaciones favorables siempre a su patria, colgar de las paredes paisajes y retratos de su tierra y de sus prohombres, etc. Venidos a la República Argentina en busca de mejor situación, lo que en primer término les interesa es realizar sus propósitos, importándoles muy poco las cosas del país, a no ser que se trate de hechos que influyan directa y visiblemente en sus intereses materiales.

Los argentinos hijos de extranjeros reciben sus primeras impresiones en el medio descrito en el párrafo anterior que ejerce mayor o menor influencia en sus ánimos según sea la educación de los padres, la holgura en que viven y el entusiasmo comunicativo con que oyen hablar de la patria ausente; pero nacidos y criados en el país, naturalmente debe preponderar y prepondera esa circunstancia y con ella la influencia de todos los demás factores ajenos a la voluntad de los padres. A menudo suelen ser los hijos de «gringos», principalmente en las clases inferiores –por lo tanto la inmensa mayoría–, los que más protestan contra el calificativo y los que más empeño ponen en hacer constar que son «criollos».

En los argentinos de varias generaciones atrás, hijos de argentinos, no existen las razones anteriores que puedan amenguar el sentimiento de la nacionalidad.

Ahora bien, ¿puede decirse con fundamento que el carácter cosmopolita del país representa entre nosotros un peligro en el sentido de que afecte seriamente al sentimiento de la nacionalidad, entendido como dije más arriba?

Creo que no. Basta recordar que en los mismos extranjeros, después de un cierto tiempo de residencia, es tal la influencia del medio físico nuestro, de las facilidades materiales de vida, de la libertad amplia de que se disfruta, que acaban por vincularse definitivamente a nuestra tierra y quedarse en ella, aun aquellos que llegaron resueltos a volverse después de atesorar lo suficiente para vivir con holgura en la propia tierra. Tan cierto es que para los más *ubi bene, ibi patria*.

Y esto a pesar de nuestras deficiencias múltiples de organización, entre ellas de la lentitud y carestía en la administración de la justicia.

Determinados hechos concretos que se citan deseando demostrar el peligro que para el sentimiento de la nacionalidad representa el extranjero resultan, a poco que se examinen, de influencia escasa y marcadamente transitoria. Así, por ejemplo, lo que ocurría, ayer no más, en el C.E. 4º, en el barrio de la Boca, donde el himno nacional cantado por los alumnos de las escuelas en las manifestaciones públicas era escuchado con el sombrero puesto y a veces contestado con el himno de los trabajadores. Ha bastado insistir por medio de la escuela en la propaganda patriótica, invitando a los padres a diversos actos adecuados, tomando además medidas coercitivas que obligaron a la asistencia escolar, para en menos de tres años destruir la resistencia, o por lo menos, disminuirla considerablemente, al punto de no producirse ya exteriorizaciones concretas como las dos señaladas. Y nótese que se trata acaso del barrio de población extranjera más predominante, donde la acción tan grande del idioma no se hace casi sentir, pues apenas si se

habla el castellano. Y todavía cabe añadir que no es movidos por sentimientos de amor a la patria ausente que producen los actos enunciados, sino por razón de ciertas ideas avanzadas en ese medio difundidas.

Estas son, a mi juicio, las que probablemente determinan las protestas contra lo que para ellos significa o simboliza –himno nacional, bandera– más o menos confusamente en sus cerebros, la idea de una patria determinada que envuelve la de un gobierno o un orden constituido.

En cambio, ¡cuántas manifestaciones concretas de adhesión y simpatía de las colectividades extranjeras! Una de las últimas producidas en otro barrio apartado, Villa Devoto, es bien significativa. La Sociedad Italiana del lugar quiso costear por suscripción entre sus miembros dos banderas argentinas destinadas a las dos escuelas públicas de la localidad y así lo hizo, entregándolas en acto solemne el mismo presidente de la asociación, en presencia de sus connacionales, celebrándose con ese motivo una fiesta patriótica.

Otros casos fueron presentados por algunos inspectores, corroborando lo que precede. Así, por ejemplo, el señor Francisco Herrera, que actuó en Entre Ríos, refiere que ni el origen ruso de los hijos de colonos de esa nacionalidad, ni la natural influencia de los padres, bastaron para impedir que todos aquellos quisieran ser argentinos, sin aceptar que se los considerase otra cosa.

Y entiendo que lo mismo ocurrió hace años con los galeses en el Sur, los cuales no querían que sus hijos fueran argentinos; bastó la intervención del Consejo, estableciendo escuelas nacionales, para que, a poco, la situación cambiara.

Diversos hechos más que se citan como ocurridos en la frontera de Chile y en la brasileña se explican también de modo que no contradicen las afirmaciones generales precedentes.

Y en cuanto al aparentemente más grave y bochornoso de que cierto número de jóvenes se alejaran del país en determinado momento, cuando creyeron inminente una guerra internacional, tampoco puede hacerse valer por cuanto se trata de casos aislados que en todas partes se producen, porque en todas partes, por civilizado que un país sea, hay pusilánimes o enfermos. Sería aventurado desprender de este hecho una conclusión general. Ello no podría atribuirse de todas maneras, a base cierta, a la influencia de los extranjeros residentes en el país, muchos de los cuales en las mismas circunstancias dieron el mejor ejemplo, alistándose resueltamente para, llegado el caso, defender a la que consideran su segunda patria.

Ni menos puede atribuirse a la referida influencia, ni a falta de sentimiento de nacionalidad el hecho de que el pueblo no acuda a los comicios. Ni el hambre, ni la carencia de libertades, ni el exceso de cargas impuestas por el Gobierno existen entre nosotros como para hacer sentir en carne propia a los ciudadanos que les interesa intervenir en la elección de sus mandatarios.

Educación cívica es lo que se requiere para que tengamos un pueblo cumplidor de sus deberes políticos.

El autor de *Las multitudes argentinas*, comentando el hecho de que en 1895 no había inscripción nacional por falta de concurrencia, decía:

«¿Queréis un síntoma más evidente de la ausencia de multitud política? ¿Será que el bienestar físico inalterable, mantiénela en cierta somnolencia invernal de que no quiere salir? Verosímilmente».

No es solo, pues, por lo que puede afectar al sentimiento de la nacionalidad y al amor a la patria que debe preocuparnos la influencia de los extranjeros, sino por la acción, esa sí, inevitable, ejercida sobre las costumbres y el carácter nacional.

Pero ¿tenemos nosotros un carácter definido y propio?

¿Podemos siquiera tenerlo?

Encrucijada de las naciones, como alguien dijo, somos como tal y como consecuencia de la amplitud y liberalidades acordadas por nuestras leyes fundamentales, lugar adonde convergen multitud de nacionalidades. Viene el que quiere y trae lo que tiene: virtudes y defectos.

De ayer como nación y mezclados con razas diversas, ¿podemos tener esas cualidades, creencias, sentimientos, ideales comunes y arraigados que constituyen el alma de una raza, alma que es base de vida y de fuerza y sin la cual, dice Le Bon, no existe nación, ni patria?

Claro que no; y lo que ha de salir de esa fusión de tan diversos elementos, fusión producida en un medio natural, por fortuna tan propicio para todo lo grande como se quiera, no es fácil predecirlo.

En los países también nuevos, pero fundados sobre la base de núcleos homogéneos, porque tenían esas cualidades de raza y virtudes arraigadas, que los colocaban en condiciones de absorber y plasmar en su propio molde a todos los que de diversos países fueran llegando después –me refiero a los Estados Unidos de Norteamérica–, preocupa ya la influencia de pueblos que por tener ellos mismos cualidades características, profundamente fijadas por la herencia, no han de dejarse absorber tan fácilmente. Pueden constituir, por lo tanto un elemento de disolución, por lo menos debilitante del carácter que interesa sobre todo conservar.

Y si esto preocupa a los anglosajones, más debe preocuparnos a nosotros, que somos invadidos también por gentes de todas partes, sin que tengamos listo el crisol moral inmovible, que en combinación con el que la naturaleza del suelo presenta, sirva para sacar de la encrucijada a todas esas corrientes, orientándolas por el rumbo sano que lleve a la nación argentina a la cumbre material y sobre todo moral que anhela el patriotismo.

A los psicólogos y sociólogos y al Gobierno general corresponde estudiar cuidadosamente el asunto para resolver, por ejemplo, entre otros, este problema: ¿conviene tomar medidas expresas para desviar determinadas corrientes inmigratorias y favorecer otras?, ¿cuáles elegir?, ¿cuáles atraer?, ¿por qué medios?

Entretanto y cualquier cosa que sociólogos y autoridades superiores resuelvan, la escuela tiene una función definida al respecto y lo que importa es cumplirla resueltamente y sin desmayar porque su influencia sea limitada y sujeta ella misma a la acción del ambiente general, del cual es a la vez resultado y factor; debe perseverar en el sentido de producir generaciones con aptitudes y virtudes físicas, mentales y morales que son la base de la felicidad propia y colectiva, atendiendo mucho más que lo que se ha hecho hasta hoy a la última, a la formación moral, si es cierto, como lo es, que la grandeza y el poder de los pueblos corren parejos con su altura moral, coincidiendo su decadencia, como la historia lo demuestra, con la de sus virtudes y energías morales.

Capítulo principal es el que comprende los deberes del ciudadano como tal y los que el patriotismo impone.

Esto último ha preocupado desde el primer momento al señor Presidente que ha dictado medidas especiales para acentuar el carácter patriótico de la enseñanza.

En lo que se refiere a la educación en general y sobre todo a la formación del carácter, resultante de tan diversos factores, ello viene siendo de tiempo atrás preocupación continua de autoridades y maestros. Mantener entre estos vivo el estímulo, incesante la acción, debe ser y es una de las principales tareas de la Inspección Técnica General.

Huelga agregar que la creación de nuevas escuelas, hasta que no haya un niño en edad escolar sin recibir los beneficios de la educación, será la más patriótica de todas las empresas a realizar.

Saludo con respeto al señor Presidente.

¿Morir por la patria? ¡No, vivir para servirla!

Conferencia radiotelefónica reproducida en múltiples diarios
de diferentes lugares

25 de mayo de 1930

INVITADO A DIRIGIR LA PALABRA AL PÚBLICO, por radio, a propósito de las fiestas patrias y con tiempo limitado a diez o doce minutos, me abstendré en absoluto de toda referencia histórica y entraré de lleno a decir lo que como argentino que anhela el bien me parece necesario, precisamente por lo mismo que tanto se habla hoy de nacionalismo, aun cuando sin precisar a menudo, con claridad, algunos conceptos fundamentales.

El amor a la patria es un sentimiento que no se razona, ni se discute. Así se dice «madre patria» y se la quiere naturalmente como a la propia madre. Tal amor no es incompatible con el humanitarismo o amor a la humanidad; pero lo que no es concebible, me parece, es que se pretenda amar a la familia humana entera, si no se empieza por amar a la propia familia que es la patria.

Repitiendo mis propias palabras pronunciadas en oportunidad igual hace más de un cuarto de siglo, incito a cuantos me escuchan, principalmente a los jóvenes y a los encargados de su educación, padres, maestros y profesores de todas las categorías, a que perseveren en la buena costumbre de no incurrir en patriotismo no solo estéril sino contraproducente. Y así, continúen pensando en la patria con los sentimientos de quienes la respetan de veras y de veras anhelan su progreso incesante material y moral, moral sobre todo, que es en este en el que con más legítima satisfacción pueden fundar noble orgullo los pueblos realmente civilizados.

En consecuencia, hablemos de ella como ciudadanos que la aman y mucho; pero como ciudadanos a quienes el patriotismo no les pone una venda ante los ojos que solo les permite ver las bellezas de su tierra, recordar la fecundidad de su suelo, cantar himnos a la gloria de sus próceres, y después... después dormir sobre laureles que estos ganaron y que nosotros apenas conservamos sin aumentarlos; hablemos de la patria como ciudadanos obligados a servirla, no con frases enfáticas y explosiones patrioterías, en fecha fija, en mayo y julio, sino con la acción serena, meditada, perseverante, y también entusiasta, de todo el año y de todos los momentos; la acción tranquila y consciente del hombre a quien no se oculta que no se vive solo del recuerdo de las glorias pasadas; que la obra iniciada por los

patricios abnegados de la Revolución, de la Independencia y de la Organización Nacional, debemos continuarla todos, no ya en los campos de batalla, pero sí en el campo del trabajo que fecunda la tierra, hace andar las máquinas de la industria, activa el comercio que enriquece, civiliza las masas con la educación, busca y encuentra formas de organización que aseguran el bienestar general e impulsan en todas las formas el progreso y la felicidad humanas; en el campo del trabajo que también tiene sus héroes, brillantes, destacándose unos; humildes, desconocidos, pero no menos eficaces, otros.

Tratemos, por todos los medios, de formar esos soldados de los tiempos de paz, más necesarios hoy que los soldados de los tiempos de guerra.

Y si las cicatrices, recuerdo del campo de batalla, se muestran con legítima satisfacción, que con no menos orgullo se exhiban las manos encallecidas, las heridas que produjo el trabajo o los ojos que ya poco ven y solo con ayuda de lentes, del agricultor, del obrero, del industrial, del experimentador, del hombre de bufete, del publicista, que con el trabajo de sus brazos o el de su cerebro, estimulados por el afán sincero de servirse a sí mismos y a los demás, producen también benéficas «revoluciones» en las artes, en las industrias, en el comercio, en las ciencias, en la organización pública, y aseguran con ellas también «independencias» en el orden económico, social y político y la felicidad de cada uno y de la colectividad. Y ello con armas que no son el máuser, ni el cañón, ni los torpedos cobardes, ni los viles gases asfixiantes; sino con el arado, los instrumentos todos del trabajo, el microscopio, el bisturí, el libro; y en campos de batalla, repito, donde no corre sangre, ni se oyen gritos de odio, pero donde corre el agua fertilizante del suelo que da mieses; en valles y llanuras en que pastan los ganados; en el taller modesto, la fábrica ensordecedora, el laboratorio silencioso, la biblioteca tranquila y también la sala luminosa y amplia de la escuela donde se libra, acaso, el más proficuo de los combates, preparando a todos esos soldados del trabajo manual, de la inteligencia y del corazón.

Morir por la patria, ¡qué dulce morir!, dijo el poeta.

Pero los tiempos han cambiado, sobre todo para los pueblos americanos que no tienen rencores acumulados, ni desquites en perspectiva que los obliguen a estar con el arma al brazo.

Nuestro lema ha de ser, en adelante, no morir, sino «vivir para la patria».

Vivir mucho y bien; sanos y fuertes, física y moralmente, para contribuir con nuestro saber, nuestras obras y nuestra conducta digna al progreso mayor, a la honra mayor, a la mayor felicidad de la patria, con hechos y constantemente; no con proclamas enfáticas y proyectos deslumbrantes que nunca llegan a cumplirse.

Por eso la obra patriótica más urgente, ineludible, sigue siendo la de educar al soberano, hacer que llegue la luz al pueblo. Todos los factores de educación desde el hogar y la escuela, hasta el cine, el teatro, la radiotelefonía, pasando por el Gobierno y la prensa con su inmenso poder, menester es que converjan en el esencial propósito de preparar generaciones con el sentimiento de sus deberes como hombres y como ciudadanos.

Iluminemos las almas para que cada uno conquiste la verdadera libertad e independencia, «la libertad e independencia interna», espiritual. Sin ellas puede andarse con los brazos y las piernas libres, pero sin dejar de ser víctimas de la ignorancia, de los prejuicios y de la rutina, vale decir «esclavos» de espíritu y a mer-

ced de los hábiles explotadores del más funesto de los analfabetismos: el analfabetismo moral traducido en el elector que vende su voto al mejor postor o lo da, engañado, de buena fe, a quien menos lo merece.

Por desgracia, ese analfabetismo, mucho más grave que el literario, no es siempre el que preocupa en primer término a los encargados de dirigir la cultura popular.

No puedo extenderme en consideraciones que serían oportunas. Debo concluir y concluyo, como argentino contento de serlo y como hombre célula de la humanidad entera, haciendo un voto ferviente:

Que la luz del deber, que es la del bien, se encienda si estuviese apagada y se conserve inextinguible si se hallase encendida, en la inteligencia y en los corazones de todos los hombres y mujeres que tienen y ejercen influencia en los destinos de la patria, desde el Gobierno, la prensa, la cátedra, la tribuna popular, etc., para iluminar el único camino que es lícito recorrer a quien aspire a ser considerado como patriota sincero. Esa vía es la del progreso y el bienestar alcanzados por el trabajo perseverante, por la cultura creciente, por la confraternidad y la concordia, resultantes no solo de la tolerancia recíproca en presencia de los errores en que todos incurrimos alguna vez, sino también en una disposición de espíritu que nos induzca a reconocer y aplaudir y hasta imitar los méritos ajenos sin la envidia que todo lo envenena y con sincero sentimiento de simpatía humana que todo lo suaviza y embellece, haciendo grata y fecunda la vida.

Y esto digámoslo no solo para los argentinos.

Vaya también dirigido a cuantos, acaso, nos escuchan desde las repúblicas hermanas. Y tendiéndonos las manos por sobre las fronteras que ya no nos separan sino que nos vinculan, entonemos el himno de la solidaridad, acentuemos cada día más el intercambio benéfico, material y espiritual. Reconozcamos, repitiendo las palabras del gran pacifista Federico Passy, «esa necesidad impuesta al hombre para su bien, este poder de todos nacido de la impotencia de cada uno, según el bello pensamiento de Platón, por el cual nos convertimos en legión» y podemos decir como el ciego de la bonita fábula de Florián:

«Pues todos somos miserables, todos mancos o ciegos en alguna cosa, nosotros dos, quiero decir, nosotros todos, poseemos el bien a cada uno necesario. Uno tiene piernas, el otro tiene ojos. Uno tiene la fuerza física, el otro la vivacidad de la inteligencia. Uno el trigo que alimenta, el otro el vino que la sed apaga. Uno el sol de hoy que madura las frutas y el otro, en la hulla que lo ha condensado, tiene el sol de otros tiempos que funde los metales y hace mover las usinas».

Individuos, pueblos, regiones, climas, todo no es más que fragmentos y miembros dispersos de un gran cuerpo que tiende a constituirse.

Todo falta y todo sobreabunda; todo pide y todo ofrece; todo tiende la mano para dar y todo tiende la mano para recibir. Y el mundo, según la bella imagen de Juan Crisóstomo y de Cobden, es como una mesa de familia alrededor de la cual cada convidado, si bien tiene solo un plato ante sí, puede, a condición de no privárselo a su vecino, gustar de todos los demás y comprobar que la benevolencia es mejor cálculo que el egoísmo. En el mundo económico, como en el mundo moral, el bien se duplica compartiéndolo.

Y nosotros, los argentinos, ya que podemos vivir sin recelos del punto de vista internacional, entreguémonos con ahínco a nuestro propio engrandecimiento material y moral, aunando esfuerzos en vez de dividirnos.

«Hay dos políticas –dice el mismo Passy ya citado–: la de la mutua expoliación y la de la asistencia mutua. Dos grandezas: la grandeza relativa que consiste en considerarse más alto cuando se ha rebajado a los otros y la grandeza absoluta que consiste en elevarse uno mismo por el trabajo, por la justicia y por la paz.» Es esta última la que debe constituir el ideal del verdadero patriota.

Y puesto que en el campo político, como en otros, la lucha es inevitable, sea ella con armas de buena ley y en pos del mismo ideal: el mayor bien público. Perseguido por caminos distintos, respete el triunfador al vencido, puesta la mirada en alto: el porvenir de la patria.

Solo así seremos dignos de evocar, en estos días, el recuerdo de nuestros próceres.

Cómo es mi patria

Conferencia con abundantes proyecciones luminosas dada hace más de cuarenta años en el Salón del Príncipe Jorge, en una fiesta organizada por el Colegio Nacional Oeste hoy denominado Mariano Moreno y cuyo Rector era entonces el doctor Juan G. Beltrán

24 de mayo de 1893

NOTA DE LA COMISIÓN

A esta conferencia asistieron, además de todo el alumnado y los profesores, un numeroso público de docentes y personalidades múltiples. Con esta disertación el señor Pizzurno se propuso no solo exponer las ideas que ella contiene, sino insistir, con otro ejemplo práctico, en la demostración de cómo pueden utilizarse las *proyecciones luminosas* en la enseñanza, cosa que era casi desconocida, de hecho, en nuestros institutos educacionales primarios, normales y secundarios. Con anterioridad había dado otra conferencia, en el mismo salón, con un doble propósito muy justificado en esa época:

a) Demostrar la importancia y la facilidad de la aplicación de las proyecciones no solo a la geografía y la historia, sino a todas las ramas, a todos los conocimientos susceptibles de ilustrarse con fotografías, grabados, diagramas, y hasta con objetos dentro de ciertas dimensiones.

b) Inducir al Gobierno a incluir en el presupuesto de instrucción pública una partida especial destinada a dotar a escuelas y colegios de aparatos y colecciones de diapositivos, a cuyo efecto fueron invitadas las autoridades superiores y todos los senadores y diputados que concurrieron en buen número.

Las palabras subrayadas o sea las que van impresas en *itálicas* indican la aparición, en la pantalla, de la figura, retrato, paisaje, escena, etc. a que se refieren y que van apareciendo como evocadas por el orador sin que este interrumpa su discurso para explicarlas de un modo expreso como suele hacerse. Esto tiene, en ciertos casos, el grave inconveniente de interrumpir también la emoción, que interesa provocar, en conferencias o lecciones destinadas a exaltar determinados sentimientos.

TEMARIO

Grandezas y virtudes. - ¿Es patriótico ocultar nuestros defectos nacionales? - El himno de la verdad y del deber.

CUANDO EL SEÑOR RECTOR DE ESTE COLEGIO me hizo el honor de pedirme que os dirigiera la palabra en este acto, vacilé un momento antes de aceptar, no solo porque no es para mí fácil hacer un discurso digno de vosotros, sino también porque me es imposible, me ha sido siempre imposible, hablar en estas fiestas patrióticas en el tono que parece consagrado, indispensable: habríame faltado sinceridad, la palabra no habría sido el eco fiel de mis sentimientos. Más aun, y debo confesarlo aunque ello pueda serme desfavorable: cada vez que concurreo a esta clase de fiestas, cuanto más grande es el entusiasmo que noto, especialmente en los que han dejado de ser niños; cuanto más exagerado es el énfasis con que oigo declamar a la patria, a los héroes inmortales, al sol de Mayo, a la bandera azul y blanca, exhortando a los oyentes a imitar el ejemplo ofrecido por los «ilustres próceres que nos legaron esta patria grande, gloriosa, libre» y a dar su sangre por ella, tanto mayor es el sentimiento sui géneris que en mí se produce, sentimiento raro, mezcla de satisfacción y de amargura difícil de explicar, y me retiro así con dos rubores en mis mejillas; el del entusiasmo patriótico sincero y el otro... fruto de no sé qué pesimismo... tal vez censurable.

Vacilé, digo; pero esta vez mi vacilación duró poco porque sentí, al ser invitado, algo así como un impulso, una voz interior que me incitaba a exponer hoy, con franqueza, las reflexiones que estos actos sugieren a mi espíritu, halagadoras unas, amargas otras, para el que quiera desentrañarles severamente, sin pasión, el significado verdadero.

Creo que sería indigno de figurar como maestro y como funcionario escolar entre los directores de la educación de la juventud, si hoy, por falta de entereza, callase esas reflexiones. No tienen otro valor que el de la sinceridad con que saldrán de mis labios; merecerán, entonces, vuestra desaprobación, si estoy equivocado; pero no vuestro castigo.

Y lejos de mí toda duda, que sería ofensiva, respecto de la sinceridad con que se pronuncian los discursos a que he aludido. Ya lo sé: cuando en actos como este, ante un concurso brillante, iluminado profusamente el recinto y en él rodeados de flores y guirnaldas los retratos de nuestros patricios, se ha oído entonar el himno nacional, y por voces infantiles, es muy difícil sustraerse a la influencia del entusiasmo patriótico que todo ello despierta en el orador, y entonces la palabra brota vibrante, espontánea, al parecer, y apasionada.

Yo no he querido improvisar en este ambiente exclusivo; he querido hacerlo en la soledad del gabinete, evocando anticipadamente esta escena y oyendo también el himno patrio para recibir su saludable influencia al escribir; pero moderada por el silencio real que me rodeaba, silencio que me permitiera oír las notas de otro himno que en los oídos del ciudadano honrado y consciente, del patriota que no obra por impulsos intermitentes y sobre todo de los educadores de la juventud, padres y maestros, debe resonar siempre soberano: el himno a la verdad y al deber, que no tiene una sola patria, que no tiene nacionalidad, que es universal.

Si no fuese inmodestia, diría que he procurado oír las notas de ese himno, inspirarme en ellas al tomar la pluma para no incurrir en la debilidad «patriótica» de verlo todo de color rosa a través de un prisma engañoso y no beneficioso.

Y bien, señores: considero que es incompleta la idea de patria que muchos tenemos y la que transmitimos a nuestros hijos; que es insuficiente para generar el verdadero patriotismo, porque al presentárnoslo todo de color rosa resulta ineficaz para producir y aclarar el concepto verdadero de los deberes del ciudadano que el país necesita.

Procuraré demostrarlo y para ello voy a suplir la pobreza de mi palabra con el recurso que la fotografía nos ofrece. Mi exposición, árida como mía, lo será así un poco menos para los jóvenes a quienes principalmente está dedicada esta fiesta.

Sí, la idea de patria debe evocar el recuerdo de los prohombres ilustres de la Revolución de Mayo, de esa *Primera Junta* que asumió valientemente la responsabilidad de iniciar el movimiento emancipador y del no menos valiente *Congreso de Tucumán* que proclamó a la faz del mundo entero la existencia de la «nueva y gloriosa nación». La idea de patria puede estar dignamente simbolizada en cada uno de esos hombres, que contribuyeron a crearla, desde *San Martín*, el «grande entre los grandes» según la frase y desde *Belgrano*, no menos noble, abnegado, generoso, hasta el *modesto soldado* que acompañara a Lavalle en sus intrépidas cruzadas, reliquia viviente todavía, que prueba el vigor de una raza y lo que puede durar una existencia cuando se lleva con sobriedad y honestamente; puede estarlo en ese *grupo de argentinos* que se ejercita en el manejo de las armas; en nuestros poderosos *buques de guerra* que tantos sacrificios cuestan al país; en la *tropa veterana* que desfila en estos días por nuestras calles entre los aplausos del público. Ojalá que nunca tengamos que poner en uso esas armas, buques y soldados, convencidos los pueblos, como tantos lo han demostrado, entre ellos este gran argentino, *Alberdi*, de que la guerra es un crimen inexcusable.

Cuando mis hijos tengan edad para comprenderme les diré lo que os diría a vosotros, alumnos del Colegio Nacional, si me lo preguntáis. Os lo diría imperfectamente, pero os lo diría con toda mi alma, y me comprenderíais, estoy seguro. Oídme:

Vuestra patria es el territorio inmenso cuyos límites señaláis en el *mapa*, cuyas divisiones políticas enumeráis, de cuyo aspecto, producciones, habitantes, costumbres, instituciones, os hablan los textos, pero con un lenguaje que apenas os da idea de la verdad, porque no os habla más que al oído. Si pudieseis recorrerlo encontraríais en él los más variados paisajes, desde el que ofrece la *Tierra del Fuego con sus costas áridas*, sin vegetación en unas regiones, *cubiertas de verdura en otras*; con pintorescas poblaciones, como *Ushuaia*, sobre el canal del Beagle, y al pie de la *montaña* cubierta casi siempre de nieve, nieve que invade los campos y los *bosques* dándoles un aspecto curiosísimo para el hijo de Buenos Aires que los visita por primera vez, hasta los *paisajes de Salta y de Jujuy*; desde los estrechos *arroyuelos del Tigre*, con sus tupidas alamedas, y que encierran las fértiles islas a las que se dirige el paseante para saborear los exquisitos frutos que abundantemente produce, hasta los que ofrece el *anchuroso Paraná* salpicado también de islas e islotes impenetrables, tal es el lujo de su vegetación.

Forman parte de la patria las costas variadas del Atlántico con sus puntas de piedra y sus *barrancas altas y escarpadas* que parecen querer contener el empuje del mar y que este socava y transforma sin cesar; ese mar que, agitado y rugiente, levanta a veces *olas como montañas* y que otras veces, en noches deliciosas, sereno y murmurando apenas, no mueve casi la ligera *barquilla del pescador*.

Existen en la patria sinnúmero de curiosidades naturales; así *la piedra movediza del Tandil*⁵⁸ que todos conocéis, y el *salto del Iguazú*, nuestro Niágara incomparable, para el cual no encuentra Holmberg calificativo suficiente; *el Cajón del río Mendoza, en Cacheuta*, sobre la línea del trasandino, el *lago del Inca* que descansa sobre la montaña y muchas otras.

Es nuestra patria este país que tiene desde las *montañas áridas*, tristes, solitarias y cubiertas de nieve, hasta los *cerros* cuyas cimas están cuajadas de árboles corpulentos; desde los inmensos ríos navegables como el Paraná y el *Uruguay* surcados constantemente por embarcaciones grandes y pequeñas que transportan nuestras producciones, ríos que corren tranquilos y casi silenciosos sobre lechos de arena; y desde los *ríos de ancho cauce* y poca profundidad que al desbordarse parecen lagos, pero que el viajero cruza fácilmente a caballo y aun a pie, hasta los *ríos de cauce estrecho* y lecho de piedra, no navegables que el viajero cruza también sin dificultades cuando las lluvias o los deshielos no han sobrevenido y que se precipitan después *torrentosos y rugientes*, arrastrando piedras enormes y destruyendo a veces las obras poderosas de defensa que el hombre considera indestructibles; *pampas* infinitas, cubiertas solo de hierbas y en las que no se divisa un árbol, uno solo, ni el ombú tradicional, en muchas leguas a la redonda; arenales, *médanos* inmensos que el viento cambia de lugar de un día para otro; llanuras cubiertas de *bosques impenetrables*, selvas vírgenes, la mayor parte de las cuales apenas son conocidas por los animales que en ellas se albergan.

Es nuestra patria esta tierra con playas balnearias, como las de *Mar del Plata*, que pueden rivalizar con las europeas y a las que acuden nuestras familias en busca de salud, distracción y descanso, y en las que el niño y el adulto hacen provisión de vigor físico y de alegría; lugares con aguas termales y medicinales de todo género, en *Cacheuta* (Mendoza), en San Juan, en San Luis, en Santiago, en Jujuy, utilizadas unas y que lo serán más tarde otras; y lugares con climas especiales para el tratamiento de ciertas enfermedades, como la *Sierra de Córdoba* en la que comienzan a encontrarse comodidades suficientes y a la que ya se acude de todas partes de la república; regiones que devuelven al enfermo la salud y al sano agotado por el trabajo las energías para continuarlo. Y no tan solo por el clima sino también por el deleite que ofrecen al espíritu sus *magníficos paisajes*, los cuales hasta para el doliente que no cambia de sitio resultan variados, porque la naturaleza espléndida que lo rodea cambia de color y de aspecto según la estación del año, el tiempo que hace o la hora del día, que suele terminar con *maravillosas puestas de sol* cuya sola contemplación contribuye a hacer más amable la vida con repercusión benéfica en nuestro sistema nervioso y sobre nuestro organismo todo.

58. Téngase presente que esta conferencia fue dada hace más de cuarenta años.

Es el nuestro este país que tiene todas las producciones, desde las maderas de sus bosques naturales y desde sus extensísimas *zonas cubiertas de cereales* hasta los viñedos de sus provincias andinas que dan vinos excelentes; desde los peces exquisitos que en gran escala nos procuran las empresas de Mar del Plata, hasta los que *en forma primitiva* extraen de sus ríos en Santiago del Estero y otras provincias argentinas; desde las aves de caza que en bandadas inmensas se ciernen en los aires, hasta los ganados mular, vacunos, caballar y lanar que por millones *pastan en los campos* y que constituyen con los cereales nuestra principal fuente de riqueza y la constituirán cada día más a medida que se perfeccionen los cultivos y se aumente el refinamiento de las razas como por fortuna se hace ya con empeño.

Es el nuestro este país en el que se han hecho obras de la importancia que tienen las de salubridad, las cuales han colocado a Buenos Aires entre las primeras ciudades del mundo por sus condiciones higiénicas; en el que se han construido puertos como el que ostenta esta Capital; *diques como el de Córdoba*, el cual conteniendo las aguas del Río Primero, lo convierten en *hermoso lago* artificial, cuyo líquido se distribuye prudentemente entre las poblaciones que atraviesa aquella corriente; líneas de ferrocarril que van de un extremo al otro de la república habitada y que horadando montañas nos acercan a Chile o que habiendo tenido que *cortar en roca viva* nos conducen a Salta o a Jujuy y cruzando puentes innumerables nos permiten contemplar obras magníficas debidas al esfuerzo humano que utiliza las oportunidades que la naturaleza pone a su alcance.

Es la nuestra esta patria en la cual centenares de chimeneas humeantes y el rumor de millares de máquinas revelan la existencia de fábricas de todo género, de industrias nacientes unas, casi adultas o maduras otras; *talleres tipográficos*, de grabado en acero, *fábricas* de licores y dulces, de paños, de zapatos, de papel, de muebles, molinos, *bodegas*, etc., que favorecen y hacen honor al país.

Es nuestra patria esta gran ciudad con sus hermosas plazas, con sus *espléndidos edificios* sobre calles bien pavimentadas, sus *avenidas aristocráticas*, festoneadas con lujosos chalets y palacios suntuosos, sus *paseos* que congregan en ciertos días y a ciertas horas a nuestra primera sociedad y por cuyas avenidas y jardines también *el pobre circula satisfecho* en sus días de fiesta; con sus instituciones públicas de todo género, desde su *Facultad de Medicina* en las que sabios profesores forman la pléyade de médicos con cuya ciencia han de arrancar a la muerte vidas preciosas, *velando atentos a la cabecera de la cama*, hasta el cuerpo de *bomberos* que velan mientras todos duermen, como lo hace también la policía, y que salvan vidas y fortunas arrojándose con bravura entre las llamas del incendio; desde nuestra *Penitenciaría Nacional*, modelo de esas instituciones en el mundo en la que el criminal encuentra a menudo el camino de su reforma por el trabajo, hasta los *asilos de beneficencia* en los que la ciudad caritativa recoge a los desvalidos, los arranca a la miseria y a la corrupción y llega a tener *instalaciones en las costas de Mar del Plata* o en sus montañas salutíferas para los débiles y enfermos que deben asegurar ante todo su asistencia física; con sus *teatros* a los que concurren los primeros artistas del mundo, con sus lugares de recreo y descanso de todo género; con todas las ventajas, todos los refinamientos y hasta con manifestaciones artísticas múltiples como lo revelan desde los *monumentos* que adornan nuestra metrópoli, las pinturas de nuestros primeros cultores de ese

arte y las composiciones de nuestros maestros de música que son celebradas en el extranjero, hasta los perfeccionamientos que ha alcanzado el arte fotográfico, gracias en mucha parte al estímulo que ha producido la Sociedad Argentina de Aficionados, de cuyo archivo extraigo muchas de las fotografías que estoy ofreciendo a vuestra admiración y a las que agregaré sin comentarios, en silencio, esta serie maravillosa de *paisajes de distintas regiones*.

Todo esto es grande, todo es hermoso, todo es halagador para el patriotismo, y así se explica la satisfacción, el orgullo, tal vez, del hijo de Buenos Aires que conoce la República Argentina bajo el aspecto en que he tratado de bosquejar por cierto muy incompletamente.

Pero no es eso solo la patria; no lo son tan solo sus héroes, sus paisajes naturales, sus campos feraces, sus producciones de todos los reinos y de todos los climas, sus obras grandes de ingeniería, sus medios de transporte rápidos y confortables, sus instituciones de todo género, sus comodidades y lujos múltiples, etcétera.

Son parte importante de ella también todos los pueblos del interior, y las capitales de algunas provincias con *edificios primitivos* en las que apenas se encuentra una que otra casa de altos y en las que tener vidrios en las puertas interiores, sobre los patios, y ventanas que permitan la entrada del aire, importa un lujo excesivo para el que no goza de mediana posición material; con *calles sin pavimento alguno*, intransitables en el verano porque el polvo todo lo envuelve y no menos intransitables en invierno si las lluvias sobrevienen; que no tienen más medio de transporte, y eso puede ser un lujo también, que sus caballos o sus mulas, para trasladarse a distancias considerables *cruzando ríos y trepando cerros*; transportando en igual forma los pocos artículos de comercio para satisfacer las primeras necesidades y para llegar a la *lejana capillita* y elevar allí sus rezos al Creador; ciudades cuya población no tiene más agua para todos los usos, para beber inclusive, que la que corre por las *acequias descubiertas* de las calles. Esto solo bastará para que se induzca que carecen de lo necesario, no digo ya de lo simplemente útil y de lo superfluo, cuando ni lo indispensable poseen. Ciudades en las acabar hay una mortalidad aterradora, capaz, según lo demuestra la estadística, de acabar con la población entera si no se llevan a cabo pronto las obras necesarias para evitarlo; pueblos cuyas industrias suelen reducirse a preparar la aloja o la chicha con que se embriagan y cuyo comercio empieza y termina con la *venta de empanadas* que se ofrece al que pasa en ferrocarril.

Y sin ir tan lejos, sin distanciarnos mucho de los centros de población, forman parte de la patria los millares de familias que viven con relativa holganza en sus *ranchos*, pero llevando monótona, ociosa vida, sin medios de cultura, ni más distracciones que *la taba que los congrega* largas horas del día o *el truco* que suele terminar en una *contienda a mano armada* que no es síntoma, por cierto, de una civilización avanzada.

En nuestra patria, señores, esta tierra en la que hay escuelas para los niños de todas las edades, desde el *jardín de infantes* en el que las tiernas criaturas pasan las horas entretenidos en juegos, ejercicios, bailes, cantos, ocupaciones interesantes múltiples que favorecen su desarrollo físico y espiritual; desde las escuelas completas que en Buenos Aires ocupan *verdaderos palacios*, desgraciadamente no del todo adecuados para ese objeto, hasta las modestas escuelas que

funcionan *en ranchos miserables* perdidos entre las quebradas y a los que van *llegando niños y niñas*, cada día después de largo viaje a pie o *a caballo*, de a uno o de a dos, solos o *en grupos* para aprender ellos también a leer y a escribir; espectáculo consolador por cierto, que presenciado por mí no ha mucho, al *amanecer entre los cerros tucumanos*, me trajo a la mente la conmovedora descripción de D'Amicis.

Es satisfactorio para el patriotismo saber que ya se difunde entre nosotros la pasión por el ejercicio físico al aire libre y alegre por cierto contemplar, por ejemplo, el *grupo de alumnos* de este colegio, preparándose, allá, casi a dos leguas de su local, para iniciar su partido de fútbol, sus carreras, *saltos*, etc., y este otro grupo de muchachos en el *gimnasio escolar de Tucumán* con instalaciones múltiples y hasta una *hermosa pileta* para aprender natación.

Halaga el sentimiento nacional saber que hay ya escuelas de varones con *talleres de enseñanza manual* en los que el alumno con sus esfuerzos para transformar la materia prima adquiere no solo habilidades prácticas necesarias en la vida, sino y sobre todo hábitos morales de laboriosidad, perseverancia, exactitud, paciencia, disciplinando a la vez el cuerpo y el espíritu; la mano, la inteligencia y el corazón; que hay institutos de enseñanza en los cuales ya no solo se enseña a leer, escribir y contar, sino también a remendar, *a coser* y a preparar con economía en modestas cocinitas el alimento sano y apetitoso que ha de aderezar la futura madre para sus hijos.

Es grato para el argentino que desea el verdadero progreso nacional encontrar que existen ya escuelas industriales, desde la modestísima instalada en Corrientes años ha, y la más importante, con variados *talleres, de Santiago del Estero*, hasta la establecida en esta Capital como anexa de la Escuela Nacional de Comercio, otra institución provechosísima y que funciona hoy independiente porque ha alcanzado su mayoría de edad.

Es también motivo de complacencia enterarse de que tiene el país varias escuelas, aunque incompletas, de agricultura, porque eso indica que la semilla está lanzada y ha de prosperar, sí, atendiendo a los intereses primordiales del país, contribuimos todos con nuestro concurso para estimular la propagación paulatina de esa enseñanza y sus derivados, que en un país esencialmente agrícola y ganadero como el nuestro, constituyen la base indispensable de su prosperidad y grandeza. Sin que por ello debamos, demás está decirlo, dejar estacionarios, ni mucho menos disminuir la cultura general, la cultura secundaria (para la clase media y dirigente), la que es tan indispensable para los pueblos con aspiraciones, que anhelan algo más que el engrandecimiento material, como lo es para asegurar este mismo.

Ridículo fuera pensar, me parece, que otra cosa quieran nuestras autoridades superiores.

Dije, señores, que era consolador tomar nota de la existencia de escuelas de todo género en las que millares de niños argentinos se educan, desde Ushuaia hasta el último departamento de Jujuy; pero también esta luz recuerda la sombra.

Hay millares de niños argentinos que no salen de la ignorancia porque no hay escuelas para ellos, tanto allá en los pueblos más pobres y apartados donde viven y crecen más o menos aislados, más o menos inocentemente, como aquí mismo en la Capital Federal, donde en *grupos ociosos*, se reúnen, en rincones que los ocultan a la vista de sus padres, si es que tienen padres que de ellos se ocupan; y

en conversaciones edificantes aumenta cada uno su caudal de malicias y de vicios, con el caudal del compañero que se lo transmite sin perderlo él mismo.

No aprenden a leer ni a escribir porque sus padres se apresuran a explotarlos haciéndolos buscar el centavo, sin que la autoridad intervenga porque le faltan bancos en las escuelas; pero aprenden a *jugar a los naipes*, como los representa esta bella concepción de un artista.

Todo eso, apenas y mal esbozado, es y debe ser la patria para el hombre consciente y sobre todo para las autoridades que tienen en sus manos, en cierto modo, los destinos del país, y para los profesores y maestros a cuyo cargo está la formación del ciudadano.

Y si es cierto que una nación vale lo que valen los elementos que la componen, no olvidemos que si fueron ciudadanos argentinos los guerreros que con su acción militar aseguraron nuestra independencia material no lo fueron menos los hombres que ejercitaron otra acción tanto o más fecunda, y digna de ser recordada y tomada como ejemplo. Esos hombres se llamaron *Vélez Sársfield, Rawson, Avellaneda, Pirovano, Ricardo Gutiérrez, Sarmiento, Alberdi, Mitre, Ameghino* y mil más que como ellos en la tribuna parlamentaria, en la soledad del gabinete de estudio, en el laboratorio científico, en los hospitales, junto a la cabecera, en la cátedra, en la prensa, en el poder, en todas las formas, pusieron su cerebro y su corazón al servicio de la patria que no han amado menos que los que derramaron su sangre por ella.

No olvidemos tampoco que son argentinos que tienen hoy mismo su parte de acción en la decadencia o en el progreso nacional, no solo los que ocupan los puestos dirigentes, más que nadie obligados a dar ejemplo en probidad, respeto a las instituciones y verdadero amor patrio, sino también los que están en esfera más modesta; el *guardia nacional* que concurre puntualmente a las filas porque la ley lo manda, y así lo exige la disciplina que por desgracia no es la virtud que nos caracteriza, y el joven apuesto y elegante que obtiene con un pretexto su excepción o que falta contando con tolerancias culpables para asistir a los *hipódromos* o a otros lugares no menos desmoralizadores; el *paisano ocioso* que pasa el día tomando mate y que es en cualquier momento instrumento de los caudillitos políticos que lo hacen servir, por una miserable retribución, a sus intereses egoístas; y el *sencillo labrador* que traza, perseverante, el surco y arroja la simiente que, fructificando, premiará su labor, contribuyendo a la vez a la riqueza pública.

Y para concluir con estos ejemplos, recordemos que, por desgracia, son muchos, acaso el mayor número, los argentinos electores que por falta de educación moral y cívica dejan de contribuir al progreso del país y hasta contribuyen a retardarlo porque se abstienen de concurrir a los comicios o concurren, inconscientes o vendidos al mejor postor, para dar su voto a quienes menos lo merecen, a menudo inducidos a hacerlo así por ciudadanos de instrucción superior, pero que subordinan a sus intereses personales el interés de la patria.

Y bien, señores; sembremos, si os parece, en el corazón de la juventud, las ideas que he procurado expresar, respecto de lo que es la patria y cómo se la sirve; celebremos enhorabuena estas fiestas especiales consagradas a los héroes de la Revolución e Independencia; pero no se limite a estos días nuestra acción patriótica; pensemos que el ciudadano se forma y la patria se engrandece por la acción constante de todos los factores combinados; que ello es la obra de todos los días y de

todos los instantes; trabajemos por nuestro mejoramiento intelectual y moral, y por nuestro vigor físico pensando que así serviremos a la patria. Formemos el hábito del trabajo, de la perseverancia, de la disciplina, del respeto a la ley. Declamemos poco y hagamos mucho.

Aunemos nuestra acción en ese sentido padres y maestros. Y vosotros, alumnos de este colegio, y vuestros compatriotas, los alumnos de todos los colegios de la república, argentinos todos y todos ciudadanos de mañana, proponed observar tal conducta que al llegar los aniversarios de estas fechas históricas podáis concurrir al pie de los monumentos, seguros de que haciendo allí examen prolijo de conciencia no tengáis que ruborizaros y os sintáis dignos de ir a saludarlos y a depositar ante ellos vuestra ofrenda de gratitud en forma de flores y coronas.

Sea ese fallo de vuestras conciencias el mejor homenaje y más valedero que los discursos pronunciados con vehemencia, no siempre sincera, para exaltar virtudes de patricios que estamos lejos de imitar y grandezas a cuyo aumento no contribuimos con nuestra conducta y nuestro esfuerzo de todos los días.

He dicho.

Cómo servir a la patria: los consejos de un padre

Texto publicado en el diario *La Nación*

1º de julio de 1923

NOTA DE LA COMISIÓN

Este artículo también fue transmitido por radiotelefonía y reproducido en múltiples periódicos y publicaciones como en la *Revista del Suboficial* con la siguiente nota de la redacción: «En el hogar, en la escuela y en el ejército se debe modelar el alma nacional a base de preceptos claros y completos presentados con tal sencillez y poder de convicción que toquen en forma efectiva el corazón del niño y del soldado.

»*Revista del Suboficial* considera que las precedentes hermosas líneas del viejo profesor Pizzurno responden ampliamente al concepto expresado y por ello las transcribe en sus columnas.»

TEMARIO

Reconozcamos nuestros errores y procuremos corregirnos. - El hombre en la vida privada y en la vida pública. - Cómo perfeccionarnos.

AMA A TU PATRIA, HIJO MÍO, CON AMOR profundo, pero sin permitir que el legítimo orgullo de verla bella y rica oculte a tu mirada sus imperfecciones. No porque tú cierres los ojos ha de ignorar nuestros lunares el extranjero; y hemos de merecer mayor respeto cuanto más empeñados en corregirlos se nos vea.

País nacido ayer, muy lejos de los más civilizados de la tierra, no son pocos los progresos ya alcanzados por él. Y cuando te halles en edad de comprender las causas que influyen en la vida de los pueblos, te explicarás por qué, dado nuestro origen, es frecuente encontrar todavía dominando algunos sentimientos y costumbres que deseáramos ver pronto modificados.

Más de una vez, al recorrer conmigo distintas provincias argentinas, te ha sor-

prendido hallar en tu camino, a cada paso, gentes ociosas y embusteras y lugares desmantelados, tristes o sin higiene, que con un pequeño esfuerzo de sus habitantes hubieran podido cambiar de aspecto.

Ha contristado tu espíritu, y me lo has dicho, al oírme a menudo comentar el poco patriotismo revelado, a veces, hasta por aquellos a quienes más deberían preocupar los intereses públicos, el adelanto general, el cumplimiento de las leyes, la aplicación estricta de la justicia. Te has irritado ante los abusos y desaciertos de autoridades ineptas o mal inspiradas. Con frecuencia te has entretenido en detener por las calles a los niños pobrecitos de tu edad, para preguntarles si sabían leer y escribir, y ante la respuesta negativa de muchísimos me mirabas asombrado.

Una tarde, volviendo de una excursión por los hermosos alrededores de una simpática ciudad edificada en las inmediaciones de la sierra, me dijiste: «Yo querría ser Gobierno para influir en el adelanto más rápido de mi patria», y ahora me escribes inquiriéndome si ya puedes comenzar a prepararte para realizar tu propósito.

Me ha hecho gracia, querido, tu pregunta, y me ha causado placer, porque leo en tus pensamientos.

¡Oh, sí, Raulito!; vas a cumplir ahora catorce años. Han de pasar muchos aún antes de que seas un hombre hecho, pero de ti dependerá que realices tus aspiraciones.

No hemos decidido todavía si seguirás una carrera liberal o si te dedicarás al comercio, a la industria o al arte. Ello es indiferente, siempre que la ocupación elegida pueda merecer tu simpatía y armonice con tus aptitudes. Doctor u hombre de trabajo manual, industrial o jurisconsulto, comerciante o literato, marino, agricultor o artista, tendrás andada la mitad del camino si continúas siendo estudioso y trabajas con dignidad y perseverancia.

Poseas o no un diploma universitario, valdrás tanto como el que más, si a las aptitudes de tu especialidad agregas la ilustración que cualquiera puede adquirir si tiene voluntad. Los libros a nadie niegan el auxilio de sus luces, ni se cansan de repetir la misma lección ni aun al más tardío en comprenderla, pero tenaz en solicitarla.

Sea cual fuere tu profesión, ya que a ser gobernante aspiras, deberás mirar siempre en torno tuyo y tan lejos como alcances.

Estudiarás con atención las personas y las cosas; se aprende así, en la naturaleza y en la sociedad, tanto, más y mejor que en los libros y con su ayuda. Tratarás de hallar el porqué de todo lo que sucede; escucharás a los demás con interés, inclusive a los inferiores en posición o en cualquier sentido; que de todo has de poder sacar algún provecho. Buscarás siempre, siempre —no olvides esto, te lo ruego—, el contacto de alguien que te sea superior, para que te sostenga y te inspire; para que la lucha diaria y las pequeñeces humanas con que tropieces no te contagien, sino que te alienten a elevarte más, poniéndote en condiciones de combatir las desde arriba con mayor eficacia y para bien de tu país.

Indagarás lo que las gentes necesitan para ser felices; te preocuparás, sobre todo, de los más pobres, de los obreros, de los que se debaten penosamente con la ignorancia, con el dolor y la miseria. Con todos serás sencillo y afectuoso, pero con ellos en especial.

La conducta que ahora mismo observas con tus discípulos, respetando el

derecho de cada uno y procurando a todos ser útil y agradable, la observarás más tarde cuando seas hombre.

Continuarás cultivando tu mente, y con empeño el arte de hablar y de escribir con claridad y buen gusto, y mañana, en toda ocasión propicia, hablando en público o escribiendo en la prensa, abogarás por las cosas buenas.

No permanecerás nunca indiferente a lo que a tu país interese, y te opondrás siempre que puedas a todo lo malo, aunque debas sacrificar una parte de tu bienestar; y cuando no te sea dado oponerte de hecho a las medidas perjudiciales, no ocultes tu protesta fundada serenamente, ni ahogues la indignación legítima de tu espíritu, que si todos hacen como tú —y el ejemplo es contagioso— ello influirá muchas veces como seguro correctivo, impidiendo, por lo menos, que se repitan los agravios a la justicia, al derecho, a la moral pública.

Darás invariablemente el ejemplo de las virtudes que prediques, siendo tú el primero en respetar los principios que defiendas en tus escritos y discursos. No pienses en mejorar la sociedad en que vivas si no comienzas por perfeccionarte tú mismo, corrigiendo tus defectos, afirmando tus buenas cualidades.

Tolerante con las ideas ajenas bien intencionadas, combatirás sin violencia las que consideres nocivas. Estarás dispuesto siempre a reconocer tus propios errores y a secundar las buenas iniciativas de los demás. De esa manera, si presentas con pleno derecho tu candidatura para un cargo electivo, has de conquistar con facilidad los sufragios populares. Cuando tú llegues a la madurez, el pueblo argentino será ya suficientemente ilustrado y libre para saber distinguir entre los que adulan para explotarlo y los que exponen sus ideas de gobierno sinceramente deseosos de practicarlas. Será mayor la moralidad colectiva y los más preferirán elegir a los mejores.

Pero si fueres vencido, por medios ilegítimos cualesquiera o por ignorancia, no desmayes; no te desaliente encontrar muchas veces el egoísmo, la intriga, pasiones innobles mal disfrazadas bajo apariencias plausibles. Tu mayor mérito, el triunfo mayor, estará precisamente en tu energía para no darte por vencido nunca, sabiendo que la victoria no se consigue sin esfuerzo. Mucho tendrás que sufrir más de una vez; serás atacado; dudarán o fingirán dudar de la sinceridad de tus propósitos.

¡Si supieras, hijo mío, cuántas amarguras he pasado yo mismo tal vez a consecuencia de mis mejores actos, en cumplimiento de deberes ineludibles ante la conciencia! Tu mayor saber o tu laboriosidad notoria harán que resalte la pereza o la ineptitud de tus rivales. Provocarás entonces, sin saberlo, crueles resistencias, o harán el silencio a tu alrededor para apagar tu brillo. No te importe, ni te arredres por eso.

Busca el premio en ti mismo y sigue adelante. Lucha combatiendo sin violencia como quien pelea contra una enfermedad de la cual no es curable siempre el que la padece.

Piensa que ciertos defectos humanos son como enfermedades de orden moral. Atácalas en sus consecuencias o, mejor, en su origen, si puedes, pero sin enojo. Si tienes la razón de tu parte, ¿por qué disminuir su fuerza con la dureza de la forma? Te lo dice quien ha incurrido alguna vez en ese error, hijo mío, y lamenta sus efectos. Si puedes curar evitando la resistencia del paciente y suprimiendo el dolor, ¿por qué prescindir del anestésico? No transijas, pues, con el mal; pero siempre

que puedas usar la manera suave para corregirlo. Que se tema tu fallo por su justicia, pero sin malquerencia para el juez inflexible, cuya intransigencia no excluye la serenidad, ni la cortesía.

Y vuelvo a repetirlo: no te desanimes en presencia de los fracasos. Insiste, insiste, en tus sanos propósitos.

El progreso es el resultado de la acción paciente y perseverante. ¿Caes? Levántate y vuelve a empezar. ¡Qué íntima satisfacción cuando así se llega!

Y se llega siempre, hijo mío, si se cuida la salud física, se tiene el corazón bien puesto y la resolución inquebrantable de perseguir la realización de un noble ideal conscientemente elegido.

Y cuando tengas siquiera una parte del Gobierno en tus manos, experimentarás la incomparable fruición de hacer el bien inmediato y de preparar un mayor progreso para el futuro. Esto último influyendo particularmente para combatir la ignorancia, difundiendo por la educación el hábito del trabajo, del ahorro, de la solidaridad social, la tolerancia, el respeto a la verdad y a la ley, el culto a la justicia, el gusto por el estudio, el amor a todo lo bueno y a todo lo bello. Y entre los primordiales deberes del ciudadano, el de concurrir invariablemente a la elección de sus mandatarios y representantes, dando sin vacilar el voto al más digno de ser elegido.

Trata de no olvidar, por de pronto, que tanto los grandes males como los bienes mayores en un país, en gran parte dependen de la conciencia, el acierto y la independencia con que la mayoría de los ciudadanos eligen a sus gobernantes. La felicidad de tu patria y la tuya propia pueden surgir de tu voto como elector. Aprende a darlo con dignidad y con eso solo habrás realizado acto de verdadero patriotismo aun cuando no ostentes con excesiva frecuencia, en el ojal del saco, la escarapela azul y blanca, ni entones con cualquier pretexto el himno nacional. Mayor será tu reverencia cuanto menos te jactes de ello y cuanto más responda tu conducta de todos los días, en la vida privada y en la pública, a los dictados del deber y del bien.

Acaso no penetres bien todavía el significado y trascendencia de estos consejos. No importa, si algo de ello queda en tu espíritu, y algo quedará. Ya hablaremos de todo a mi regreso. Entretanto, muéstrale esta carta, si quieres, a tu maestro. Él sabrá aclararte, con ejemplos, muchas de las ideas que contiene.

Tu padre

La educación estética en la enseñanza primaria y secundaria

Apuntes para dar conferencias sobre cultura estética

NOTA DE LA COMISIÓN

El señor Pizzurno casi nunca escribe sus conferencias, ni podría fácilmente hacerlo dado el número y la frecuencia de las mismas. Sin contar las que dio antes de jubilarse, la mayor parte durante sus giras como inspector, lleva pronunciadas, después de su retiro, alrededor de setecientas en todo el país y en las repúblicas vecinas de Chile, Paraguay, Uruguay y Brasil. Ese es el número que tiene catalogado prolijamente, a las que cabría agregar los discursos ocasionales, improvisados. Para sus conferencias solo suele llevar escrito un plan y casi siempre sintético, y lo desarrolla improvisando la exposición. Ello le permite tener en cuenta las múltiples circunstancias, a menudo inesperadas, que se le presentan (según los momentos, lugares, naturaleza del público, a menudo muy heterogéneo) y a las cuales conviene adaptarse para ser mejor comprendido e interesar la atención general.

Por excepción el plan o apuntes son detallados como para dar por sí solos idea suficiente, o siquiera parcial utilizable, del contenido de la disertación. Eso ocurre, por ejemplo, con las anotaciones que incluimos a continuación y que le sirvieron de guía para una serie de conferencias sobre cultura estética.

Véanse también los planes de la conferencia sobre «El libro...» (p. 521) y sobre «Los textos de lectura» (p. 529).

TEMARIO

El desarrollo del sentimiento estético parte integrante de la educación general. - Fin principal a perseguir. - Medios a emplear. - Concurrencia de todas las ramas. - Auxiliares múltiples: excursiones, exposiciones, radio, cines, discotecas, libros y útiles. - Fiestas especiales. - Acción social, etcétera.

EL DESARROLLO DEL SENTIMIENTO ESTÉTICO INTEGRA LA EDUCACIÓN

Las tres *H* de los norteamericanos: *Head* (cabeza), *Hand* (mano), *Heart* (corazón), que pueden reemplazarse por las tres *C* en Castellano: Cabeza, Cuerpo, Corazón.

1. *Cabeza*: a) disciplina mental, espíritu científico, criterio, razón vacunada contra los prejuicios –regla de Descartes–; b) saber o instrucción concreta.

2. *Cuerpo*: salud, vigor, destreza, sentidos educados, etc. Habilidad manual. Hábitos higiénicos.

3. *Corazón*: bondad, sinceridad, sentimiento del deber, amor al trabajo, dignidad, espíritu de justicia, de tolerancia, don de simpatía, etc. Carácter. Hábitos morales.

Se puede ser sano, instruido, rico y no apreciar la belleza y los goces que ella proporciona.

Se puede ser pobre y feliz conformándose y gozando con lo bello de la conducta, los placeres de la mente, los de la naturaleza y el arte, etcétera.

Se puede ser instruido y bien intencionado y no tener la felicidad de inspirar simpatía, de atraer, por no mostrar bondad, lenguaje, maneras y actitudes bellas. A. y B., M., R., Z., D., etcétera.⁵⁹

El amor a lo bello es fuente de felicidad. Múltiples factores de esta. ¿Por qué descuidarlos? (véase el plan de la conferencia sobre *felicidad*).

Hay pues: a) *interés individual* en cultivarlo, tanto más cuanto que hace buenos y por lo tanto; b) *interés social*, suma de los intereses individuales, y c) *interés industrial*: recordar «artículos de París» o «made in Germany», etc. Comentar.

Es hasta *cuestión nacional*: acreditar nuestros artículos y nuestra cultura.

Esfuerzos hechos en distintos países en competencia: Alemania, Inglaterra, Francia, Bélgica. Cada día más las gentes prefieren las cosas bien hechas y bellas. Luego...

«*Placeres del alma*», superiores a los físicos. «*Bellezas espirituales.*»

Existe tendencia natural hacia lo bello. Estimulémosla. Explotémosla. Dirijámosla bien. Grecia. Los bárbaros. Francia, hoy, etc. Capítulo de Spencer.

Entre nosotros: a) síntomas favorables: amor a la buena música; conciertos; grandes ejecutantes; florerías; arquitectura; el vestido; turismo que empieza; exposiciones de arte concurridas, etc.; b) síntomas contrarios: grosería en los deportes; música de «ruidos», desconciertos; maneras y lenguaje arrabaleros, en la calle, en los trenes, en las salas de espectáculos; revistas torpes; las damas y el copetín; las mujeres «bien» y los «caballeros» estirados como lagartos, desnudos, tomando sol en las playas balnearias; el «vanguardismo» extremado y ridículo en dibujo, pintura, escultura, arquitectura, literatura, etc. No perdurará. ¿Por qué?

Los sordos del alma que en presencia de una lectura, una narración, un trozo de música, etc. emocionantes, se detienen, fríos, para hacer la crítica gramatical o técnica.⁶⁰

59. [N. de la C.] En lugar de estas letras van los nombres de personas conocidas por el conferenciante y cada una de las cuales le recuerda o sugiere tipos distintos y reflexiones de interés. Omitimos aquí esos nombres por razones obvias.

60. «Cuando mi corazón se encogía perdido en el Maelstrom orquestal y las lágrimas acudían a mis ojos, mis compañeros censuraban a media voz la oportunidad de un acorde de séptima o emitían un comentario iró-

El gran problema educacional es, sobre todo, combatir, tanto como la ignorancia, el analfabetismo moral y estético. Insistir en la acción moralizadora de la cultura estética. (Concretaré más adelante.)

El arte contribuye a la solidaridad. Comunicación espiritual que se establece entre el artista (lector, orador, cantante, ejecutante, pintor, artista teatral) y el público. Emoción comunicativa. (Casos de Santiago del Estero, Mendoza, Humahuaca, etc.) No olvidar lo que me ocurrió en Santiago de Chile, en Suecia y en la *folkehögskole* de Valekilde (Dinamarca). Explicaciones del doctor Slomann.

El pueblo es sensible al arte, más de lo que se cree. Mis experiencias con las lecturas ante niños y adultos, jóvenes y viejos. Las pláticas ilustradas de Guasch Leguizamón (J). Múltiples ejemplos de distinta naturaleza. Experiencias hechas en Rusia hace más de un cuarto de siglo. Las mías en la Rural.

FINES A PERSEGUIR

¿Hacer de cada alumno un artista?

Claro que no, pero *evitar que sea sordo, ciego, insensible:*

1) *a lo bello físico:* a) para el oído: música (armonía, melodía, canto); literatura (lecturas, conversación, declamaciones, la voz, la entonación, inflexiones, sonoridad, etc.); b) para la vista: armonía, proporción en la forma, el color, luz, etc. en la arquitectura, la escultura, la pintura; en los paisajes naturales; en las personas (maneras, vestido, aseo, etc.); en los objetos, en el arreglo de la casa, en los juegos, bailes, movimientos en general.

Poner también ejemplos relacionados con el tacto, el gusto, el olfato.⁶¹

2) *a lo bello intelectual:* placeres múltiples de la mente, al aprender o leer, al descubrir la verdad después de esfuerzos (Leverrier, Edison, mil más).

3) *a lo bello moral:* bondad, sacrificio, abnegación, desinterés, humildad, justicia, valor, etc. Millares de ejemplos en todos los tiempos –Jesús, Sócrates, Amundsen, Pasteur, Palissy, Lindbergh, Nansen, Pestalozzi, Jacquard, Curie, Belgrano, San Martín, Rawson, Don Quijote, etcétera–.

4) *a lo bello fantástico:* v.gr. la tetralogía de Wagner; Hansel y Gretel; Petruska; Orfeo; Amor brujo; La bella durmiente en el bosque; La cenicienta, etc. (Buscar ejemplos de otra naturaleza.)

Constantemente se combinan y confunden lo puramente espiritual y lo que afecta a los sentidos, fundiéndose, armonizándose, completándose, v.gr. la buena voz, la bella expresión literaria y la belleza del sentimiento expresado. O la bella figura unida a la belleza espiritual. El baile bello por la bella persona bellamente ataviada. El canto, la letra y la cantante. El drama y la decoración. La belleza del paisaje y el clima. El país bello y su cultura adelantada.

nico cuya complicación me helaba. La emoción no era para ellos. Era un valor que no les preocupaba. No serán estos quienes se levantarán con pena como si dejaran en la sala algo muy querido, como despidiéndose de una amada» (del libro de Mauclair, *La religión de la música*, p. 82). Recomendarlo mucho.

61. Guyau al tomar un vaso de leche helada que le servía un pastor en los Pirineos dijo que bebía «esta leche fresca en que toda la montaña había puesto su perfume». Y Braunschvig escribe: «Lo que llamamos belleza de la primavera, ¿no proviene en parte de los aromas que flotan, entonces, en la atmósfera?».

«Je me sens pris d'amour pour tout ce que vois. L'art c'est de la tendresse» (Guyau citado por Fouillée, p. 25). Comentar.

No se pretenda formar artistas, pero sí hacer observar y ver y hasta sentir un poco la belleza en lo que pueda estar al alcance del niño y del joven. (Escuela primaria y secundaria, complementarias, profesionales, etcétera.)

Puede educarse mucho por intuición y dirigiendo un maestro que sienta la belleza. Viendo originales o reproducciones. En orden progresivo si es posible. Observar, comparar, describir. Lo mismo en literatura, música, etc. Verdad, sencillez, armonía, proporción, etc. Los ciegos, la música y la lectura. Mis experiencias en el Instituto de Ciegos, con Carlos y Ayrolo (detallaré todo en la otra conferencia). Lo que puede hacerse desde el hogar (véase Lavignac, pp. 10, 11 y ss.).

¿Se ha cuidado, se cuida la educación estética en la escuela y el colegio?

¿Con conciencia y plan meditado? Lo que hicimos en la Capital, desde 1904 a 1908 con Malharro y después en la Escuela Normal de 1909 a 1912.

El eje es, como siempre, el maestro, que conozca fin y medios (en lo físico, intelectual y moral). Tenerlo en cuenta en las escuelas normales y en los institutos de profesorado. Agregar a los estudios cursos especiales. Cursos de vacaciones para los educadores que ya actúan.

Tres modos de entender y juzgar la obra de arte (conf. Keiper).

1. La intuición: en obras originales o reproducciones (mi discoteca, calcos de esculturas, fotos, etcétera).

2. El estudio histórico: del artista de quien se trate y «del arte en los diversos pueblos, en conexión con la cultura general». Pero ello no basta. Además:

3. El estudio científico «sobre la base de principios y normas de la estética, su aplicación al caso concreto y explicación del valor de una obra conforme a dichos principios».

Así el observador no se limita a decir: ¡qué lindo! o ¡qué feo!, ni a ser esclavo de la moda de una época. Aprende a respetar los principios fijos del arte.

Pero en la escuela primaria no cabe la crítica de arte. Solo ambiente, intuiciones.

¿Y en el colegio? Puede y debe avanzarse más, incluso historia del arte, dentro de ciertos límites.

MEDIOS A EMPLEAR

Todo lo que rodea al niño, en lo físico, espiritual, moral; y desde el jardín de infantes. No como quien enseña una rama más. Ambiente (su influencia). Obra en el «subconsciente». En el centro, como modelo, el maestro (leer al final el cuento de Frapié). J.H.P. y S. Lartigue, contraste. Lo externo y lo interno guardan relación.

La escuela como factor, donde habrán o se crearán deliberadamente ocasiones de cultura estética. Procurará contrarrestar la acción contraria del hogar y del medio en general. Lo que hicimos en la Escuela Normal. Magnífico resultado.

Edificio: luz, aire, espacio, sencillez y belleza arquitectónica.

Arreglo y decoración de toda la escuela y del aula.

Calidad más que cantidad; sobriedad; buena disposición.

Objetos: jarrones, esculturas, cuadros, «bibelots», plantas, etcétera.

Color: evitar la monotonía; frisos; reproducciones de buenos cuadros; armonía; errores cometidos por la Oficina X (del Consejo) abusando de los bromuros en negro.

Temas: natura; juegos; escenas familiares y otras; animales; historia; cuentos; aprovechar carteles artísticos; todo lo bueno que traen diarios y revistas; coleccionar y ordenar (cómo tenía clasificado todo Odila Achard); cuidado con los cromos!, los errores que yo cometí al principio; cómo me eduqué después; mi daltonismo.

Las *ilustraciones* necesarias para la enseñanza, pero antiestéticas, no dejarlas a la vista. Opiniones encontradas. Adaptación a los grados.

Decoración móvil: rotación de grado en grado y aun de escuela a escuela. ¿Centralizando? ¿Quién elige?

La escuela más pobre puede tener la belleza del orden y del aseo. Plantas, flores, buen gusto del maestro.

Maestra A a Maestra B: –¿Cómo se arregla Ud. para tener tan lindas plantas que siempre tienen hermosas flores? ¡Las mías nunca dan flores!

Maestra B contesta: –¡Es que a las mías las quiero tanto que no pueden dejar de darme flores! (art. de Barrage y Turner Bailes): glosarlo.

CONCURRENCIA DE TODAS LAS RAMAS

Las *ciencias todas:* las naturales, la física, la química, la geografía, la cosmografía, las matemáticas, la historia. Seres, objetos, fenómenos, paisajes, montañas, llanuras, plantas, aguas, nubes, celajes, aguas. Tormentas, relámpagos, truenos, arco iris. Puestas de sol. El fondo del mar, el cielo. Lo que muestran el telescopio y el microscopio. Cristalizaciones, etc. Armonía universal. P.A.P. y las lecturas de Flammarion, cuando niño. Mis chicas y las puestas de sol en Córdoba.

¡Hermoso animal! ¡Maravillosa flor! La amapola de Olivos y la anécdota de Rousseau. Mis impresiones. Los grandes descubrimientos científicos después de admirables y perseverantes investigaciones. Sus héroes.

Los grandes ejemplos de virtudes admirables de todos los tiempos. No olvidar los nuestros: Belgrano, San Martín, Ameghino, Ricardo Gutiérrez, Mitre, etc. Citar ejemplos de mujeres también.

Utilizar las proyecciones luminosas, cine o fijas que suplan la realidad. Organizar bien. Linternas perfeccionadas. Diapositivos en vidrio y cuerpos opacos. Fotografías. Las excelentes ilustraciones de los diarios, revistas, catálogos, carteles, etc. Coleccionar y clasificar todo, esto es esencial. (O.A.)

Visitas a lugares, monumentos, edificios, parques, museos, etc. Cómo preparar las excursiones. No ver todo al galope y mal. Aprender a ver bien lo bello. P.A.P. apenas veía antes. Lo que aprendió, y por qué, cuando se hizo fotógrafo.

Buscar en todo enseñanzas y deleite no solo para los sentidos sino para la inteligencia y el corazón. No olvidar, como se olvida de hecho, que los sentidos son cinco. ¿Por qué descuidamos el oído y la vista que son mejor fuente de felicidad que el gusto, etcétera?

El *dibujo:* su gran valor educativo; enseña a ver; medida, proporción, armo-

nía; combinaciones estéticas, expresión, colorido; cómo se enseñaba antes de 1904: copias mecánicas, rutina; debe ser del natural; es cuestión de graduar las dificultades; al niño le gusta copiar de la naturaleza, ve lo característico, solo hay que guiarlo, sabe poner «movimiento»; el bebé y «nene»; flora, fauna; objetos múltiples; elementos decorativos, etc.; lo que hicimos en Buenos Aires con Malharro (1904 a 1912).

El arte decorativo ha resurgido gracias a los estetas (Ruskin, Morris, etcétera).

El *trabajo manual*: forma; proporciones; orden; exactitud; aseo; adaptación al fin; combinación de colores (cartonado, trabajos con papel, etc.); modelado; diversas «manualidades»: ¡cuidado!; labores femeninas; a qué se prestan en pro de lo útil, lo adaptado, lo bello; combinación con el dibujo; cuidarlo todo, desde el jardín de infantes hasta las escuelas profesionales; lo que se observa en estas y en las complementarias (aciertos y errores).

La *gimnasia*: favorece el desarrollo armónico (P.A.P.), la belleza física aparte de la salud, la fuerza, la destreza, el valor, la alegría, etc. que son belleza; *mens sana*; los griegos; convenzamos al niño y al joven de que pueden alcanzar todo eso; gimnasia estética (que es a la vez higiénica); actitudes variadas; danzas; gracia; corrección; ejercicios individuales; conjuntos; con música; las clases de la señorita V.D.R.; recomendar el libro de Dalcroze; los deportes y la estética física y espiritual; degeneración actual; descuido de la educación física en nuestras escuelas.

La *música*, su *valor*: factor principal para realizar el fin de la escuela y se lo relega a un rincón o se prescinde de él en absoluto; debe formar parte de las *humanidades* de la escuela y el colegio y no solo por su faz física, sino por la moral y social; Lutero la consideraba tan importante como la lectura. Es lenguaje que habla al alma por la emoción, que deja rastros; ese es su gran valor; alegre, alienta, consuela, tonifica, modera; embellece el alma; nos hace más buenos; influencia en los animales; baño tranquilizador antes de dormir; emociones diversas, etcétera.

Poner ejemplos: P.A.P. y la ortofónica; la ópera «Nerone» y Santiago del Estero; A.D.C. y la «Elegie» de Massenet (¡No, no quiero oír más; déjeme con esa impresión!); E.R.B. y P.A.P. y la 5ª Sinfonía; el preludio de Lohengrin; «Tristán e Isolda»; «Encantamiento del fuego»; «Claro de Luna», de Beethoven; «Aria» de Bach; «Carmen», etc.; Largo de Händel; canciones de Grieg, Schubert, etc. Infinidad de trozos conocidos de autores italianos y otros.

«El canto es, por un momento, el ideal que se eleva» (F. Pécaut). Para comunicar emoción el maestro debe «sentirla». Se experimentan sus efectos actuando (cantando o ejecutando) y escuchando.

Gran factor de solidaridad y disciplina. De solidaridad «nacional» y «humana». Lo que vi y sentí en Suecia, Alemania y Suiza, etc. Los coros de Naas.

Es factor de felicidad individual y colectiva.

Contar de vez en cuando la vida de los grandes maestros. No olvidar la generosidad de Liszt. Cómo y por qué se produjeron determinadas composiciones, v.gr. Beethoven. Anécdotas Wagner, Liszt, Beethoven (sonata).

¿Se saca partido de la música en nuestra enseñanza primaria y secundaria? No. Es otro «analfabetismo» a combatir. Lo hemos descuidado como todo lo que es *educación*, a pesar de ser ese el gran problema a resolver. (Decir, incidentalmente, que yo llevaría la música hasta la Universidad; por lo menos los coros. ¿Por qué?)

Platón se preguntaba si no reposa en la música lo más importante de la educación dado que el ritmo y la melodía penetran en el alma y en ella se imprimen. Y como ritmo y melodía implican dignidad, sus efectos se hacen sentir sobre el alma humana.

Valor del ritmo. Su influencia hasta en la salud física.

Es menester reaccionar. Se puede y se debe. Y desde la menor edad. Perseguir sobre todo la educación del oído y el gusto por el canto. Emplear todos los medios. Ahora se dispone de discos maravillosos. ¡Utilízenlos, pues...!

¿Cabe sistematizar la enseñanza? ¿Método pentagramal? En la escuela primaria, no. ¿Por qué? Solamente noticias rudimentarias al final del curso primario.

Emplear el *sistema modal* con la *notación cifrada* y la *fonomímica*.⁶² Es racional y eminentemente pedagógico. El niño lee, escribe y entona pronto y se entusiasma. Facilita, luego, el estudio pentagramal. Otras ventajas. Experiencias en y fuera del país. P.A.P. en Buenos Aires, Córdoba, Santa Fe, Mendoza. Repossi. Elisa Manes. Greppi. ¿Por qué no se ha difundido entre nosotros? ¿Quiénes lo resisten? La rutina, la ignorancia y el egoísmo. ¿Hasta cuándo?

Coros: ¿cómo elegirlos? Música y letra. Sencillez pero no simpleza. Caben grandes páginas musicales. ¡Coleccionen, maestros! ¡Pongan alma y verán! «En la escuela si la música no es un placer, es un suplicio» (Dupaigne). Comentarlos. Vacunar contra el mal gusto y dar un caudal para la vida.

Adultos y pueblo: ¿qué música es capaz de «sentir» el pueblo? Experiencias hechas en Rusia (en 1900). Entre nosotros. Conciertos en la Rural. ¿De qué trozos pedían bis? Las conferencias de Jorge Guasch Leguizamón. Otras.

Medios varios en la escuela: hacer oír trozos ejecutados por el maestro, los niños o invitados hábiles. Fiestas ad hoc. Promover la formación de agrupaciones corales e instrumentales. Ortofónicas. Radiotelefonía. Discotecas.

Leer la siguiente página que, en 1883, dirigía nada menos que Fernando Buisson a Jacques Bonhomme (como quien dice «Juan Pueblo»).

Sí, Santiago Bonhomme, nosotros queremos que tu hijo aprenda a cantar... ¿Es que las artes son, acaso, solo un privilegio de gran señor? ¿Crees tú, entonces, que tus hijos no tienen derecho a ellas? ¿O que no son capaces de gustar las cosas bellas...? ¿Acaso su carrera en la vida no será bastante dura como para que necesiten, ellos también, de todo lo que consuela y de todo lo que ayuda a vivir?

Y, además, ¿no has comprendido que si nos empeñamos en hacerle comprender y hablar un poco ese lenguaje divino que es la música, no lo hacemos para su exclusiva satisfacción sino porque él es un ciudadano francés y es menester que pueda ocupar su sitio en *el concierto, en el coro de la nación?*

Lo que constituye el alma de una nación son los sentimientos colectivos que no se desarrollan, ni se conservan, si no se expresan en común; y solo se expresan en común por medio de la música.

62 [N. de la C.] Véase en este mismo volumen el programa e instrucciones dadas por el señor Pizzurno a las escuelas de la provincia de Córdoba, cuando fue allí presidente del Consejo General de Educación, p. 211.

No, tú no puedes querer que tu hijo viva como un extraño en su país, que su voz permanezca muda y su corazón insensible durante nuestras fiestas nacionales, cuando todas las voces en torno suyo y todos los corazones canten a la patria, al honor, a la libertad.

(Decir por qué doy tanto desarrollo a esta parte de la conferencia y a la que sigue.)

El idioma, literatura, lectura, redacción, escritura, etcétera.

¡Maravilloso privilegio tener, impreso, a nuestro alcance, todo lo que han pensado, sentido y escrito bellamente los espíritus más cultos, los sabios, filósofos, oradores, músicos, poetas!

¡Y pensar que eso casi no se utiliza debidamente en la escuela, ni en el colegio!
¡Revivir obras maestras o lo mejor de las mismas!

Y mejor si se lee en alta voz, compenetrado el lector con el autor, vibrando al unísono. Reflejando en la voz la convicción o la emoción recibida y transmitiéndola por natural sugestión. Educando el oído en el ritmo, la armonía, etc. «Se hace revivir a las almas encerradas en los libros.» Y se recibe su influjo.

Mis infinitas experiencias con composiciones breves, sencillas pero con «alma». Los capítulos de *Cuore*. Otros propios o reproducidos en mis textos o coleccionados de diarios, revistas, etc., v.gr. «La rama de lilas», «La japonesa», «El pájaro heroico», «La lluvia», Lindbergh, «La luz», «Dicha segura», Nansen, «Quiero», Sarmiento (¿mereceré yo...?), Channing, «Cuéntame viajero», «La victoria», «El cochero modelo», etc. Artículos más largos, pero... Trozos clásicos (con alma). Distintos efectos con cada lectura. Las fábulas y los cuentos de hadas.

Las experiencias hechas en el Instituto Nacional. El castigo más eficaz a la desaplicación.⁶³

Cómo leer, cómo contar, cómo exponer, cómo recitar o declamar: la sinceridad, base de todo. Luego: estudiar lo que va a hacerse para interpretarlo bien. Naturalidad. Emoción espontánea. Evitar énfasis exagerado o intempestivo. El «floreo». La simulación del saber. Las citas de autores para decir lugares comunes queriendo parecer eruditos, o la cita de autores no originales. Efectos morales y antiestéticos. Los consejos de Legouvé. Recomendar su libro: *El arte de la lectura*.

Aprender trozos de memoria: materia de reflexión, aliento, distracción, etc. Lección de lenguaje. Encanto o tortura. La «plaga» de declamadores absurdos, inclusive algunos famosos (analizarlos, sin nombrarlos). Nombrar algunos de los buenos. Cómo corrompen el gusto unos y lo afinan otros.

La redacción: como el dibujo: del natural. Cosas conocidas, escenas en que hayan intervenido o presenciado. Mis «ejercicios» de 1884. Imitar cosas de mérito, bellas; no lo frío, tonto, difícil. Nunca lo desconocido que enseña a mentir, v.gr. un viaje por mar a quien no ha salido de Catamarca; la montaña al de la pampa, etc. Descripción de láminas artísticas al alcance del alumno. Las de mis textos, ¿con qué criterio fueron elegidas? La crítica absurda del inspector V...

63. Los sábados había lecturas especiales y despertaban tanto interés que resultaba un gran castigo impedir que asistiera a ellas el alumno desaplicado.

Cuidar la letra: que sea clara y buena aun cuando no alcance la perfección caligráfica. Orden, economía razonable, corrección y aseo en los cuadernos. Todo eso es belleza. No desdeñarlo.

Pero sobre todo aprovechar la lectura, precioso medio de cultivar el buen gusto en todo sentido, material y espiritual. Sus valores múltiples. ¿A qué no se presta? ¿Se aprovecha bien? No. ¿Por qué? Cuidarla desde primer grado y desde el primer momento.

Interés, inteligencia (comprensión), emoción y belleza desde el principio. Fondo y forma.

Métodos y textos: para la lectura rudimentaria. ¿Cómo se aplica? ¿Cómo se eligen los textos.⁶⁴ Errores fundamentales. Contar mi caso («Falta la letra K»).⁶⁵

La escuela, el libro y el autodidacta. Despertar el «apetito» por la lectura, la «buena» lectura, y lo demás vendrá solo. Los libros «para niños»: ¡Cuidado!, no infantilizarlos demasiado: elevarlo, no achicarlo; eso le gusta al niño, lo estimula, lo beneficia. El error de querer solo capítulos muy cortos. Las bibliotecas infantiles.⁶⁶

Relación de todo lo que precede con la educación estética.

Enseñanza de la moral y de la urbanidad: múltiples ocasiones para mostrar y hacer sentir la belleza de los actos humanos. Aprovechar todas las oportunidades. Ejemplos tomados también de los animales. Las maneras y costumbres. El lenguaje. Trajes. etc. En la casa, la calle, los trenes, el teatro, etc. Los deportes.

64. Véase el Plan, sobre textos de lectura, p. 529.

65. [N. de la C.] Merece referirse el caso a que alude el señor Pizzurno. Tuvimos de sus propios labios versión que reproduciremos muy en síntesis.

El hecho ocurrió hace algunos años. Un buen día una distinguida profesora, amiga del señor Pizzurno, le comunica que la comisión encargada de formular la lista de cinco textos dentro de los cuales deberían elegir los maestros de una importante provincia había resuelto excluir el libro *Pininos*, del señor Pizzurno, a pesar de reconocer las cualidades sobresalientes que lo destacan sobre todos los demás.

-Y entonces, ¿por qué lo eliminan? -pregunta el autor.

-Porque falta la letra K.

-¿Cómo, nada más que por eso?

-Nada más.

-¡Ud. debe estar equivocada, señora! ¿Quiere Ud. tener la bondad de indicarme tres palabras, nada más que tres o dos, o una sola, en las que entre necesariamente la letra K y que haya urgencia en que el niño de primer grado las aprenda y que se presten a la construcción de una serie de oraciones relacionadas entre sí e interesantes como deben ser todas las del texto de lectura?

La señora no pudo indicar ninguna.

-Y dígame Ud., señora: ¿no se le ha ocurrido a la ilustrada comisión de textos hacerse las siguientes reflexiones: «El señor Pizzurno ha de saber, probablemente, que existe la letra K en el alfabeto. ¿No habrá tenido alguna razón él, especialista en la materia, para no incluir la K en un libro cuya superioridad sobre los demás no se discute?».

Y agregé luego que de acuerdo con las ideas expuestas en el Prólogo no había querido sustraer a ejercicios más útiles y amenos una página de *Pininos* tan solo para apresurarse a enseñar una letra casi inútil y que, en todo caso, podía enseñarla el maestro meticuloso prescindiendo del libro. Lo que él no concebía era que una comisión de educadores relegara a segundo término lo fundamental, el interés, la emoción, por un detalle tan insignificante.

Y es lo afligente que con ese criterio «pedagógico» suelen resolverse asuntos de importancia.

66. Véase el artículo especial, p. 534.

AUXILIARES MÚLTIPLES

Los libros: sus condiciones estéticas materiales y espirituales. Ilustraciones, dibujos, fotos, reproducciones de obras célebres. El color. El precio: la excesiva baratatura contraproducente (de centavos por año) sobre todo en los textos para los primeros grados. Intereses que compromete.

Los útiles y el material escolar en general, cuadernos, etc. Sus condiciones estéticas.

Papeles diversos: diplomas, certificados, formularios, horarios, etcétera.

Las fiestas escolares: con fines morales, estéticos, de vinculación con las familias, etc. Música. Declamación. Gimnasia. Bailes. Cuadros. Representaciones. Juegos. Proyecciones. Exposición de trabajos. «Los Martes del Instituto». Las magníficas audiciones corales de Greppi y de Boero.

Las fiestas simbólicas: de las estaciones, de las flores, la cosecha, la ciencia, el libro, el animal, la música, el hogar, la patria, la paz, etcétera.

«¡Todo se va en fiestas!», dicen algunos. No, si se organizan inteligentemente, como medio de educación. Serán de belleza, de estímulo y de solidaridad con el hogar.

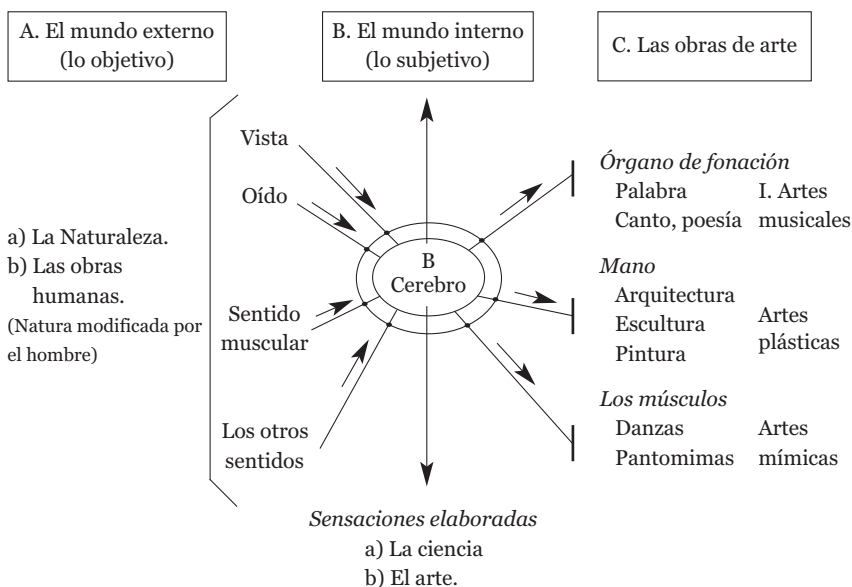
ACCIÓN SOCIAL

Las cooperadoras: concurso que pueden prestar adquiriendo elementos, organizando actos especiales, cursos e instituciones (v.gr. la Biblioteca Infantil C.E. XIV y otros, la «Hora feliz»⁶⁷ Fundar una asociación especial, v.gr. La Belleza en la Escuela y el Colegio. Los «Amigos del Arte». Los Amigos de la Ciudad. ¿Qué hacen, qué podrían hacer? Centros diversos. Cómo utilizar los cines, radio, ortofónicas, para servicio del pueblo todo.

Pero sobre todo insistir en la preparación de los maestros y profesores. Y darles medios suficientes. ¡Arriba, autoridades! ¡Vamos, educadores! ¡Un poco de entusiasmo y de perseverancia!

Recomendar los libros de Braunschvig: *El arte y el niño*; C. Mauclair: *La religión de la música*; B. Pérez: *L'art et la poésie chez l'enfant*. Y los de Alengry (tercer tomo), Lavignac, Fouillée, Lascaris, Couyba, Tolstoi, etcétera.

67. Véase p. 546.



Análisis psicológico del fenómeno estético: Gráfico extraído del folleto *Importance de la Culture Esthétique dans l'Education Générale de l'Enfant*, de A. Sluys, director de la Escuela Normal de Bruselas, 1905, p. 3.

Analfabetismo moral y estético: un medio para combatirlo

Carta de Pizzurno al Presidente de una biblioteca, señor V. Leoni, publicada en el periódico *Cultura* de Cañada de Gómez

Abril de 1930

TEMARIO

El valor de las bibliotecas y de la música.

DURANTE MIS GIRAS DE PROPAGANDA CULTURAL por nuestro país y algunos vecinos, he conocido de cerca innumerables asociaciones, clubs, bibliotecas, centros diversos, constituidos con propósitos más o menos especiales algunos, pero todos, en definitiva, respondiendo en mayor o menor grado al mismo noble fin: el mayor bien de los asociados y de la colectividad en general.

A ese efecto se organizan conferencias científicas o literarias, veladas cinematográficas, musicales, etc. Pero es la verdad que son los menos los que perseveran reuniéndose con suficiente frecuencia o con un concurso de público ni siquiera relativamente numeroso. Igual cosa puede afirmarse de la mayoría de las bibliotecas, a menudo desiertas, tanto de lectores en el local, como de interesados en llevar los libros a su casa para leerlos cómodamente.

Las razones son varias. Las he expuesto en múltiples ocasiones y no interesa repetirlas aquí. Solo diré que, con frecuencia, aquello se debe a la carencia de elementos suficientes o de capacidad y voluntad organizadora y perseverante.

No es difícil, sin embargo, encontrar en cada pueblo importante algunas almas más altruistas que otras, resueltas a dar de sí el máximo, hasta con un poco de sacrificio personal, premiado con la satisfacción de la propia conciencia. Solo se requiere, a veces, una palabra de estímulo, o la chispa que encienda el empeño por realizar una idea benéfica.

Bueno, pues; deseo contribuir con mi modesto concurso a que la asociación que sostiene la Biblioteca Popular «Bernardino Rivadavia» de Cañada de Gómez,

que me ha favorecido con la designación de Socio Honorario, ensanche su esfera de acción cultural por un medio tan sencillo como de fácil aplicación. Doblemente fácil dada la importancia de la biblioteca que afirmada en su progreso se dispone pronto a construir su edificio propio.

Solo un temor me asalta y es el de que lo que voy a recomendar equivalga a empujar una puerta que ya está abierta. Si así fuere, sirva la publicación de estas palabras para que imiten el ejemplo de ustedes las instituciones similares a las cuales llegue el número especial de *Cultura* que ustedes preparan.

Se trata de aprovechar sistemáticamente, y con frecuencia, una fuente de salud espiritual y de felicidad como es la cultura estética.

Ese tópico merecería ser encarado de múltiples puntos de vista conexos entre sí. Ante todo convendría recordar que el desarrollo del sentimiento de la belleza es indispensable si la educación ha de ser integral, armónica, respondiendo a la satisfacción de necesidades tanto físicas como espirituales y combatiendo un analfabetismo mucho más grave que el literario, o sea el de no saber leer, ni escribir, el analfabetismo que lejos de atenuarse parece que aumenta incesantemente entre nosotros y en el pueblo entero: *el analfabetismo moral y estético*.

La rápida degeneración de las costumbres, el sensualismo exagerado, el desarrollo excesivo de los deportes físicos convertidos en escuela de grosería; las canchas de juego, de las que salía, otrora, el gentilhombre respetuoso de la ley y de las buenas maneras; la música estrafalaria y los bailes llenos de contorsiones indecorosas; todo rimando con la «nueva sensibilidad» aplicada tanto a la música como a las artes en general, la escultura, la pintura, la poesía, etc. Parecería como que la eterna y natural tendencia humana hacia lo bello, que culminara en Grecia en forma que será siempre el modelo, se hubiese transformado en todo lo contrario: en el culto por la desarmonía, la arbitrariedad, lo grotesco, lo torpe.

Pues bien; lejos de exclamar, con los brazos caídos: «no hay nada que hacer, la avalancha del mal gusto es incontenible», es menester reaccionar, erguirse resueltamente y, con fe en el éxito, combatir por todos los medios a nuestro alcance la invasora degeneración. El triunfo no será inmediato, pero llegará si perseveran todos con buena voluntad, desde el Gobierno por medio de la enseñanza, aprovechando en ella todas las disciplinas y los innumerables recursos materiales y espirituales de que puede valerse, hasta el hogar, la acción de las asociaciones, la prensa diaria y periódica, el cine, la radiotelefonía, etcétera.

Pero el espacio de que puedo disponer se agota y no he llegado al punto en concreto que me propuse exponer. Es el siguiente:

La biblioteca cuyos progresos celebran ustedes en estos momentos puede contribuir al referido aspecto de la cultura por medio de los libros, principalmente, y organizando sesiones de lectura de cierta naturaleza, como yo mismo creo haberlas propiciado ahí alguna vez; pero no abundan los buenos lectores con las aptitudes y el altruismo suficientes para atraer al público y provocar en él emociones edificantes.

¿Por qué no agregar a la acción que llamaremos literaria la de la música?

¿Necesito decir lo que nadie ignora? ¿Debo exaltar el valor de la música como medio de provocar también, y en alto grado, emociones saludables?

¿Quién no sabe que es lenguaje capaz de llegar al espíritu tanto o más que la

palabra oral o escrita, que alegra o hace llorar, que alienta, modera o tonifica, que embellece el alma y nos hace más buenos, que disciplina y acerca a los hombres, convirtiéndose, así, en fuente de solidaridad y progreso individual y colectivo?

Y bien; ¿por qué, entonces, no explotar tan admirable recurso, ahora que ello es más fácil, mucho más fácil que hallar conferencistas o lectores capaces de atraer al público, de mantener el interés y dejar honda huella en el cerebro y en el corazón?

¿No están a nuestras órdenes, hoy, los mejores cantantes, inclusive los que, como Caruso y otros, han dejado de existir?, ¿los virtuosos más reputados del violín, del piano, del cello?, ¿las primeras orquestas del mundo?, ¿los coros más admirables?, ¿nuestra propia buena música nacional?, ¿la música, en fin, de todos los pueblos y todas las épocas, interpretada y reproducida maravillosamente, gracias al perfeccionamiento de los discos y de las máquinas parlantes?

Anexemos, entonces, a las *biblio*-tecas, las *disco*-tecas. Tengamos un buen aparato ortofónico en nuestro salón y organicemos, con frecuencia, audiciones, en horas oportunas y tanto para adultos como para niños. Confiemos la confección de los programas de cada sesión a quienes puedan hacerlo inteligentemente, matizándolas de manera que a todos interese; pero sin pretender que la formación del buen gusto musical y la reacción contra lo antiartístico se produzca de un día para otro.

Y tanto mejor si se obtiene que algún entendido y discreto dé al público de vez en cuando, sencillamente, explicaciones destinadas a hacer comprender lo que el autor se ha propuesto expresar. Y ojalá diéramos otra nota simpática: la de organizar entre asociados y el público, niños, jóvenes y mayores, masas corales que se reúnan para cantar, aclimatando entre nosotros esa práctica tan común en otros pueblos, sobre todo en los del norte de Europa.

Habríamos dado un paso más en pro de nuestra cultura y de nuestro bienestar.

Educación de la juventud: acción que en ella ejerce el hogar

Discurso leído en el Instituto Nacional en una fiesta anual

13 de diciembre de 1897

TEMARIO

Valor del ejemplo. - Casos concretos. - Sugestiones a los padres.

SEÑORAS, CABALLEROS:

Habíame resuelto a no tomar la palabra este año, alterando la práctica seguida en todos los anteriores y hasta ayer mismo mantuve mi resolución.

Pero... la vieja costumbre ha vencido y una vez más será puesta a prueba vuestra paciencia.

Parecíame que, guardando silencio, faltaba a algo así como a un deber reglamentario, a un doble deber. Como director del instituto me corresponde no dejaros partir de este recinto sin daros las gracias por la amabilidad exquisita que os trae todos los años a dar brillo a nuestra reunión de fin de curso; como director también, como maestro de los hijos de muchos de entre vosotros y como educacionista consagrado al servicio de la escuela argentina, me parecía igualmente que me hallaba otra vez obligado a no perder esta oportunidad de hablar a tantos padres y madres de familia, sobre alguno de los puntos relacionados con la educación de la juventud y concertar con todos algunos medios de contrarrestar la influencia de los diferentes factores que hoy contribuyen a desmejorar el modo de ser de la generación que se prepara en el banco de la escuela, en las salas del colegio y también en las aulas universitarias.

Me parecía que de estas fiestas debíamos llevar algo más que la impresión producida en nuestras almas por los distinguidos artistas que llenan de notas y armonías el ambiente de esta sala.

Si yo, pensaba, si yo consiguiera hacer vibrar otras cuerdas; si me fuese dado producir en el ánimo de los jefes de familia la convicción íntima, profunda, persistente, de que los niños y los jóvenes de hoy reciben una educación que no es la

que más conviene a su felicidad futura, a su bienestar, y a la felicidad y bienestar del país en que nacimos; si me fuese dado hacer que el convencimiento, hecho carne ya en el espíritu de los que sin venda en los ojos observan serenamente nuestro estado doméstico y social y comprueban la falta de ideales, el positivismo estrecho, la ausencia de desinterés, que lo caracterizan; que ese convencimiento, digo, producido en algunos, pasase a serlo en todos los que tienen a su alrededor un niño, una niña, un ser en formación a quien dirigir; si esa virtud me fuese propia, pensaba, ¡cuán grata y honrosa tarea para un educacionista! ¡Y en qué error incurriría, qué señal de poco amor a mi profesión y al cumplimiento del deber daría permaneciendo callado!

Pero puesto que tanto no me era dado, ¿por qué no llamar siquiera la atención, repetir la voz de alarma, invitar a todos a preocuparse de asunto que a todos interesa, y tanto?

Y puse resueltamente en el programa de esta fiesta el nº 6, con el título excesivo de «Discurso», las reflexiones que expondría y comprendí que la tarea era superior a mis fuerzas.

Se me ocurría hablarlos más o menos así:

Padres y madres de familia:

¿No es verdad que por todas partes se oye decir que la educación que reciben los niños de hoy es extraviada? ¿Que en la generalidad están demasiado «adelantados»? ¿«Que se consideran hombres antes de tiempo»? ¿Que pierden demasiado temprano el placer por los entretenimientos inocentes, propios de su edad e ingresan con anticipación indebida al mundo de «los grandes» y piensan muy libremente y hablan con demasiada desenvoltura de asuntos que no debieran preocuparlos sino más tarde, mucho más tarde? ¿No es verdad que se independizan demasiado temprano y que pretenden no deber acatamiento al padre, ni a la madre, a los cuales, de hecho, no respetan o respetan poco, no los aman y tal vez no les temen siquiera?

Sin duda habréis notado que suelen preocuparse con exceso de la forma del traje, de la tela de que está hecho, del peinado que se usa, del saludo a la moda, y que son generalmente débiles, sin vigor físico, con salud no asegurada.

Y que van a la escuela sin libros, porque... imagínense Uds.... Caballeros de catorce o quince años con libros todavía. ¡Qué ignorancia...! ¡Estudiar a los quince años...!

¡Que no lo sospechen siquiera las niñas que los ven por la calle, ya que los padres se empeñan en que vayan al colegio!

¡No señor! A esa edad y aun antes, los libros deben reemplazarse por el bastón que se cuelga al brazo, los guantes, la boquilla, la flor en el ojal.

Y en vez de aprender a resolver bien siquiera los problemas que resuelve el mandadero de la esquina, a escribir con buen sentido y ortografía, a hablar con sensatez y modestia, a conducirse con toda compostura y corrección, aprenden a caminar con aire de personajes, a bailar con elegancia, a copiar cartas sui géneris de los manuales de correspondencia epistolar, a expresarse con desprecio por todas las antigüallas de nuestros padres que creían, viejos tilingos, en la verdad, y en la sencillez, en la altivez sin altanería y en la existencia de los actos desinteresados y abnegados.

¿Qué saben ellos, los viejos y las viejas, de costumbres modernas, de prácticas sociales, de deberes y de derechos?

Nuestros jóvenes sí que se hallan preparados para «la lucha por la vida».

¡Oh, la lucha por la vida!

¡Hay que ser *vivo* para triunfar en ella!

Nuestros abuelos incurrieran en la candidez de pensar y de sostener que el triunfo es del que obra bien, del que ama la verdad ante todo, del que trabaja honradamente, del que funda en el esfuerzo propio, en la acción perseverante dirigida por una conciencia recta, el bienestar de la familia.

—Que siempre puedas, hijo mío, levantar altivo y digno tu frente pura; pero que sepas también inclinarte con respeto y humildad sincera ante los que son tus superiores legítimos.

Ese era el consejo que de nuestros padres recibíamos y ellos mismos eran ejemplo vivo de la moral que predicaban.

Hoy esos ejemplos son mucho más raros, si bien los consejos verbales suelen producirse todavía.

Y nuestros jóvenes y nuestros hombres empiezan desde niños a ser «políticos», disimulados, hábiles; aprenden a inclinarse *oportunamente* ante el que no lo merece, si ello puede reportarles un beneficio material, aprenden a sacrificar al éxito fáciles cualidades y virtudes que debieran constituir su mejor tesoro moral.

Y así crecen, y así llegan a hombres y se forman los ciudadanos indiferentes al cumplimiento de los deberes cívicos, los oficinistas infatuados que tratan con incivilidad al público que costea sus malos servicios, los funcionarios de todo género que no están a la altura de las responsabilidades que asumen, que a menudo son rémora en vez de elementos de progreso y parecen gozarse en poner trabas a todas las iniciativas benéficas y en proteger las perjudiciales; y mil desocupados con un título universitario quizá, títulos que solo representan, como valor, lo que el Estado ha debido pagar para sostener las facultades que los otorgan.

Y así se explica, en resumen, nuestro estado actual que todos encontramos malo, de desorganización general, de desquicio profundo, en el que cada uno procura sacar para sí todo lo que puede sin preocuparse de los derechos del vecino, en que el engaño erigido en sistema permanente es la atmósfera en que nos hallamos envueltos grandes y chicos, ilustrados e ignorantes.

Y bien, señores, esta desorganización no debe seguir adelante. Es necesario hacer algo para detenerla y provocar una reacción salvadora. Para conseguirlo todos los esfuerzos son necesarios, el concurso de todos es indispensable: el de los poderes públicos, el de la escuela y el de la familia. Aislado, cada uno de estos factores es insuficiente; unidos, su poder eficaz es grande.

Pero tengamos presente que el primero y principal, el que por sí solo puede ser decisivo por lo menos para inutilizar la acción de los otros dos, es la familia.

¿Me permitís que os lo diga con franqueza?

Muchos padres y muchas madres suelen creer que en lo que respecta a la educación de sus hijos, han cumplido su deber después que los han inscripto como alumnos de una escuela cualquiera y comprándoles los libros y útiles pedidos por el maestro.

Llenados estos requisitos nada queda por hacer.

El niño X se sienta mal en la mesa, contesta de mala manera, tiene modales in-

convenientes, es desarreglado en sus ropas y con sus útiles de trabajo; se muestra iracundo, vanidoso, torpe.

—¿Es eso lo que te enseñan en la escuela? —dicen la madre, el padre, los hermanos mayores.

Y no se recuerda que esos modales, ese lenguaje, esos defectos los poseía antes de concurrir a aquella. Se olvida que ellos son la resultante lógica de los descuidos de cada día, de la indiferencia con que se miraron las primeras manifestaciones de la tierna criatura, del error general en que se incurre creyendo que mientras el hijo es pequeño no es indispensable ocuparse de su educación, y que ya habrá tiempo, cuando sea grandecito, de trazarle el camino recto con la seguridad de que el niño entrará por él resueltamente.

Y se aplaude como una gracia la primera mentira del «nene» y se tolera y festeja su primer capricho, su respuesta altanera, su desobediencia manifiesta, su gesto o su ademán descomedidos. Se ríe de sus primeras palabras inconvenientes, tal vez se le enseña a pronunciarlas porque se encuentra gracioso oír las de sus labios inocentes. No se corrige su primer arranque vengativo, el primer estallido de su cólera injustificada.

¡Pobrecito! ¡Es tan chico! ¡Si no sabe lo que hace!

Pero *hace* y los actos repetidos traen el *hábito* y el *hábito*, «segunda naturaleza», imperará en adelante y no bastarán para contrarrestar su peso todos los preceptos teóricos que, tarde ya, le canten al oído padres y maestros. Solo nuevas acciones inteligente y firmemente dirigidas, con perseverancia, pueden modificar, pero difícilmente suprimir del todo, el efecto de las primeras.

No sabemos amar a nuestros hijos y queriendo evitarles un segundo de amargura les creamos una fuente inagotable de pesares.

Observadlo, madres, en el hecho más sencillo y común, en el tierno bebé que apenas ha abierto los ojos a la luz y al que impremeditadamente vosotras mismas, vuestras hijas mayores o una niñera ignorante, habéis hecho dormir en vuestros brazos paseándolo, meciéndolo en la cuna y cantándole el «arroró mi niño».

¡Cuántos malos ratos, cuántas noches pasadas en vela, cuántos castigos entonces injustos, engendrará ese primer descuido, cuyas víctimas seréis vosotras mismas y vuestros adorados tiranuelos!

En cambio, corregid sin lástima culpable el primer capricho; dejadlo llorar, si llora, una hora entera; no temáis que enferme de la garganta y veréis cómo no tendréis ya que acudir a la antihigiénica cuna, ni a los brazos, ni al arroró tradicional.

Y así con un criterio análogo, primero porque es un nene recién nacido; después porque tiene un año y no sabe todavía lo que hace; enseguida porque está enfermo, otro día porque es el de su cumpleaños; luego porque si lo reprendemos va a llorar y despertará al padre que se acostó tarde la noche anterior; en otra ocasión porque hay visitas; en la mesa porque le haría daño la comida; al anochecer porque puede soñar y asustarse durante la noche, y siempre con un oportuno pretexto con el que se pretende ocultar una debilidad incurable, es el caso que el nene ha llegado a la edad escolar con malos hábitos arraigados que harán fracasar tanto más los esfuerzos del educador, cuanto que este tendrá que seguir luchando con la falta de cooperación favorable del hogar y con exceso de una acción contraria a la suya.

Y sin embargo se persiste en repetir: «¿Es eso lo que te enseñan en la escuela?».

¡Oh!, no, señores: seamos justos y sin desconocer las grandes, muy grandes deficiencias de que adolecen hoy nuestros establecimientos de educación; reconociendo, por el contrario, que el desquicio, la falta de seriedad, el abandono más completo e imperdonable ha llegado hoy a invadirlos, por razones que sin vacilar expondré en breve en una conferencia pública; sin desconocer que la escuela es culpable también del estado social que criticamos o por lo menos que sobre ella repercute la desorganización general, reconozcamos también que nosotros, los padres, somos los principales culpables de los defectos que caracterizan la educación de nuestros hijos.

Lo somos por las razones que apenas os he esbozado y que sería imposible desarrollar en el breve tiempo de que puedo usar esta noche; lo somos no solamente porque no corregimos las primeras faltas, sino porque estimulamos la producción de nuevas.

Por ejemplo: porque damos anticipada y excesiva libertad a nuestros hijos; porque antes de tiempo ponemos a su disposición la semilla de todas las tentaciones, el dinero; porque les permitimos, inexpertos todavía, que concurren a locales, teatros, actos públicos, manifestaciones, etc., en los que nada útil y mucho de nocivo tienen que aprender; porque no fiscalizamos sus lecturas, no observamos su conducta de todos los momentos, no analizamos los juicios que suelen emitir; porque, con relación a lo que hacen en la escuela, no nos interesamos en sus progresos, y cuando intervenimos suele ser para justificar, quizá con un engaño, faltas que han motivado las quejas del maestro.

A menudo, si nos encontramos con un educador sincero que nos dice la verdad, no nos oculta los defectos de nuestro hijo y «se permite» proceder a su respecto correctamente y de acuerdo con lo que su competencia profesional le sugiere, nos resistimos a sus indicaciones y queremos, v.gr. que lo ponga en un curso superior al que le corresponde para que no sea menos que el primo o el amigo de la misma edad o para que «gane» años, sin que nada baste para convencernos de que perderá tiempo y no aprenderá nada y cobrará aversión al estudio y aumentará el número interminable, cada día mayor, de los que se quedan a la mitad del camino, incapaces de volver atrás para empezar de nuevo o, renunciando a sus primeros propósitos, abrazar una profesión manual, un arte o industria honorable en la que podrían ser útiles a sí mismos y al país y más incapaces de seguir adelante porque no tienen fuerzas para ello: el edificio levantándose sobre base insuficiente y es imposible coronarlo.

Y ahí los tenéis, los eternos «declassés» convertidos en la desesperación de los padres que soñaron asegurar para ellos, con un título de doctor rápidamente adquirido, un porvenir glorioso, transformados en oficinistas y empleados que pasan de un puesto a otro, en todos más o menos inútiles, en todos más o menos perjudiciales.

Es la lección, la dura lección que recibimos todos los días, pero no la aprovechamos. La experiencia hecha con el hijo mayor no nos ha curado, y la repetimos con el segundo que consideramos más inteligente.

¿Igual fracaso? ¡No importa! El tercero será mejor.

Y nuestros hijos recorren todos los colegios, los buenos y los malos y en ninguno se detienen.

En todas partes empiezan, en ninguna parte terminan.

¡Y siempre indecisos! ¡Siempre inconsecuentes!

Protestamos contra la forma actual de exámenes cuyos múltiples inconvenientes son hartamente conocidos. Sabemos que en ellos suele aprobarse al que nada sabe, al desaplicado de todo el año y se rechaza al alumno laborioso, preparado, pero tímido, que interrogado por uno de tantos «catedráticos» improvisados de la noche a la mañana no supo decir qué casos rige la preposición *de*, cuántos habitantes tiene el Beluschistan o de qué color era la casaca que vestía Napoleón en la batalla de Austerlitz. Declaramos que esto desmoraliza a la juventud y sin embargo somos los primeros en permitir, y hasta en exigir, que se presente a examen «por si pasa» nuestro hijo que tampoco ha estudiado y nada o casi nada sabe de la materia en que se presenta.

Señores: es que pretendemos educar con la palabra y es necesario educar con los hechos y con el ejemplo.

¡El ejemplo!

He ahí la gran lección que debemos dar los padres a nuestros hijos y los maestros a nuestros discípulos.

Permitid que en medio de esta serie de frases descosidas reproduzca una interesante historia que cuenta un inspector francés, Mr. Vessiot, y que como él lo dice, dará una idea del poder incomparable del ejemplo en materia de educación.

La escena pasa en un tren, durante un viaje.

Éramos cinco en el compartimento: un padre, una madre, un hijo, un viajero de sesenta años y vuestro servidor. El padre y la madre de un mismo lado haciendo *vis-à-vis*; * el viajero y yo del otro lado y en el medio el niño que podría tener de cuatro a cinco años.

Este parecía bien educado; estaba sentado sobre el borde del almohadón, muy correctamente, sus pequeñas piernas colgando.

No sé en qué estación sube un viajero, un joven de veinte o veintidós años, bien vestido, un diario en la mano y entre los labios el cigarrillo. ¿Us-
tedes preguntarán qué diario era? Me bastará decirles que no era un periódico de educación, por más que se lo vea a menudo entre las manos de gentes que se consideran bien educadas.

Nuestro elegante se sentó o, mejor, se tendió, desplegó un periódico, y sin mirar siquiera a sus compañeros de viaje, lo que hubiera sido de mal gusto, se puso a leer su edificante publicación y, no os sorprendáis, a fumar sin pedir disculpas por tan gran libertad. Cosa digna de notarse: había previamente, para mayor comodidad, estirado sus piernas y colocado sus pies sobre los almohadones de enfrente. Es cosa admitida y muy común.

Es cierto que tenía botines, y hasta hermosos botines; pero los mejores botines del mundo se ensucian como los demás, cuando se pisa sobre el polvo; luego, los suyos estaban sucios y naturalmente mancharon el almohadón.

Yo dirigí la mirada a mis *vis-à-vis*; él me respondió con una guiñada y un ligero movimiento de hombros, que significaba sin duda:

* [N. del E.] Cara a cara.

¿Qué queréis hacer...? ¡Es la juventud de hoy! Y volviéndose hacia la portezuela, dirigió sus miradas al paisaje...

Yo también adoro los paisajes; sin embargo volvía mis miradas a los pies con botines, que por una coincidencia feliz, se hallaban muy cerca de mí. Esperaba de ellos alguna cosa; pero no era yo el único que tomaba en cuenta esos botines tan desenvueltos, tan a sus anchas; el niño, a su vez, estaba ocupado con ellos, parecía que le interesaban en alto grado, y, cuando levantó sus ojos, muy abiertos, yo leí claramente en ellos el pequeño trabajo que se producía en su pensamiento.

Viéndose observado, dirigió los ojos a otra parte y yo hice lo mismo; pero poco después habían vuelto a los botines seductores. A mi vez estaba vivamente interesado y, sin dejarlo notar, seguía de reojo la escena.

Esta no duró mucho, pues nuestro elegante bajó en la primera estación, no sin haber dejado un doble rastro de su pasaje: un aire viciado y almohadones sucios.

El tren se puso nuevamente en marcha; entonces comenzó una segunda escena, esta más instructiva aun que la primera.

El botín había desaparecido; pero la señal quedaba y el ejemplo iba a entrar en acción. En efecto, yo vi, poco después, una de las piernecitas colgantes, la que se hallaba de mi lado, separarse insensiblemente de su vecina y despacio, pues el niño no se hallaba del todo tranquilo respecto de la libertad que iba a tomarse, estirarse hacia el almohadón.

Los padres no se fijaban, ocupados ambos en leer. El niño me miró como para averiguar lo que yo pensaba de su tentativa; yo me cuidé de descubrirme y fingí absorberme en la lectura, para no hacer fracasar la experiencia. El éxito fue completo. Después de algunas vacilaciones, algunas miradas a derecha e izquierda, el chiquillo concluyó por animarse y por estirar su pie sobre el rastro mismo de los botines educativos. El ejemplo había producido sus frutos.

En ese momento el padre levantó los ojos y el niño recibió lo que se llama familiarmente un pescozón, que recondujo rápidamente a la pierna delincuente a la posición primitiva. Ese padre, sin duda (era, creo, un obrero enriquecido), no había leído nuestros reglamentos escolares.

Ahí tenéis, señores, mi pequeña historia: ¡olvidad el pescozón, si podéis; pero no olvidéis los botines, ni la pequeña pierna!

Y bien, señores; como os dije al empezar, después de haber escrito en el programa de esta fiesta: «Discurso», por el señor P.A. Pizzurno, habiéndome trazado mentalmente los puntos que hubiera convenido tratar, varias dificultades se me presentaron y me arrepentí de haberlo hecho.

¿Cómo preparar un discurso si el plazo de que disponía era perentorio y brevísimo?

¿Y cuál de tantos puntos interesantes elegir?

Cualquiera de ellos merecía ser tratado con algún detenimiento y por lo mismo solo con uno hubiera debido ocuparme, lo cual me parecía poco.

Por otra parte, y esto fue decisivo: ¿cómo decirle a una madre llena de méritos, amorosa, bien intencionada, que anhela la felicidad de sus hijos; y a un padre

que se encuentra en análogas condiciones; cómo decirles: vosotros sois en gran parte causantes del mal de vuestros hijos?

¿En qué forma podría ser franco sin exponerme a herir susceptibilidades explicables, desempeñando en vuestra presencia un papel tan deslucido, cosechando en vez de vuestro aplauso, vuestra severa censura y el silencio más profundo como castigo por mi atrevimiento?

¿Cómo deciros que si la culpa del estado actual de cosas la tienen en parte las autoridades superiores, los directores de los colegios y de las escuelas normales, que no dirigen; los inspectores técnicos que no inspeccionan; los maestros que trabajan sin entusiasmo, también la tenéis vosotros por las razones ya expuestas?

Os hubiera invitado a que aunáramos nuestros esfuerzos y así como soléis constituir comisiones numerosas de damas y caballeros para organizar bazares, conciertos, grandes fiestas públicas destinadas a recolectar fondos para aliviar miserias y socorrer al necesitado, os hubiera pedido que constituyéndoos en comisiones, numerosas también, os acercarais resueltamente a las autoridades superiores de la instrucción pública, a los directores de la prensa diaria, a los hombres de influencia, y en nombre del interés nacional, que es el interés de aquellos mismos pobres y el de los ricos también y el de nuestros hijos en fin, exigirles que se ocupen de la educación del pueblo más eficazmente que lo que hasta hoy lo han hecho, que levanten las instituciones escolares, que dignifiquen el magisterio, que conviertan en *hechos* las promesas contenidas en los informes, los discursos y las memorias oficiales; que den junto con nosotros todos, a la juventud que hoy se pierde en la molicie, el ejemplo de la perseverancia y de la seriedad en el trabajo, en el trabajo que es lo único que hace buenos y felices a los hombres, prósperos y grandes a los pueblos.

Eso os hubiera pedido y esos cargos os hubiera hecho.

Pero tuve miedo, señoras y señores; desistí resueltamente y no escribí el discurso prometido.

Mi conciencia intervino entonces diciéndome:

—¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Faltas a tu deber! ¡Faltas al compromiso contraído contigo mismo desde que te enrolaste en las filas de los educadores de la juventud! ¡Faltas al compromiso contraído ante el país al aceptar el diploma que te consagraba maestro y auxiliar, colaborador principal de la familia!

Y ante esa acusación justiciera adopté una resolución suprema: la de confesar públicamente mi debilidad aplicándole, así, el merecido castigo.

Hecha queda la confesión.

Explicado mi silencio.

Ahora permitidme que me retire.

He dicho.

La caridad en la escuela: una práctica inconveniente

Nota publicada en el diario *La Nación*

11 de julio de 1917

NOTA DE LA COMISIÓN

Incluimos en este volumen algunos escritos que, cual este, acaso puedan considerarse como quien dice «de menor cuantía», pero que revelan cuánto ha preocupado siempre al señor Pizzurno todo lo que afecta a la formación espiritual y el respeto a la personalidad moral del niño.

LA EDUCACIÓN MORAL QUE A SUS ALUMNOS DÉ la escuela, los sentimientos que en ellos cultive, los hábitos que forme, valen mucho más que el caudal mayor o menor de conocimientos concretos transmitidos. Siendo esto así, importa no descuidar los detalles, cuya trascendencia suele ser grande, por más que la causa suele pasar inadvertida. A menudo, aun las personas más juiciosas y bien inspiradas y hasta en el momento de realizar iniciativas con fines morales plausibles, incurren de buena fe en errores capaces de influir de manera pernicioso en los sentimientos del niño. Sin ir más lejos, ayer, comentando algunas ceremonias celebradas en las escuelas, insinuábamos una crítica desfavorable a la práctica de repartir públicamente ropa, calzado y útiles a los alumnos pobres; y al oír nuestras observaciones, un caballero que preside un consejo escolar con excepcional acierto y con una consagración llena de altruismo, exclamó, golpeándose la frente:

—Pero ¡hombre! ¡No se me había ocurrido pensar en ello! ¡Qué justa su censura...! ¡Y yo que proyectaba una distribución pública semejante, siguiendo prácticas establecidas!

Como este caso ¿cuántos análogos se ofrecen todos los días?

Además de la amargura de carecer de lo necesario, haciendo contraste con sus compañeros de aula más afortunados, el niño pobre debe sufrir en público, a veces en fiestas escolares, ante los compañeros y gentes extrañas, la humillación de salir de las filas y estirar el brazo para alcanzar las prendas de vestir, el cuaderno y los libros que otros le regalan y que su padre no puede proveerle.

La turbación que su semblante refleja, la lágrima, acaso incontenible, que por su mejilla corre, ¿qué oculta...? ¿Gratitud? ¿Tristeza? ¿Rencor contra los testigos de su vergüenza o contra el propio autor de sus días, culpable, a veces, de las penurias que a la familia afligen?

Y, por añadidura, los trajes suelen ser todos de la misma tela, de un color y confección uniformes, circunstancia que permite reconocerlos entre los demás; de manera que aun en la mejor de las hipótesis, suponiendo que los niños afortunados no tengan el mal gusto de recordarlo y decirlo, malignos, queda, así, la dolorosa desigualdad marcada con carácter duradero, saltando a la vista, todos los días, en todos los momentos.

Aparte de la crueldad que tal práctica implica, ¿no se arroja, con ella, en el espíritu del niño, la semilla de justificadas protestas y rebeldías? Y lo que tal vez fuera peor, ¿no se apagará, en muchos, el sentimiento de la dignidad, preparando ociosos que se avendrán fácilmente a vivir del esfuerzo ajeno y mendigarán mañana sin hacerse violencia?

Parece que no es necesario agregar otras consideraciones para fundar la necesidad de que las autoridades superiores de la enseñanza dicten –ya que los referidos hechos tienen efecto– una resolución expresa que impida su reproducción. Se trata, al fin, de cumplir el santo precepto cristiano: que no sepa tu izquierda la caridad que hace tu derecha.

Algunas reglas de conducta sugeridas por los animales para los niños y los jóvenes

Transmisión radiotelefónica que fue reproducida en múltiples diarios y revistas de diversos lugares

9 de julio de 1924

NO VOY A HABLARLES, PRECISAMENTE, de la patria. Voy a referirles, en resumen, la hermosa lección de que fui testigo en una escuela y que se relaciona con nuestros deberes como hombres y ciudadanos.

Era en vísperas del 25 de Mayo. Todos los maestros habían dedicado lecciones especiales a rememorar hechos gloriosos del pasado, ensalzando la conducta de nuestros próceres y presentándolos como ejemplo. Uno de los maestros insistió particularmente en censurar a los que hablan mucho de la patria con cualquier pretexto, pero hacen poco por honrarla y beneficiarla con la propia conducta, de todos los días, todo el año y siempre. Con ese motivo repitió una serie de consejos prácticos referentes a la necesidad de cuidar nuestra salud física, intelectual y moral, y a la de adquirir todos los hábitos capaces de convertirnos en hombres útiles y ciudadanos dignos.

En un momento dado, dijo que si miráramos a nuestro alrededor, si observáramos con atención los seres y los fenómenos que nos rodean, de todo podríamos desprender alguna lección, algún ejemplo provechoso. Y así llegó a hablar de los animales que nos sugieren enseñanzas de todo género. Puso él mismo múltiples ejemplos y luego recomendó que para una lección próxima trajera cada niño alguna observación concreta, sin limitarse a los animales domésticos.

–Repártanse ustedes la tarea –agregó–. Así, cada uno podrá investigar mejor, dentro de cada grupo de animales. Consulten los libros de la biblioteca, pregunten a sus padres y hermanos mayores, recuerden cuanto hayan observado personalmente o leído, y anoten el resultado. Tienen ustedes ocho días de plazo.

Poco después cada uno dio cuenta de su caudal. ¡Qué interesante resultó la conversación...!

El maestro quiso que conservaran el resultado de ese trabajo, y a pedido general, Carlos, que es el más fuerte en composición y que suele expresarse con

mucho juicio, como persona mayor, fue encargado de escribir en forma de «sermón» el resumen de lo que conversamos.

Carlos hizo la síntesis, la cual, corregida por el maestro, quedó copiada en el gran cuaderno de la clase.

Es ese sermoncito lo que yo quiero leer hoy a los niños y jóvenes que me escuchan. Dice así:

Existen no pocos animales de cuya manera de ser pueden desprenderse enseñanzas saludables, desde los *cuadrumanos*, que son los más próximos al hombre, hasta el insecto al parecer más insignificante o el infusorio invisible a simple vista.

Así, los *monos* poseen como cualidad resaltante el don de imitar. Tengámoslo también nosotros para lo bueno, nunca para lo que choca con la moral y la corrección de las maneras.

Huyamos de las gracias torpes que solo hacen reír a la gente de mal gusto.

El amor maternal es notorio en los *cuadrumanos*, así como lo es el filial. No existe madre fea, ni pobre para el gracioso *monito*. ¿Sería tolerable en el hombre de origen modesto, enriquecido, que se avergonzara de su madre, porque no viste a la moda, ni se aviene a las maneras de la sociedad «distinguida»? Sería el ser más despreciable de la tierra.

Del amor maternal son también modelo las *focas* que enseñan a los hijos a vivir unidos y a auxiliarse, recíprocamente, cuando lo han menester o algún peligro los amenaza.

Tomemos del *gato* el hábito del aseo, y no la impureza ni la grosería del *cerdo*; y no solo por las consecuencias desfavorables para la salud de la falta de limpieza, sino también por la natural repulsión que determina la persona desaliñada y sucia, tanto como atrae la que es limpia y arreglada.

Seamos, como el *perro*, leales, agradecidos, abnegados, si el caso llega.

Que no se nos atribuya jamás la cobardía de la *hiena*, la ferocidad del *lobo*, ni la picardía o la astucia, aplicadas al mal, de la *zorra*. Tengamos la franqueza, la valentía serena, la resolución inteligente que resulta del estudio, de la conciencia del deber, de la energía y voluntad para cumplirlo.

Cultivemos nuestra mente para que no puedan compararnos al *topo*. Seamos observadores, atentos, precavidos, para no dejarnos engañar; pero no engañemos tampoco a los demás, creyendo que ciertas «vivezas» son lícitas. Ello es simplemente indigno.

No seamos como el *glotón*, sino moderados en la comida; tengamos más bien, del *camello* y del *dromedario*, el poder de abstenerse y la sobriedad, fuente de salud, economía y bienestar.

No durmamos demasiado, como el *lirón*, que acaso por eso se conserva torpe; no tengamos la indolencia del *armadillo* o del *perezoso*, imitemos la industria ingeniosa del *castor*.

Que nos disguste la terquedad que suele demostrar el *burro*; pero no su humildad, ni su paciencia, compatibles con el amor propio bien entendido y la altivez legítima, esta reñida con la adulación servil.

No seamos tercos, no cerremos los ojos a la luz, reconozcamos nuestros erro-

res, que nada hay más hermoso que el respeto sincero a la verdad; pero tengamos a la vez firmeza para sostener nuestras claras convicciones; tengámosla, sobre todo, para resistir en los buenos propósitos, resistiendo a las incitaciones perniciosas. Y seamos tolerantes con el error ajeno, especialmente si advertimos que la buena fe lo inspira; procuremos disiparlo cordialmente, razonando con amabilidad, y no insistiendo si el espíritu de nuestro contrincante se encuentra perturbado por la pasión.

No tengamos la irascibilidad del *colibrí*. Es menester dominarse aun cuando el enojo sea justificado. Reprimiremos mejor el agravio, sin excedernos, cuanto más dueños seamos de nosotros mismos. La indignación provocada por los hechos innobles es preciosa virtud, propia de las almas superiores; pero la ira ciega rebaja el nivel moral del hombre.

No hablemos sin entender lo que decimos, como el *papagayo*, ni tan copiosamente que nos llamen *cotorras*. Estudiemos bien lo que necesitamos saber, pensando lo que decimos, y sin olvidar que quien mucho habla, mucho yerra. Y aprendamos a escuchar. Así no solo aumentaremos nuestro caudal de saber, sino que nos haremos simpáticos a los demás.

Observemos qué mal caminan los *loros*, con los pies hacia adentro. Seamos nosotros erguidos, caminemos derechos, sin amaneramientos en el porte. También así seremos agradables; pero que no estribe en eso el valor de nuestra persona, ni menos en el traje que vistamos.

No seamos como el orgulloso y hueco *pavo real*; tengamos la elegancia, que va unida a la sencillez y el buen gusto, la gracia y el andar majestuoso del *cisne*, encanto de parques y jardines, y que reúne a sus bellas cualidades exteriores rasgos de valor y energía para defender a sus polluelos. Dignos siempre, sin ostentación, ante nuestros superiores, seámoslo igualmente, con bondad y cortesía, para con nuestros subordinados, sin excluir a los sirvientes más modestos.

Evitemos el ridículo; no seamos el hazmerreír de nadie. Conservemos nuestra seriedad, sin que ello implique el tener maneras adustas. La seriedad de la conducta no excluye la sonrisa en los labios ni las naturales y necesarias expansiones de la legítima alegría. Por el contrario, huyamos de la tristeza; que la risa, la saludable risa, sacuda con frecuencia nuestro organismo. Y cuando nos alcance el dolor, pensemos que ello también es necesario, como la vacuna. En el dolor se temple el carácter, preparándonos para vencer, más tarde o más temprano, sin doblegarnos ante los contrastes inevitables. Tengamos la perseverancia del *hornero*, reconstruyendo nuestra casa y nuestro caudal cuantas veces fuera menester.

Imitemos a las *aves canoras*, cultivando la voz, evitando cuanto haga nuestra expresión desagradable, y aprendamos también a cantar. Es ese un medio más de ser felices y de difundir a nuestro alrededor el contento. No pretendemos que digan de nosotros «canta como un *ruiseñor*», pero nuestro lenguaje no dará lugar a que se diga «brotan de esa boca *sapos* y *culebras*».

Tengamos siempre el espíritu vigilante del *gallo*, aplicándolo a la conducta con el fin de evitar debilidades y desvíos.

Conservemos siempre la dignidad personal por sobre todas las cosas.

No nos arrastremos jamás como los *reptiles*, perezosos y taimados; no cambiemos de colores como el *camaleón*, desoyendo la voz de la conciencia, y pen-

sando solo en medrar a cualquier precio. Avancemos sin ocultar las armas, siempre nobles y dignas de quien las esgrime.

Multipliquemos en cuanto sea posible nuestras aptitudes, para lograr independencia y no ser un *parásito* que vive a expensas de los otros, o como el *marisco* adherido a la roca.

Así como teje la *araña* su red para procurarse el alimento, sea nuestra red el conjunto de habilidades que han de proporcionarnos el pan de cada día y han de permitirnos ser útiles a los demás, retribuyendo los beneficios recibidos.

Pensemos que en todas las esferas de la actividad humana se puede hacer el bien y contribuir al progreso y a la felicidad colectivos, cosechando satisfacciones íntimas. Es a menudo el obrero más pequeño el más eficaz. ¿Quién es más útil, por ejemplo, el *león*, llamado «rey de los animales», o la *gallina*, menos, aun, la *abeja* o el humilde *gusano de seda*?

El que trabaja es el que vale más. No seamos, entonces, los *zánganos* de la colmena humana, sino las *abejas* industriosas que trabajan para sí y para los otros con inteligencia y constancia; recomencemos como ellas, resueltamente, la tarea, si un accidente inesperado interrumpe y destruye alguna vez nuestra obra.

E imitemos a la *hormiga*; recordemos, durante la buena estación, mientras seamos jóvenes y fuertes, que la vejez llegará. Tomemos nuestra precauciones para que el invierno de la vida no nos sorprenda en la indigencia.

Por último, tenga la niña la dulzura de la *paloma*, emblema de paz y pureza de corazón, y como la llamada «mensajera», sepamos todos, hombre y mujeres, jóvenes y viejos, elevarnos siempre para orientar nuestra conducta rectamente hacia lo bueno, lo verdadero y lo bello.

El ejercicio físico en la escuela primaria

Trabajo leído en la 4^a Asamblea Oficial de Maestros presidida
por el Consejo Nacional de Educación

9 de septiembre de 1893

TEMARIO

Superioridad de los juegos y ejercicios libres sobre la gimnasia con aparatos fijos o móviles.

SEÑORAS, CABALLEROS:

Estaba resuelto a no intervenir en este debate en forma alguna, a ser mero espectador callando mis opiniones fueran ellas en pro o en contra de las conclusiones presentadas por el señor director de la Escuela Normal; y con mayor razón me imponía discreto silencio a mí mismo, antes de expresarme aquí en desacuerdo con ellas. Circunstancias especiales me decidían a observar esa actitud prescindente, por más que el interés que siempre me han inspirado las cuestiones escolares hicieran necesario de mi parte un esfuerzo más que considerable para callar mi humilde, pero no improvisada opinión, en asunto de tanta importancia como el que se discute y de cuya acertada o equivocada solución pueden resultar beneficios no despreciables o graves perjuicios para los millares de niños que concurren a las escuelas argentinas.

Pero habiendo asistido a la conferencia primera en la que el profesor de gimnasia de la Escuela Normal, señor Pourteau, leyó el trabajo dictado por el doctor Honorio Leguizamón, la noche anterior, según le oí decir; habiendo asistido a la siguiente sesión en la que se pronunciaron varios discursos para obtener el triunfo de una moción más o menos oportuna, más o menos fundada y sin importancia; habiendo oído la lectura del sensatísimo informe de la comisión formada por la señora de Lapuente y señores Aubín y Tufró, dictaminando, por encargo de esa asamblea, sobre las conclusiones en tela de juicio; después de estudiar a solas y detenidamente la conferencia inicial y sus conclusiones; y por último, después de representarme con la mayor exactitud posible el cuadro de la situación escolar argentina en lo que respecta a la educación física, he creído llenar un deber y usar

de un derecho legítimo, al exponer, aunque sea brevemente, lo que puede hacerse hoy en nuestras escuelas en el sentido de mejorar aquella, fundando de esa manera mi voto a favor de la declaración fundamental hecha por la comisión al proclamar la *superioridad de los juegos y ejercicios libres sobre la gimnasia hecha con aparatos móviles o fijos*.

Pero aunque completamente de acuerdo con la doctrina general sostenida por la ilustrada comisión, pienso que las conclusiones presentadas por ella deben modificarse dándoles un carácter más amplio, más general y por lo mismo sintético, sin colocar, como se ha hecho en esas conclusiones y en las del conferenciante, al lado de un principio general, una afirmación particular, aislada, de detalle, insignificante, como la que se refiere a la clava y la que corresponde al *opposant*.⁶⁸

La comisión, por un exceso de delicadeza que la honra, pero a la que no estaba moralmente obligada, al redactar sus conclusiones se atuvo más o menos al cañamazo sobre que estaban bordadas las del señor conferenciante; de ahí que, mejoradas sustancial y radicalmente en el fondo tanto que puede decirse que son diametralmente opuestas a las del doctor Leguizamón, conservan con ellas parentesco en la forma, sin que nada justifique hoy esa relación, ni siquiera un deber de cortesía, como se verá cuando termine mi exposición.

EL EJERCICIO FÍSICO EN NUESTRAS ESCUELAS

Es indudable que nuestros niños dedican en la escuela pública un tiempo mínimo al ejercicio corporal, 6 horas semanales sobre 30 de permanencia en la escuela. Pero en realidad esas horas no lo son ni aproximadamente de ejercicio de una utilidad digna de tenerse en cuenta, puesto que 5 son las destinadas al recreo a razón de 50 minutos diarios en 4 sesiones: 2 de 10 y 2 de 15 minutos cada una, intercaladas después de cada 50 minutos de lección teórica, y cada uno de nosotros sabe que esos minutos no son ocupados en ejercicios o juegos de algún valor higiénico sino por un número limitado de niños, quizá los que menos lo necesitan. Los demás han perdido, por más que esto parezca inverosímil, han perdido, si lo tuvieron, el amor al movimiento, al juego; se ha formado en ellos el hábito de la quietud física y lo que en las condiciones normales es una necesidad imperiosa a la que no se resiste el niño porque la naturaleza lo arrastra sabiamente a satisfacerla; el deseo de correr, saltar, trepar, gritar, jugar de mil maneras, ha desaparecido en él; hábitos distintos se han robustecido; ya no corren, ni gritan, ni juegan, ni siquiera cuando a ello se los incita proporcionándoles los medios de hacerlo.

Es que, como lo afirma Lagrange, «todos los impulsos instintivos pierden a la larga su intensidad cuando se reprimen constantemente sus manifestaciones exteriores».

«[...] El escolar a quien se devuelve un instante la libertad después de un día entero de sujeción ya no sabe aprovecharse de ella; sus músculos, acostumbrados a la inacción, ya no saben salir de su torpeza. Es el canario al que se abre la puerta

68. El *opposant* de Pichery (nombre del inventor) era un aparatito suelto de metal, elástico, utilizable para hacer ciertos ejercicios musculares y a favor del cual el conferenciante, doctor Leguizamón, solicitaba el voto preferente de la asamblea.

de la jaula y que no siente, ya, la tentación de evadirse.» Y concluye Lagrange de esto que «el hábito no es solamente un resultado de orden moral; es sobre todo el efecto de una adaptación material de los órganos a un nuevo género de vida».

Y todos los que me escuchan lo saben porque lo han visto y lo ven todos los días en el mayor número de las escuelas: a la señal de rompan filas, muchos, es cierto, corren de un lado a otro, juegan, gritan, ríen, son felices; pero otros muchos, los más débiles generalmente, se arriman a las paredes, a los rincones, a los bancos, si los hay, y prefieren conversar entre sí, leer acaso, de pie o sentados, o contemplar casi con curiosidad y asombro a los que, educados desde el principio de otra manera, no han sentido apagarse esa chispa preciosa, origen de vida, fuente de felicidad que recorriendo todo el organismo, lo sacude, lo electriza y hace que se entregue casi sin quererlo, y como quien respira sin darse cuenta, a los juegos naturales de la infancia.

Y en nuestros niños, y más aun en nuestras niñas, se halla muy acentuada esa tendencia a la vida sin movimientos, a la vida sedentaria, a la pereza física, tendencia que a muchas ha sido quizá transmitida en la sangre de sus padres, pero que los más, creo, la han adquirido porque la familia y la escuela conspiran en ese sentido al restringir más o menos directamente la libertad de los niños y al prohibir a las niñas que corran y que salten, que ríen y que griten, porque la niña que corre y que salta, que ríe y que grita en el patio de su casa y en el patio de la escuela no podrá ser mañana la señorita culta, de finos modales, de voz suave y de cuerpo delicado, orgullo de nuestros salones y galardón deseado de los hombres de buen gusto.

¡Y pensar, señores, que todavía haya que combatir lo que Spencer, con tanta sencillez como vigor y acierto, ridiculizaba ya a mediados de este siglo que termina!

Y bien; es necesario reaccionar, pero reaccionar sería y decididamente y persistir después en la norma de conducta que nos tracemos. Por eso conviene estudiar bien esta cuestión, y nadie mejor habilitado para arribar a una solución acertada, que se armonice con las exigencias de la higiene y la pedagogía y que se adapte a las condiciones de nuestras escuelas, que esta asamblea cuyos miembros todos pueden apreciar las diversas opiniones que se emitan por un buen número de entre vosotros, especialmente preparados para estudiar el asunto hasta en sus menores detalles.

EJERCICIOS NATURALES Y ARTIFICIALES

Tenemos por de pronto el atinado informe de la comisión que proclama resueltamente la superioridad absoluta de los juegos y ejercicios libres sobre los ejercicios con aparatos, sean ellos móviles o fijos, es decir, la superioridad de los ejercicios naturales sobre los ejercicios artificiales.

Comparto sin vacilar y sin restricciones esa opinión, apoyada por el Cuerpo Médico Escolar y por las demás autoridades que ha consultado la ilustrada comisión, entre ellas la del doctor Lagrange, para mí de mucho peso,⁶⁹ y de algunas de

69. [N. de la C.] La marcada insistencia en citar a Lagrange responde a un propósito especial. El doctor Lequizamón, cuyas conclusiones se discutía, había reproducido y hecho propias, en su disertación, las doctri-

cuyas reflexiones quiero expresamente hacerme eco enseguida, presentándolas siquiera en brevísima e incompleta síntesis, ya que sería largo hacerlo in extenso.

Los ejercicios artificiales exigen del hombre la ejecución de movimientos a los que no se siente naturalmente llevado, acumulan las dificultades, hacen necesario mayor gasto de fuerza y para cada uno de los ejercicios una preparación previa, es decir, el aprendizaje de una serie de movimientos preparatorios.

Los ejercicios naturales, por el contrario, que son los que tienden a utilizar los movimientos del cuerpo a que el hombre se siente naturalmente llevado, suprimen, evitan o reducen al mínimo las dificultades, buscando el resultado benéfico, disminuyendo el esfuerzo. Son esencialmente fáciles y no exigen una preparación previa: las dificultades solo se presentan cuando se quiere llegar a la perfección en el modo de ejercitar el movimiento.

Los ejercicios artificiales tratan de hacer al sujeto más fuerte y más diestro de lo que está en su naturaleza ser. Son «métodos de perfeccionamiento», forman sujetos escogidos.

Los naturales son métodos de desarrollo, higiénicos; forman individuos sanos, desenvueltos.

Los artificiales «tienen justamente los defectos de sus cualidades»; localizan los movimientos y pueden formar sujetos escogidos, de élite, es cierto, pero forman muy pocos sujetos. La mayor parte de los escolares son refractarios a esos ejercicios; solo obtienen apreciables ventajas los alumnos bien dotados, los que menos lo necesitan, «quedando los más débiles, es decir, la gran mayoría, librados a todas las miserias físicas y morales que derivan de la falta de ejercicios».

Dada la antipatía que profesan a esos movimientos, ejecutados «como una lección más», solo los hacen en las escuelas obligados por el maestro; les cobran aversión invencible después, no los repiten en sus casas, faltando entonces hasta la cantidad de ejercicio necesario a cada niño; y eso sin contar con que en la escuela «se salvan» a menudo de hacer gimnasia con una tarjeta del padre que así lo pide «por prescripción médica», o burlan de todas maneras al maestro haciendo los movimientos con todo desgano, sin la energía indispensable para obtener el efecto que se busca.

Espero que los defensores de esos ejercicios para las escuelas primarias no dirán que son fantásticas estas afirmaciones. Es observación que cada uno de los maestros de las escuelas públicas ha podido hacer y ha hecho, estoy seguro. En cuanto a mí puedo decir, sin jactancia, que hice al respecto larga experiencia en más de once años que actúo como maestro y han desfilado por las escuelas que he dirigido los profesores de gimnasia más conocidos en Buenos Aires y de los cuales todos, excepto uno, creo, lo han sido del Club de Gimnasia y Esgrima: Baragiolla, Pinelli, Fadeux, Lecci, Laveggio. Con todos análogos resultados: resistencia decidida de los alumnos, ineficacia casi completa de los ejercicios y muchas penitencias originadas por estos.

Y los que nos educamos en la Escuela Normal no hemos olvidado seguramente

nas del sabio autor francés, en las que pretendía apoyar dichas conclusiones cuando, en realidad, se hallan en completa contradicción con ellas. Y es eso lo que quiso hacer resaltar Pizzurno al apoyarse a su vez, deliberadamente, en el mismo Lagrange, para sostener la superioridad de los juegos y ejercicios al aire libre.

que la clase de gimnasia nos era simpática tan solo porque durante su desarrollo se expandía nuestro espíritu en inolvidables «titeos» que hacíamos a «Pelotón», sobrenombre con que designábamos al distinguido caballero y profesor-mártir que tuvo la Escuela Normal durante algunos años, muerto hace poco en Buenos Aires.

Solo cuando la temida silueta de nuestro director, Van Gelderen, hacía su aparición en la escalerita que conducía al gimnasio, adquiríamos la energía necesaria para extender y contraer nuestros músculos.

En la progresista asociación arriba citada he podido comprobar, siendo socio y asistiendo con regularidad de noche, durante mucho tiempo, el mismo resultado: siempre fue difícil formar secciones numerosas para los ejercicios con aparatos movibles o fijos. Y eso que se trataba de jóvenes, de adultos, que pueden apreciar las ventajas que a ellos ofrecen esos ejercicios.

Todo esto demuestra la superioridad absoluta de los ejercicios naturales, es decir, de los juegos, que benefician al mayor número, que hacen «fuertes a los débiles antes que atletas a los fuertes».

Trátase de la pelota, del rescate, de la mancha, del avestruz, del salto y las carreras en todas sus formas, etc., jugarán unos mejores, otros menos bien; ganarán unos, perderán otros; pero unos y otros han corrido, han saltado; se han agitado en todos los sentidos, han reído, han sido felices: el juego les ha servido positivamente de descanso intelectual, vuelven a clase con alientos para hacer nuevos esfuerzos mentales, y el resultado que más se desea obtener con los ejercicios físicos, activar las principales funciones vitales, la circulación, la respiración, se ha conseguido sin violentar la naturaleza infantil.

EL PLACER EN EL EJERCICIO. EL EJERCICIO EN FORMA DE JUEGO

Han experimentado placer, han sido felices, he dicho y vuelvo sobre ello porque el placer en el ejercicio físico es un elemento fisiológico, higiénico, que debe tenerse muy en cuenta, como se lo tiene cuando se trata de enseñar geografía, historia, aritmética o dibujo, ramas que el maestro procura siempre hacer amenas, entretenidas, agradables.

No hay razón para violar, al tratarse de la educación física, leyes naturales y reglas pedagógicas que se respetan al tratarse de la educación intelectual y moral y que rigen a la educación completa del niño.

Dos hermosos capítulos dedica Lagrange a los efectos físicos e higiénicos del placer en el ejercicio, que obra poderosamente sobre los centros nerviosos y bajo cuya influencia «se produce en todo el organismo una distribución más abundante de esa fuerza tan útil a las funciones de nutrición, y a la que damos, sin conocer bien su esencia, el nombre de «energía vital»».

«Cada órgano espera para funcionar la acción de su excitante natural; pero la naturaleza vela constantemente para que el excitante no falte. Los alimentos son los excitantes de funciones digestivas y su introducción en el estómago está asegurada por esas incitaciones apremiantes a beber y a comer que se llaman el hambre y la sed. Hay así en nosotros una serie de apetitos, de necesidades, cuya satisfacción se liga íntimamente con la regularidad de las funciones vitales. El placer es uno de ellos.»

La madre que pasa tantos momentos haciendo reír al niño que amamanta «no se preocupa mucho, sin duda, de lo que llamamos influjo nervioso, pero ella observa al niño, y sabe muy bien, después que lo ha hecho reír, que él está más rosado, más fresco, que es un flor más abierta. Ella no se sorprenderá si el médico le dice que dando alegría a su hijito, aumenta su energía vital, que lo hace más vigoroso...». «El niño necesita de la alegría como la planta de la luz.» La luz no es alimento para las plantas, pero es un excitante necesario para ciertos fenómenos de la nutrición.

Lo mismo es la *alegría* para el niño. Y si la planta falta de sol se marchita, el niño privado de placer languidece.

«No basta, pues, para que el ejercicio sea proclamado “higiénico” que dé a los músculos trabajo suficiente. No basta tampoco que el trabajo sea bien distribuido en todas las regiones del cuerpo y que cada músculo haya recibido su parte. Es menester que el cerebro también encuentre su beneficio; es necesario que el ejercicio sea recreativo.

»Imponer al niño ejercicios desprovistos de todo atractivo es más que una falta de solicitud, es una falta de higiene.»

Y como Lagrange, Daryl⁷⁰ y todos los profesores o higienistas que han estudiado seriamente el punto lo han resuelto de la misma manera. Daryl dice: «Para que los niños hagan gimnasia con provecho, es menester que esta gimnasia los divierta, y para que ella los divierta es necesario que revista la forma de un juego. El método inglés, si método es, no es sino la aplicación de esa regla».

Por lo demás, señores, y termino este punto, la experiencia de muchos años nos ha demostrado la eficacia casi exclusiva de los juegos como medio de educación física de los niños, agregándose así la sanción de los hechos a las conclusiones a que nos conduce la reflexión serena, ilustrada por la observación de la naturaleza infantil.

Y sin hablar de la experiencia de países enteros, Inglaterra y Bélgica, por ejemplo, donde se ha dado a los juegos el lugar principal, casi exclusivo, que les corresponde, podemos afirmar que *nuestra opinión decidida a favor de los ejercicios naturales reposa sobre unos cuantos años de experiencia personal, especialmente durante los tres que lleva de existencia el Instituto Nacional*. En él hemos tenido que renunciar casi en absoluto a la gimnasia con aparatos, después de haber empleado simultáneamente y alternativamente el bastón Jager, la clava, las palanquetas y los apoyos, y en estos momentos el carpintero se ocupa en transformar el gimnasio, con sus argollas, barras, trapecios, perchas, escaleras y demás aparatos, en sala para la otra gimnasia educativa del cuerpo y del espíritu, destinada a invadir las escuelas del mundo entero: el trabajo manual.

Con esto y con los juegos de todas clases a que todo el día se entregan nuestros discípulos libremente siendo apenas dirigidos con cariño, nunca mandados por los profesores; con las carreras, con el salto, la marcha, el rescate, etc., con cuerdas que les sirven para saltar y cinchar, con la pelota haciendo frontón en cualquier pedazo de pared, con la plaza de juegos a la que van los pupilos por lo

70. DARYL, Philippe, *Renaissance physique*.

menos tres veces por semana durante dos horas cada vez, con todo esto, la salud y el desenvolvimiento físico están asegurados.

Los registros de «Estadigrafía física», que se tiene casi siempre por fórmula, para poder anunciar a todos los vientos que se llevan y que generalmente se empiezan pero no se continúan, esos registros, declaramos francamente que ni se nos ha ocurrido, hoy por hoy, tenerlos en el Instituto.⁷¹ Pero si no tenemos un registro estadigráfico, en cambio, mejor que sobre una hoja de papel, queda constancia indudable, infalsificable, del excelente efecto del ejercicio natural en los movimientos, en la expresión de las caras, en el color de las mejillas, en las manifestaciones todas de los escolares; en las exclamaciones de los padres que encuentran mejorados a sus hijos y lo declaran complacidos sin que se les pregunte; y hasta en la manera como designan los niños al médico del Instituto, llamado por ellos «médico de los purgantes» por cuanto en tres años casi no ha tenido que recetar otra cosa el ilustrado facultativo, tales son las afecciones que se producen allí.

Y perdonad, señores, estas frases que no faltará quien maliciosamente considere, tal vez sin equivocarse, una «reclame» a favor del Instituto Nacional que di-ríjo.

EJERCICIOS CON APARATOS MOVIBLES. LA CLAVA Y EL *OPPOSANT*. LAS OPINIONES DE WATSON

En toda la exposición que precede va implícitamente contenida mi disconformidad con varias de las conclusiones que se discuten y las razones en que se funda el desacuerdo. Considero, no obstante, conveniente insistir sobre algunas razones más en contra de las que se refieren a la *clava* y al *opposant*, y decir algo también sobre la 1^a y la 5^a.

Está demostrado que todo ejercicio que pone en actividad simultáneamente diferentes miembros y grupos musculares produce mayores y más benéficos efectos sobre las funciones vitales, aunque esos ejercicios sean moderados, que un ejercicio violento en que solo interviene un grupo de músculos.

Y es esta una razón más que puede aducirse a favor de los juegos bien dirigidos.

Es indudable también que los ejercicios que den por resultado el mayor funcionamiento del pulmón deben merecer especial cuidado; pero la naturaleza misma sabiamente responde a esa necesidad, pues son precisamente los ejercicios a que con espontaneidad se entregan todos los niños, la carrera, el salto, etc., los indicados para producir aquel resultado.

«Si se compara, bajo el punto de vista del esfuerzo respiratorio, a una persona que acaba de correr con un gimnasta que acaba de trabajar en los aparatos, la duda no es posible, y es por cierto el pulmón del corredor el que ha entrado más enérgicamente en juego. Los aparatos de gimnasia pueden muy bien hacer trabajar los músculos, pero dejan la respiración en una calma relativa.»

«Los ejercicios de las piernas, de las que es el tipo la carrera y que forman la

71. No desconocemos su valor cuando se llevan seriamente a cargo de personas competentes.

base de todos los juegos al aire libre, son superiores a los ejercicios de los brazos para desarrollar el pulmón, porque activan mucho más la función respiratoria», con toda su indiscutible autoridad Lagrange, y agrega textualmente también: «Es esa una verdad muy a menudo olvidada por ciertos médicos que recomiendan, para activar la respiración, los grandes esfuerzos de los brazos».

Todas estas razones bastan, me parece, para dejar claramente demostrado lo mal que se procedería estableciendo una conclusión especial para un aparato determinado, sea el que fuese, y menos aun tratándose de la clava, por elegantes que sean los movimientos que con ella pueden hacerse; sin contar con razones de orden material que dificultarían su empleo en las escuelas, entre ellos el mucho espacio que se necesita para hacer ejercicios de conjunto y el poco tiempo de que se dispone para hacer gimnasia, lo que debe decidírnos a ocuparlo todo o la mayor parte con los juegos y ejercicios libres.

Tenga enhorabuena cada padre en su casa, si así lo quiere, clavas, trapecios y «Picherys», pero no se les dé entrada a la escuela primaria en donde cada uno de esos aparatos sería un verdadero *opposant* que se opondría a la realización de los fines que deben perseguirse con el ejercicio físico.

Que algún autor declara superioridad absoluta de la clava, y llega hasta hacer literatura al hablar de ella, tanto la prefiere se ha dicho.

Pero, señores, ese autor, Watson, estoy por creer que es cualquier cosa menos autoridad en la materia. Si no temiera equivocarme faltándole sin razón el respeto diría que, a juzgar por su libro, tiene mucho de común con los fabricantes de ciertos específicos cada uno de los cuales (de los específicos, se entiende) posee asombrosas y universales virtudes.

Y véase si tengo razón para pensar así.

Watson, cuyo libro *Calistenia y gimnasia* es solamente una colección de ejercicios y de indicaciones sobre la manera de hacerlos, dice en la p. 146, hablando de las clavas o mazas indias:

«*Las mazas indias o cetros*, como ellas son denominadas algunas veces, están merecidamente tenidas en la más alta estima por todos los gimnastas, ofreciendo, como ellas ofrecen, una de las mejores y más extensas series de ejercicios para desarrollar la fuerza muscular de todo el cuerpo... Estas mazas obran como por encanto. No podéis tocarlas, no podéis levantarlas para el ejercicio más sencillo, sin hacer que la fuerza fluya en cada miembro de vuestro cuerpo tan natural e irresistiblemente como el agua por el caño cuando lo abris para regar y enriquecer el suelo. Nuevos sistemas de músculos parecen brotar de vuestros omóplatos, habilitándoos para hacer casi sin esfuerzo lo que no podíais soñar hacer antes».

El mismo Watson dice en la p. 143 hablando de las varas: «Las varas proveen a una serie tan extensa de hermosos y peculiarmente eficientes ejercicios, que ellas pueden ser consideradas como casi indispensables en la formación de un sistema de adiestramiento físico... Firme e inflexible, la vara solo tiene igual en la maza india (clava), para dar flexibilidad a los ligamentos y músculos de los brazos y los hombros. Como proveedor de la digestión y curativo de la dispepsia, excede a todos los demás aparatos gimnásticos. Personas de todas las edades pueden usarla y es igualmente accesible al rico y al pobre... Un bastón del más ordinario renuevo se hace, en manos de un gimnasta, más poderoso que cualquier vara de mago; las varas del haya, del abedul, de casi todos los árboles de nuestros

bosques, más preciosas que las ramas celebradas en la fábula, colgadas de sus manzanos de oro, y extraídas de los jardines de los Hespérides».

Y para concluir con esto, señores, ese mismo Watson dice en la p. 144, hablando de un tercer aparato: «Las palanquetas, bien consideradas todas las cosas, son incomparablemente superiores, como medio de cultura física, a cualquier otro artículo del aparato gimnástico. La palanqueta es ventajosa en todas las estaciones y en todos los lugares, ofreciendo el más agradable, variado y concentrado de todos los ejercicios atléticos, tanto para movimientos simples como para movimientos combinados, tanto para individuos como para clases. Con un solo par, un hombre puede ejercitar todo músculo y toda coyuntura de su cuerpo en media hora, si tiene suficiente destreza en las posiciones y en los movimientos. En sus manos como por [arte de] magia... etcétera».

¡Pero me parece que basta, señores!

La señora de Lapuente ha estado, pues, en la verdad al negar que Watson diese la prioridad a las clavas.

No es entonces, como se ve, del todo inadmisibles la sospecha de que ese auto fuese un fabricante de aparatos específicos o un interesado en su venta por lo menos.

Pero entre nosotros no hay tampoco interesados; luego rechazamos la conclusión que se refiere a las clavas, por las mismas razones la que se refiere al *opposant* y establezcamos que en la escuela primaria la educación física se dará por medio de los juegos escolares y de los ejercicios libres y los sistemáticos usando discretamente estos últimos como para no producir en los niños la aversión hacia ellos.

PLAZA DE JUEGOS ESCOLARES

Respecto de las plazas de juegos que propone la comisión, en las que ha casi un año había pensado el Consejo Nacional de Educación y de las que hace ya dos años posee una de dos manzanas de superficie el Instituto Nacional⁷² y que por otra parte están lejos de ser, como vosotros sabéis, una institución inventada aquí, opino también, como la comisión, que *deben estar abiertas todos los días incluso los festivos, naturalmente, en toda estación; y yo agregaría a todas horas del día*, en vez de decir en las horas que anteceden o siguen al día escolar. Es más: creo que podrían ellas organizarse de tal manera que se permitiese el acceso no solo a los niños inscriptos en las escuelas públicas sino también a otros que concurren a las particulares o se eduquen en sus propias casas, bien entendido que esto reglamentaría con cuidado para evitar los inconvenientes que pudiera reportar esa concesión.

En cuanto al nombre, me parece que no vale la pena argumentar; entre darles el que les corresponde. Plazas de juegos escolares o el de *Sthenógeno patriótico argentino*,⁷³ este último tan poco sencillo y popular para ser aplicado a una institución tan democrática, tan eminentemente popular, no cabe vacilación posible, así lo ha entendido la comisión y así lo entienden todos, me parece.

72. Véase en este volumen p. 437.

73. Ese era el nombre propuesto por el doctor Leguizamón.

LIBERTAD EN LA DISCUSIÓN

Y terminando por el principio diré que la 1ª conclusión no tiene, a mi juicio, razón de ser, por lo menos, en la forma en que sido presentada por el señor conferenciante y deferentemente conservada por la comisión. Entiendo que el personal docente al reunirse en estas conferencias doctrinales lo hace para estudiar con independencia las cuestiones pedagógicas que se susciten sin obligarse, ni mucho menos, a tomar como base de sus conclusiones científicas los artículos de ninguna ley positiva y sí solamente las leyes naturales, en este caso las que rigen el desenvolvimiento físico del niño; de tal manera que podría darse perfectamente el caso de que los maestros llegáramos a conclusiones científicas en oposición con las prescripciones legales y reglamentos vigentes en la educación común argentina. ¿Acaso necesito decir que es de las discusiones científicas, por la prensa, en conferencias, en congresos, etc., que surgen cada día reformas a las leyes escritas?

¿A qué, pues, tomar como base ineludible para fundar conclusiones de carácter científico, doctrinario, una ley que si en este caso es buena podría también no serlo?

¿Cómo, pues, aceptar una conclusión que aunque pudiera pasar desapercibida para el mayor número, bien examinada puede revelar que renunciamos o no tenemos independencia intelectual, sino un espíritu conservador, retardatorio, en contradicción con el espíritu estudioso y progresista que caracteriza al profesorado argentino?

Y otra interpretación también cabe: el hecho de declararse expresamente que «la educación física debe darse regular y metódicamente como las otras enseñanzas de la escuela» puede tomarse como una denuncia velada de que no se cumple esa parte de la ley. Hágase en todo caso con franqueza. La conclusión es de todos modos impertinente, inoportuna, innecesaria, y hasta la forma es imperfecta, pues se dice impropriamente que «la educación física es una enseñanza como las otras de la escuela», confundiendo el señor director de la Escuela Normal las palabras educación y enseñanza y asociándolas incorrectamente en una frase.

RESUMEN Y CONCLUSIONES⁷⁴

En resumen, pues, como consecuencias que pueden desprenderse de toda mi pesada exposición, por la que os pido disculpas, digo:

1º Que los alumnos de las escuelas primarias no deben hacer, por lo menos hasta cuarto grado, más ejercicios que los naturales y los llamados libres, estos en pequeñas aunque frecuentes dosis, por ejemplo cinco minutos después de cada lección, siendo seguidos inmediatamente por la voz irompan filas!

2º Que los maestros deben tomar la participación que les corresponde en los juegos de sus alumnos estimulando a los inactivos, dirigiendo a los que lo necesitan sin imponer nunca su voluntad, aprendiendo ellos mismos diferentes juegos y enseñándolos.

74. La asamblea aprobó por unanimidad las conclusiones.

3º Que a pesar de los inconvenientes originados por la estrechez de los locales de escuela cabe, si hay buena voluntad de parte de los maestros, un aprovechamiento mejor de los patios a pesar de su relativa pequeñez, con arreglos que pueden hacerse en los horarios, de modo, por ejemplo, que no todos los alumnos tengan la totalidad de los recreos al mismo tiempo, lo que es perfectamente factible por lo menos en muchas escuelas como lo demostraría si fuese necesario.

4º Que la fundación del mayor número posible de plazas de juegos escolares es necesaria, no solo por los ejercicios que allí harán los niños, sino por los variados juegos que aprenderán y que irán a repetir a sus casas y en la escuela, aumentando así en mucho los beneficios que las plazas están destinadas a producir.

Me permito agregar que el Consejo Nacional, que se ha manifestado tan bien dispuesto respecto de las plazas de juegos infantiles, debe tener especial cuidado al elegir a las personas que han de organizarlas, dependiendo seguramente de esto, quizá de un detalle que podría parecer insignificante a primera vista, el éxito o fracaso de tan simpática institución. Por de pronto conviene no olvidar que no basta haber leído con más o menos inteligencia y provecho tratados de anatomía y fisiología y haberse ejercitado personalmente en cierta clase y número de movimientos para estar en condiciones de dirigir la organización de las plazas. Son para los niños, deben intervenir entonces, y en primera línea, los que conocen a los niños, los que saben pedagogía, los maestros. A la inspección técnica, me parece, debe darse una injerencia muy principal.

Y termino con esto, señores, la parte doctrinaria de mi exposición agregando que la incorporación del trabajo manual educativo a los programas coronará magníficamente la doble empresa en que maestros y autoridades escolares se hallan empeñados.

NOTA DE LA COMISIÓN

El trabajo precedente data de 41 años atrás; pero ya mucho antes, en 1886, es decir hace casi medio siglo, Pizzurno protestaba, como ya lo dijimos en otro lugar de este volumen, contra el descuido en que se tenía la higiene y la educación física de niños y jóvenes, provocando mejoras importantes, como puede verse, por ejemplo, en la conferencia que reproducimos en la p. 259 de este volumen y gracias a la cual se obtuvo que el Consejo Nacional de Educación modificara el horario absurdo que regía en las escuelas. Todavía más: con un año de anterioridad, a principios de 1885, publicaba un trabajo cuyo solo título sugiere ya el espíritu que lo animaba: «Pobres criaturas, o sea la educación física en nuestras escuelas».

En este artículo, después de exponer las consecuencias de la vida sedentaria, dice:

«Es la falta de ejercicio, que impide el completo desarrollo del cuerpo, y es la falta de desarrollo, lo que compromete la salud poniendo en serio peligro la existencia misma.

»Es necesario reaccionar y combatir por todos los medios a esa generación

sin sangre, y uno de esos medios está en la escuela, donde al niño puede hacerse adquirir el hábito del ejercicio, y comprender la necesidad de hacerlo para su propio bienestar.

»No se trata de educar ni un cuerpo, ni un alma; se trata de formar un hombre y de ahí que limitarse al desarrollo intelectual y moral, descuidando el conveniente perfeccionamiento de las potencias materiales, es falsear el objeto de toda educación bien entendida.

»La utilidad de la gimnástica considerada como medio regenerador, como medio de preservarnos de algunas enfermedades y como medio curativo de alguna de ellas, es incuestionable. Su trascendencia en la educación total del niño es también indiscutible dada la metódica graduación de los ejercicios en proporción a su edad, fuerza material y desarrollo intelectual. A la vez que nos hace más fuertes y ágiles, perfecciona los sentidos y facilita el dominio de nosotros mismos. Sus efectos demuestran finalmente que tiene la gimnástica un fin no exclusivamente físico sino físico-estético, físico-intelectual y físico-moral, pues contribuye a la belleza del cuerpo, a fortalecer las facultades de la inteligencia y por último, dando al hombre la conciencia de su fuerza, lo habitúa a soportar la fatiga y aun a afrontar el peligro».

Continúa tratando el tópico y criticando la forma en que se desarrolla la vida escolar y concluye pidiendo, entre otras mejoras, que se dediquen siquiera veinte minutos diarios a los ejercicios físicos indispensables.

Pizzurno perseveró constantemente en esa propaganda como en todas las relacionadas con la necesidad de hacer más racional e integral la enseñanza, no solo la primaria sino la secundaria y normal, y así pudo decir el doctor Romero Brest, al historiar sintéticamente⁷⁵ los antecedentes de la educación física entre nosotros, que el ministro Beláustegui, «siguiendo los consejos del inspector Pablo A. Pizzurno decretó la reorganización completa de la educación física secundaria suprimiendo los ejercicios militares y sustituyéndolos por un programa conceptuoso de la educación física racional con orientaciones absolutamente distintas de las reinantes en aquella época y más de acuerdo con las tendencias científicas modernas (decreto de 18 de abril de 1898)».

Fue también por iniciativa de Pizzurno como inspector general de enseñanza secundaria y normal que el Ministerio decretó cursos especiales para la preparación de los maestros en ejercicios físicos (véase p. 194). En varios otros escritos contenidos en este volumen podrá comprobarse la perseverancia de Pizzurno en pro de la mejora de la educación física.

75. En el volumen *El Instituto Nacional Superior de Educación Física*, Buenos Aires, Cabaut y Cia., 1917, p. 10.

El Instituto Superior Nacional de Educación Física

Discurso pronunciado con motivo de la inauguración de un nuevo local de esta institución y colación de grado; fue publicado en la *Revista de Educación Física*

22 de noviembre de 1914

TEMARIO

Su evolución y su influencia en los progresos de la cultura física en el país.

SEÑORES:

Me ha sido impuesta, con la manifestación de que no se aceptaría mi renuncia, la tarea de hablar en este acto; y como yo hubiera solicitado ese honor si no se me hubiese brindado, me he sometido muy a gusto a la tiránica exigencia.

Deseo hacer, siquiera rápidamente, la historia de este instituto que alcanza hoy, no su culminación, por cierto –pues mucho más lejos ha de llegar todavía–, pero sí una etapa principal de su vida.

Solo un temor me asalta. Vinculado muy de cerca a su origen y más a su director, pudiera la natural simpatía que me une al hombre y a su obra aumentar los méritos del uno y de la otra. Desconfiad, si os place, aun cuando no pecaré a sabiendas. Pero lo que creo la verdad he de decirlo hasta prescindiendo, por esta vez, de la modestia. Y he de decirlo así porque de lo que voy a recordar se desprende otra vez una lección cuyo olvido por nuestros hombres de Gobierno ha sido quizá la causa primera de muchos de nuestros fracasos educacionales.

Algunos de los detalles con que voy a explicarme podrían pareceros fuera de lugar; pero este no es un discurso solemne, ni una exposición científica, y yo, abusando un poco, quiero darme el gusto de referir ciertas cosas cuyo conocimiento puede ser grato por lo menos a los que hoy se gradúan y a los demás discípulos y ex discípulos del hombre que dirige esta institución.

Hace casi un cuarto de siglo, a mediados de 1890, de regreso de un viaje de estudios a través de los establecimientos de enseñanza primaria, normal y secun-

daria de nueve naciones europeas, intenté fundar en Buenos Aires, con carácter oficial, un instituto modelo en el que procuraríamos introducir los mejores métodos y procedimientos de enseñanza y ensayar toda práctica que importase un progreso. Los acontecimientos políticos de esa época impidieron la realización de mi proyecto en esa forma, a pesar de la buena voluntad del presidente del Consejo Nacional de Educación, doctor Benjamín Zorrilla. Resolvimos hacerlo entonces particularmente y ese fue el origen del Instituto Nacional de Caballito que alguno de los presentes recordará. Entre las iniciativas llevadas a cabo figuraron la introducción de la enseñanza manual y los ejercicios físicos y juegos atléticos respecto de los cuales había yo formado mis convicciones favorables durante mi viaje por Europa.

Como auxiliar del taller de «slojd» y a la vez como director de los ejercicios atléticos se incorporó en 1893, al personal del instituto, un joven estudiante de medicina que había aprendido ambas cosas bajo la dirección de «Don Santiago» como afectuosamente llamaban los alumnos al tan conocido educacionista, ex rector del Colegio Nacional de Corrientes, señor Fitz Simón...

Fundamos así, en dos hectáreas, la primera plaza de ese carácter que existiera en Buenos Aires hasta entonces; y el que jugaba como discípulo en Corrientes se hizo maestro en Buenos Aires, dedicándose con empeño a estudiar teórica y prácticamente cuanto con la educación física se relaciona.

Algunos años después, ocupando yo el cargo de Inspector de Enseñanza Secundaria y Normal, obtuvimos del ministro doctor Beláustegui y de acuerdo con una proposición suscripta por el inspector general, doctor Ildefonso P. Ramos Mejía, que se dictase el decreto de 18 de abril de 1898 en virtud del cual una evolución trascendental iba a producirse en la educación física secundaria.

La vieja gimnástica, con o sin aparatos, y los ejercicios militares efectuados en lugares cerrados, dirigidos sin criterio alguno por personas no preparadas, a menudo por oficiales extranjeros retirados o gimnastas con tendencias acrobáticas, iba a ser reemplazada por el ejercicio físico racional y los juegos al aire libre científicamente organizados. El art. 1º del reglamento que redactó ya nuestro estudiante de medicina, Enrique Romero Brest, decía:

«Teniendo en cuenta que la escuela debe procurar el desarrollo físico del individuo en relación con su desarrollo mental, se hace obligatoria la educación física en todos los colegios nacionales. Y puesto que toda educación que dé la escuela debe tener un carácter general, la física, con igual motivo, debe propender al desarrollo general y armónico del organismo, tratando de despertar en el niño la conciencia de sus fuerzas, desarrollarlas y acrecentarlas, dándole medios de lucha por la vida, avezándolo para las fatigas, corrigiendo las deformaciones, desarrollando el valor personal, la independencia y confianza en sí mismo, etc., sin peligro de ninguna clase, de orden físico o moral; y puesto que los pedagogos y hombres de ciencia moderna reconocen, como medio más apropiado para conseguir estos fines, los juegos y ejercicios libres en campo descubierto, se establece esta clase de gimnasia en los colegios nacionales de la república».

Contenía el reglamento prolijas instrucciones para rectores, profesores y alumnos, determinando los distintos juegos y ejercicios a efectuarse, y preveía la fundación de clubs atléticos en cada colegio, para preparar así el gran movimiento de propaganda social que pocos años después debía alcanzar tanto desarrollo.

Careciéndose de recursos suficientes no fue fácil realizar de inmediato todo el programa y debíamos valernos hasta de las influencias particulares.

Es curioso e interesante recordar, por ejemplo, que el terreno para la primera plaza lo obtuvimos prestado del doctor Ortiz Basualdo, de Flores, mediante los bondadosos empeños del eminente prelado argentino, el doctor Juan N. Terrero, obispo de La Plata. Y el modesto kiosco que allí instalamos fue construido, también gratuitamente, por los alumnos de la escuela industrial.

Queríamos interesar al público todo en los torneos al aire libre, y como nuestras damas, al revés de las inglesas, eran refractarias a esas fiestas, poníamos a contribución la buena voluntad de nuestras primas y tías y demás parientas y amigas que por fortuna eran muchas en Flores y a quienes rogábamos que, como un servicio a la enseñanza, asistieran a los torneos, esperando contagiarse por el ejemplo a los vecinos.

El entusiasmo de los muchachos argentinos era así alentado por el siempre grato aplauso de manos femeninas, las mismas que gentilmente se prestaban después a ofrecer reconfortantes tazas de té a los novicios luchadores de tenis y fútbol.

Y así cundía la chispa.

El señor Romero Brest fue el director de esa plaza como profesor del Colegio Nacional Oeste, donde con el mayor entusiasmo se acogió la reforma. Ella encontró en el rector, doctor Juan G. Beltrán, en todo momento, el más decidido apoyo y un propagandista que llevó hasta Europa, más tarde, la noticia de nuestros progresos, provocando la aprobación de los entendidos.

Ha de recordarse que en esa época no lejana a que me estoy refiriendo, solo los ingleses se entregaban, en contadas plazas, a los juegos atléticos que nosotros desconocíamos o reputábamos groseros.

No se concebía, quizás, un argentino luchando con una pelota de fútbol, y recuerdo como síntoma que lo confirma lo que en la primera época de la reforma me ocurrió. Visitaba como inspector la plaza que en Belgrano servía para los Colegios del Sud y de Comercio que con el del Oeste habían tomado con empeño los ejercicios. Cayó la pelota, que pateaban mal los incipientes futbolistas argentinos, cerca de mí que había sido jugador. Casi involuntariamente la pateé arrojándola muy lejos, lo que arrancó a un alumno este grito espontáneo:

—¡Al diablo con el inglés!

¡Claro!, ¿cómo concebir en un criollo semejante proeza?

En 1900 mi estudiante de medicina, terminada su carrera universitaria, me anunció su propósito de consagrarse a su nueva profesión abandonando la enseñanza.

Este fue, lo afirmo con conciencia, un momento decisivo para el desarrollo de la cultura física entre nosotros. Y discúlpese otro recuerdo personal necesario. Influenciado por lo que había visto en el extranjero, por mis propias reflexiones y por las lecturas de las obras de Mosso, Marey, Lagrange, Labit y Polin, Arnould y Tissié, deseaba yo favorecer aquella evolución iniciada ya en la enseñanza secundaria, pero que importaba extender, con mayor razón, a la escuela primaria y por lo tanto a la normal.

Sentía la necesidad de que alguien, estudiando a fondo la cuestión, le consagrara especialmente todos sus esfuerzos. Ese sería un benefactor del país. Tuve la intuición clara de que el joven médico y ya hábil educador podría realizar tal propósito.

—Quédese —le dije— al servicio de la enseñanza. Al país no le es indispensable un médico más por notable que pueda llegar a ser. Usted será infinitamente más útil y salvará mayor número de vidas previniendo la enfermedad, difundiendo la salud, con todas sus benéficas consecuencias, por medio de una educación física racional impartida de un extremo a otro de la república. Usted debe ser el hombre de la educación física en el país, aun cuando ello le cueste sacrificios de orden material. No solo de pan vive el hombre. ¡Recuérdelo!

Y el joven médico, cuyos sentimientos altruistas ya conocía, se dejó fácilmente sugestionar.

Desde entonces pesa sobre mi conciencia haber estorbado la formación de un hábil cirujano que hubiera hecho fortuna. Pero el país tiene ya un sistema de educación física propio y obras sobre la materia que resisten con ventaja la comparación con las mejores escritas en las naciones más adelantadas. Tiene un hombre consagrado a estudiar científicamente y con perseverancia inagotable y sobre todo con amor esa faz esencialísima de la educación que estuvo siempre entre nosotros entregada a la ignorancia y al azar.

¿Trátase de un caso de vocación natural?

No lo sé. Vocación o aptitud descubierta en momento oportuno con la intuición de que aplicada en cierto sentido será eficaz, tal vez se equivalgan, cuando quien posee la aptitud tiene también por cualquier razón —herencia, ambiente o educación recibida— los estímulos suficientes para emplear con persistencia su actividad en armonía con aquella intuición. Y preferible será siempre lo segundo ya que entonces dependerá en gran parte de la acción voluntaria el aumentar el número de los consagrados con eficacia a una tarea.

¡Pobre país si la enseñanza debiera confiarse tan solo a los que *nacen* maestros!

Por lo mismo, ¡cuán grande la responsabilidad de los gobiernos que nada hacen por crear a los docentes los *estímulos necesarios*, mediante leyes que conviertan al profesorado en carrera a cubierto de las incertidumbres que tanto lo dañan hoy!

Y ¡cuán tremenda la culpa de quienes no solo no alientan la acción de los educadores, sino que enfrían, como ex profeso, los entusiasmos, sometiéndolos a medidas depresivas que apagan lo que debiera ser avivado con cariño!

Disculpad la anterior referencia que encierra un elogio público a un amigo; pero he dicho verdad y no me arrepiento, fuera de que no ha de esperarse de los indiferentes, y menos de los enemigos, estos actos de justicia.

La reforma iniciada en la enseñanza secundaria debía extenderse, por razones obvias, a la normal y primaria, donde no estaba mejor orientada que en los colegios. Con frecuencia se prescindía de ella a fin de aprovechar mejor el tiempo considerado escaso para atender a la cultura intelectual, cuyo predominio hasta sobre la educación moral era absoluto, lo que por desgracia no ha dejado de ser todavía.

Al frente ya de la Inspección General de la Enseñanza Secundaria obtuve del Ministerio la creación de un *curso temporario de vacaciones* para maestros y profesores de educación física que funcionó entre 1901 y 1902,⁷⁶ y en marzo de 1902

76. Véase la memoria del Ministerio correspondiente a 1901-1902.

los cursos permanentes teórico-prácticos para maestros en las tres escuelas normales de esta Capital.

Dirigía los tres cursos el doctor Romero Brest, circunstancia esencial por lo mismo que estábamos en los comienzos de una reforma y era indispensable asegurar el acierto y la unidad en la implantación de una enseñanza de la cual nadie se había ocupado seriamente entre nosotros.

En esos cursos comienza la existencia de este instituto, pues si bien funcionan como una cátedra abierta en cada una de las escuelas normales, poseen su autonomía en cuanto se rigen por un plan propio y los alumnos que los siguen tienen derecho a un certificado especial de aptitud como maestros de educación física, aparte de su diploma de maestros normales.

Estos cursos determinan una verdadera revolución en la enseñanza de la materia, por la importancia desusada que se les acuerda y hasta por las resistencias que despiertan, las cuales se reflejan en los ataques por la prensa y en defensas, tan apasionadas como los ataques, de los alumnos.

El ministro Fernández, extraño a la importancia de la obra que se realizaba, restableció el antiguo régimen, pero la semilla estaba arrojada y en 1905 (17 de febrero) el ministro González dicta un decreto trascendental con el título de «Plan de enseñanza y de educación física nacional». Es una obra orgánica completa; que no es posible analizar aquí.⁷⁷ En su capítulo II restablece los cursos normales pero dándoles, por fin, carácter definitivo, permanente.

Es ya, sin el nombre, la escuela de educación física. Sus progresos van a depender de su propia labor y merecimientos. No se dispone todavía de local. Funciona en los patios de la Escuela Rivadavia del Consejo Nacional de Educación. Una pequeña pieza sirve de dirección y secretaría. Carece de elementos propios. Utiliza los escasos existentes en alguna escuela normal.

Como hiciera en 1900 el ministro Magnasco, que además introdujo acertadamente el trabajo manual, el ministro González hace obligatoria la educación física, que eleva al mismo rango de las demás materias, y crea estímulos para asegurar la concurrencia. Establece el *certificado de aptitud* para los que cursen el primer año, dándoles derecho a los cargos de auxiliares de la materia, y el diploma de «Profesor de educación física» que autoriza a dirigirla en los establecimientos secundarios y normales.

Agrega aun que el Consejo Nacional, cada vez que haya de confiar la educación física a maestros especiales, deberá acordar la preferencia a estos diplomados.

Dignificada así la materia y el profesor, la inscripción es numerosa y entusiasta la labor.

Por el encargo del Ministerio, el doctor Beltrán adquiere en Europa algunos aparatos de fisiología que formaron la base del actual gabinete de experimentación, entre ellos el primitivo registrador de Marey que aún se conserva y es cariñosamente llamado «el abuelito» por los alumnos. Estos se inician así en trabajos de laboratorio y aprecian la diferencia entre la enseñanza de antaño y la moderna de base científica.

77. Se hizo sobre la base de un proyecto formulado por el doctor Romero Brest, solicitado por el inspector general señor Leopoldo Lugones, quien mucho prestigió la reforma.

Pronto se arrienda un pequeño local, por desgracia harto inadecuado, donde se instalan más o menos incómodamente el laboratorio y la dirección, continuando las clases prácticas en la Escuela Rivadavia.

El ministro Naón, a quien gustaba más hacer que decir, bien penetrado de lo que importa respetar y estimular a los profesores y jefes de establecimientos, competentes y dignos, visita los cursos, asiste a las clases, presencia las experiencias. No se conforma con ver lo que se le muestra; visiblemente interesado, interroga, examina atentamente los trabajos de profesores y alumnos, recientes y anteriores, prolijamente ordenados en el archivo de la casa. Habla largamente con el director y se retira sin ocultar su viva satisfacción. Poco después, sin que nadie se lo insinúe, da un decreto transformando el curso en Escuela Normal de Educación Física y ordena que se le provea de mayores elementos y de un local más adecuado.

Así se hace.

Excusado es decir lo que esto significa para director, profesores y alumnos, que si trabajan con empeño y fe en el éxito, sienten acrecida ahora su confianza y redoblan su actividad, si cabe.

Los trabajos de laboratorio se intensifican. La anatomía y la fisiología entran en el período de enseñanza especializada con orientaciones más certeras. La pedagogía de la educación física que el instituto crea adquiere sus contornos actuales. Las prácticas gimnásticas se perfeccionan mediante la mayor precisión en los lineamientos del sistema que a justo título se llama «argentino».

El Consejo Nacional por su parte pone a disposición de la escuela un magnífico gabinete de antropometría, que prestó servicios inapreciables.

Y las experiencias de laboratorio se aplican o completan en laboratorios de otro género más amplio. Son nuevas experiencias de un valor inestimable pues se efectúan en el campo mismo de las escuelas públicas. Fue la época feliz para estas, entre 1905 y 1908, durante la cual las autoridades escolares, presididas por el doctor Ponciano Vivanco, a cuya nunca igualada gestión no se ha hecho suficiente justicia, tuvieron como programa de gobierno hacer todo sobre la base del maestro, apto y alentado incesantemente en su labor. Y cuando no sabían se les enseñaba, en cursos temporarios o continuos, en conferencias, repartiéndoles libros gratuitamente, dándoles instrucciones orales y por escrito, discutiendo con ellos con espíritu amplio, tolerando los inevitables errores que se corregían sin violencia, procurando despertar su entusiasmo por toda reforma saludable. *Y se despertó fácilmente porque el maestro es por naturaleza generoso y accesible cuando con justicia y afecto se lo trata.*

Pero está demasiado fresco el recuerdo, reavivado por contraste con lo que aconteció después y hemos tomado en esa época una participación demasiado personal que nos impide analizarla.

Pero sí corresponde decir que creada entonces la Inspección Técnica de Educación Física y confiada al director de esta escuela, pudieron el doctor Romero Brest y sus auxiliares aplicar en las primarias los resultados de sus estudios.

Y así fue como se hizo la obra empezando una vez más por donde corresponde, por preparar a los maestros fuera de las horas de clase. Esto les demandó esfuerzos y hasta sacrificios de tiempo y de paciencia y de parte de la inspección de una tarea sin descanso.

Hubo aplausos y hubo censuras, sobre todo porque se daba participación –la participación que hubiese sido absurdo no acordarles– a las maestras y a las niñas en los ejercicios físicos. Fue una reproducción de las censuras acremente exteriorizadas en 1902, cuando introdujimos el curso particular en las dos escuelas de profesoras.

Los aplausos no excitaron la vanidad de los aplaudidos, ni los ataques alteraron nuestra calma; en todo caso atendíamos más a estos que a los elogios, buscando corregir las imperfecciones si se producían y continuando imperturbables la obra, convencidos de su bondad y, por lo tanto, del triunfo definitivo, para hoy o para mañana.

Curioso hubiera sido que se amilanasen ante las dificultades los mismos que difundían la educación física como base de la fortaleza moral que temple el espíritu para luchar en pro de un ideal reflexivamente elegido.

Y fue la época de hermosa y sana agitación en las escuelas, provocada también por los *torneos* en concursos en los cuales llegaron a participar hasta cincuenta mil niños, sin contar los que con igual plausible empeño organizaban por separado algunos consejos escolares, especialmente el que presidía José L. Cantilo, entusiasta sostenedor de esta como de otras buenas iniciativas.

Recordaréis la extraordinaria emulación producida.

Alguna vez determinaron los *concursos* pequeños episodios desagradables; pero hasta por eso fueron fecundos, en cuanto sirvieron para poner de manifiesto deficiencias de educación moral que importaba tanto más corregir cuanto que no era en los niños donde asumían caracteres censurables, sino en algunos maestros que, al fin, ellos tampoco habían sido disciplinados en la Escuela Normal para esta clase de sanas competiciones colectivas correspondientes a las que en la lucha por la vida se encuentra y para las cuales, por lo tanto, debía preparar la escuela.

Y la gimnasia aburridora, poco eficaz, y a veces hasta nociva y peligrosa, de movimientos mal concebidos y mal dosados, con aparatos o sin ellos, y los ejercicios de carácter militar y sobre todo la ausencia de ejercicios, fueron reemplazados en poco tiempo por una gimnasia científica, adaptada a las necesidades del escolar, en tiempo, lugar y cantidad oportunos y por los juegos al aire libre y los atléticos donde la edad de los alumnos lo permitía, juegos y ejercicios que deben ser preferidos a cualesquiera otros, no solo por su valor absoluto en la educación del hombre y de la mujer, sino hasta para los que pensando en que cada niño puede ser un soldado mañana, consideran necesaria la absurda institución de los batallones escolares e insisten, con intermitencias, en restablecerlos entre nosotros cuando hasta en los países de régimen militar más intenso fueron definitivamente abolidos hace mucho.

Repito lo que es ya un lugar común, si recuerdo que los juegos y los deportes y aun la institución de los concursos bien organizados acrecientan en la mejor forma, porque satisfacen a leyes fisiológicas y psicológicas, el vigor y la agilidad físicas, la resistencia a la fatiga, la audacia y el pulso firme, el espíritu de iniciativa personal que no excluye la disciplina y hasta los sentimientos de hidalguía, virtudes que hacen al soldado valeroso, fuerte y digno, capaz de entusiasmarse con el triunfo sin desesperar en la derrota, pero incapaz, vencedor o vencido, de olvidar que el soldado contra el cual pelea es también un hombre

que a su patria defiende y contra el cual el ejercicio de la crueldad innecesaria es un crimen tanto más repugnante a la conciencia cuanto que se comete seguro de la impunidad.

En 1908, con el cambio de autoridades superiores en el Consejo, comenzó para las escuelas un período que vale más no recordar. Lo sufrieron también las escuelas normales, colocadas desde 1910 bajo la superintendencia de aquella corporación.

Esta escuela también estuvo a punto de quedar sometida al Consejo; la salvó una feliz inspiración del ministro doctor Garro.

Solo perdió su gabinete de antropometría, que se le ordenó devolver al Consejo en el término de 24 horas. Y dentro del plazo fueron retirados los excelentes aparatos de precisión que tantos servicios habían prestado y debieron seguir prestando.

En canastos fueron llevados como se lleva loza ordinaria y arrumbados quién sabe dónde.

El ministro, doctor Garro, visitó entonces la escuela y se interesó en su funcionamiento.

Apercibido de la importancia que habían tomado en ella las investigaciones científicas relacionadas con la educación física, resuelve elevarla a la categoría de Instituto Superior y dicta el decreto del caso.

Convencido de la necesidad de dotarla de un local más adecuado y en la imposibilidad de construir por ahora un edificio ad hoc, autoriza el traslado al edificio que hoy inauguramos previas las ampliaciones y adaptaciones más necesarias a su mejor desarrollo.

Y ahí tenéis, señores, árida e incompletamente referidas, las transformaciones que ha sufrido este instituto hasta llegar al estado actual.⁷⁸

¿Cuál ha sido el secreto de sus éxitos?

—Es hijo de sus propias obras; por eso ha ido lejos y por eso es fuerte —suele afirmarse de los individuos. Lo mismo puede decirse de las instituciones.

Silenciosamente, con la sencillez y la modestia de los que hacen obra seria que debe cimentarse poco a poco, no avanzando el segundo paso sino cuando el primer pie se halla asentado firmemente, ha ido creciendo esta escuela como si tuviera por lema la conocida sentencia: «*Le temps respecte peu ce que l'on fait sans lui*»;* sin afligirse mucho por la falta de local y la escasez de elementos de estudio y aun de personal, pero aprovechándolos inteligentemente y haciéndolos producir el mayor rendimiento posible.

78. Los propósitos del instituto son dos principales:

1º Preparar profesores de educación física.

2º Hacer investigaciones de carácter científico relacionadas con la materia.

Para ingresar se requiere título de maestro normal o bachiller. El plan de estudios se desarrolla en dos años y comprende: anatomía humana aplicada (primer año), fisiología e higiene de la educación física (segundo año), mecanismo del movimiento (primer año), gimnasia teórica (primer y segundo año), gimnasia práctica (primer y segundo año), defensa personal, varones (primer y segundo año), gimnasia estética, mujeres (primer y segundo año), pedagogía especial de la educación física (segundo año), práctica y crítica pedagógica (segundo año).

Terminados los estudios el instituto acuerda el título de *profesor nacional de educación física*.

Desde la inauguración de los primeros «cursos» hasta la fecha ha expedido 278 diplomas de profesores de educación física y 636 certificados de aptitud, en total 914 títulos. Sus poseedores han contribuido eficazmente al progreso de la cultura física en todo el país.

* [N. del E.] El tiempo respeta poco lo que se hace demasiado de prisa.

Pasteur tuvo su estufa debajo de una escalera y necesitaba arrodillarse para entrar. Empero, desde allí comenzó a revolucionar la ciencia. En dos miserables piezas que él mismo arregló en el desván de la Escuela Normal de París y en las cuales subía a 36°C la temperatura en verano y se helaba en invierno, terminó sus estudios sobre las fermentaciones y solo diez años después (1868), a raíz del primer terrible ataque de parálisis que puso en peligro su vida, pudo ver, convaleciente, desde su ventana, que se ponían los cimientos del laboratorio que el Emperador mandara construir para él.

La exigüidad de los recursos suele servir de pretexto para justificar la inacción. En esta escuela fue acicate para redoblar el esfuerzo personal del director, de los profesores y los alumnos.

La ejemplar labor del instituto, progresiva, incesante, armónica siempre, es la consecuencia lógica de cómo se halla constituido su personal docente.

Nombrado con la intervención del director, primer interesado en no equivocarse, reúne a la competencia en la materia que cada uno enseña, las aptitudes didácticas necesarias y algo que vale tanto o más: el concepto claro de los deberes que impone la dignidad profesional. Hay entre todos los profesores verdadero espíritu de cuerpo, solidaridad completa y algo así como el sentimiento de la responsabilidad colectiva que determina una acción homogénea concordante en persecución de un ideal común.

Hay una dirección superior cuyas indicaciones se cumplen con empeño y con agrado, porque no son impuestas autoritariamente; son, a menudo, el resultado de una deliberación común. Y el mismo espíritu de acuerdo y simpatía existe entre profesores y alumnos, porque ese es ya el ambiente de la escuela a cuyo influjo nadie puede sustraerse. He ahí por qué hasta los días de fiesta suele trabajarse y jugar en esta casa y por qué nadie encuentra excesivas las tareas; y se forman asociaciones de alumnos y ex alumnos que se reúnen con frecuencia con sus maestros en la escuela y fuera de ella y resuelven, por ejemplo, privarse hasta de parte de las vacaciones para organizar cursos gratuitos para maestros o se disponen a turnarse para dirigir los juegos de los chicos «de la calle» a quienes van a abrirse los patios de la escuela en las horas en que esta no funciona.

¡Hermosa comunión de voluntades que ha de llevar a este instituto a una altura aun mayor que la alcanzada!

Y ya tenéis de manifiesto la lección que se desprende de la rápida historia que acabo de hacer. Es ella que la eficacia de las instituciones educacionales depende esencialmente de las cualidades de los maestros que a su frente se coloquen y de la libertad de acción que se les acuerde una vez elegidos con acierto. ¡Vieja lección siempre olvidada!

Permitidme que al terminar enuncie brevísimamente una nueva función que desearía verle desempeñar mañana y que imitada después por otros, en especial por las escuelas normales, determinaría un progreso y beneficios difíciles de calcular.

El mundo entero asiste anonadado a la hecatombe horrorosa de vidas que la guerra actual origina. Nos parece una calamidad jamás igualada, aplastadora.

Y, sin embargo, las víctimas que hasta su terminación produzca, no han de alcanzar al número de las causadas todos los años, incesantemente, por una sola

de las enfermedades infecciosas, la tuberculosis: *¡mucho más de tres millones por año, señores!*⁷⁹

Las gentes huyen desesperadas de las poblaciones en los países beligerantes, abandonando sus hogares, sus haciendas, cuanto poseen, ancianos, mujeres, niños, acaso para siempre, ante la sola noticia de que el enemigo se aproxima. Y pagarán las más cuantiosas contribuciones, quedando arruinados, con tal de evitar su llegada.

Y bien, esas mismas gentes y las del mundo entero nada hacen, por ignorancia, y apenas si por excepción y en pequeña escala lo realizan los gobiernos, por evitar la hecatombe mayor, infinitamente mayor y continua, determinada por la tuberculosis, la tifoidea, la escarlatina, la malaria, las pestes diversas y en general por ignorancia de las reglas higiénicas que afectan a la alimentación, a la casa, al vestido, al trabajo físico y mental, a la vida toda en sus diferentes manifestaciones!

El analfabetismo higiénico puede ser combatido por múltiples medios y principalmente por la escuela primaria. Y no lo es. Bastaría para producir pronto una transformación extraordinaria, con armar a los maestros para librar esa hermosa campaña en pro de la salud y la felicidad.

En vez de las míseras nociones teóricas, áridas y frías, que suelen recitarse como se recita una definición gramatical, debe y puede darse una enseñanza animada y práctica, llena de casos concretos, demostraciones tangibles, estadísticas impresionantes, que produzcan la evidencia y determinen las reacciones y la formación de hábitos necesarios.

Deben abrirse cátedras, efectuar investigaciones, reunir estadísticas, y sin perjuicio de hacer alcanzar directamente los beneficios a todos por medio de conferencias y publicaciones especiales, preocuparse en particular de los maestros que llevarán la palabra de orden por intermedio de los niños desde el conventillo hasta el palacio suntuoso.

Pero el primer foco de esa luz salvadora debe ser poderosa, y bien encendido desde el primer momento, para inspirar confianza y asegurar el resultado.

Y ese primer foco debe ser, por muchas razones, este instituto.

Se lo deseo y se lo auguro, como le deseo y auguro la iniciativa en otras reformas de trascendencia que no cabe enunciar en este momento.

Y vosotros, jóvenes profesores que vais a recibir dentro de un instante vuestro diploma, recordaréis siempre, estoy seguro, como la más fecunda que aquí recibisteis, no la lección de los libros tan solo, sino la del ejemplo constante de la sinceridad y la energía en la labor, del esfuerzo paciente y perseverante sin el ceño adusto, con el corazón alegre y confianza en el porvenir. Os habéis ejercitado en el método científico que si decide en la formación mental y nos pone en la senda segura de la verdad, influye también en los sentimientos, destierra los prejuicios y hace a los hombres amables y tolerantes por lo mismo que les enseña la relatividad de las cosas. Prepara el espíritu para no desalentar en las contrariedades inevitables.

79. Cuando esto decíamos (en noviembre de 1914) ¡cuán lejos estábamos de sospechar nuestro error con respecto al número inconcebible de víctimas causadas por la guerra! (alrededor de doce millones de muertos, sin contar los millones estropeados o inutilizados en todo sentido).

Continuaréis estudiando para no quedar retardados y para que vuestros servicios al país sean más eficaces.

Permitidme que os despida con las bellas palabras de uno de los más grandes sabios y benefactores de la humanidad, que ya he citado una vez, Pasteur, pronunciadas a los 70 años de edad en el día de su jubileo, en presencia de representantes de todo el mundo científico.

«Jóvenes, jóvenes –decía–, confiaos a esos métodos, seguros, poderosos, de los cuales solo conocemos los primeros secretos. Y todos, sea cual fuera vuestra carrera, no os dejéis alcanzar por el escepticismo denigrante y estéril, no os dejéis desalentar por las tristezas de ciertas horas que pasan sobre una nación. Vivid en la paz serena de los laboratorios y las bibliotecas. Decíos en primer lugar: ¿qué hice por mi instrucción? Después, a medida que adelantáis: ¿qué hice por mi país? Hasta el instante en que tendréis quizá la inmensa dicha de creer que habéis contribuido en algo al progreso y al bien de la humanidad. Pero, que los esfuerzos hayan sido más o menos favorecidos por la vida, menester es que al aproximarse el final, tengáis el derecho de decir: “Yo he hecho lo que he podido”.»

He dicho.

NOTA DE LA COMISIÓN

De una conferencia dada en 1923 en Mendoza extractamos la siguiente anécdota referida por el señor Pizzurno a la aptitud general física.

La aptitud general física: una anécdota significativa

[...]

Y bien, señores; permitidme, ahora, que refiera una anécdota en la que fui actor y que refleja prácticamente la verdad de todo lo que acabáis de oírme en pro de la necesidad de cuidar mejor la cultura general, así como la enseñanza del trabajo manual educativo y de los juegos y ejercicios físicos racionalmente organizados.

Fue en 1906 o 1907. Era yo inspector técnico general de la Capital Federal. Con todos los inspectores seccionales fuimos a pasar un día festivo en una isla del Tigre. Algunos llevaron rifles para lucir sus habilidades en el tiro al blanco, en nuestro caso al amarillo, porque se tiró sobre limones. De pronto dijo uno de mis compañeros:

–¡Que tire el jefe ahora!

–¡No! Yo no sé tirar; no he tirado nunca –contesté.

–¡No importa, pruebe!

Me recordaron cómo se tomaba la puntería y tiré, con tal éxito, que de la serie de diez acerté siete limones, en tanto que los tiradores más hábiles del grupo solo hicieron seis impactos.

Aun cuando se permitieron dudar de mi veracidad, insistí en que una única vez en mi vida, y muchos años antes, había tomado un fusil y tirado, también con bala y acertando a un pobre murciélago pendiente de una rama, delito del cual me acuso ahora y me arrepiento contrito.

¿La explicación de mi éxito? Muy sencilla y comprensible.

Cuando niño, no fui un santito tranquilo. Practiqué todos los juegos: bolitas, trompo, la «pallana» y las «torrecitas» con carozos de damascos, el «balero», el sapo, los bolos y, por cierto, el salto, la carrera, el rescate, ejercicios gimnásticos varios con y sin aparatos, etc.; más tarde, joven y adulto, la equitación, el tenis, las bochas, el fútbol, pero sobre todo la pelota vasca y a mano limpia (derecha e izquierda), juego que puede considerarse, como la natación y el remo, y acaso más que los dos, de efecto integral. Bueno, pues: gracias a esa multiplicidad de ejercicios, practicados correctamente, adquirí cierto equilibrio en mi desarrollo físico, sentidos educados, ojo certero, músculos obedientes a las órdenes de la voluntad, cálculo de las distancias, dominio y confianza en mí mismo, etc. Todo eso me dio, repito, un grado suficiente de lo que puede llamarse *la aptitud general física* que me permitió siempre, en cualquier momento, y sin mayor esfuerzo, aplicarme con éxito a una nueva actividad especial.

Por lo tanto, nada difícil me resultó dar en el blanco del limón amarillo. Y discúlpese esta exhibición personal, dado el propósito demostrativo que la determina: señalar las *ventajas de la aptitud general mental y moral*.

Los juegos de los niños

Reportaje publicado por *La Nación*

20 de junio de 1920

EL INTENDENTE MUNICIPAL HA SOLICITADO del Concejo Deliberante que se reglamenten los deportes infantiles en los paseos públicos. Son numerosos los accidentes ocurridos a los niños por falta de una reglamentación mental. Nos hemos entrevistado con una autoridad en la materia: don Pablo A. Pizzurno, que desde la presidencia de la Sociedad Amigos de la Educación Física –cuya vicepresidenta es la señora Matilde N. de Mitre– realiza una labor proficua en tal sentido.

LAS PLAZAS DE JUEGOS

–¿Qué piensa Ud. de las plazas de juegos?

–No puede hablarse de ellas sino como de un complemento necesario de la escuela, concurrente al fin último que con esta se persigue: el bienestar y el progreso individuales y colectivos. Y estos reposan, ¿quién no lo sabe?, tanto sobre la salud, el vigor y las aptitudes físicas, como sobre la instrucción concreta y el desarrollo mental de todos y cada uno; y más aun sobre la educación moral, el conocimiento y la práctica habitual, constante, de los grandes y pequeños deberes.

TIPO IDEAL DEL CIUDADANO

–Según su criterio, ¿cuál debe ser el tipo ideal del ciudadano argentino?

–Aquel en el cual armonicen, en equilibrio perfecto, las cualidades correspondientes al organismo físico, a la inteligencia y a la voluntad. Acercarse en todo lo posible a este tipo debe ser el propósito perseguido por cuantos intervienen en la educación, oficial o privadamente, como funcionarios, como padres o simplemente como personas de bien...

–¿No cree Ud. que esa función corresponde especialmente a la escuela y que esta la cumple?

—¡Oh, señor! ¡Cuán agradable me sería poder contestar afirmativamente! Pero la atención de autoridades escolares, maestros y padres, se ha concentrado casi exclusivamente en la faz intelectual de la educación. La educación moral y la física han sido y siguen siendo en la realidad las cenicientas, por más que teóricamente nadie desconozca la importancia que debería dárseles. La deficiencia es más perceptible en cuanto atañe a la educación física. Basta contemplar los edificios y examinar los horarios y todas las prácticas escolares para que resalte hasta la evidencia la triste realidad. La escuela está lejos de hacer cuanto puede por lo que es la base de todo: la salud del educando. La salud plena del niño... Hay que buscar la armonía de todas las funciones vitales. Sin ello, ni la inteligencia ni la voluntad tienen en qué apoyarse. La persona más instruida y de conducta mejor orientada verá reducirse a un mínimo su capacidad productiva de bien si su salud es incompleta y si las aptitudes físicas no acompañan a su instrucción y a su voluntad... Menos saber inútil; más vigor físico y corazón. Lo demás vendrá solo. Son estos, señor, lugares comunes. Disculpe, pues, la vulgaridad en que incurro recordándolos. Pero más común es todavía encontrar que ni siquiera el exiguo tiempo acordado en el horario oficial para los juegos y ejercicios se aprovecha siempre en ellos. Con frecuencia esos pocos minutos se destinan a las ramas teóricas, con la tolerancia, cuando no con la incitación, de quienes debieran impedirlo.

ABANDONO MORAL COMO CONSECUENCIA DEL ABANDONO FÍSICO

—¿Cree usted, entonces, señor Pizzurno, que la educación moral se resienta también como consecuencia de este casi abandono de la cultura física en la escuela?
—¡Vaya si lo creo! Virtudes como el sentimiento de la propia responsabilidad, de la solidaridad social, de la disciplina, del respeto a la ley; los hábitos de justicia, caballeridad y cortesía; el valor y confianza en sí mismo y todo cuanto hace al hombre decidido, emprendedor, optimista, son escasamente cultivados. Lo mismo acontece con otras cualidades esenciales. Pero, ¡por favor!, no hablemos de nuestra educación moral. ¡Habría tantas y tan afligentes cosas que decir! ¿No lo estamos viendo, acaso, todos los días? ¿No lo vemos exteriorizado desde la escuela primaria hasta en las aulas de la universidad, donde la falta de respeto de los alumnos hacia sus profesores ha rebasado ya los límites de la más excesiva tolerancia...? ¿No lo vemos también, a veces, hasta en la conducta de quienes deberían dar el ejemplo...?

LA DEGENERACIÓN DE LOS DEPORTES EN ESCUELA DE GROSERÍA. EL ESCULTISMO

—¿No cree usted que ciertos deportes degeneran?
—¡Ya lo creo! Es que para que los juegos y ejercicios corporales ejerzan una acción benéfica se requiere que sean elegidos con tino y aplicados oportunamente, de acuerdo con la edad y desarrollo de los niños. Es decir, aplicados científica-

mente. De lo contrario, pueden resultar contraproducentes, como ha ocurrido con ciertos sistemas de gimnasia que estuvieron en boga y algunos todavía en auge, o con instituciones nocivas, a pesar de lo cual han obtenido el aplauso del público. Es lo que acontece, v.gr., con los anacrónicos *batallones escolares* y ciertas formas del llamado escultismo, escasamente diferenciado de los batallones. Y es lo que ocurre también con diversos deportes consagrados como factores de cultura, capaces de formar al *gentleman*; el fútbol, por ejemplo, y que vemos degenerar con frecuencia en escuela de grosería...

Y nadie ignora cuán a menudo en buen número de clubs atléticos terminan los torneos con la intervención de la policía.

Por fortuna, se nota ya una reacción en las juntas directivas para corregir las desviaciones.

LA PSICOLOGÍA DEL NIÑO A TRAVÉS DE LOS JUEGOS

—Las plazas de juegos —prosiguió diciéndonos el señor Pizzurno— coadyuvan a la acción de la escuela y del colegio, a condición de ser bien dirigidas. Ello no es tarea difícil. Lo es mucho menos que encaminar una clase de treinta o cuarenta niños de un mismo grado, dentro de la escuela. Pero la tarea debe confiarse a maestros capaces de desempeñarla, sin olvidar los múltiples propósitos, tanto físicos como éticos, que se deben realizar y respetando, en lo necesario, la libertad y la espontaneidad del niño y con mayor razón del joven, que han de aprender pronto a gobernarse a sí mismos.

Es bien sabido que donde mejor se revelan las tendencias, cualidades o defectos, es en el juego, trátese de adultos o de niños. *El juego es el gran descubridor del alma humana...* De ahí que quien haya de dirigir a los niños en sus juegos deba poseer todas las aptitudes y todo el tacto del verdadero educador, especialmente preparado.

ESTABLECIMIENTOS ESPECIALES DE EDUCACIÓN FÍSICA

—Estados Unidos es el país en donde mayor importancia se da a las plazas de juegos, pero, a poco de establecerlas, los pedagogos se convencieron de la necesidad de crear cursos y escuelas normales especiales. Hoy esas escuelas abundan en los Estados Unidos de Norteamérica...

—¿Y entre nosotros?

—Tenemos un instituto oficial que puede considerarse modelo: el Instituto Nacional Superior de Educación Física, que *La Nación* debe visitar. Disculpe la insinuación, pero el gran diario se felicitará de hacerlo conocer al público ampliamente. Dicho instituto ha producido centenares de especialistas que, en su mayoría, son maestros o profesores normales, y un buen número de médicos también; pero sus aptitudes apenas si por excepción se aprovechan, por las razones que ya expuse. ¡Oh, señor! ¡Nadie es profeta en su tierra! Así, el sistema combinado de educación física que debemos al director del instituto aludido, doctor Romero Brest, y que en el extranjero y hasta en congresos internacionales de espe-

cialistas ha sido consagrado como de lo más perfecto que existe, suele ser ignorado entre nosotros hasta por quienes más obligados se hallan a conocerlo y difundirlo. Y por eso duele confesar que después del vigoroso y acertado impulso dado entre 1904 y 1908 a la educación física en la escuela, no solo no avanzamos, sino que hemos retrocedido. ¡Y cuánto! ¡Y no solo en eso!

CALLES QUE PUEDEN CONVERTIRSE EN PLAZAS DE JUEGOS

—La escasez de plazas de juegos —continuó diciéndonos el señor Pizzurno— puede accidentalmente subsanarse, habilitando calles poco transitadas de la ciudad y convirtiéndolas, a ciertas horas, en lugares de esparcimiento deportivo para los niños de las escuelas de cada barrio, dirigidos por maestros. Durante esas horas se prohibiría el tránsito, a fin de evitar todo peligro... ¿Acaso en la calle Florida no se hace lo mismo para que la gente pueda pasear tranquilamente? Propuse esa medida hace varios años al Consejo Nacional después de leer en *La Nación* una muy interesante correspondencia del doctor Elías, si mal no recuerdo, en la cual refería el éxito con que tal práctica se aplicaba en diversas ciudades americanas a falta de mejores plazas de juegos. Llenadas ciertas condiciones el mismo resultado darían aquí.

ESPERANZAS PARA EL PORVENIR

—He hablado del impulso dado por el Consejo Nacional a la educación física hace quince años. En aquel entonces tuvo también una actuación, tan eficaz como lucida, el actual intendente municipal, doctor Cantilo, que presidía un consejo escolar; y ese antecedente, así como su reciente proyecto de que dio cuenta *La Nación*, despiertan mi confianza en un porvenir fecundo en realidades. Por su parte, el presidente del Consejo de Educación, doctor Gallardo, sometió en diciembre último a la aprobación —que fue prestada— del Consejo, un proyecto que organizaba un horario especial para que los niños puedan concurrir fuera de las horas de clases generales a distintas plazas que se habilitarían al efecto. Y en el artículo 40 de la resolución se establece de una manera expresa que se designará para cada plaza de ejercicios físicos el número de maestros con títulos del Instituto de Educación Física que se necesiten de acuerdo con el de los alumnos concurrentes. ¡Ah, si eso se realizara! Sería lo eficaz. Esperemos... Nuestro personal docente, siempre bien dispuesto, solo necesita sentirse considerado y alentado como merece y, en todo caso, dirigido técnicamente con tino y elevación, para producir el máximo de esfuerzo eficiente. Hay en nuestras escuelas centenares de maestros con especial preparación para tomar a su cargo los juegos y ejercicios físicos en la escuela misma y en las plazas. Ahora bien —concluyó explicándonos el señor Pizzurno—, la acción del Consejo Nacional la completaría la intendencia municipal, revisando la ordenanza por la cual se creaba la Dirección de Plazas de Ejercicios y adoptando la enmienda excelente propuesta por el concejal doctor Carlos R. Gallardo, que confiaba al propio Instituto Nacional y a doscientos de sus maestros —y gratuitamente— el gobierno técnico de las plazas de juegos. Y el ins-

tituto hubiera aceptado la noble tarea, con el beneplácito, ya prometido, del Ministerio. Afirmo, señor, de una manera categórica, plenamente convencido, que eso traería un progreso tan grande y tan rápido en la materia, como nunca se habrá visto en país alguno. ¡Oh! ¡Si el señor intendente se decidiera! Nos tendría a sus órdenes, tanto a la asociación que presido cuanto al instituto con todos sus elementos. Y realizaría una obra realmente patriótica. Él lo sabe.

Orientación rural de la enseñanza primaria

Síntesis de una conferencia dada en el Museo Social Argentino

26 de abril de 1925

NOTA DE LA COMISIÓN

Extracto de las referencias publicadas en los diarios y en las revistas del Museo Social, *Riqueza Argentina* de la Capital Federal, *Boletín de Educación de Santa Fe* y *Democracia* de Rosario, etcétera.

TEMARIO

Consideraciones generales. - La enseñanza «vocacional» no es del resorte de la escuela primaria. - Cómo se dará orientación rural a la enseñanza. - Condiciones que ha de poseer el maestro rural. - Dónde prepararlo.

A INVITACIÓN DEL MUSEO SOCIAL ARGENTINO, el profesor don Pablo A. Pizzurno ocupó recientemente la tribuna de aquella institución, iniciando su conferencia sobre la «Orientación rural de la enseñanza primaria» con una rápida crítica al estado de la enseñanza, tanto primaria como secundaria, demasiado teóricas todavía y muy lejos de «preparar para la vida», según la fórmula consagrada. Expuso una serie de hechos concretos que demostraban su afirmación. Dijo, después, que la cuestión sobre la cual se requería su parecer se halla subordinada y forma parte integrante de la otra, de carácter más general, o sea el fin último de la educación y los medios para lograrlo.

«Cualquiera que sea la especialidad del trabajo a que cada uno haya de dedicarse para ganar su vida, cada individuo humano no deja de ser una célula del organismo social a cuyo progreso o atraso contribuye y del cual recibe beneficios o perjuicios, según sea la forma en que uno y otro se desenvuelven.

»Lo previo e ineludible es, por tanto, lo que siempre se ha dicho: hacer de cada niño un hombre sano y fuerte en todo sentido, material y espiritual, con un mínimo siquiera de instrucción concreta, útil y sólida, la aptitud y el deseo de continuar me-

porando por esfuerzo propio, las habilidades prácticas para iniciarse en el trabajo y dominado por el sentimiento de sus deberes y la resolución de cumplirlos.

»Esa educación integral, aún no alcanzada, es lo que el hogar y la escuela han de poner en la base antes de pensar en ninguna especialización o enseñanza “vocacional”, irrealizables en la escuela elemental por múltiples motivos.»

Después de referirse a algunos de estos, entre ellos la escasa edad de los alumnos, agrega el señor Pizzurno que ello no implica desconocer, ni mucho menos, la necesidad y el deber de cultivar en el niño –y no solo en las escuelas rurales, sino en las urbanas– el amor a la naturaleza y a la vida y trabajos del campo, convencándolo de sus ventajas del punto de vista higiénico, moral y económico para el individuo y para el país, si es verdad, y lo es, que una de nuestras constantes preocupaciones ha de ser la señalada por Alberdi: «Vencer al grande y agobiante enemigo de nuestro progreso: el desierto, la naturaleza bruta y primitiva de nuestra naturaleza».

Las distintas ramas de estudios, especialmente las ciencias naturales, pueden aprovecharse en ese sentido, así como los ejercicios y problemas y ejemplos concretos relacionados con la aritmética, la geometría, la geografía, el dibujo, la historia, las lecturas, los trabajos manuales, la música misma, etc. Eso además de las diversas prácticas e instituciones conocidas, clubs de niños jardineros, concurso en el desarrollo de semillas y cuidado de plantas y animales, visitas a chacras, fábricas de productos, exposiciones, fiestas del árbol y del animal, excursiones diversas, proyecciones luminosas, cine, etcétera.

No solo con el propósito de dar orientación rural a la enseñanza, sino con otro más amplio, precisamente el de la educación integral completa: física, intelectual, moral, estética, social y manual, el ideal sería que todas las escuelas, en vez de hallarse encerradas en estrechos locales urbanos, salieran de las ciudades para funcionar en las afueras, en grandes extensiones y organizar servicios especiales de transporte para conducir diariamente a los niños.

Así se ha hecho y se hace en más de un país, en pequeña escala, sin mayores dificultades; y cuando los pueblos se percaten de lo que realmente les conviene, acaso dejará de parecer utópico semejante ideal. Hasta por razones económicas se llevará a la práctica, y la rutina será vencida.

Ningún país estaría en mejores condiciones que el nuestro para realizarlo.

Entretanto, hagamos que siquiera en las escuelas rurales reciban niños y niñas una preparación más adecuada.

Para obtenerlo, no basta un programa trazado sobre el papel, por bueno que el programa sea, si su aplicación se confía a un maestro o a una maestra formados en las ciudades, y quienes, haciendo un sacrificio porque otro empleo no pueden conseguir, aceptan como un destierro, más o menos transitorio, su ubicación en el campo. Y así, ahí donde puede disponerse de elementos naturales de que se carece en las ciudades se tiene, sin embargo, una escuelita más de tipo urbano por sus enseñanzas casi exclusivamente teóricas y de cuya utilidad no llegan a convencerse los padres. Resisten entonces la escuela o solo envían por poco tiempo a sus hijos, a quienes prefieren aprovechar como auxiliares de sus propias faenas rurales.

Es esa la regla general, aun cuando haya también escuelas y maestros que satisfacen mejor los propósitos que se persiguen.

Será siempre el maestro el eje del progreso en cuanto de la escuela dependa, y con mayor razón en las campañas.

Es indispensable, entonces, que todos estén preparados de tal manera que sientan el campo y comprendan la inmensa repercusión que en el país puede tener el trabajo rural.

Además de su preparación general, tan limitada como se quiera, pero sólida, ha de poseer las aptitudes prácticas especiales para dirigir la enseñanza de los pequeños trabajos del campo, sin ir más lejos de lo que la edad de los niños y las conveniencias de la región permitan; pero sobre todo sabiendo interesarlos en el aprendizaje, por elemental que sea.

Su acción ha de extenderse a las familias tanto como a los niños. Ha de tener el arte de hacerse útil, de atraer las voluntades, de inspirar simpatía y confianza.

Debe haber escuelas normales que produzcan, gracias a la organización de sus estudios, un tipo de maestro que además del asesor solícito y práctico que enseña al hombre de campo a obtener el mayor beneficio de su labor, sea el aliento, el ilustrador en todo sentido, que combate hábilmente la rutina y los prejuicios sin levantar resistencia, eleva el nivel intelectual y moral del campesino, difunde el espíritu de asociación, la mutualidad, la solidaridad en el terreno moral y económico y acaso hasta en el político, haciéndoles sentir cómo ellos, los campesinos, pueden influir poderosamente en el bienestar colectivo tanto como en el propio.

Ese tipo de maestro habrá de crearse, así como el de la maestra que ejerza sobre la mujer del campo una acción análoga. Debe prepararse en institutos normales de un carácter semejante a las denominadas «Escuelas del Hogar Agrícola».

Y cuando así sean nuestros educadores rurales todos, no abandonarlos a su solo esfuerzo, retribuir sus servicios debidamente y rodearlos de todas las consideraciones que los alienten en el desempeño de su misión.

Así, aunando la acción de uno y otros, combatiremos tanto o más que el analfabetismo literario, el analfabetismo que podríamos llamar moral, y contribuiríamos a aumentar el bienestar y la paz entre los pueblos.

Pero todo esto no alcanzará a realizarse con discursos, decretos o reglamentos que no se cumplen, sino eligiendo con acierto a los encargados del gobierno educacional, tomándolos de entre los que reúnan a la competencia probada, el sentimiento de su responsabilidad, la sinceridad de propósitos y la resolución inquebrantable de cumplirlos.

Mientras eso no ocurra continuarán sin realizarse las mejores concepciones, acaso seculares, de estadistas, filósofos y educadores. Seguiremos hablando más o menos enfáticamente de pretendidas nuevas orientaciones de la enseñanza, engañándonos con palabras sonoras, sin alterar, por eso, la realidad de las cosas y empeorando, a menudo, la situación.

¿Adónde vamos señoritas? (o el lujo en las escuelas de niñas)

Artículo publicado en la *Revista de la Asociación de Maestros*

Junio de 1886

NOTA DE LA COMISIÓN

Este artículo tiene como firma Lía B. Gay-Pollot, uno de los seudónimos con que el señor Pizzurno suscribía algunas de sus críticas a las escuelas femeninas.

ES BOCHORNOSO LO QUE ESTÁ PASANDO en no pocas escuelas graduadas y sin graduar (suponiendo que la graduación no estuviera en la enseñanza); es sí muy bochornoso y parece increíble que cuando tanto se habla de pedagogía, de mejoras, reformas o progresos, esos progresos, reformas y mejoras sean las del cangrejo.

Es algo que ni repetirse debiera, que la misión del maestro no es solo llenar de palabras o ideas el cerebro infantil; no es solo instruir, sino educar el corazón y formar el carácter del niño o niña; que en consecuencia siempre serán pocos los esfuerzos hechos para encaminarlos a la práctica de todas las virtudes y combatir sin tregua todo lo que tienda a empequeñecernos, como ser la envidia, la ambición mal entendida, el orgullo, la pasión del lujo, etcétera.

No es menos repetido que la influencia del ejemplo es decisiva, como lo es la de «las primeras ideas que penetran nuestra alma, comparables –dice Cowley– a las letras esculpidas en la corteza de los árboles nuevos, que crecen y se agrandan con los años».

Los principios morales no se *enseñan* como la geografía o la gramática; se inculcan por otros medios.

La moral en la escuela común no es una rama de enseñanza, no se da en día determinado, ni a horas señaladas; se da en todos los momentos. ¿Quién negará lo que afirmamos? ¿Quién lo ignora? Nadie, o por lo menos, nadie *debe* ignorarlo.

Pero nosotros sí negaremos que esos preceptos se tengan presentes en todas

nuestras escuelas, y nos referimos especialmente a las de niñas por ser las que más conocemos, consecuencia lógica del tiempo no corto que hemos pasado en ellas, sin que todavía nos hayamos decidido a abandonarlas, a pesar de los desencantos que llevamos sufridos.

¿De qué manera se da la educación moral? Fijando una o dos horas en el horario, destinadas a unas cuantas *preguntas y respuestas* sobre los deberes de la alumna, de la hija, de la esposa, de la madre, de la mujer en general; otras tantas interrogaciones y a veces explicaciones sobre el homicidio, el robo, el suicidio, la calumnia, etc. No hay por qué agregar que sobre todos estos puntos se dan *lecciones para estudiar*.

¿Lecturas y narraciones frecuentes y oportunas de hechos que conmuevan al educando y le inspiren el deseo de imitar las acciones puras o huir de las malas...? A veces sí; muchas veces no.

¿Buenos ejemplos, siendo el maestro o maestra el modelo en que han de inspirarse los niños...? No siempre.

En otras escuelas se *aprende* de memoria el catecismo. En esas no hay que hablar: el éxito es óptimo; pocas alumnas dejarán de ser más tarde canonizadas. Ese resultado se impone a la razón; negarlo sería lo mismo que negar que el sol alumbraba o que el agua a los cien grados se evapora. Cuando se ha aprendido el catecismo como se hace aquí, o se muere o se adquieren derechos legítimos a una canonización.

Hechas estas ligeras consideraciones detengámonos en el objeto que nos proponemos al escribir este artículo.

Entre los sentimientos que según indicamos más arriba deben ser combatidos por la maestra figuran la envidia, la vanidad, la pasión por el lujo.

El mal producido y la responsabilidad que se echan encima las maestras que estimulen cualquiera de estos sentimientos es muy grande.

Ahora bien, sobre ciertos asuntos escolares hay que hacer un deslinde de deberes y derechos: lo que al respecto corresponde a la familia y lo que a la escuela incumbe.

La maestra no puede decir a la madre: «Póngale Ud. a su niña un vestido de esta forma; hágalo Ud. de este género, no lo haga de este otro; los botines que sean así; el sombrero de este otro modo». La maestra puede sí y *debe* exigir el aseo en el cuerpo y en los vestidos; no tolerar las ropas desgarradas y sucias, porque el aseo corporal, considerado como media virtud, no solo ejerce una influencia moral marcada sobre las costumbres, pues refleja casi siempre la pureza del alma, sino que [no] es compatible con la pobreza, como que a nadie falta una aguja o un poco de agua y jabón.

Pero entre exigir la limpieza en el cuerpo y en los vestidos y exigir que se venga a clase con verdadero lujo; entre eso y abochornar a una niña injustamente en presencia de todas sus compañeras por alguna insignificancia; entre aconsejar, advertir, amonestar o ridiculizar y herir la susceptibilidad de los padres, va mucha diferencia.

Entre hacer prudentemente ciertas distinciones a las alumnas-modelos de aplicación, conducta o aseo y tener preferencias marcadísimas por la niña A, B o C, hay también muchas leguas de distancia. Entre exigir el aseo y corrección en los libros y cuadernos y exigir que se forren hoy de un color, mañana de otro, sin tolerar la *mí-*

nima diferencia de tinte en ello, hay mucho que andar. No nos ocupemos ahora del sinnúmero de cuadernos todos con distinto objeto, reglas, lápices, etc. que se les hace comprar (sin necesidad verdadera). Cada niña se ha vuelto una librería, cuadermería y papelería andante o permanente (si dejan esos útiles en la escuela).

Pues bien, todo eso está pasando sin embargo, y es doloroso el confesarlo, en muchos de nuestros templos de educación, en los palacios escolares, en el llamado, por escarnio quizá, *santuario de la libertad* (libertad, ¿en qué sentido?).

Basta detenerse frente a esas escuelas, a la hora de salida, para ver desfilar de trescientas a seiscientas niñas, la mayoría vestidas de una manera tal que hace creer que todas ellas pertenecen a familias acomodadas si no millonarias, pero ¿es lógico suponer en efecto que a esas escuelas solo acudan los hijos del rico...? Claro que no. Y sin embargo ese es el hecho.

La maestra mira y trata *de cierta manera* (que nosotras las de la profesión entendemos) a la niña cuyo vestido no es a su gusto, la amonesta y le *recomienda* que venga mejor. La niña acude a la madre, pide, suplica, llora. Ante estas súplicas las madres menos imposibilitadas hacen un esfuerzo, se imponen muchas veces un verdadero sacrificio y ceden; otras se niegan, ya porque comprenden su derecho y ven el abuso o ya porque no pueden costear caprichos o vanidades ajenas, y entonces o dejan a sus hijas expuestas a las miradas torcidas y trato poco cariñoso de la maestra y a veces de sus condiscípulos o las retiran de la escuela.

—Mamá, que la maestra retó a Fulana porque el vestido estaba así; que las niñas se han reído de Zutana y la señorita X también porque su pollera era muy larga; que las hijas de Mengano han llevado un traje de tal género, color o hechura y yo quisiera uno igual; que la de K no se junta con nosotras porque va más «paqueta»; que la de Y nos mira con orgullo porque la vienen a buscar en carruaje y porque la mamá es amiga de la maestra; que la de T va de guantes y...

¿Quién desmiente esto...? ¿Quién desmiente que hasta las maestras son objeto de la burla de sus mismas alumnas, que la analizan desde la horquilla que tiene en los cabellos hasta la punta del zapato?

¡Claro que esto no sucede en todas las escuelas!

Pero sucede en *muchas* y precisamente en las que menos debiera suceder.

Parece que es cuestión de competencia y que se *llevan de pique* a quien tiene mayor número de niñas *decentes* o de la *highlife*, que *parece* ser lo mismo.

¿Será necesario que digamos cuáles serán o *están siendo* los resultados perniciosísimos de esa educación? ¿Quién no los adivina?

Recuérdese lo que dijimos al comenzar y que todo el mundo sabe, recuérdese que las primeras impresiones, que los ejemplos y lecciones de la infancia deciden del futuro hombre o mujer y contéstese: ¿qué será de esas niñas con tales lecciones de moral, con semejantes estímulos?

¿Adónde vamos, señoritas?

«¿Qué falta, pues, para que el pueblo sea educado convenientemente?», preguntaba Napoleón a Mme. Campan. «Madres», contestó esta dejando sorprendido al Emperador: «Sí —continuó—, he ahí todo un sistema de educación en una sola palabra». «Y bien, os encargo que me forméis madres que un día sean capaces de educar a sus hijos.»

Apliquémonos el dicho. ¿Son esas las madres que piensan formar las maestras del lujo, las maestras aristocráticas?

Basta por hoy.

Llamamos entre tanto seriamente la atención de los señores inspectores al respecto.

LÍA B. GAY-POLLOT
(seudónimo de P.A.P.)

NOTA DE LA COMISIÓN

Al frente el señor Pizzurno, desde 1904, de la Inspección General de Escuelas de la Capital, no olvidó lo que había censurado diecinueve años antes. Inspirándose en la práctica que había observado en algunas escuelas particulares *aconsejó el uso del delantal igualador*, con las ventajas de todo orden, morales, económicas e higiénicas y hasta estéticas que se le reconocen. La excelente práctica se generalizó a partir de entonces.

¿Enseñamos para el examen o para la vida? (o las labores en las escuelas de niñas)

Publicado en la *Revista de la Asociación de Maestros* bajo el seudónimo Lía B. Gay-Pollot

Julio de 1886

ANTIGUAMENTE SE DECÍA: «PRIMERO lo indispensable, enseguida lo necesario, lo útil después y finalmente lo superfluo». Pero todas las modas pasan y eso pasó también: hoy se empieza por donde acabábamos ayer. Y eso es lógico y natural. Ayer se usaba el miriñaque; hoy se usa otra cosa. Todos lo saben: «en la variedad está el gusto».

«El mundo marcha», dijo Pelletan. Si él visitara hoy nuestras escuelas completaría la frase diciendo: «El mundo marcha... *al revés*».

Y bien, señoritas preceptoras, perdonadme la franqueza; soy argentina y amo mucho la patria de San Martín, Moreno, Rivadavia y Sarmiento; las niñas de hoy, madres de mañana, darán a esta patria ciudadanos buenos o malos según que vosotras contribuyáis a hacerlas a ellas buenas o malas también.

Si creéis que soy dura, creed que lo soy sin quererlo. Lo siento y lo escribo; con toda sinceridad y buena intención.

No hay dos opiniones respecto al orden en que han de enseñarse las labores en las escuelas de niñas.

También aquí son aplicables las reglas pedagógicas: de lo fácil a lo difícil, de lo conocido a los desconocido, de lo más importante o necesario a lo que lo es menos.

Primero la *costura* y las distintas partes que comprende, como ser: dobladillo, bastilla, punto por encima, vainica, zurcido, remiendo, etc. Hechos los ejercicios preparatorios necesarios, hágaseles coser piezas blancas de vestir, para mujer, niños y algunas de hombres, empezando como hemos dicho por las más fáciles.

En otro curso ejercíteseles en el *corte y arreglo* de las mismas prendas de vestir. Cada pieza deberá ser cortada por la alumna hasta que adquiera facilidad y exactitud en ello; enséñesele el objeto de cada parte y cómo han de reunirse entre sí.

Las labores de *punto*, aplicables para hacer medias, guantes, puntillas y otros objetos, vendrán después.

Y finalmente, cuando esas tres clases de labores, *costura*, *corte* y *puntos*, llamadas con justicia *de utilidad*, se hagan bien, pásese a la *tapicería* y diversas clases de *bordados florales*, etcétera.

¿Proceden por ese orden todas nuestras maestras? Si así fuera no escribiríamos este artículo.

Se da la preferencia a los bordados, a los adornos, a las flores. Cada niña presenta el día del examen uno o dos trabajos; ya es un silla, una relojera, un abanico, una papelera, un taburete, un toallero, pantallas, zapatillas, etc., todo muy bonito, de muchos colores, de seda, de oro, de plata, deslumbrador todo. El salón donde están en exposición las labores es un espléndido bazar, lleno de tapicerías, encajes, bordados; cada objeto con una elegante tarjeta con el nombre de la autora. ¿Labores útiles? No las hay porque *lucen menos* y cuestan mucho trabajo y paciencia, lo que *da derecho* a las maestras hasta para oponerse a los pedidos justos de los padres en ese sentido.

—Señoritas educadoras: que eso no es lo debido; ¡que primero es el pan, la carne, el agua y la leche, que los dulces, caramelos, confites y licores!

¡Que remendar, zurcir, marcar, hacer una bata, una camisa, un calzón, punto de media y de crochet, todo eso necesitará más tarde la mujer para no vivir ahogada, para comer, mientras que quizá nunca le será menester preparar una flor u otro bordado de adorno!

¡Que sabiendo cortar y coser, la esposa ayudará a su esposo, la viuda alimentará a sus hijos, la hija comprará los medicamentos que darán la vida a la autora de su existencia, apagará tal vez la sed y el hambre de su padre paralítico o acallará los sollozos desgarradores de sus hermanos que sin padre y sin madre ya, tiemblan de frío y desesperación bajo las terribles exigencias del estómago!

¡Que la tijera y la aguja defenderán a la hermosa doncella contra las asechanzas sensuales del lobo, siempre en busca de apetitosa presa!

—¡Música celestial, señorita Gay-Pollot, lirismo puro!

—¡Es verdad...! Pero noten ustedes que aun tratándose de la joven o de la esposa de posición holgada: ¿qué harán durante las muchas horas desocupadas que tengan? ¿Se extasiarán ante el espejo, leerán novelitas o se entretendrán murmurando de Lía, calumniando a Matilde, riéndose del traje de Lola, del andar de Antonia, de la novia de Mario, de la nariz de Francisco? ¿Negaréis las fatales consecuencias del ocio? Y las labores, ¿no son para ellas un entretenimiento provechoso? Esos conocimientos, ¿no les servirán para iniciar en ellos a sus hijas? Y por otra parte, ¿quién se libra de un accidente imprevisto? Un revés de la fortuna ¿no puede terminar con tan holgada posición?

Es lo que dijimos en nuestro artículo anterior: ¡oropel, puro oropel, apariencias, vanidad, lujo, brillo, relumbrón!

Los bordados, aparte de su poco mérito relativo, crean dificultades a las familias pobres por los muchos gastos que demandan sin provecho alguno y siendo precisamente la niña la que menos parte pone en esa labor.

Ya nos parece oír a nuestras maestras reconocer la justicia de nuestras observaciones, pero manifestarnos también que ellas no tienen la culpa, que las comi-

siones examinadoras⁸⁰ clasifican mal las labores *útiles* y ponen las más altas clasificaciones a los bordados y tapicerías.

Admitimos la injusticia bochornosa de los que clasifican, porque más de una vez hemos visto arrojar a un lado o mirar con desdén una camisita, un pañuelo, un trabajo de crochet, poner dos o tres puntos a la autora de siete u ocho años y clasificar con diez una silla, una relojera, una papelerera, mal bordadas sí, pero de *mucha vista*, porque se trataba de seda, terciopelo y oro.

Admitimos esas clasificaciones *incalificables*; admitimos o pasamos por encima la envidia y la rivalidad entre las mismas maestras;⁸¹ admitimos las exigencias de *algunos* (muy pocos), padres o madres, pero admitir que *eso suceda*, no es admitirlo por *disculpa*.

Señoritas: si no son capaces de cumplir con su deber; si ustedes no saben sacrificar su amor propio en interés de sus alumnas, resistiendo si es necesario a las exigencias de las madres en bien de sus hijas; si ustedes finalmente solo piensan en el día del examen, renuncien a la escuela, renuncien al nombre de maestras, porque maestra quiere decir virtud, carácter, independencia, sacrificios. *Y más que todo, buenos ejemplos.*

Reaccionen, pues, señoritas, que en ustedes está el mal y en sus manos el remedio; sígase el orden conveniente y lógico indicado; dése la preferencia a las *labores útiles* y límitese la enseñanza de las de adorno a los principios, habilitando a la niña para perfeccionarse más tarde en ellas si lo quiere y si sus medios se lo permiten.

No pretendemos por eso que se siga con rigor *exclusivo* el orden que señalamos; al contrario, creemos conveniente alternar las costuras con labores de punto, para evitar la monotonía y conseguir que se trabaje con gusto, que es el secreto del éxito. Úsense si se quiere las labores de adorno como un estímulo, permitiendo hacer alguna de vez en cuando a la alumna que sobresalga por su contracción y habilidad en la costura o en el corte.

De paso observaremos que nos parece muy desacertado hacer armar el bastidor por las madres de las niñas u otras personas. Ese trabajo debe saberlo hacer la niña sin auxilio de otros.

No nos explicamos tampoco a qué necesidad o conveniencia responde la exigencia de que todas las alumnas de cada grado hagan la misma cantidad de obras (generalmente dos) y que hayan de ser casi idénticas. Lo que se clasifica el día del examen no es (suponiendo que se trate de un bordado) el objeto en sí, sino el trabajo de la alumna, el cual puede juzgarse lo mismo en un abanico, sombrilla, silla o almohadón de seda, que en otro objeto menos caro y más útil a cada uno, pero susceptible de la misma clase de bordado, que es lo esencial. Se consultarían así las conveniencias y se dejaría más libertad a los padres en ese sentido, consideración justa, que debe tenerse muy en cuenta.

80. En la época en que estos artículos fueron escritos, hace 48 años, los consejos escolares nombraban comisiones examinadoras especiales compuestas por las señoras más «espectables» del barrio, generalmente las de mejor situación económica. Se explica, así, el criterio, por cierto poco pedagógico, con que clasifican los trabajos.

81. ¡Y sin embargo, las maestras deben ser el modelo en que se inspiren sus discípulas!

Si aquella identidad exigida por muchas maestras responde a la ley de uniformidad o armonía, negamos que esa sea la uniformidad que prescribe la pedagogía.

Por último, como la inteligencia y la mano pueden trabajar simultáneamente, mientras las alumnas se ocupan de coser, cortar o bordar, se puede mantener conversaciones con ellas, o en su defecto lecturas y también recitaciones de memoria, sobre la preparación y clase de las telas, modo de conservarlas, lavarlas y plancharlas, géneros y colores más adecuados a las personas y a la estación, nomenclatura de los instrumentos, etc.; preceptos higiénicos y de urbanidad; máximas morales sobre el amor al trabajo y otras virtudes, etc., preparando así a la esposa honrada y activa, ilustrada y humilde, y no a la mujer frágil e indolente, hueca y vanidosa, que transmitirá a sus hijos su modo de ser, perpetuando esas generaciones desgraciadas y fatales al progreso general.

En muchísimas otras consideraciones nos extenderíamos, pero este artículo se haría interminable y no podemos abusar de la bondad de los señores directores de la revista.

¿Habremos predicado en el desierto? Mucho lo sentiríamos, por la educación y por las encargadas de transmitirla.

LÍA B. GAY-POLLOT
(seudónimo de P.A.P.)

NOTA DE LA COMISIÓN

Comentando los dos artículos precedentes aparecidos bajo el seudónimo Lía B. Gay-Pollot, decía la revista en que fueron publicados lo siguiente:

«Las labores en las escuelas de niñas

»A nuestra distinguida colaboradora Lía B. Gay-Pollot, ausente por algún tiempo de Buenos Aires, enviamos nuestras felicitaciones. Después de merecer que de su primer artículo sobre el *hujo* se ocuparan la prensa periódica y diaria de la Capital, siendo trascripto entre otros por nuestro distinguido colega *El Nacional*, hoy puede ver con satisfacción que las ideas acertadas y justas, expresadas en su segundo escrito sobre las labores en las escuelas de niñas, son exactamente las mismas que han predominado en el Congreso de Valencia, cuyas conclusiones no publicamos por haberlo hecho ya así casi toda la prensa. Reproduciremos tan solo las dos primeras.

»1^a) Debe reformarse la clase de labores en las escuelas elementales de niñas, descartando todo el trabajo penoso, toda habilidad que no sea de utilidad o sirva para satisfacer verdaderas necesidades del hogar doméstico.

»2^a) La enseñanza de labores debe limitarse, por regla general, a coser, bordar sencillamente en blanco, marcar, zurcir, remendar, cortar, hilvanar y confeccionar piezas interiores de uso frecuente para los individuos de la familia.

»Como se ve es lo mismo que pedía nuestra valiente colaboradora, un mes antes de que se tratara el asunto en el congreso pedagógico aludido».

Puericultura y pedagogía doméstica en la escuela primaria

Contestación a una encuesta publicada en la *Revista de Instrucción Primaria* de La Plata

Abril de 1924

TEMARIO

El fin de la escuela. - La enseñanza de la puericultura debiera empezar antes de quinto y sexto grado. - Los cursos de puericultura y pedagogía doméstica son indispensables. - Medios de propaganda.

CONTESTO AL CORRER DE LA PLUMA SU PREGUNTA, diciéndole sencillamente que la enseñanza de la puericultura debe incorporarse al programa de la escuela primaria, por aquello de que quien quiere el fin debe querer los medios. Y si los medios están a su alcance, y realizar el fin es un deber, prescindir de aquellos sería un contrasentido.

¿No es el fin de la escuela contribuir a la felicidad individual y colectiva preparando al hombre para la vida completa? ¿No es la felicidad la resultante de una serie de condiciones que es menester llenar? ¿No supone el goce de lo que sintéticamente llamaremos la salud física y espiritual (instrucción concreta suficientemente cultivada, buenos hábitos morales) con las aptitudes prácticas requeridas para el trabajo y la energía suficiente para entregarse a él persiguiendo el propio bienestar y contribuyendo al bien social?

Pero ¿qué tiene que ver con esto la puericultura?

¡Vaya si tiene que ver!

Nadie ignora que si la escuela es un factor importantísimo de la educación, y por lo tanto de felicidad y progreso, no es el único, ni siempre el más decisivo, y mucho menos si se considera el escaso tiempo que el niño pasa en ella, dado que la inmensa mayoría de los alumnos no van más allá del segundo o tercer grado.

El hogar ha ejercido ya sobre ellos su acción en todo sentido, y eso cuando las impresiones recibidas dejan los efectos más duraderos, taras o virtudes físicas y

espirituales, acaso ya imborrables. Esa acción continuará ejerciéndola, buena o mala, constantemente.

Considérese, entonces, si conviene que los padres, sobre todo la madre, sepan cómo ha de atenderse al niño desde que nace, no solo en lo que afecta al cuerpo, sino también a su educación intelectual y sobre toda a la moral, una y otra, por lo demás, tan íntimamente vinculadas a la salud física.

Lo asombroso es que todavía haya que argumentar para decidir a las gentes que gobiernan la escuela a dar, por ejemplo, a la enseñanza de la higiene aplicada a la menor edad (donde su ignorancia hace más estragos), el lugar que le corresponde.

Todos los cuidados que afectan la salud y la vida física del niño son de importancia primordial, y siendo la madre la que ha de aplicarlos, ¿cómo dudar de que la niña, que llegará a serlo, debe recibir en la escuela la preparación indispensable si la escuela ha de cumplir su fin esencial enunciado al principio?

Y para ello no se requiere esperar al quinto o sexto grado. Muchas cosas importantes pueden aprenderlas antes y deben enseñárseles prácticamente, de manera tan clara y con experiencias y estadísticas tan impresionantes relativas a los efectos que producen el respeto o la violación de las reglas de higiene que la convicción se haga plena, y no como hoy ocurre. Las escasas nociones que de ciencia de la salud se dan pasan por el cerebro del escolar como la enseñanza del castellano cuando se da la preferencia al aprendizaje casi abstracto e ineficaz de las definiciones y reglas gramaticales, fría, aburridamente estudiadas.

Los cursos de puericultura, y no solo de puericultura, sino de lo que podríamos llamar de pedagogía doméstica, son indispensables en la escuela con títulos mucho mayores que los que justifican la enseñanza de ramas como la historia, la geografía, la geometría, etc., y casi diría como la misma lectura, si no fuese esta esencial en su carácter de instrumento de auto-educación doblemente indispensable por lo mismo que ya dijimos: el poco tiempo que el niño concurre a la escuela.

¿No encuentra todo el mundo conveniente, ya hasta necesario, que por lo menos en las escuelas rurales se enseñe cómo se cuidan y se crían los cerdos y cómo se cultivan las legumbres?

Yo voy más allá: creo que se impone la creación de cursos posescolares de higiene, de puericultura y de pedagogía doméstica, aun cuando solo se diese una lección por semana. Deberían estar a cargo, preferentemente, de los directores o maestros más capaces y más hábiles, para acerlo de manera atrayente.

El médico no es necesario. En todo caso él prepararía previamente a los maestros en aquello que lo requiriesen. Por excepción se entenderían con los alumnos adultos, y menos aún con los niños de la escuela, por razones obvias.

Las instrucciones escritas en hojas sueltas y folletos ilustrados, gratuitamente repartidos, como ya ha empezado a hacerse, por ejemplo, por el Club de Madres, completarían la obra.

Otro poderoso medio de propaganda muy eficaz podrá ser, antes de mucho,⁸² la radiotelefonía.

82. Con posterioridad a la fecha de la publicación de este artículo comenzó a aplicarse la radiotelefonía con el fin indicado, haciéndolo, entre otros, el propio señor Pizzurno a solicitud de la señora Lucía Birabén de Scott, presidenta del Club de Madres, noble entidad cuya admirable consagración al bien público es digna de los mayores elogios, no solo por su perseverancia y ejemplar organización sino por la forma inteligente y fecunda en que lo hace.

Es claro que un papel preponderante corresponde a las escuelas normales, las cuales, como regla, cumplen muy deficientemente su misión de preparar a las futuras educadoras. Y ello se debe, no me cansaré de repetirlo (porque ahí está la clave del mal), más que a los directores y personal docente, a los que tienen en sus manos el gobierno técnico superior, y que si alguna vez se acuerdan de hacer algo, solo se andan por las puntas de las ramas y olvidan el tronco, con una falta de acierto inconcebible; no digo que con falta de patriotismo, porque suele oírseles hablar enfáticamente de la patria cada vez que la ocasión se les presenta, y debemos creerlos sinceros.

Discúlpeme que no le diga más a pesar de haber sido tan incompleto y desordenado. No tengo tiempo, no lo considero necesario, como no debiera serlo pedir la opinión de nadie para demostrar la bondad evidente de un propósito tan plausible como el perseguido por ustedes al realizar esta encuesta. Pero ya que solicitan ustedes mi modesta opinión, ahí la tienen franca, aun cuando imperfectamente expresada.

Ojalá se salgan ustedes con la suya, o mejor «con la nuestra». Es tiempo ya de que eso suceda.

